

JANET EVANOVICH

ENTRE
PILLAS
ANDA EL
JUEGO

Otra
disparatada
aventura
de la detective
más sexy

Lectulandia

En esta nueva entrega de sus descacharrantes aventuras, Stephanie Plum, la cazarrecompensas más patosa de la Costa Este, le sigue la pista a una camarera con ansias de venganza.

Como siempre, para resolver el caso contará con la «inestimable» ayuda de la abuela Mazur, una septuagenaria loca por las armas de fuego, de sus amigas la exprostituta Lula y el travesti Sally Sweet y, cómo no, de su ¿novio? Joe Morelli quien todavía no sabe si pedirla en matrimonio o poner tierra por medio.

Y como era de esperar estando Stephanie por medio, no tardan en sucederse los equívocos y las catástrofes.

Cualquiera que haya leído alguna novela de esta serie se convierte automáticamente en un adicto: nadie puede escapar al ácido y peculiar sentido del humor y la incoherente personalidad de su protagonista, digna heredera de las mejores heroínas de la comedia americana.

Lectulandia

Janet Evanovich

Entre pilas anda el juego

Stephanie Plum - 4

ePub r1.0

Ablewhite 15.03.16

Título original: *Four to score*
Janet Evanovich, 1998
Traducción: José Manuel Berástegui Rubio

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Uno

Vivir en Trenton en julio es como vivir dentro del horno de una pizzería: caliente, irrespirable y aromático. Como no quería dejar de disfrutar ni un ápice de la experiencia veraniega, llevaba el techo solar de mi Honda CRX abierto. Mi pelo castaño estaba recogido en una coleta de rizos despeinados que agitaba el viento. El sol me calentaba la parte superior de la cabeza y el sudor me corría por debajo del sujetador deportivo de *lycra* negra. Llevaba unos pantalones cortos elásticos y una camiseta de béisbol de los Trenton Thunders enorme y sin mangas a juego. Era un modelo magnífico, salvo que no tenía dónde esconder mi pistola del calibre treinta y ocho. Lo que significaba que iba a tener que pedir prestada un arma para pegarle un tiro a mi primo Vinnie.

Aparqué el CRX en frente de la oficina de fianzas de Vinnie, situada en un local con puerta a la calle, salí del coche, crucé la acera a zancadas y abrí la puerta de golpe.

—¿Dónde está? ¿Dónde está esa miserable mala copia de un ser humano?

—Ah-ah —dijo Lula desde detrás de un archivador—. Alerta, rinoceronte.

Lula es una furcia retirada que ayuda a poner orden en los archivos y a veces viene conmigo como ayudante cuando voy a detener a algún fugitivo. Si las personas fueran coches, Lula sería un Packard del 53, grande y negro, con el radiador cromado reluciente, faros inmensos y un motor que rugiera como un perro callejero. Tiene montones de músculos. Y no cabe en un espacio reducido.

Connie Rosolli, la secretaria de dirección, se refugió detrás de su escritorio al verme entrar. Aquel primer despacho al que llegaban amigos y familiares de los delincuentes para pedir dinero era el dominio de Connie. Y a continuación, en un despacho interior, mi primo Vinnie se tocaba las pelotas y negociaba con su corredor de apuestas.

—Oye —dijo Connie—, ya sé por lo que estás mosqueada, y no fue decisión mía. Personalmente, si fuera tú, correría a patadas en el culo al perverso de tu primo por toda la ciudad.

Me retiré de la cara un mechón de pelo que se había escapado de la coleta.

—No me bastan las patadas. Creo que le voy a pegar un tiro.

—¡Di que sí! —dijo Lula.

—Eso —aprobó Connie—. Pégale un tiro.

Lula se fijó en mi ropa.

—¿Necesitas una pistola? No veo bultos de armas en esa *lycra*. —Se levantó la camiseta y sacó una Chief's Special de los vaqueros cortos—. Puedes usar la mía. Pero ten cuidado: apunta un poco alto.

—Un tirachinas como ese no te servirá de nada —concluyó Connie abriendo un cajón de su escritorio—. Yo tengo una cuarenta y cinco. Con una cuarenta y cinco se abre un boquete en condiciones.

Lula fue a por su bolso.

—Espera un momento. Si eso es lo que quieres, permíteme que te deje mi arma secreta. Tengo una Magnum del cuarenta y cuatro cargada con balas explosivas. Esta sí que hace pupa de verdad, ya me entiendes. Se podría pasar con un Volkswagen por el agujero que hace este bombón.

—Lo de pegarle un tiro no era más que una broma —dije.

—Cómo lo siento —repuso Connie.

Lula volvió a meterse la pistola en los pantalones.

—Sí, es una verdadera pena.

—Bueno, ¿y dónde está? ¿Ha venido?

—¡Oye, Vinnie! —gritó Connie—. ¡Stephanie te ha venido a ver!

La puerta del despacho interior se abrió y Vinnie asomó la cabeza.

—¿Qué pasa?

Vinnie medía un metro setenta, se parecía a una comadreja, pensaba como una comadreja, olía como una ramera francesa y una vez estuvo enamorado de un pato.

—¡Ya sabes lo que pasa! —dije con las manos apoyadas en las caderas—. Joyce Barnhard, eso es lo que pasa. Mi abuela estaba en el salón de belleza y oyó que habías contratado a Joyce para buscar fugitivos.

—¿Y qué tiene de malo? Sí, he contratado a Joyce Barnhard.

—Joyce Barnhard es maquilladora en Macy's.

—Y tú vendías ropa interior femenina.

—Eso es completamente distinto. Yo te hice chantaje para que me dieras este trabajo.

—Exacto —replicó—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—¡Vale! —grité—. ¡Pero que no se me ponga delante! Odio a Joyce Barnhard.

Y todo el mundo sabía por qué. A la tierna edad de veinticuatro años, y tras menos de uno de matrimonio, me encontré a Joyce Barnhard con el culo al aire encima de la mesa de mi comedor, jugando con mi marido. Esa fue la única vez que me hizo un favor. Habíamos ido juntas al colegio, donde extendió todo tipo de rumores, contó mentiras, destrozó amistades y curioseó por debajo de las puertas de los retretes para ver qué bragas llevaban las compañeras.

Era una niña gorda con un apetito voraz. Un apetito que fue aplacado por la ortodoncia, hasta el punto de que cuando Joyce cumplió los quince había adelgazado hasta convertirse en una Barbie consumidora de esteroides. Tenía un pelo rojo químicamente realzado, peinado en grandes rizos. Llevaba las uñas largas y pintadas, los labios cubiertos de brillo, las pestañas embadurnadas con rímel negro azulado. Medía tres centímetros menos que yo, pesaba dos kilos y medio más y me ganaba por dos tallas de copa. Tenía tres exmaridos y ningún hijo. Se rumoreaba que tenía relaciones sexuales con perros grandes.

Joyce y Vinnie estaban hechos el uno para el otro. Lástima que Vinnie ya estuviera casado con una mujer absolutamente encantadora, cuyo padre resultaba ser

Harry el Martillo. La profesión declarada de Harry era «despachador» y pasaba mucho tiempo en compañía de hombres que llevaban sombreros de ala ancha y largos abrigos oscuros.

—Limitate a cumplir con tu trabajo —dijo Vinnie—. Sé una profesional. —Le hizo un gesto con la mano a Connie—. Dale algo. Dale el caso nuevo que nos acaba de entrar.

Connie me pasó una carpeta de papel manila que había encima de su mesa.

—Maxine Nowicki. Acusada de robar el coche a su exnovio. Nos solicitó la fianza y no se ha presentado al juicio.

Al negociar un préstamo de fianza, Nowicki se libraba del encierro y podía reintegrarse en libertad a la sociedad en espera de juicio. Pero no se había presentado en el juzgado. O, en el lenguaje de los cazarrecompensas, era una NCT. Este fallo de etiqueta judicial cambió el estatus de Nowicki convirtiéndola en prófuga y dejó a mi primo Vinnie con la preocupación de que el tribunal considerara conveniente quedarse con el dinero que había puesto para la fianza.

Como agente de cumplimiento de fianzas, mi trabajo era encontrar a Nowicki y entregarla a la justicia. Por llevar a cabo dicho servicio en un tiempo prudencial percibiría el diez por ciento del dinero de la fianza. Un dinero fácil, ya que aquello parecía una disputa doméstica y no me daba la impresión de que Maxine Nowicki tuviera especial interés en volarme la tapa de los sesos con una cuarenta y cinco.

Repasé los papeles, que consistían en el contrato de fianza de Nowicki, una foto suya y una copia del informe policial.

—¿Sabes lo que haría yo? —dijo Lula—. Hablaría con su novio lo primero. Alguien capaz de denunciar a su novia por haberse llevado el coche también es capaz de delatarla. Probablemente está deseando que aparezca alguien a quien contarle dónde puede encontrarla.

Yo también lo creía. Leí la hoja de la denuncia en voz alta.

—Edward Kuntz. Hombre blanco soltero. Edad: veintisiete años. Domicilio: Muffet Street diecisiete. Aquí dice que es cocinero.

Aparqué delante de la casa de Kuntz y reflexioné sobre el tipo de hombre que habitaría en ella. La casa era de madera blanca, con los marcos de las ventanas pintados de color azul agua y la puerta de color mandarina. Era la mitad de un chalet bien cuidado y dividido en dos viviendas, con un minúsculo jardín delante. Una estatua de la Virgen María de más de un metro de altura vestida de azul pálido y blanco descansaba sobre el césped perfectamente recortado. Sobre la puerta de al lado colgaba un corazón de madera con letras rojas y ribeteado de margaritas que anunciaba que allí vivían los Glick. El lado de Kuntz se encontraba libre de toda ornamentación.

Recorrí el paseo hasta llegar al porche, que estaba tapizado con moqueta de exterior de color verde, y llamé a la puerta. Esta se abrió y un hombre empapado en sudor, musculoso y medio desnudo me miró desde dentro.

—¿Qué quiere?

—¿Eddie Kuntz?

Le entregué mi tarjeta de visita.

—Stephanie Plum. Soy agente de cumplimiento de fianzas y estoy buscando a Maxine Nowicki. Esperaba que usted me pudiera ayudar.

—Ya lo creo que te puedo ayudar. Se llevó mi coche, ¿te lo puedes creer? — Señaló con la barbilla sin afeitar la acera—. Es ese de allí. Afortunadamente para ella no le hizo ni un rasguño. La poli le pilló conduciéndolo por la ciudad y me lo devolvieron.

Volví a mirar el coche: un Chevrolet Blazer blanco, recién lavado. Casi me dieron tentaciones de robarlo a mí también.

—¿Estabais viviendo juntos?

—Bueno, sí, desde hacía algún tiempo. Unos cuatro meses. Y entonces tuvimos una discusión y, de repente, veo que se ha largado con mi coche. No es que quisiera que la arrestaran... solo quería que me devolviera el coche. Por eso llamé a la policía, porque quería que me devolvieran el coche.

—¿Tienes alguna idea de dónde puede estar ahora?

—No. He intentado ponerme en contacto con ella para solucionar las cosas, pero no he podido encontrarla. Se despidió del restaurante donde trabajaba y nadie la ha vuelto a ver. He pasado por su apartamento un par de veces y nunca hay nadie en casa. He llamado a su madre y a un par de amigas tuyas. Parece que nadie sabe nada. Supongo que pueden haberme mentido, pero no lo creo. —Me hizo un guiño—. Las mujeres no me mienten, ¿sabes a lo que me refiero?

—No —contesté—. No sé a lo que te refieres.

—Bueno, no me gusta alardear, pero tengo un toque especial con las mujeres.

—Ya, ya. —Debía de ser su penetrante aroma lo que encontraban tan atractivo. O tal vez los músculos hiperdesarrollados a base de esteroides que le hacían parecer que necesitaba sujetador. O puede que fuera el no poder mantener una conversación sin rascarse las pelotas.

—Bueno, y ¿qué puedo hacer por ti?

Media hora más tarde me iba con una lista de amigos y familiares de Maxine. Sabía cuál era su banco, dónde compraba el alcohol, dónde hacía la compra, cuál era su tintorería y su peluquería. Kuntz me prometió llamarme si sabía algo de ella y yo, en justa reciprocidad, prometí avisarle si me enteraba de algo interesante. Por supuesto, tenía los dedos cruzados mientras hacía aquella promesa. Sospechaba que Kuntz era de los que hacía salir corriendo a las mujeres en dirección contraria pegando alaridos.

Se quedó en el porche observando cómo me metía en el coche.

—Qué bonito —dijo—. Me encantan las chicas que conducen coches deportivos.

Le dediqué una sonrisa que más parecía una mueca y me separé de la acera. Me

había comprado el CRX en febrero, seducida por una pintura nueva reluciente y un cuentakilómetros en el que ponía 12 000. En perfectas condiciones, me había dicho el propietario. Prácticamente sin usar. Y eso era verdad en cierto sentido. El cable de conexión del cuenta kilómetros prácticamente no se había utilizado. Y no es que me importara. Estaba muy bien de precio y quedaba muy bien sentada ante su volante. Acababa de producirse una pequeña lesión en el tubo de escape, pero si ponía la música de Metallica a todo volumen apenas se oía el ruido que hacía. Pero, si hubiera sabido que a Eddie Kuntz le parecía bonito, tal vez me lo habría pensado dos veces antes de comprarlo.

Mi primera parada era el restaurante Silver Dollar. Maxine había trabajado allí durante siete años y no se le conocía otra fuente de ingresos. El Silver Dollar estaba abierto las veinticuatro horas. Servían buena comida en cantidades generosas y siempre estaba lleno de gente con sobrepeso y de jubilados ahorradores. Las familias de gorditos rebañaban los platos y los mayores se llevaban las sobras en bolsas: las tabletas de mantequilla, los panecillos, las bolsas de azúcar, trozos de pescado frito a medio comer, ensalada de col, fruta, patatas fritas grasientas. Un anciano podía comer tres días con las sobras de una comida del Silver Dollar.

El restaurante se encontraba en Hamilton Township, en una parte de la carretera que estaba plagada de tiendas de baratillo y pequeñas galerías comerciales. Era casi mediodía y los parroquianos del restaurante devoraban hamburguesas y sándwiches. Me presenté a la mujer que atendía la caja y le pregunté por Maxine.

—No puedo creer que se haya metido en semejante lío —me dijo—. Maxine era muy responsable, alguien en quien se podía confiar. —Ordenó una pila de menús—. ¡Y el asunto ese del coche! —Levantó los ojos al cielo—. Maxine lo traía al trabajo cantidad de veces. El le dio las llaves. Y, de repente, la detienen por robarlo. —Soltó un gruñido de disgusto—. ¡Hombres!

Di un paso hacia atrás para dejar que una pareja pagara su cuenta. Cuando se guardaron sus caramelitos de menta, palillos y cerillas de regalo y salieron del restaurante, volví a ocupar mi puesto.

—Maxine no se presentó al juicio. ¿Le dijo algo sobre que pensara irse de la ciudad?

—Me contó que pensaba irse de vacaciones, y todos pensamos que ya le tocaba. Lleva trabajando aquí siete años y ni una sola vez se ha ido de vacaciones.

—¿Alguien ha sabido algo de ella desde que se fue?

—Que yo sepa no. Puede que Margie. Maxine y Margie siempre hacían el mismo turno: de cuatro a diez. Si quiere hablar con Margie tendrá que volver a las ocho. A las cuatro estamos muy ocupadas con el menú especial para los tempraneros, pero alrededor de las ocho empieza a decaer.

Le di las gracias y regresé a mi CRX. La próxima parada iba a ser el apartamento de Nowicki. Según la información de Kuntz, Nowicki vivía con él, pero nunca se animó a dejar su apartamento. Este se hallaba a unos quinientos metros del

restaurante y Nowicki había declarado en el contrato de fianza que llevaba viviendo allí seis años. Todas sus direcciones anteriores eran de los alrededores. Maxine Nowicki era de Trenton hasta las raíces de su teñido pelo rubio.

El apartamento estaba en un complejo de edificios macizos de ladrillo rojo de dos alturas anclados en islas de hierba medio seca distribuidas entre aparcamientos de asfalto. El de Nowicki se encontraba en el segundo piso, con la puerta en el primero: escalera interior particular; no muy cómodo para espiar por la ventana. Todos los apartamentos de la segunda planta tenían unos pequeños balcones que daban a la parte de atrás, pero necesitaría una escalera para encaramarme a él. Y posiblemente una mujer subida a una escalera resultara sospechosa.

Decidí hacer lo más obvio y llamar a la puerta. Si no me contestaba nadie le pediría al conserje que me dejara entrar.

Muchas veces los conserjes colaboraban conmigo en este sentido, sobre todo si conseguía confundirles respecto a la autenticidad de mi placa falsa.

Había dos puertas de entrada contiguas. Una era la del piso de arriba y otra la del de abajo. Debajo del timbre del apartamento de abajo ponía «Nowicki».

Llamé al timbre de arriba, se abrió la puerta de abajo y una mujer mayor se me quedó mirando.

—No está en casa.

—¿Es usted la señora Pease? —pregunté.

—Sí.

—¿Está segura de que Maxine no está en casa?

—Bueno, si alguien lo sabe soy yo. En estos apartamentos baratos se oye todo. Si estuviera en casa oiría su televisor. La oiría moverse de acá para allá. Y, además, pasaría por aquí para decirme que estaba en casa y para recoger su correo.

¡Ajá! Aquella mujer recogía el correo de Maxine. Tal vez también tuviera la llave de su casa.

—Sí, pero suponga que volviera una noche muy tarde y no quisiera despertarla —dije—. Y, luego, suponga que haya tenido un ataque.

—No lo había pensado.

—Ahora mismo podría estar arriba luchando por respirar su última bocanada de aire.

La mujer miró hacia arriba como si pudiera ver a través de las paredes.

—Humm.

—¿Tiene usted la llave?

—Bueno, si...

—¿Y qué me dice de las plantas? ¿Le ha regado las plantas?

—No me dijo que se las regara.

—A lo mejor deberíamos subir a echar un vistazo, para asegurarnos de que todo va bien.

—¿Es usted amiga de Maxine?

—Como uña y carne.

—Supongo que no vendría mal comprobarlo. Ahora mismo vuelvo con la llave. La tengo en la cocina.

De acuerdo, mentí un poquito. Pero no fue una mentira podrida, porque era por una buena causa. Y, además, era cierto que podría estar muerta en la cama. Y sus plantas podrían haber estado muertas de sed.

—Aquí está —dijo la señora Pease blandiendo la llave.

La metió en la cerradura, giró y empujó la puerta.

—Hola-a-a-a —gritó con su aguda vocecilla de ancianita—. ¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta, así que subimos las escaleras. Nos paramos en el diminuto recibidor y dirigimos la mirada al salón comedor.

—No es muy buena ama de casa —comentó la señora Pease.

No tenía nada que ver con ser una buena ama de casa o no. El apartamento estaba arrasado. No se trataba de una pelea porque no había nada roto. Y no era el desorden de una partida apresurada en el último momento. Los cojines habían sido arrancados de los sillones y arrojados al suelo, las puertas de los armarios estaban abiertas, habían sacado los cajones de sus huecos y los habían dado la vuelta, derramando todo su contenido por el suelo. Di una vuelta por el apartamento y encontré más de lo mismo en el dormitorio y el cuarto de baño. Alguien estaba buscando algo. ¿Dinero? ¿Drogas? Si se trataba de un robo, había sido muy selectivo, porque no habían tocado ni el televisor ni el vídeo.

—Alguien ha revuelto todo el apartamento —le dije a la señora Pease—. Me sorprende que no oyera el ruido de los cajones al tirarlos al suelo.

—Si hubiera estado en casa los habría oído. Debió de ser mientras estaba en el bingo. Voy al bingo todos los miércoles y viernes. No vuelvo a casa hasta las once de la noche. ¿No cree que deberíamos informar de esto a la policía?

—Ahora no tendría mucho sentido —solo para que la policía se enterara de que me había colado en el apartamento de Maxine ilegalmente—. No sabemos si se han llevado algo. Será mejor esperar a que vuelva Maxine y que llame ella a la policía.

No vimos ni una sola planta que regar, así que salimos de puntillas hasta la escalera y cerramos la puerta.

Le di mi tarjeta a la señora Pease y le pedí que me llamara si oía o veía algo sospechoso.

Leyó la tarjeta.

—Una cazarrecompensas —dijo con un timbre de sorpresa en la voz.

—Una mujer tiene que arreglárselas de alguna manera —repuse.

Ella levantó la mirada y asintió con la cabeza.

—Supongo que eso es verdad.

Escudriñé el aparcamiento.

—Según mis informes, Maxine tiene un Fairlane del 84. No lo veo por aquí.

—Se fue en él —dijo la señora Pease—. No era un gran coche. Siempre tenía estropeado algo, pero metió su maleta en él y se largó.

—¿Le dijo dónde se iba?

—De vacaciones.

—¿Nada más?

—No —contestó la señora Pease—, nada más. Normalmente Maxine es muy charlatana, pero esta vez no soltó prenda. Tenía prisa y no me dijo nada más.

La madre de Nowicki vivía en Howser Street. Ella había solicitado la fianza y había puesto su casa como garantía. A primera vista, parecía una buena inversión para mi primo Vinnie. Pero lo cierto era que echar a una persona de su casa era un follón y no servía precisamente para mejorar la imagen pública de un agente de fianzas.

Saqué el plano y busqué la calle Howser. Estaba al norte de Trenton, así que retrocedí y descubrí que la señora Nowicki vivía a dos manzanas de Eddie Kuntz, en el mismo barrio de casitas bien cuidadas. Salvo la casa de esta. Era una vivienda unifamiliar y estaba hecha una ruina: la pintura desconchada, las tejas destartadas, el porche desvencijado y en el jardín más basura que hierba.

Subí los escalones medio podridos del porche y llamé a la puerta. La mujer que abrió era una belleza caduca en albornoz.

Ya casi era media tarde, pero la señora Nowicki tenía toda la pinta de acabar de caerse de la cama. Tendría unos sesenta años y las huellas de la bebida y el desencanto de la vida. En su cara abotargada se veían restos de maquillaje que se no había quitado la noche anterior. Su voz tenía la carraspera de dos paquetes diarios de cigarrillos y el aliento era como de cien.

—¿Señora Nowicki?

—Sí —contestó.

—Estoy buscando a Maxine.

—¿Eres amiga de Maxy?

Le entregué mi tarjeta.

—Soy de la Agencia Plum. Maxine no se presentó a su juicio. Estoy intentando encontrarla para que le puedan dar una fecha nueva.

La señora Nowicki levantó una ceja dibujada con lápiz marrón.

—No nací ayer, guapa. Eres una cazarrecompensas y vas detrás de mi niña.

—¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Si lo supiera no te lo diría. Ya la encontrarán cuando ella quiera.

—Usted puso la casa como garantía de la fianza. Si Maxine no aparece puede quedarse sin ella.

—Ah, vaya, eso sería una tragedia —dijo hurgando en el bolsillo de su albornoz de chenilla y sacando un paquete de cigarrillos Kool—. Los de Architectural Digest no paran de insistir en que les deje hacer un reportaje, pero no encuentro el momento.

—Se metió un cigarrillo en la boca y lo encendió. Dio una calada profunda y me miró con los ojos entrecerrados a través de las volutas de humo—. Debo los impuestos de los últimos cinco años. Si quieres esta casa vas a tener que pedir la vez y ponerte a la cola.

A veces los que incumplían las fianzas se quedan sencillamente en casa, intentando fingir que su vida no se ha ido al garete, con la esperanza de que todo pasará si no hacen caso de la orden de presentarse en el tribunal. Al principio creí que Maxine sería de ese tipo. No era una delincuente profesional y las acusaciones no eran graves. La verdad es que no tenía motivos para huir.

Ahora ya no estaba tan segura. Empezaba a tener un presentimiento extraño respecto a la chica. Habían puesto patas arriba su apartamento y su madre me había dado a entender que tal vez Maxine no quisiera que se la encontrara todavía. Volví a entrar en el coche y se me ocurrió que mi razonamiento deductivo podría mejorar si me comiera un donut. Así que crucé la ciudad en dirección a Hamilton y aparqué delante de la pastelería Tasty Pastry.

Cuando estaba en el instituto trabajé a tiempo parcial en este local. No había cambiado demasiado desde entonces: el mismo suelo de linóleo verde y blanco, las mismas vitrinas relucientes de limpias, llenas de galletas italianas, canutillos de chocolate, bizcotelas, napolitanas, pan recién horneado y bizcochos de café; y el mismo aroma arrebatador de la pasta dulce frita y la canela.

Lennie Smulenski y Anthony Zuck preparan esas delicias en la trastienda, en enormes hornos y calderos de aceite caliente. Nubes de harina y azúcar cubren las superficies de las mesas y se pegan a las suelas de los zapatos. Y todos los días hay un trasiego de manteca de los recipientes directamente a los culos de los lugareños.

Me decidí por dos de chocolate rellenos de crema y me guardé unas servilletas en el bolsillo. Al salir me encontré con Joe Morelli apoyado en mi coche. Conozco a Joe Morelli desde siempre. Primero, cuando era un crío impresentable, luego como peligroso adolescente. Y, finalmente, como el tipo que a los dieciocho años me quitó las bragas a base de palabras bonitas, me tumbó en el suelo detrás de la vitrina de los pastelillos de crema un día al cerrar la tienda y me libró de la virginidad. Ahora era policía y la única forma de que volviera a meterse en mis bragas sería a punta de pistola. Trabajaba en antivicio y tenía pinta de saber mucho sobre el tema de primera mano. Llevaba unos Levi's descoloridos y una camiseta azul marino. Necesitaba un corte de pelo y su cuerpo era perfecto: delgado y duro, con el mejor culo de todo Frentón... puede que del mundo. Unas nalgas a las que te daban ganas de hincarles el diente.

Aunque yo no tenía la menor intención de merendarme a Morelli. Tenía la mala costumbre de aparecer periódicamente en mi vida, frustrarme hasta el borde del colapso y largarse caminando hacia la puesta de sol. Algo tenía que hacer contra esa frustración. A partir de ese momento Morelli era erótica non grata. Mi lema era «Se mira pero no se toca». Y podía guardarse su lengua para él, muchas gracias.

Él sonrió a modo de saludo.

—No te irás a comer esos dos donuts tú sola, ¿verdad?

—Ese era mi plan. ¿Qué haces aquí?

—Pasaba por delante. Vi tu coche y se me ocurrió que necesitarías ayuda con esos dos donuts de chocolate rellenos crema.

—¿Cómo sabes que son rellenos de crema?

—Tú siempre los compras así.

La última vez que había visto a Morelli había sido en febrero. Estábamos enredados en el sofá, con sus manos a medio camino de mis muslos, y en ese momento sonó su busca y desapareció, para no dejarse ver durante cinco meses. Y de repente estaba allí... husmeándome los donuts.

—Hace mucho que no nos vemos —dije.

—He estado escondido.

Ya, claro.

—Vale —añadió—. Podría haber llamado.

—Pensé que a lo mejor estabas muerto.

Su sonrisa se tensó.

—¿Te gustaría?

—Eres un mierda, Morelli.

Soltó un suspiro.

—No me vas a invitar a donuts, ¿verdad?

Me metí en el coche, cerré de un portazo, salí disparada del aparcamiento y puse rumbo a casa. Cuando llegué al apartamento me había comido los dos donuts y me sentía mucho mejor. Y pensaba en Nowicki. Era cinco años mayor que Kuntz, con estudios medios, casada dos veces, sin hijos. La foto del expediente mostraba una rubia explosiva, con el pelo cardado, cantidad de maquillaje y figura estilizada. Sonreía con los ojos entrecerrados por el sol, subida en unos tacones de diez centímetros, con pantalones elásticos negros y un jersey ancho con las mangas recogidas hasta los codos y un escote en uve lo bastante profundo como para enseñar bien el canalillo. Casi esperaba que detrás de la foto pusiera: «Si quieres pasar un buen rato, llama a Maxine Nowicki».

Lo más probable es que hubiera hecho exactamente lo que había dicho. Seguramente estaba cansada y se había ido de vacaciones y no había razón para preocuparse porque aparecería en casa en cualquier momento.

¿Y qué había pasado en el apartamento? Eso me preocupaba. Lo del apartamento me decía que Maxine tenía más problemas que un simple robo de coche. Era mejor no pensar en ello: solo conseguía embarrar las aguas y no tenía nada que ver con mi trabajo, que era bien sencillo: encontrar a Maxine y entregarla.

Cerré el CRX y crucé el aparcamiento. El señor Landowsky salía por la puerta de atrás del edificio cuando me acercaba a ella. Tenía ochenta y dos años y, no se sabe cómo, le había encogido el pecho a lo largo de los años y ahora se veía obligado a

sujetarse los pantalones debajo de los sobacos.

—Hola —saludó—. ¡Qué calor! No puedo respirar. Alguien debería hacer algo—. Supuse que se refería a Dios. —Ese hombre del tiempo de las mañanas. Deberían pegarle un tiro. ¿Cómo puedo salir con este tiempo? Y luego, cuando hace tanto calor, en los supermercados hace demasiado frío. Calor, frío. Calor, frío. Me dan cagaderas.

Me alegraba de tener una pistola, porque cuando llegara a la edad del señor Landowsky me iba a pegar un tiro en la boca: la primera vez que me diera cagalera en el supermercado, se acabó, ¡BANG! Se acabó lo que se daba.

Subí al segundo piso en ascensor y entré en mi apartamento. Un dormitorio, un baño, salón comedor, una cocina nada especial pero correcta y un pequeño recibidor con una tira de ganchos para colgar los abrigos, los sombreros y las pistolerías.

Mi hámster, Rex, estaba dando vueltas en su rueda cuando entré. Le conté lo que me había pasado y le pedí perdón por no guardarle un trozo de donut. Lo del donut no pareció sentarle muy bien, así que rebusqué bien en la nevera y encontré tres uvas. Rex las agarró y desapareció dentro de su lata de sopa. La vida es bastante sencilla cuando eres un hámster.

Volví a la cocina y escuché los mensajes del contestador.

Era sábado por la noche y yo iba a cenar pollo con mis padres. Y no era la primera vez; ocurría todas las semanas. No tenía vida propia.

Arrastré los pies hasta el dormitorio, me derrumbé en la cama y me quedé mirando el lento transcurrir de la manecilla de mi reloj de pulsera hasta que llegó la hora de ir a casa de mis padres. Ellos siempre cenan a las seis en punto; ni un minuto antes ni uno después. Así son las cosas. O cenas a las seis o tu vida es un desastre.

Mis padres viven en un estrecho pareado edificado sobre un estrecho solar en una estrecha calle de la zona residencial de Trenton conocida como el Burg. Cuando llegué mi madre me esperaba en la puerta.

—¿Qué es esa ropa que llevas? —preguntó—. No vas vestida. ¿Qué forma de vestir es esa?

—Es una camiseta de béisbol de los Thunders —contesté—. Estoy apoyando el deporte local.

La abuela Mazur se asomó por detrás de mi madre. Ella había ido a vivir con mis padres poco después de que mi abuelo se fuera al cielo a cenar con Elvis. La abuela considera que está en una edad más allá de los convencionalismos. Mi padre piensa que está en una edad para estar en el más allá.

—Quiero una de esas camisetas —dijo la abuela—. Si me vistiera así estoy segura de que los hombres me seguirían por la calle.

—Stiva, el enterrador —murmuró mi padre desde la sala de estar con la cabeza sepultada en el periódico—. Con la cinta métrica.

La abuela se cogió de mi brazo.

—Hoy te tengo preparada una sorpresa. Espera y verás.

En la sala el periódico bajó y las cejas de mi padre subieron.

Mi madre se hizo la señal de la cruz.

—Tal vez deberías contármelo —dije a la abuela.

—Quería que fuera una sorpresa, pero supongo que te la puedo contar, ya que él va a llegar de un momento a otro.

Se hizo un silencio mortal en la casa.

—He invitado a tu novio a cenar —habló por fin.

—¡No tengo novio!

—Ahora ya lo tienes. Lo he arreglado todo.

Giré sobre los talones y me dirigí a la puerta.

—Me voy.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó la abuela—. Se sentirá muy decepcionado. Hemos tenido una larga conversación. Y me ha dicho que no le importa que te ganes la vida pegando tiros a la gente.

—No me gano la vida pegando tiros a la gente. Casi nunca disparo a la gente. — Me pegué con la cabeza en la pared—. Odio los celestinos. Siempre salen mal.

—No puede salir peor que aquel engendro con el que te casaste —contestó—. Después de aquel fiasco todo es mejor.

En eso tenía razón. Mi breve matrimonio había sido un fracaso.

Se oyó un golpe en la puerta y todos volvimos las cabezas hacia la entrada.

—¡Eddie Kuntz! —resoplé.

—Sí —respondió la abuela—. Así se llama. Llamó preguntando por ti y le dije que se viniera a cenar.

—Buenas —saludó Eddie al otro lado de la puerta de mosquitera.

Llevaba una camisa gris de manga corta abierta hasta la mitad del pecho, pantalones de pinzas y mocasines de Gucci, sin calcetines. En la mano sostenía una botella de vino tinto.

—Hola —dijimos todos a una.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —contestó la abuela—. No tenemos por costumbre dejar a los hombres guapos plantados en la puerta.

Le dio el vino a la abuela y le guiñó un ojo.

—Aquí tienes, monada.

La abuela soltó una risita.

—Hay que ver cómo eres.

—Casi nunca disparo a la gente —dije—. Casi nunca.

—Yo tampoco —respondió él—. Odio la violencia gratuita.

Di un paso para atrás.

—Perdón. Tengo que ayudar en la cocina.

Mi madre salió corriendo detrás de mí:

—¡Ni se te ocurra!

—¿Qué?

—Ya lo sabes. Pensabas huir por la puerta de la cocina.

—No es mi tipo.

Mi madre se puso a llenar fuentes con la comida que había encima de la cocina. Puré de patatas, judías verdes, lombarda...

—¿Qué tiene de malo?

—Lleva demasiados botones de la camisa abiertos.

—Puede que resulte ser una persona agradable —prosiguió—. Deberías darle una oportunidad. ¿Qué más te da? ¿Y qué hago yo con la cena? Este delicioso pollo se desperdiciaría. ¿Qué vas a cenar si no cenas aquí?

—¡Le ha llamado «monada» a la abuela!

Mi madre, que estaba trinchando el pollo, tiró un muslo al suelo. Luego le dio unas patadas, lo recogió y lo puso en un lado de la fuente.

—Ya está —dijo—. Le vamos a dar este muslo.

—Hecho.

—Y tengo tarta de crema de plátano de postre —añadió para cerrar el trato—. Así que será mejor que te quedes hasta el final.

Tranquilo, corazón mío.

Dos

Me senté a la mesa, junto a Eddie Kuntz.

—¿Querías ponerte en contacto conmigo?

—Sí. Perdí tu tarjeta. La dejé por ahí y no he podido encontrarla. Así que te busqué en el listín telefónico... pero di con tus padres. Y ha salido bien. Tu abuela me dijo que estabas loca por pillar un hombre y resulta que, en este momento, estoy pasando un periodo entre mujeres, y no me disgustan las chicas mayorcitas. O sea, que este podría ser tu día de suerte.

La chica mayorcita hizo un esfuerzo sobrehumano para no clavarle el tenedor en un ojo a Kuntz.

—¿De qué querías hablarme?

—He recibido una llamada de Maxine. Me dijo que tenía un mensaje para mí y que me llegaría mañana por correo aéreo. Le dije que mañana era domingo y que los domingos no hay correo aéreo, y que por qué no me decía el recado directamente. Entonces me insultó varias veces. —Puso una cara como si Maxine hubiera herido sus sentimientos sin motivo—. Muy desagradable —añadió.

—¿Y eso fue todo?

—Eso fue todo. Salvo que luego me dijo que me iba a poner los pelos de punta. Y colgó sin más.

Cuando llegamos a la tarta de crema de plátano me sentía muy inquieta. Nowicki había llamado a Kuntz, por lo que estaba viva, y eso era bueno. Por desgracia, le mandaba una cosa por correo aéreo, lo cual significaba distancia; y la distancia era mala. Y todavía más preocupante era que la servilleta de Eddie Kuntz se estaba moviendo en su regazo sin la colaboración de sus manos. Mi primer impulso fue gritar «¡una serpiente!» y disparar, pero seguramente los jueces no lo aceptarían. Además, por mucho que me desagradara Kuntz, no podía por menos que identificarme con un hombre al que se la ponía dura la tarta de crema de plátano.

Me zampé un trozo de tarta y me crují los nudillos. Luego miré al reloj.

—¡Vaya, fíjate que hora se ha hecho!

Mi madre me echó una de sus miradas de madre resignada. La que decía «Bueno, pues vete... Por lo menos he conseguido que te quedes hasta el postre y ahora sé que esta semana al menos habrás hecho una comida decente. ¿Por qué no podrás ser más parecida a tu hermana Valerie, que está casada, tiene dos niños y sabe hacer pollo?

—Lo siento, pero tengo que salir corriendo —añadí retirando la silla.

Kuntz se detuvo con el tenedor a medio camino.

—¿Qué? ¿Nos vamos ya?

Fui a la cocina a por mi bolso de bandolera.

—Yo me voy.

—El también se va —dijo mi padre con la cabeza inclinada sobre la tarta.

—Bueno, ha sido muy agradable —concluyó la abuela—. No ha salido tan mal.

Mientras abría el coche, Kuntz bailoteaba detrás de mí, saltando sobre las puntas de sus pies. Qué cantidad de energía. Tony Testosterona.

—¿Te parece que vayamos a algún sitio a tomar una copa?

—No puedo. Tengo que trabajar. He de comprobar una pista.

—¿Se trata de Maxine? Podría ir contigo.

Me deslicé ante el volante y puse el motor en marcha.

—No es buena idea. Pero te llamo si me entero de algo.

Cuidado, mundo. Cazarrecompensas en acción.

El restaurante no estaba ni medio lleno cuando lleguéla mayoría de los clientes estaba prolongando el café. Una hora as tarde un público más joven abarrotaría el local para tomar un postre o unas patatas fritas después de salir del cine.

Había cambiado el turno y no reconocí a la mujer que estaba en la registradora. Me presenté y le pregunté por Margie.

—Lo siento —contestó—. Margie no ha venido hoy. Ha llamado para decir que se encontraba mal y que mañana tampoco podría venir.

Volví al coche y revolví en el bolso en busca de la lista de amigos y familiares que me había facilitado Kuntz. La repasé en la escasa luz del coche. Había una Margie: sin apellido, sin número de teléfono y como dirección todo lo que decía era «casa amarilla en Barnet Street». También había añadido que Margie conducía un Isuzu rojo.

El sol era solo un borrón escarlata en el horizonte cuando llegué a Barnet, pero suficiente para descubrir el chalet amarillo y el coche rojo. Una mujer con un gran vendaje en la mano salió de la casa para buscar al gato justo cuando yo aparcaba en el bordillo.

Al verme, levantó en sus brazos al gato gris y desapareció tras la puerta. Incluso desde la acera pude oír cómo echaba el cerrojo.

Por lo menos estaba en casa. Mi temor era que hubiera desaparecido también y estuviera compartiendo vacaciones en Cancún con Maxine.

Me eché el bolso al hombro, forcé una sonrisa amistosa en la cara, recorrí el breve trecho de pavimento y llamé a la puerta. Esta se abrió con la cadena de seguridad puesta.

—¿Sí?

Le pasé mi tarjeta de visita.

—Stephanie Plum. Me gustaría hablar con usted de Maxine Nowicki.

—Lo siento —dijo ella—. No tengo nada que decir de Maxine. Y no me encuentro muy bien.

Miré por la rendija de la puerta y vi que apoyaba la mano vendada contra el pecho.

—¿Qué le ha pasado?

Me miró con la cara inexpresiva y los ojos muertos, evidentemente medicada.

—He tenido un accidente. Un accidente en la cocina.

—Tiene muy mala pinta.

Parpadeó.

—Perdí un dedo. Bueno, no lo perdí del todo. Estaba en la encimera de la cocina. Me lo llevé al hospital y me lo cosieron.

Tuve una visión instantánea del dedo sobre la encimera de la cocina. Unos puntitos negros bailaron delante de mis ojos y sentí que el labio superior se me perlaba de sudor.

—Lo siento.

—Fue un accidente —contestó—. Un accidente.

—¿Qué dedo fue?

—El corazón.

—Dios mío, es mi dedo favorito.

—Oiga —dijo—. Tengo que dejarla.

—¡Espere! Solo un minuto más. Tengo que saber algo de Maxine, en serio.

—No hay nada que saber. Se ha ido. No puedo decirle nada más.

Me senté en el coche y respiré profundamente. A partir de aquel momento iba a tener más cuidado en la cocina. Se acabó el hurgar en el triturador de basura para buscar tapones de botella. Se acabó el remover la ensalada de manera ostentosa.

Era demasiado tarde para visitar a más gente de la lista, así que me dirigí a casa. La temperatura había descendido varios grados y el aire que entraba por el techo solar era muy agradable. Crucé la ciudad, aparqué detrás de mi edificio de apartamentos y entré por la puerta trasera.

Rex dejó de correr en su rueda al verme entrar en la sala. Me miró moviendo los bigotes.

—No preguntes —le dije—. No te gustaría saberlo.

Rex era muy sensible a cosas como dedos amputados.

Mi madre me había dado un poco de pollo y tarta para que me llevara a casa. Partí un trocito de tarta y se la di a Rex. El lo metió en la bolsa de los carrillos y sus brillantes ojos negros casi se le salieron de las órbitas.

Probablemente yo había tenido el mismo aspecto unas horas antes, cuando Morelli me pidió un donut.

Siempre sé que es domingo porque me levanto con sensación de culpa. Esa es una de las cosas que molan de ser católica, es una experiencia polivalente. Si pierdes la fe, lo más probable es que mantengas la culpabilidad, o sea que no es como si estuvieras perdido del todo. Giré la cabeza para leer los números luminosos del despertador digital: las ocho. Todavía llegaba a misa. Debía ir. Los ojos se me cerraron con solo pensarlo.

La siguiente vez que los abrí eran las once. Cielos: demasiado tarde para ir a la iglesia. Me tiré de la cama y fui tambaleándome hasta el baño repitiéndome que no pasaba nada, porque a Dios le encanta perdonar cositas sin importancia, como faltar a misa. A lo largo de los años había ido evolucionando mi religión y construyéndome el

Dios Benévolo. Al Dios Benévolo tampoco le importaban insignificancias como decir tacos o contar mentiras. El Dios Benévolo miraba dentro de los corazones de la gente y sabía si era malvada o encantadora a un nivel cósmico. En mi mundo, Dios y Santa Claus no manipulaban las vidas. Claro que eso también significaba que no podías contar con ellos para perder peso.

Salí de la ducha y sacudí la cabeza como sistema para peinarme la cabellera. Me puse mi uniforme habitual de pantalones cortos de *lycra* y sujetador deportivo y lo completé con una camiseta de hockey de los Rangers. Le eché otra mirada al pelo y decidí que necesitaba un poco de ayuda, así que lo sometí al tratamiento del gel, el secador y la laca. Cuando acabé había ganado varios centímetros de altura. Me planté delante del espejo y adopté la postura de Wonder Woman, con las piernas separadas y los puños en las caderas. «Come mierda, cerdo», le dije al espejo. Y luego la pose de Escarlata, con la mano en el corazón y una sonrisa tímida.

Ninguna de las dos actitudes parecía lo más indicado para aquel día, así que me fui a la cocina a ver si encontraba mi identidad en la nevera. Estaba picoteando un poco de tarta de queso Sara Lee congelada cuando sonó el teléfono.

—Hola —dijo Eddie Kuntz.

—Hola —respondí yo.

—Tengo la carta de Maxine. He pensado que podría apetecerte verla.

Conduje hasta Muffet Street y encontré a Eddie Kuntz de pie en su minúsculo jardín, con las manos colgando y la mirada clavada en la ventana de la fachada. Esta estaba destrozada, con un gran agujero cuadrado en el centro y un sinfín de resquebrajaduras.

Cerré la puerta del coche dando un portazo, pero Kuntz no se volvió con el sonido, ni siquiera cuando me acerqué. Nos quedamos así durante unos instantes, uno al lado del otro, analizando la catástrofe del cristal.

—Buena puntería —dije.

El asintió.

—Justo en el centro. Maxine estuvo en el equipo de béisbol del instituto.

—¿Esto lo hizo ella anoche?

Asintió de nuevo.

—Me estaba metiendo en la cama. Apagué la luz y... ¡ZAS!, un ladrillo entró volando por mi ventana.

—Correo aéreo —dije.

—Sí, el puto correo aéreo. Mi tía está que se sube por las paredes. Es mi casera. Ella y tío Leo viven en la otra mitad de esta casa de mierda. La única razón de que no esté aquí mordiéndose los puños es porque está en misa.

—No sabía que estabas de alquiler.

—¿Qué? ¿Crees que yo elegiría estos colores para pintarla? ¿Es que te parezco

uno de esos tíos medio mariquitas?

No, por Dios. Los tíos medio mariquitas no creen que un siete en una camiseta sea un detalle de estilo.

Me entregó una hoja de papel.

—Esto estaba sujeto al ladrillo.

La carta estaba escrita a mano y dirigida a Kuntz. El mensaje era sencillo. Le decía que se había comportado como un gilipollas y que si quería sus cosas, iba a tener que jugar a la búsqueda del tesoro. Decía que la primera pista era «en el grande». Y luego había una serie de letras sin sentido.

—¿Qué significa esto? —le pregunté.

—Si lo supiera no te habría llamado, ¿no te parece? Ya habría salido a hacer la ruta. —Levantó las manos al aire—. Está como una cabra. Tenía que haberme dado cuenta de que estaba loca desde el primer momento. Le encantaban las historias de espías. Mientras me la tiraba por detrás ella veía películas de James Bond por la tele. ¿Te lo puedes creer?

Sí, hijo, sí.

—Tú te dedicas a esto, ¿no? —inquirió—. ¿Sabes todas esas cosas que hacen los espías? ¿Sabes descifrar códigos?

—No sé nada de las cosas que hacen los espías —le contesté—. Y no tengo ni idea de lo que pone aquí.

De hecho, no solo no sabía nada de las cosas que hacen los espías, ni siquiera sabía lo que hacen los cazarrecompensas. Me limitaba a improvisar sobre la marcha para pagar el alquiler a la espera de que me tocara la lotería.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Kuntz.

Volví a leer la nota.

—¿A qué cosas tuyas se refiere?

Me miró sin expresión durante un minuto.

—Cartas de amor —respondió por fin—. Le escribí algunas cartas de amor y quiero que me las devuelva. Ahora que hemos roto, no quiero que anden por ahí dando vueltas. Escribí algunas cosas de las que me avergüenzo.

Eddie Kuntz no parecía de esa clase de personas que escriben cartas de amor, pero nunca se sabe. De lo que aparecía capaz era de destrozar un apartamento.

—¿Fuiste al apartamento a buscar las cartas?

—Sí, pero estaba cerrado.

—¿No entraste a la fuerza? ¿No tenías la llave?

—¿Entrar a la fuerza? ¿Quieres decir si eché la puerta abajo?

—Ayer me pasé por el apartamento de Maxine. Alguien lo ha dejado hecho una ruina.

Otra mirada sin expresión.

—No sé nada de eso.

—Creo que hay alguien que busca algo. ¿Es posible que Maxine tuviera drogas?

Se encogió de hombros.

—Con Maxine nunca se sabe. Ya te he dicho que está como una cabra.

Estaba bien saber que Maxine se encontraba por la zona, pero no podía alegrarme demasiado de tener una nota que no sabía lo que decía. Y, desde luego, no quería saber nada más de la vida sexual de Kuntz.

Me echó un brazo por los hombros y se arrimó a mí.

—Voy a dejar las cosas claras, bomboncito. Tengo que recuperar esas cartas. Y puede que incluso valgan algo para mí. ¿Sabes lo que quiero decir? Solo porque estés trabajando para ese tío de las fianzas no significa que no puedas trabajar para mí también, ¿verdad? Te pagaré bien. Lo único que tienes que hacer es dejarme hablar con Maxine antes de entregársela a la policía.

—Alguna gente lo consideraría un doble juego.

—Mil dólares —dijo Kuntz—. Es mi última oferta. La tomas o la dejas.

Le ofrecí mi mano.

—Hecho.

Pues sí, se me puede comprar. Pero por lo menos no soy barata. Y, además, era por una buena causa. Eddie Kuntz no me gustaba especialmente, pero podía entender lo de las cartas de amor embarazosas, ya que yo también había escrito algunas. Las había dirigido a mi repugnante exmarido y mil dólares me parecería un precio justo para recuperarlas.

—Necesito llevarme la nota —le dije.

Me la entregó y me dio un puñetazo en el hombro.

—A por ellos.

La nota decía que la primera pista era «en el grande». Observé el lío de letras que le seguía y no pude descubrir ninguna clave. No me sorprendió, dado que me faltaba el cromosoma de los jeroglíficos y no era capaz de resolver ni los rompecabezas pensados para niños de nueve años. Afortunadamente, vivía en un edificio repleto de gente de la tercera edad que se pasaban el día sentados haciendo crucigramas. Y aquello era una especie de crucigrama, ¿o no?

Mi primera opción fue el señor Kleinschmidt, del 315.

—Oh —exclamó el señor Kleinschmidt al abrir la puerta—. Si es la temeraria cazarrecompensas. ¿Has atrapado a algún criminal hoy?

—Todavía no, pero estoy en ello. —Le pasé la nota del correo aéreo—. ¿Puede usted descifrar esto?

El señor Kleinschmidt sacudió la cabeza.

—Yo hago crucigramas. Esto es una sopa de letras. Pregúntaselo a Lorraine Klausner, la del primer piso. Ella hace sopas de letras.

—Hoy en día todo el mundo se especializa.

—Si Mickey Mouse volara sería el Pato Donald.

No estaba segura de lo que quería decir, pero le di las gracias, bajé dos tramos de escalera y estaba a punto de apretar el timbre de Lorraine cuando se abrió la puerta.

—Sol Kleinschmidt me acaba de llamar para contarme lo del mensaje en clave —dijo—. Pasa. He sacado unas galletas.

Ya en la mesa de la cocina, me senté en un silla enfrente de ella y la observé trabajar en el mensaje secreto.

—No es exactamente una sopa de letras —señaló concentrada en la nota—. No sé cómo se resuelve esto. Solo hago sopas de letras. —Dio unos golpecitos con el dedo en la mesa—. Conozco a alguien que podría ayudarte, pero...

—¿Pero qué?

—Mi sobrino Salvatore tiene un don especial para este tipo de cosas. Desde que era pequeñito ha sido capaz de resolver toda clase de acertijos. Uno de esos dones inexplicables.

Me quedé mirándola expectante.

—Pero es que a veces puede ser muy raro. Creo que está pasando una de esas fases inconformistas.

Esperaba que no tuviera un *piercing* en la lengua. Cuando hablo con una persona que lleva un de esos tengo que esforzarme para no hacer sonidos guturales.

—¿Dónde vive?

Me escribió su dirección en el revés de la nota.

—Es músico y casi siempre trabaja por las noches, o sea que ahora tendría que estar en casa, pero tal vez sea mejor que le llame antes.

Salvatore Sweet vivía en un edificio alto que daba al río. La fachada era de hormigón y cristal. Tenía unos espacios verdes mínimos pero bien cuidados. El portal estaba recién pintado y enmoquetado en tonos malvas y grises; poco que ver con el paraíso de un inconformista. Y tampoco parecía ser de renta baja.

Subí en el ascensor hasta el piso noveno y llamé al timbre de Sweet. Un instante después se abrió la puerta y me encontré cara a cara con una mujer muy fea o un chico muy gay.

—Tú debes de ser Stephanie.

Asentí con la cabeza.

—Yo soy Sally Sweet. La tía Lorraine me llamó para decirme que tenías un problema.

Iba vestido con pantalones ajustados de cuero negro sujetos a los lados por cintas de cuero que dejaban a la vista un trozo de carne pálida desde el tobillo hasta la cadera, y un corsé de cuero con pechos cónicos que matarían de envidia a Madonna. Medía casi dos metros subido a las sandalias de plataforma. Tenía una gran nariz aguileña, rosas rojas tatuadas en los bíceps y, gracias a Dios, no llevaba ningún *piercing* en la lengua. Se había puesto una peluca rubia a lo Farrah Fawcett, pestañas postizas y carmín marrón brillante. Las uñas iban pintadas a tono con los labios.

—Puede que no sea un buen momento... —dije.

—Como cualquier otro.

No sabía qué decir ni adonde mirar. La verdad es que resultaba fascinante, como

cuando no puedes dejar de mirar un accidente de coche.

Se miró a sí mismo.

—Probablemente estarás pensando en el modelo.

—Es muy bonito.

—Sí. Me han hecho el corsé a medida. Soy el guitarra solista de los Adorables. Y te voy a decir una cosa: es superjodido que la manicura te dure un puto fin de semana cuando se es guitarrista. Si hubiera sabido cómo me iban a ir las cosas, habría elegido la puta batería.

—Pues parece que te las arreglas bien.

—Mi segundo nombre es éxito. Hace dos años era de lo más machote y tocaba con los Perros Aulladores. ¿Has oído hablar de ellos?

Sacudí la cabeza.

—No.

—Nadie ha oído hablar de los putos Perros Aulladores. Joder, vivía en un puto arcón en el callejón de detrás de la puta Pizza Romanos. He sido punk, *funk*, *grunge* y R&B. He estado con los Pompis Bailones, los Pozos, los Menores Mendigos y los Perros Aulladores. Estos últimos son con los que más tiempo he estado. Fue una experiencia muy deprimente, joder. No podía soportar aquellas putas canciones sobre putos corazones rotos de los cojones y de putos peces de colores que van al puto cielo. Y encima tenía que parecer un puto vaquero de los huevos. Vamos a ver, ¿cómo puedes sentir respeto por ti mismo si tienes que salir al escenario con un sombrero vaquero?

Yo era bastante buena soltando tacos, pero creo que no me podía comparar con Sally. Ni en mi mejor día podría meter tantas palabrotas en una frase.

—Chico, tú sí que sabes jurar —dije.

—No se puede ser un puto músico sin jurar, joder.

Yo sabía que eso era cierto, porque había visto algunos rockumentales en la MTV. Los ojos se me fueron hacia su pelo.

—Pero ahora llevas una peluca de Farrah Fawcett. ¿No es un poco como llevar un sombrero vaquero?

—Sí, pero esto es una puta declaración de principios. Es políticamente correcto, joder. Mira, esto habla del hombre sensible. Saca mi rollo femenino del armario. Y lo exhibo diciendo: aquí lo tenéis.

—Ya, ya.

—Y, además, estoy ganando un pastón que te cagas. Con esto sí que he acertado. Es el año de las drag queens. Somos como una puta invasión. —Me quitó la nota de la mano y la estudió—. No solo tengo contratos firmados para todos los fines de semana de los dos próximos años... Además, me meten billetes en las putas bragas. Tengo tanto dinero que no sé lo que hacer con él.

—O sea, que me imagino que estás encantado de ser gay.

—Bueno, entre tú y yo, la verdad es que no soy gay.

—Solo te travistes.

—Sí. Algo así. A ver, no me importaría ser un poco gay. Por ejemplo, supongo que podría bailar con un chico, pero no estoy dispuesto a hacer nada con el culo.

Asentí. Yo pensaba lo mismo de los hombres.

Cogió un bolígrafo de una mesa auxiliar e hizo unas marcas en la nota.

—Lorraine dice que eres cazarrecompensas.

—Casi nunca le disparo a nadie —contesté.

—Joder, si yo fuera cazarrecompensas le dispararía a todo el puto mundo. —Dejó de garabatear en el papel y me lo devolvió—. A lo mejor te cuesta creerlo, pero de pequeño era un poco raro.

—¡No!

—Sí. Siempre estaba como... colgado. Por eso me pasaba mucho tiempo hablando con Spock. Y él y yo nos mandábamos mensajes en clave el uno al otro.

—¿Te refieres al Spock de Star Trek?

—Sí, a ese mismo. Joder, Spock y yo éramos íntimos. Nos comunicamos por código todos los días durante años. Pero nuestros códigos sí que eran difíciles. Este es demasiado fácil. No es más que una serie de letras con un poco de mierda por medio: «Rojo, verde y azul. En el Pollo en el Balde te espera la pista».

—Conozco el Pollo en el Balde —dije—. Está a un paso del despacho de fianzas.

Los contenedores de basura que había en el aparcamiento del Pollo en el Balde eran rojo, verde y azul. El verde y el azul eran para reciclar papel y aluminio. El rojo, el más grande, se destinaba a la basura orgánica. Podía apostar mi recompensa a que la pista estaba en el de la orgánica.

Un segundo hombre apareció en la puerta. Iba impecablemente vestido con Dockers y una camisa de botones perfectamente planchada. Era más bajo que Sweet, alrededor de un metro setenta y cinco. Era delgado y sin un solo pelo, como un Chihuahua calvo, con ojos castaños escondidos detrás de unas gafas de cristal grueso y una boca que parecía demasiado ancha, demasiado sensual para su cara pequeña y su naricilla respingona.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Esta es Stephanie Plum —dijo Sally—. La que ha mandado Lorraine.

El segundo hombre alargó la mano.

—Gregory Stern. Todos me llaman Sugar.

—Sugar y yo somos compañeros de piso —aclaró Sally—. Estamos juntos en la banda.

—Soy la fulana del grupo —dijo Sugar—. Y a veces canto.

—Siempre he querido cantar en un grupo —señalé—. Pero no sé cantar.

—Estoy seguro de que sí sabrías —contestó Sugar—. Apuesto lo que sea a que serías estupenda.

—Será mejor que te vistas —le dijo Sally a Sugar—. Vas a llegar tarde otra vez.

—Tenemos una actuación esta tarde —me explicó Sugar—. Un banquete de

bodas.

Madre mía.

El Pollo en el Balde se encuentra en Hamilton. Asienta sus reales en un cubo de cemento con ventanas en tres de sus paredes. Y es más conocido por el gigantesco pollo giratorio empalado en un poste de diez metros que hay en el aparcamiento que por su deliciosa comida.

Entré en el aparcamiento y me detuve a poca distancia del contenedor rojo. La temperatura debía de ser de unos cuarenta grados con un cien por cien de humedad. Llevaba el techo abierto y cuando paré el coche sentí que el calor caía sobre mí a plomo. Tal vez si encontraba a Nowicki podría hacer que me arreglaran el aire acondicionado, o incluso pasar unos días en la playa... o pagar el alquiler y evitar el desahucio.

Fui hasta el contenedor pensando en pedir algo de comer. Dos trozos de pollo con ensalada de col más una galleta y un refresco extra grande me sonaba bien.

Miré por encima del borde del contenedor, solté un resoplido involuntario y retrocedí varios pasos. La mayor parte de la basura se hallaba en bolsas, pero algunas estaban rotas y habían desparramado su contenido como las entrañas de un animal atropellado. La peste de las verduras descompuestas y el pollo putrefacto emanaba del contenedor y me hizo replantearme la comida, e incluso mi trabajo. De ninguna manera iba a hurgar en aquella porquería para buscar una estúpida pista.

Volví al coche y llamé a Eddie Kuntz por el teléfono móvil.

—He descifrado la nota —le dije—. Estoy en el Pollo en el Balde y aquí hay otra pista. Creo que es mejor que vengas a verlo con tus propios ojos.

Media hora después irrumpía en el aparcamiento. Yo estaba sentada en mi coche, metiéndome mi tercera Coca-Cola *light* gigante y sudando como un pollo. Kuntz parecía fresco y relajado en su nuevo deportivo con aire acondicionado de serie. Había cambiado los pantalones cortos sudados de la mañana por una camiseta de rejilla negra y pantalones cortos de *lycra* que no hacían demasiado por ocultar al señor Morcillón, dos cadenas de oro al cuello y unas zapatillas Air Jordan nuevas que parecían del número cincuenta y ocho.

—Qué arreglado —le dije.

—Tengo que mantener mi imagen. No me gusta decepcionar a las nenas.

Le entregué la nota descifrada.

—La siguiente pista está en el contenedor rojo.

Se acercó al contenedor, asomó la cabeza por el borde y reculó.

—Huele que apesta. A lo mejor te convendría cambiarte de ropa antes de meterte ahí.

—¿Qué? ¿Estás loca? No me voy a poner a revolver en toda esa mierda.

—Es tu nota.

—Sí, pero te he contratado a ti —replicó.

—No me has contratado para bucear en contenedores de basura.

—Te he contratado para encontrarla. Y eso es todo lo que quiero. Solo quiero que la encuentres.

Llevaba dos buscas enganchados en sus pantalones elásticos. Uno de ellos pitó y mostró un mensaje. El leyó el mensaje y suspiró.

—Chicas —dijo—. Nunca tienen bastante.

Vale. Probablemente era de su madre.

Fue hasta su coche e hizo un par de llamadas desde el teléfono que tenía en él. Cuando acabó de hablar volvió a mi lado.

—Bueno —concluyó—, ya me he ocupado de todo. Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí y esperar a Carlos. Me quedaría contigo, pero tengo cosas que hacer.

Le vi alejarse y luego me volví y, escudriñando fuera del aparcamiento, grité:

—Eh, Maxine. ¿Estás por ahí? —Si hubiera sido yo me habría gustado ver a Kuntz escarbando en la basura—. Escucha —continué—, era una buena idea, pero no ha funcionado. ¿Qué te parece que te invite a un par de trozos de pollo?

Maxine no salió de las sombras, así que me senté en el coche y esperé a Carlos. Unos veinte minutos después entraba en el aparcamiento una camioneta con una pala mecánica. El conductor puso en marcha la pala, la acercó al contenedor y le metió un extremo por debajo. El contenedor se volcó a cámara lenta y cayó sobre el pavimento como un dinosaurio muerto. Las bolsas de basura se estrellaron contra el suelo y reventaron, y una jarra de cristal rebotó en el asfalto, rodó entre las bolsas y vino a pararse a unos metros de donde yo me encontraba. Alguien había escrito «pista» en su superficie con un rotulador indeleble.

El conductor de la camioneta me miró.

—¿Eres Stephanie?

Yo estaba observando fijamente, como transfigurada, al contenedor y el desastre que se extendía a mis pies, y el corazón me latía a un ritmo endiablado.

—Ajá.

—¿Quieres que esparza la basura un poco más?

—¡No!

Había gente de pie junto a la puerta y asomada a las ventanas del Pollo en el Balde. Dos chavales universitarios vestidos con el uniforme rojo y amarillo del Pollo llegaron corriendo hasta la excavadora.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué están haciendo? —gritó uno de ellos.

—Eh, no te cagues encima —le dijo el conductor—. La vida es demasiado corta.

Subió la pala mecánica otra vez a la camioneta, se puso al volante, nos dedicó un saludo militar y se marchó.

Todos nos quedamos allí de pie, sin saber qué decir.

El chaval se volvió hacia mí.

—¿Le conoce?

—No —dije—. No le había visto en mi vida.

Me encontraba a menos de un kilómetro de mi apartamento, por lo que agarré la jarra, me metí en el coche y me fui a casa. Durante todo el camino estuve mirando por encima del hombro, medio esperando que me siguiera acechante la patrulla verde.

Abrí la puerta y le grité a Rex:

—Otro de esos días.

El hámster estaba dormido en su lata de sopa y no me contestó, así que me fui a la cocina y me preparé un *sandwich* de mantequilla de cacahuete y aceitunas. Abrí una cerveza y me puse a estudiar el nuevo mensaje mientras comía. Intenté descubrir palabras clave o letras salteadas, pero me parecía un enorme embrollo y no me decía nada. Al final me rendí y llamé a Sally. Su teléfono sonó tres veces y saltó el contestador automático: «Sally y Sugar no estamos en casa, pero nos encantaría hablar contigo, así que deja un mensaje».

Dejé mi nombre y número de teléfono y volví a analizar la nota. Como a las tres tenía los ojos fritos y no había tenido noticias de Sally, decidí ir de puerta en puerta preguntando a los ancianos. El señor Kleinschmidt me aseguró que no era un crucigrama. Lorraine me explicó que no era una sopa de letras. El señor Markowitz me dijo que estaba viendo la tele y que no tenía tiempo para aquellas tonterías.

Cuando regresé a mi cocina, la luz del contestador estaba parpadeando.

El primer mensaje era de Eddie Kuntz.

—Bueno, ¿dónde está?

Y nada más. Eso era todo el mensaje.

—Menudo soplagaitas —le espeté al contestador.

El segundo mensaje era de Ranger:

—Llámame.

Ranger es hombre de pocas palabras. Un cubano norteamericano, antiguo miembro de las Fuerzas Especiales, que más vale tener como amigo que como enemigo y es el cazarrecompensas número uno de Vinnie. Marqué su número y me preparé a escuchar jadeos. A veces eso era todo lo que se escuchaba.

—¿Qué pasa? —dijo Ranger.

—¿Qué pasa contigo?

—Necesito que me ayudes a atrapar a un fugitivo.

Esto significaba bien que Ranger quería reírse un buen rato o que necesitaba una mujer blanca como señuelo. Si necesitara ayuda física de verdad no me llamaría. El conocía a gente que se liaría a tortas con Terminator por un paquete de Camel y la perspectiva de pasar un buen rato.

—Necesito sacar a un NGT de un edificio y yo no tengo lo que hace falta —explicó.

—¿Y qué es exactamente lo que te falta?

—Una piel blanca y aterciopelada apenas oculta por una falda corta y un jersey ajustado. Hace dos días Sammy el Cojo estiró la pata. Le están velando en Leoni y el hombre que busco, Kenny Martin, ha ido a presentar sus respetos.

—¿Y por qué no esperas a que salga?

—Está con su madre, con su hermana y con su tío Vito. Yo supongo que han planeado salir todos a la vez y no quiero tener que enfrentarme con toda la familia Grizolli para atrapar a ese sujeto.

No me extraña. La tierra estaba sembrada de restos de personas que habían intentado enfrentarse con la familia de Vito Grizolli.

—La verdad es que ya tenía planes para esta noche —respondí—, entre los que se incluye vivir un poco más de tiempo.

—Lo único que quiero es que le saques a la calle. A partir de ahí ya me encargo yo.

Oí que colgaba, pero de todas formas le grité al teléfono:

—¿Qué te pasa? ¿Estás chiflado?

Quince minutos más tarde ya estaba encaramada a los diez centímetros de mis sandalias, de esas que te hacen parecer a la Bruja Buena de Putilandia. Me embutí en un vestido escotado de punto negro que había comprado con la intención de perder un par de kilos, me embadurné las pestañas con montones de rímel negro y me realcé el canalillo rellenando el sujetador con unas bolas de gomaespuma.

Ranger estaba esperando en Roebing, a media manzana de la funeraria. No se volvió cuando me detuve en el bordillo, pero pude ver que no me quitaba ojo por el espejo retrovisor. Al acercarme a él me sonrió.

—Bonito ese casi vestido que llevas. ¿Alguna vez se te pasado por la cabeza cambiar de profesión?

—Todo el tiempo. Lo estoy pensando ahora mismo.

Ranger me entregó una foto.

—Kenny Martin. Veintidós años. Un fracasado de primera. Acusado de robo a mano armada. —Eché una mirada al bolso que llevaba colgado al hombro—. ¿Vas armada?

—Sí.

—¿Está cargada?

Metí la mano en el bolso y revolví en su contenido.

—No estoy segura, pero creo que tengo algunas balas por aquí perdidas...

—¿Esposas?

—Las esposas están seguro.

—¿*Spray* de defensa?

—Sí, lo llevo.

—A por ellos, fiera.

Crucé la calle contoneándome y subí igual los escalones de acceso a la funeraria Leoni. Un pequeño grupo de italianos estaba fumando en el porche delantero. Cuando aparecí las conversaciones se interrumpieron y el grupo se abrió para dejarme pasar.

En el vestíbulo había más gente. Ninguno de ellos era Kenny Martin. Pasé a la sala uno, en la que estaban velando a Sammy el Cojo, que vacía tranquilamente en un ataúd de caoba tallada. Había montones de flores y de mujeres italianas. A nadie parecía afectarle mucho la muerte de Sammy. No había ni viuda sedada, ni madre desconsolada, ni rastro de Kenny.

Le dije adiós a Sammy y crucé el pasillo subida en mis tacones. Al fondo había un pequeño saloncito que daba a la parte de atrás y Kenny Martin se encontraba junto a la puerta fumándose un cigarrillo. Al otro lado de la puerta había un paseo cubierto y más allá, en algún lugar, se hallaba Ranger.

Me apoyé en la puerta enfrente de Kenny y sonreí.

—Hola.

Clavó los ojos en las bolas de gomaespuma.

—¿Has venido a ver a Sammy?

Negué con la cabeza.

—A la señora Kowalski, la de la sala dos.

—No pareces muy apenada. —Me encogí de hombros—. Si estuvieras muy apenada, te consolaría. Sé muchas maneras de consolar a una mujer.

Levanté una ceja.

—¿Hum?

Medía como un metro ochenta y pesaría unos sólidos ochenta kilos. Llevaba un traje azul oscuro y camisa blanca con el botón superior abierto.

—¿Qué se te ofrece, nena? —preguntó.

Le miré de arriba abajo como si me gustara lo que estaba viendo.

—¿Cómo te llamas?

—Kenny. Kenny Martin «el Macho».

Kenny el Macho. ¡Uhh! Pescozón mental. Alargué la mano.

—Stephanie.

En vez de darme un apretón, enlazó sus dedos con los míos y se acercó más a mí.

—Qué nombre tan bonito.

—Iba a salir a tomar un poco el aire. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí, claro. Aquí no hay más que gente muerta. Incluso la gente viva está muerta, ¿sabes lo que quiero decir?

Una niña se nos acercó corriendo por el pasillo.

—Kenny, mamá dice que ya nos tenemos que ir.

—Dile que voy dentro de un instante.

—¡Ha dicho que te lleve ahora mismo!

Kenny levantó las palmas de las manos, un gesto que revelaba la inutilidad de discutir. Todo el mundo sabe que nunca se gana con una madre italiana.

—¿Podría llamarte alguna vez? —me preguntó—. A lo mejor podemos vernos más tarde.

Nunca subestimes el poder de una bola de gomaespuma.

—Claro. ¿Por qué no salimos y te apunto mi teléfono? Necesito un poco de aire fresco, en serio.

—¡Ahora mismo! —gritó la chiquilla.

Kenny le hizo un amago a la niña y ella se dio la vuelta y salió corriendo a buscar a su madre, chillando con toda su alma.

—Tengo que irme —dijo Kenny.

—Un segundo. Te voy a dar mi tarjeta de visita. —Metí la cabeza en el bolso, rebuscando el *spray* de defensa. Si no podía conseguir que saliera conmigo de buen grado, le rociaría con el *spray* y le arrastraría fuera.

Oí más pasos en la alfombra y al levantar la mirada vi que una mujer se dirigía hacia nosotros. Era delgada y guapa, con el pelo rubio y corto. Llevaba un traje gris y zapatos de tacón, y su expresión se volvió seria al verme con Kenny.

—Ahora me doy cuenta de lo que pasa —le espetó—. Tu madre me manda a buscarte, pero ya veo que te has metido en un lío.

—No hay ningún lío —replicó Kenny—. Dile que no se agobie tanto.

—Ah, sí —suspiró la mujer—. Le voy a decir a tu madre que no se agobie. Esa sí que es buena. —Me miró a mí, luego a Kenny y sonrió—. No te enteras, ¿verdad? —le preguntó al chico.

Yo seguía buscando el *spray*. Cepillo para el pelo, linterna, envase de viaje de tampones... Maldita sea, ¿dónde estaba el aerosol?

—¿No me entero de qué? —inquirió Kenny—. ¿De qué estás hablando?

—¿Es que nunca lees los periódicos? Esta es Stephanie Plum, la que incendió la funeraria el año pasado. Es cazarrecompensas.

Vaya, hombre.

Tres

Kenny me dio un trompazo en el hombro que me hizo retroceder un par de pasos.

—¿Es verdad lo que está diciendo Terry? ¿Eres una cazarrecompensas?

—¡Eh! —advertí—. Quítame las manos de encima.

Me dio otro empujón que me puso contra la pared.

—A lo mejor hay que darte una lección para que aprendas a no jugar con Kenny.

—A lo mejor hay que darte una lección a ti para que aprendas a no faltar a un juicio.

Seguía rebuscando en el bolso, pero no encontraba el puñetero *spray* de defensa, así que saqué un bote de laca de fijación extra fuerte y se la eché por toda la cara.

—Auuu —se quejó Kenny dando un salto para atrás y llevándose las manos a la cara—. Puta, esto te va a costar caro. Te voy a... —Se retiró las manos—. Oye, espera un momento. ¿Qué es esta mierda?

La sonrisa de Terry se ensanchó.

—Te ha echado laca, Kenny.

La niña y una mujer mayor se acercaron por el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber la mujer.

Entonces apareció un hombre mayor, Vito Grizolli, como si acabara de escaparse del rodaje de El padrino.

—Le han echado laca a Kenny —explicó Terry a todos—. Se ha defendido como un valiente, pero no ha tenido fuerza suficiente para protegerse de la fijación extra.

La madre se volvió hacia mí.

—¿Ha sido usted la que le ha hecho esto a mi hijo?

Intenté no suspirar, pero se me escapó un soprido. Hay días en que una no debería salir de la cama.

—Soy agente de cumplimiento de fianzas —expliqué—. Trabajo para Vincent Plum. Su hijo no se presentó a su juicio y ahora tengo que llevármelo para que le den fecha y revisen su caso.

La señora Martin tomó aire y se enfrentó con Kenny.

—¿Es verdad eso? ¿No te presentaste al juicio? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que no te enteras de nada?

—Es todo una mierda.

La señora Martin le dio un pescozón en un lado de la cabeza.

—¡Cuidadito con lo que dices! ¿Y qué forma de vestir es esa? —me regañó a mí—. Si fueras hija mía no te dejaría salir de casa.

Me retiré un poco antes de que me diera otro pescozón a mí.

—Jóvenes —dijo Vito Grizolli—. ¿Dónde vamos a ir a parar?

Un hombre que se cargaba a gente con cierta regularidad.

Señaló a Kenny sacudiendo el dedo.

—Deberías haberte presentado al juicio. Pórtate como un hombre. Ahora te vas a

ir con ella y deja que los abogados hagan su trabajo.

—Me ha entrado laca en un ojo —protestó el chico—. Me llora. Necesito un médico.

Le abrí la puerta para que saliera.

—No seas tan llorica —le dije—. A mí me entra laca en los ojos todos los días.

Ranger nos esperaba bajo el entoldado. Llevaba una camiseta negra y pantalones negros de comando metidos en unas botas negras. Tenía un cuerpo como el de Schwarzenegger, el pelo oscuro pegado hacia atrás y una sonrisa de doscientos vatos. Era insoportablemente *sexy*, tan cuerdo como Batman y un cazarrecompensas de primera.

Me ofreció los doscientos vatos de golpe.

—Y bonito detalle lo del *spray*.

—No empecemos.

Cuando me desperté el lunes por la mañana me sentía impaciente. Quería seguir adelante con el caso de Maxine Nowicki, pero estaba estancada con la pista. Miré la nota una vez más y sentí que la frustración me reconcomía. Sally Sweet no me había devuelto la llamada. Me moría por llamarle otra vez, pero solo eran las ocho de la mañana y pensé que seguramente las drag queens no fueran muy madrugadoras.

Iba por mi segunda taza de café cuando sonó el teléfono.

—Soy yo —dijo Sally.

Le leí la nota por teléfono letra a letra.

Silencio.

—¿Sally?

—Estoy pensando. Estoy pensando. Me he pasado la noche en pie, meneando el culo en plan *sexy*. No es nada fácil, ¿sabes?

Oí gritos al fondo.

—¿Qué pasa?

—Es Sugar. Ya tiene el desayuno preparado.

—¿Sugar te hace el desayuno?

—Estoy hablando por teléfono con Stephanie —gritó a su vez.

—Vaya, yo no tengo quien me haga el desayuno.

—Lo que tienes que hacer es vivir con un chico gay —repuso Sally—. Les va el rollo ese de la cocina.

Habría que tenerlo en cuenta.

—No quiero molestarte mientras desayunas —me excusé—. Voy a estar en casa una hora más y luego me voy a la oficina. Cuando la descifres llámame allí, o puedes dejarme un mensaje en el contestador.

—Lo que mande, bwana.

Me di una ducha y me vestí para otro día sofocante. Le puse agua fresca a Rex y

más comida para hamsters, que ni siquiera se molestaba en olisquear.

Me colgué el bolso de cuero negro del hombro, cerré la puerta y bajé las escaleras hasta el vestíbulo. Fuera, el asfalto humeaba y el sol empezaba a palpitar en un cielo turbio. Fui escuchando a Savage Garden todo el camino hasta la oficina y llegué exultante porque había tenido buen karma de tráfico y había encontrado todos los semáforos en verde.

Connie estaba inclinada sobre un expediente cuando entré en el despacho. Llevaba el pelo negro cardado alrededor de la cara, como un decorado de cine que solo tiene fachada. Todo por delante y nada por detrás, magníficamente peinada mientras no se diera la vuelta.

—Si quieres hablar con él, no está —dijo.

Lula se asomó por encima de un parapeto de archivadores.

—Hoy tiene una cita de mediodía con una cabra. Lo he visto en su calendario.

—¿Y cómo van las cosas? —preguntó Connie—. ¿Se sabe algo del caso Nowicki?

Les pasé una copia de la nota a ambas.

—Tengo una nota suya que está escrita en una especie de código.

—A mí no me mires —proclamó Lula—. Los códigos no son una de mis especialidades.

Connie hundió dos dientes en su repintado labio inferior.

—Puede que los números sean realmente letras.

—Ya lo he pensado, pero no he conseguido ningún resultado.

Todas nos quedamos un rato mirando la nota.

—Puede que no signifique nada —propuso Lula—. Puede que sea una broma.

Asentí. Esa era una posibilidad.

—Ayer ayudé a Ranger a hacer una detención —comenté—. Kenny Martin.

Connie soltó una risita.

—¿El sobrino de Vito Grizolli? Seguro que fue muy divertido.

—Había una mujer con él que no logro recordar quién es. Sé que la he visto antes, pero no caigo.

—¿Cómo es?

—Delgada, guapa, con pelo corto rubio. Le llamaron Terry.

—Terry Gilman —respondió Connie—. Era Terry Grizolli. Estuvo casada con Billy Gilman durante unas seis horas y se ha quedado con el nombre.

—¡Terry Grizolli! ¿Esa era Terry Grizolli?

Terry Grizolli era dos años mayor que yo y había estado rondando a Joe Morelli todo el tiempo que estuvimos en el instituto. La eligieron reina del curso y había provocado un escándalo al elegir a Joe como pareja del baile. Después de acabar el instituto ella se había convertido en animadora profesional de los Gigantes de Nueva York.

—No la he visto desde hace años —expliqué—. ¿A qué se dedica ahora? ¿Sigue

siendo animadora?

—Dicen los rumores que trabaja con Vito. Tiene un montón de dinero sin ningún trabajo conocido.

—¿Me estás diciendo que es una especie de gángster?

—Afirmativo —confirmó Connie.

La puerta de la calle se abrió y todas nos volvimos. Lula fue la primera que recuperó la voz.

—Un pendiente impresionante.

Un loro se balanceaba en el aro de oro que colgaba de la oreja de Sally.

—Me lo dieron en la costa —dijo él—. Compras un par de tangas y te regalan el pendiente. —Se echó la mano al culo y tiró de la tela—. Joder, no sé cómo pueden llevar estos tangas. Me están produciendo hemorroides.

No llevaba la peluca Farrah Fawcett y su pelo era un amasijo de prietos rizos de color castaño oscuro, algo así como un rasta sin los mechones apelmazados. Llevaba vaqueros cortos, una camiseta blanca, zuecos rojos y una manicura nueva con esmalte plateado.

—Este es Sally Sweet —les dije a Connie y Lula.

—Me lo imagino —respondió Lula.

Sally me entregó la traducción del mensaje codificado y miró alrededor.

—Creí que habría carteles de «Se busca» por las paredes y armarios llenos de pistolas.

—Esto no es Dodge City —replicó Lula—. Aquí tenemos un poco de clase. Las pistolas las guardamos en el cuarto del fondo, con el perverso.

Leí la nota: «132 de Howser Street. Bajo el banco».

—Esa es la dirección de la madre de Maxine.

Sally se desplomó en el sofá.

—Cuando era pequeño veía las películas de Steve McQueen en la tele. Ese sí que era un cazarrecompensas.

—Y tan escurridizo... —añadió Lula—. Era la leche.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Sally—. ¿Vamos a Howser Street?

Una sospecha me congeló el estómago. ¿Vamos?

Lula cerró el cajón del archivador de un golpe.

—Esperad. ¡No vais a ir a ningún sitio sin mí! Suponed que algo vaya mal. Suponed que necesitáis una mujer grande y robusta como yo para imponer un poco de respeto.

Lula me gusta mucho, pero la última vez que trabajamos juntas engordé más de tres kilos y casi me arrestan por dispararle a un tipo que ya estaba muerto.

—Yo me voy a Howser Street —afirmé—. Yo sola. Una persona. Steve McQueen trabajaba solo.

—No quiero parecer ofensiva —respondió Lula—, pero tú no eres Steve McQueen. Y si te pasa algo te alegrarás de tenerme cerca. Además, será divertido, las

dos trabajando juntas en un caso otra vez...

—Las tres —dijo Sally—. Yo también voy.

Lula le echó un vistazo a la casa de la señora Nowicki.

—No parece que la mamá de Maxine le dedique muchas horas a las labores del hogar.

Estábamos en el Firebird de Lula, con Sally haciendo que tocaba la guitarra en el asiento de atrás para acompañar la música de rap que sonaba. Lula apagó el motor, la música calló y Sally se puso en posición de firmes.

—Parece un poco de terror —dijo Sally—. Chicas, vosotras lleváis armas, ¿verdad?

—No —repuse yo—. No necesitamos armas para recoger una pista.

—Qué putada. Me imaginaba que ibais a tirar la puerta a patadas y a entrar en la casa a la fuerza. Ya sabéis: dar unos puñetazos aquí y allá.

—Tienes que bajar la dosis de drogas del desayuno —le señaló Lula—. Si sigues así se te van a caer todos los pelos de la nariz.

Me solté el cinturón de seguridad.

—Hay un pequeño banco de madera en el porche. Con un poco de suerte no necesitaremos entrar en la casa.

Cruzamos el césped seco y Lula probó el primer escalón del porche, deteniéndose donde crujía bajo su peso. Pasó al siguiente y esquivó los tablones que estaban claramente podridos.

Sally la seguía de rodillas. Clonk, clonk, clonk, hacían sus zuecos. No era exactamente un travesti discreto.

Cada uno de ellos agarró un extremo del banco y lo volcaron.

No había ninguna nota pegada al fondo.

—Puede que se la haya llevado el viento —sugirió Lula.

No soplaba ni una brizna de aire en todo Jersey, pero miramos por los alrededores por si acaso, levantando aire por el jardín.

La nota no estaba.

—Nada —dijo Lula—. Nos la han metido doblada.

Debajo del porche había un espacio hueco, cerrado con una rejilla de madera. Me puse a cuatro patas y escudriñé a través del alambre.

—La nota decía: «Bajo el banco». Podía querer decir «bajo el porche», que está debajo del banco.

Fui al coche y saqué una linterna de la guantera. Regresé al porche, me tiré al suelo y barrí con el haz de luz todo el suelo de tierra. Como era de esperar, había una jarra de cristal justo debajo de la zona del porche donde se encontraba el banco.

Dos ojos amarillos deslumbrados por la luz se quedaron un momento quietos y luego salieron corriendo.

—¿La ves? —quiso saber Lula.

—Sí.

—¿Y bien?

—Ahí debajo hay ojos. Ojillos redondos y amarillos. Y arañas. Cientos de arañas. Lula tuvo un escalofrío.

Sally se volvió a ajustar el tanga.

—Yo iría a por ella, pero una mujer tan grande como yo no cabe —se disculpó Lula—. Es una pena que no haya un poco más de espacio.

—Yo creo que cabes.

—No, sé que no entro.

Pensé en las arañas.

—Puede que yo tampoco quepa.

—Yo sí que cabría —dijo Sally—, pero no pienso hacerlo. He pagado veinte dólares por la manicura y no me la voy a joder reptando por debajo de un porche infestado de ratas.

Me volví a agachar para echarle otro vistazo.

—Tal vez podríamos meter un rastrillo y arrastrar la jarra.

—No —dijo Lula—. Un rastrillo no sería lo bastante largo. Tendrías que manejarlo desde aquí fuera y está demasiado lejos. Y además, ¿de dónde vas a sacar un rastrillo?

—Se lo podemos pedir a la señora Nowicki.

—Sí, claro —respondió Lula—. Por la pinta que tiene este jardín, debe de dedicar mucho tiempo a su cuidado. —Se puso de puntillas y miró por una de las ventanas de la casa—. Lo más probable es que ni siquiera esté en casa. Tendría que haber salido al vernos trasteando por su porche. —Se desplazó hasta otra ventana y pegó la nariz al cristal—. Ah-ah.

—¿Qué? —Odiaba aquellas exclamaciones.

—Será mejor que veas esto.

Sally y yo corrimos hasta la ventana y pegamos las narices al cristal.

La señora Nowicki estaba tirada en el suelo de la cocina. Tenía una toalla ensangrentada enrollada a la cabeza y, abandonada a su lado, había una botella de Jack Daniels vacía. Llevaba un camisón de algodón y sus pies descansaban con las puntas hacia fuera.

—A mí me parece que está muerta —dijo Lula—. Si quieres un rastrillo tendrás que buscarlo en otro sitio.

Golpeé en la ventana.

—¡Señora Nowicki!

La señora Nowicki no movió un músculo.

—Creo que acaba de ocurrir —conjeturó Lula—. Si llevara más tiempo ahí tirada y con este calor, se habría hinchado como una pelota. Habría reventado. Y veríamos vísceras y gusanos por todas partes.

—Odio perderme las vísceras y los gusanos —añadió Sally—. Tal vez deberíamos volver dentro de un par de horas.

Me separé de la ventana y fui hacia el coche.

—Tenemos que llamar a la policía.

Lula iba pegada a mis talones.

—Ahórrate la parte de «nosotros». La policía me produce urticaria.

—Ya no eres puta. No tienes que temer nada de ellos.

—Es uno de esos traumas imborrables —explicó Lula.

Diez minutos después, dos coches patrulla se detuvieron en el bordillo detrás de mí. Cari Costanza salió del primero, me miró y sacudió la cabeza. Conozco a Cari Costanza desde la escuela preparatoria. Era el típico chaval flacucho, con el pelo mal cortado y suelto de lengua. En los últimos años había ganado algo de peso y había dado con un buen peluquero. Seguía teniendo la lengua suelta, pero, sobre todo, era una bellísima persona y un buen policía.

—¿Otro cadáver? —preguntó—. ¿Estás intentando batir un récord? ¿El de mayor número de cadáveres encontrados por una sola persona en Trenton?

—Está en el suelo de la cocina. No hemos entrado en la casa. La puerta está cerrada.

—¿Cómo sabes que está tirada en el suelo si la puerta está cerrada?

—Estaba mirando por la ventana y...

Cari levantó una mano.

—No me lo cuentes. No quiero saberlo. Siento haberlo preguntado.

El poli del segundo coche se había acercado a la ventana y estaba de pie junto a ella, con las manos en el cinturón.

—Es cierto que está tirada en el suelo —confirmó mirando al interior. Dio unos golpes en la ventana—. ¡Eh, señora! —Se volvió hacia nosotros y el sol le hizo entornar los ojos—. Yo creo que está muerta.

Cari fue a la puerta principal y llamó.

—Señora Nowicki, somos de la policía. —Llamó más fuerte—. Señora Nowicki, vamos a entrar.

Le dio a la puerta un buen golpe con el puño, la madera de medio podrida saltó hecha astillas y la puerta se abrió de par en par.

Entré en la cocina detrás de Cari y me quedé observando mientras él se agachaba junto a la señora Nowicki y le tomaba el pulso, buscando algún signo de vida.

En el fregadero había más trapos empapados de sangre y un cuchillo ensangrentado en la encimera. Yo había sospechado en primer lugar de un disparo, pero no se veía ninguna pistola, ni señales de lucha.

—Será mejor que llames a una ambulancia —le dijo Cari al segundo poli—. No sé exactamente lo que tenemos entre manos.

Sally y Lula habían tomado posiciones contra la pared.

—¿Qué te parece? —le preguntó Lula a Cari.

Este se encogió de hombros.

—Poca cosa. Parece que está bien muerta.

Lula asintió.

—Eso mismo he pensado yo. En cuanto la he visto he dicho: «Joder, esa mujer está muerta».

El segundo poli se fue a llamar a una ambulancia y Lula se acercó cautelosamente a la señora Nowicki.

—¿Qué crees que le ha pasado? Apuesto a que se cayó y se dio un golpe en la cabeza, y luego se la envolvió en una toalla y la diñó.

A mí eso me parecía razonable... salvo por el cuchillo con sangre y los mechones de pelo pegados.

Lula se inclinó a examinar la toalla enrollada como si fuera un turbante.

—Debe de haberse dado un buen coscorrón. ¡Qué cantidad de sangre!

Normalmente, cuando la gente muere sus cuerpos evacuan y enseguida se extiende el mal olor. La señora Nowicki no olía a muerte. La señora Nowicki olía a Jim Beam.

Carl y yo estábamos cayendo en la cuenta de aquella rareza, mirándonos el uno al otro de reojo, cuando la señora Nowicki abrió un ojo y lo clavó en Lula.

—¡Ahhh! —gritó Lula saltando para atrás y echándose encima de Sally—. ¡Se le ha abierto un ojo!

—Para verte mejor —carraspeó la señora Nowicki con voz aguda, a un paquete del cáncer de pulmón.

Cari se puso en el campo de visión de la señora Nowicki.

—Creíamos que estaba muerta.

—Todavía no, tesoro —respondió la mujer—. Pero te confieso que tengo un dolor de cabeza de mil demonios. —Levantó la mano y palpó la toalla—. Ah, sí, ya me acuerdo.

—¿Qué pasó?

—Fue un accidente. Estaba intentando cortarme el pelo, se me fue la mano y me hice una herida. Sangraba bastante, así que me envolví la cabeza en una toalla y di unos cuantos chupitos terapéuticos a la botella. —Se sentó con gran esfuerzo—. Después de eso, no sé qué pasó.

Lula se puso una mano en la cadera.

—Yo creo que se acabó la botella y perdió el conocimiento. Creo que tomó un chupito terapéutico de más.

—A mí me parece que no ha tomado suficientes —murmuró Sally—. Me gustaba más muerta.

—Necesito un cigarrillo —dijo la señora Nowicki—. ¿Alguien tiene uno?

Oí coches aparcando fuera y pasos en la sala. El segundo policía entró precediendo a un hombre de traje.

—No está muerta —explicó Cari.

—A lo mejor sí lo estaba —dijo Lula—. Puede que sea una de esas muertas vivientes.

—Puede que tú seas una de esas chaladas como cabras —dijo la señora Nowicki.

Fuera parpadeaban las luces de una ambulancia y dos enfermeros entraron en la cocina.

Salí disimuladamente al porche, y de allí al jardín. No tenía especial interés en estar presente cuando le quitaran la toalla.

—No sé tú —dijo Lula—, pero yo ya me puedo ir de esta fiesta.

No me pareció mala idea. Cari sabía dónde encontrarme si tenía que hacerme alguna pregunta. De todas maneras, aquello no parecía ser ningún delito. Borracha se rebana la cabeza con un cuchillo y pierde el conocimiento. Probablemente es de lo más normal.

Nos metimos en el Firebird y volvimos a la oficina. Me despedí de Lula y de Sally, me puse al volante de mi CRX y me fui a casa. Cuando las cosas se calmaran un poco volvería con algún cacharro largo para recuperar la jarra. No tenía ganas de explicarles a los polis lo de las pistas.

Mientras, podía hacer algunas llamadas de teléfono. Solo había tocado una parte de la lista de Eddie Kuntz. No estaría de más ponerme en contacto con el resto de los nombres.

Cuando llegué a casa me encontré en el portal con la señora Williams, una de las vecinas.

—Tengo una especie de zumbido tremendo en los oídos —dijo—. Y estoy como atontada.

Otra vecina, la señora Balog, estaba junto a ella recogiendo el correo.

—Son las arterias que se endurecen. A Evelyn Krutchka, la del tercero, le pasa mucho. Tengo entendido que las arterias casi se le han vuelto de piedra.

La mayoría de mis vecinos eran ancianos. Había un par de madres solteras con sus niños, Ernie Wall y su novia, May, y otra mujer de mi edad que solo hablaba español. Éramos el sector de la sociedad de ingresos escasos e inseguros. No nos interesaban ni el tenis ni sentarnos junto a la piscina. En general formábamos un grupo tranquilo y pacífico, armado hasta los dientes sin razón aparente, violentos solo cuando estaba en juego un buen sitio para aparcar.

Subí al segundo por las escaleras, con la esperanza de que tuviera algún efecto en la tarta que me había comido en el desayuno. Entré en el apartamento y acto seguido giré a la izquierda para meterme en la cocina. Metí la cabeza en la nevera y revolví un poquito, en busca del almuerzo perfecto. Tras unos minutos me decidí por un huevo duro y un plátano.

Me senté a la mesa del comedor, que en realidad es una pequeña estancia en un lado del salón, y me comí el huevo mientras repasaba la lista de nombres y empresas que me había proporcionado Kuntz. Primero llamé a la lavandería a la que iba Maxine. No, no la habían visto últimamente, no tenía que recoger nada de ropa. Llamé a mi prima Marion, que trabajaba en el banco de Maxine, y le pregunté por sus últimas operaciones. No había hecho ingresos recientes, me dijo. Y su última

operación había sido dos semanas antes, cuando retiró trescientos dólares de un cajero automático.

El último nombre de la lista era un Seven Eleven del norte de Trenton, a quinientos metros de la casa de Kuntz y mamá Nowicki. La encargada de noche acababa de entrar cuando llamé. Me contó que una mujer que se ajustaba a la descripción de Maxine había estado allí la noche anterior. La recordaba bien porque era una cliente habitual. Era muy tarde y casi no había nadie en la tienda. Estuvo muy charlatana y le mitigó un poco el tedio.

Metí la foto de Maxine en mi bolso y me dirigí al Seven Eleven a confirmar la identificación. Aparqué de morro en el bordillo delante de la tienda y miré a la caja desde el otro lado del ventanal. Había cuatro hombres en la cola, tres de ellos todavía de traje, derrengados por el calor y el trabajo de todo el día. Cuando atravesé la puerta solo quedaban dos. Esperé a que acabaran antes de presentarme a la mujer.

Ella me ofreció la mano.

—Helen Badijian. Soy la encargada de noche. Hemos hablado por teléfono.

Llevaba el pelo castaño recogido en una trenza que le llegaba hasta los omóplatos y su cara estaba limpia de maquillaje, con la excepción de una raya negra alrededor de los ojos.

—No me he enterado bien por teléfono. ¿Usted trabaja con la policía?

Normalmente intento evitar responder a esa pregunta.

—Agente de cumplimiento de fianzas —respondí, dejando que Helen pensara lo que quisiera. Yo no mentiría respecto a mi filiación a la policía. No es buena idea suplantar a un policía. Pero si alguien me confundía porque no había prestado atención... no era culpa mía.

Helen miró la foto de Maxine y asintió con la cabeza.

—Sí, es ella. Solo que ahora está mucho más bronceada.

Ya sabía dos cosas: que Maxine estaba viva y que tenía tiempo para tomar el sol.

—Compró un par de paquetes de cigarrillos —prosiguió Helen—. Mentolados. Y una Coca-Cola grande. Dijo que tenía que conducir mucho rato. Le pregunté si iba a comprar un cupón de lotería, porque eso es lo que hace habitualmente... compra uno todas las semanas. Me dijo que no, que ya no necesitaba ganar la lotería.

—¿Algo más?

—Eso fue todo.

—¿Se fijó en el coche que llevaba?

—Lo siento, no me fijé.

Le dejé mi tarjeta y le pedí que me llamara si Maxine volvía a aparecer. Me imaginé que la tarjeta iría a la papelera tan pronto como pusiera el coche en marcha. En general, la gente habla conmigo cuando la tengo frente a frente, pero no está dispuesta a dar un paso más definitivo, como hacer una llamada de teléfono. Llamar por teléfono es como dar un soplo, y dar un soplo no mola.

Salí del aparcamiento y pasé con el coche por delante de los lugares

significativos: la casa de Margie, el apartamento de Maxine, la casa de Kuntz, la de la señora Nowicki y el restaurante. Estaba ansiosa por recuperar la última pista, pero había gente en Howser Street. La vecina de la señora Nowicki estaba regando el jardín. Un par de chavales saltaba el bordillo de la acera con sus monopatines. Pensé que sería mejor esperar hasta que anoheciera. En dos horas más el sol se pondría y todos entrarían en sus casas. Entonces yo podría maniobrar en la oscuridad sin tener que contestar a ninguna pregunta.

Regresé a mi apartamento y me encontré con Joe Morelli sentado en el suelo del pasillo, junto a mi puerta, con las patas estiradas cuan largas eran y los tobillos cruzados. Tenía una bolsa de papel marrón al lado y todo el pasillo olía a albóndigas y salsa marinara.

Le lancé mi mirada de mudo desconcierto.

—He pasado a saludarte —dijo poniéndose de pie.

Yo bajé la mirada a la bolsa. El sonrió.

—La cena.

—Huele bien.

—Bocatas de albóndigas de Pino's. Todavía están calientes. Acabo de llegar.

En circunstancias normales no dejaría que Morelli entrara en mi apartamento, pero sería un pecado contra todo lo sagrado rechazar las albóndigas de Pino's.

Abrí la puerta y Morelli entró detrás de mí. Tiré el bolso en la mesita de la entrada y pasé a la cocina. Saqué dos platos del armario de la vajilla y los puse en la encimera.

—Me cuesta creer que esto sea una visita estrictamente social.

—Tal vez no estrictamente —repuso Morelli tan cerca de mí que noté su aliento en la nuca—. Se me ocurrió que podían interesarte las últimas noticias sobre el estado de salud de la madre de Maxine Nowicki.

Puse los bocadillos en los platos y repartí la bandeja de ensalada de col.

—¿No me irá a quitar el apetito?

Morelli fue a la nevera a por una cerveza.

—La arrancaron el cuero cabelludo, como en las viejas películas de indios y vaqueros. Pero en esta ocasión no fue suficiente como para matarla.

—¡Es asqueroso! ¿Quién haría una cosa así?

—Buena pregunta. Nowicki se niega a decirlo.

Llevé los platos a la mesa.

—¿Y no hay huellas en el cuchillo?

—Ni una.

—¿Ni siquiera de la señora Nowicki?

—Exacto. Ni siquiera de ella.

Me comí el bocadillo mientras pensaba en aquel último giro de los acontecimientos. Desollada. Ugh.

—Tú estás buscando a su hija —prosiguió Morelli. Afirmación, no pregunta.

—Sí.

—¿Crees que podría haber alguna relación?

—Hace dos días me entrevisté con una de las amigas de Maxine del restaurante. Llevaba un aparatoso vendaje en una mano. Me dijo que se había cercenado un dedo en la cocina sin querer.

—¿Cómo se llama esa amiga?

—Margie no sé qué. Vive en Barnet. Trabaja en el turno de noche del Silver Dollar.

—¿Hay alguna otra mutilación que debiera conocer?

Probé la ensalada de col.

—No. Eso es todo. Ha sido una semana muy sosa.

Morelli se quedó mirándome.

—Me estás ocultando algo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo noto.

—No notas nada.

—Sigues enfadada conmigo por no llamar.

—¡No estoy enfadada! —Pegué un puñetazo en la mesa que hizo que la botella de cerveza diera un salto.

—Quise llamarte —añadió Morelli.

Me levanté y recogí los platos y los cubiertos.

—Eres un desecho humano.

—Ah, ¿sí? Pues tú eres aterradora, joder.

—¿Me estás diciendo que te doy miedo?

—Cualquier hombre en su sano juicio te tendría miedo. ¿Te acuerdas del rollo aquel de la letra escarlata? Pues tú deberías llevar un tatuaje en la frente que dijera: «Mujer peligrosa. Manténgase a distancia».

Entré como una fiera en la cocina y tiré los platos sobre la encimera.

—Pues soy una persona encantadora. —Me volví hacia él y entrecerré los ojos—. ¿Qué tengo de peligrosa?

—Cantidad de cosas. Tienes ese aire, como si estuvieras deseando ponerte a elegir cortinas para la cocina.

—¡No tengo ningún aire! ¡Y si lo hiciera no serían las cortinas de tu cocina!

Morelli me arrinconó contra la nevera.

—Y además está el modo en que haces que mi corazón se acelere cuando te exaltas como ahora. —Se inclinó sobre mí y me besó detrás de la oreja—. Y tu pelo... Me encanta tu pelo. —Me volvió a besar—. Un pelo peligroso, cariño.

Oh, cielos.

Puso las manos en mi cintura y deslizó una rodilla entre las mías.

—Un cuerpo peligroso. —Sus labios rozaron mi boca—. Unos labios peligrosos.

Esto no tenía que pasar. Yo había decidido que no pasara.

—Escucha, Morelli, te agradezco el bocadillo de albóndigas y todo eso, pero...

—Cállate, Stephanie.

Y me besó. Su lengua tocó la mía y pensé: «Bueno, qué narices, quizá soy peligrosa, quizá esto no sea una mala idea». Después de todo, hubo un tiempo en que lo que más deseaba del mundo era un orgasmo provocado por Morelli. Y aquí estaba mi ocasión. No es como si fuera un desconocido. Y no se podía decir que no me lo mereciera.

—Tal vez deberíamos ir al dormitorio —propuse. Para alejarnos de los cuchillos afilados en caso de que algo saliera mal y me dieran ganas de apuñalarle.

Morelli llevaba vaqueros y una camiseta azul marino. Debajo de esta se ocultaban un busca y una pistola del calibre treinta y ocho. Se quitó el busca y lo metió en la nevera. Echo el cerrojo de la puerta de la calle y se quitó los zapatos en el vestíbulo.

—¿Y la pistola? —le pregunté.

—La pistola se queda. Esta vez no me detendrá nada. Si cambias de parecer te pego un tiro.

—Humm, pero está el tema de la seguridad.

Se llevó la mano a la cremallera.

—Vale. La dejaré en la mesilla de noche.

—No me refería a la pistola.

Morelli detuvo el avance de la cremallera.

—¿No estás tomando la píldora?

—No. —No me parecía que un polvo cada milenio lo justificara.

—Y qué me dices de...

—Tampoco tengo ni uno de esos.

—Mierda —gruñó Morelli.

—¿No llevas ninguno en la cartera?

—Te costará creerlo, pero a los polis no se nos exige llevar condones de emergencia.

—Sí, pero...

—No tengo dieciocho años. Ya no me lo hago con nueve de cada diez mujeres que conozco.

Aquello me animó un poco.

—Supongo que no te apetecerá decirme la proporción actual.

—En este momento, cero de cero.

—Podíamos probar con una bolsa de plástico.

Morelli sonrió.

—Sí que me tienes ganas.

—Locura transitoria.

Su sonrisa se amplió.

—No lo creo. Hace años que me tienes ganas. Nunca has superado el deseo de que te tocara cuando tenías seis años.

Noté que la boca se me abría involuntariamente y la cerré de inmediato y me encaré con él, apretando los puños para no estrangularle.

—¡Eres un pedazo de gilipollas!

—Ya lo sé —dijo Morelli—. Es genético. Menos mal que soy una monada.

Morelli era muchas cosas. Una monada no era una de ellas. Los cocker spaniel son una monada. Los patucos de bebé son una monada. Morelli podía hacer hervir el agua con la mirada. «Monada» era un adjetivo demasiado suave para describirle.

Se me arrimó y me agarró del pelo.

—Iría corriendo a la tienda, pero me da la impresión de que, al volver, me encontraría tu puerta cerrada con llave.

—Hay muchas probabilidades.

—Bueno, entonces supongo que solo podemos hacer una cosa.

Me estremecí.

Cuatro

Morelli se acomodó en el salón y se apropió del mando a distancia.

—Podemos ver el partido: juegan los Yankees. ¿Tienes algún tipo de helado?

Me llevó seis segundos recuperar la voz.

—Polos de frambuesa.

—Perfecto.

Me había sustituido por un polo de frambuesa y no parecía importarle lo más mínimo. Yo, por mi parte, tenía ganas de destrozar algo. Morelli tenía razón: le deseaba ardientemente. Puede que también tuviera razón en lo de las cortinas, pero no quería regodearme en ese tema. Era capaz de aceptar la lujuria, pero la sola idea de querer establecer una relación con Morelli me helaba la sangre en las venas.

Le di su polo y me senté en el hipermullido sillón, sin poder confiar en mí misma lo suficiente como para compartir el sofá. Me preocupaba que me agarrara a su pierna como un perro en celo.

Sobre las nueve y media empecé a mirar el reloj. No dejaba de pensar en la pista que había debajo del porche de la señora Nowicki y me preguntaba cómo iba a conseguir alcanzarla. Podía pedirles prestado el rastrillo a mis padres. Y podía alargar el mango con alguna otra cosa. Seguramente tendría que utilizar la linterna, y eso suponía trabajar deprisa, porque la gente podía ver la luz. Si esperaba hasta las dos de la mañana las posibilidades de que hubiera alguien despierto y pudiera verme se reducían en gran medida. Por otro lado, un haz de luz a esas horas era mucho más sospechoso que a las diez de la noche.

—Vale —dijo Morelli—, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué no paras de mirar el reloj?

Bostecé y me estiré.

—Se está haciendo tarde.

—Son las nueve y media.

—Me acuesto temprano.

Morelli chasqueó la lengua varias veces.

—No deberías mentirle a un policía.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué tipo de cosas?

—Nada en especial. Cosas..., sencillamente.

Se oyó un golpe en la puerta y los dos miramos en la dirección del sonido.

Morelli me miró de forma inquisitiva.

—¿Esperas a alguien?

—Seguramente será la señora Bestler, la del tercero. A veces se olvida de dónde vive. —Aplicué el ojo a la mirilla—. No. No es la señora Bestler.

La señora Bestler no tenía una abundante melena roja como la de Annie, la huerfanita. La señora Bestler no se vestía de cuero negro ajustado. Los pechos de la

señora Bestler no tenían forma de cucuruchos de helado.

Me giré hacia Morelli.

—Supongo que no te parecerá bien esconderte en el dormitorio un momento o dos...

—Ni muerto —contestó—. No me perdería esto por nada del mundo.

Descorrí el cerrojo y abrí la puerta.

—No sé por qué hago esto —comenzó a hablar Sally—. Estoy medio enganchado con esta historia de los cazarrecompensas.

—La emoción de la caza —repuse.

—Sí. Es eso. Es la puta caza. —Me puso una jarra delante de la cara—. He vuelto para recuperar la pista. Pedí prestado uno de esos plumeros de mango largo. He descodificado la nota, pero no sé lo que quiere decir.

—¿A la gente que había por allí no le ha parecido extraño lo que hacías?

—Cuando tienes esta pinta nadie te pregunta nada. Les basta con que no esté bailando agarrado con su tío Fred en el jardín de su casa. —Levantó la barbilla unos centímetros para echar una mirada a Joe—. ¿Y ese quién es?

—Es Joe Morelli. Ya se iba.

—Todavía no me voy —replicó Morelli.

Sally dio un paso hacia él.

—Si ella dice que te vas, yo creo que te vas.

Morelli se balanceó sobre los talones y sonrió.

—¿Me vas a obligar tú?

—¿Crees que no puedo?

—Lo que creo es que alguien debería ayudarte a elegir los sujetadores. Este año se llevan las líneas redondeadas.

Sally bajó la mirada a sus cucuruchos.

—Son mi distintivo. Estoy ganando una fortuna con estas cositas.

Levantó la mirada y le propinó un puñetazo a Morelli en la barriga.

—Uf —masculló Morelli. Luego estrechó los ojos y se lanzó sobre Sally.

—¡No! —grité interponiéndome entre ellos.

Tras unos instantes de tira y afloja, recibí un golpe en la barbilla y caí al suelo como un fardo de arena. Los dos hombres se inclinaron para levantarme.

—Atrás —exclamé apartándolos a manotazos—. No me toquéis ninguno de los dos. No necesito ayuda de dos imbéciles infantiles.

—Se ha metido con mis pechos —se excusó Sally.

—Eso te pasa por tener pechos —le espeté—. La gente se mete con ellos. Vete acostumbrando.

Joe fulminó a Sally con la mirada.

—¿Quién eres tú? ¿Y qué pasa con esa jarra?

Sally alargó la mano.

—Sally Sweet.

Joe estrechó la mano que se le ofrecía.

—Joe Morelli.

Se quedaron así durante un par de segundos y percibí que un rubor empezaba a teñir las mejillas de Sally. Las venas del cuello de Morelli se hincharon. Sus manos permanecían unidas y sus cuerpos se empujaban en un rígido combate. Los muy subnormales estaban echando un pulso.

—Ahora sí —exclamé—. Voy a por mi pistola. Y le voy a pegar un tiro al que gane.

Sus ojos se deslizaron en dirección a mí.

—Lo cierto es que tengo que irme —dijo Sally—. Esta noche tengo una actuación en la costa y Sugar me está esperando en el coche.

—Es músico —le expliqué a Morelli.

Este dio un paso hacia atrás.

—Siempre es un placer conocer a los amigos de Stephanie.

—Sí —repuso Sally—, es un placer de la hostia.

Morelli sonreía cuando cerré la puerta y eché el cerrojo.

—Nunca me decepcionas —dijo.

—¿A qué ha venido ese combate de lucha libre?

—Estábamos jugando. —Miró a la jarra—. Háblame de esto.

—Maxine Nowicki le está dejando pistas a Eddie Kuntz. Una especie de juego motivado por la venganza. Y ahí es donde interviene Sally. Se le da bien descifrar códigos. —Abrí la jarra, saqué el papel y leí el mensaje—: «En nuestro sitio. El miércoles a las tres».

—Tienen un sitio —prosiguió Morelli—. Me pone otra vez romántico. Tal vez debería ir de una carrera a la farmacia.

—Supón que fueras a la farmacia. ¿Cuántos comprarías? ¿Comprarías uno? ¿Comprarías los suficientes para un mes? ¿Comprarías una caja entera?

—Ay, madre —contestó Morelli—. Estás hablando de cortinas, ¿verdad?

—Solo quiero dejar las cosas claras.

—¿Qué te parecería ver qué pasa día a día?

—Me parece bien —respondí. Supongo yo.

—O sea, que si voy a la farmacia, ¿me dejarás que vuelva a entrar?

—No. Se me han quitado las ganas.

La verdad es que, de pronto, me sentía bastante irritable. Y por alguna extraña razón, la imagen de Terry Gilman no dejaba de aparecérseme en la cabeza.

Morelli me recorrió la mandíbula con un dedo jugueteando.

—Estoy seguro de que podría hacer que te volvieran las ganas.

Crucé los brazos sobre el pecho y le miré con los ojos entornados.

—No lo creo.

—Hummm —concluyó Morelli—, puede que no.

Se estiró y se metió en la cocina, donde sacó el busca de la nevera.

—Estás de mal humor porque no quiero comprometerme.
—¡No es verdad! ¡De ninguna manera quiero que te comprometas!
—Qué mona te pones cuando mientes.
Señalé la puerta con el brazo rígido.
—¡Fuera!

A la mañana siguiente podía haber llamado a Eddie Kuntz para contarle el último mensaje, pero quería hablar con él cara a cara. El apartamento de Maxine Nowicki había sido arrasado y dos personas relacionadas con ella mutiladas. Empezaba a pensar que tal vez alguien quería encontrarla por algo más que unas cartas de amor. Y tal vez ese alguien fuera Eddie Kuntz.

Kuntz estaba lavando el coche cuando llegué a su casa. Había puesto una radio portátil en la acera y escuchaba una de esas emisoras que hacen humor machista. Al verme, se detuvo y apagó la radio.

—¿La has encontrado?

Le di la nota con la traducción.

—He encontrado otro mensaje.

El lo leyó y emitió un sonido de fastidio.

—Nuestro sitio —dijo—. ¿Qué querrá decir con eso?

—¿No sabías que teníais un sitio favorito?

—Teníamos cantidad de sitios. ¿Cómo demonios voy a saber a qué sitio se refiere?

—Piénsalo.

Eddie Kuntz se quedó mirándome fijamente y me pareció notar un cierto olor a goma quemada.

—Probablemente se refiera al banco —conjeturó—. La primera vez que nos vimos fue en el parque y ella estaba sentada en un banco, mirando al agua. Se pasaba la vida hablando de aquel banco como si fuera una especie de altar o algo así.

—Anda.

Kuntz levantó las manos.

—Mujeres.

Un Lincoln Town Car se detuvo junto a la acera. Carrocería azul marino, cristales ahumados, media manzana de largo.

—La tía Betty y el tío Leo —comentó Eddie.

—¿Los del cochazo?

—Sí. A veces se lo pido prestado para ganar unos pavos extra.

No estaba segura de si se refería a que llevaba gente o a que la atropellaba.

—Tenía entendido que eras cocinero de profesión. Pero parece que pasas mucho tiempo en casa.

—Porque en este momento no tengo trabajo.

—¿Cuándo trabajaste como cocinero por última vez?

—No sé. Esta mañana. Me preparé una tostada. ¿A ti que te importa?

—Pura curiosidad.

—Intenta ser curiosa respecto a Maxine.

La tía Betty y el tío Leo se acercaron a nosotros.

—Hola —dijo la mujer—. ¿Eres la nueva chica de Eddie?

—Una conocida —le contesté.

—Pues espero que acabes siendo su chica. Eres italiana, ¿verdad?

—Medio italiana y medio húngara.

—En fin, nadie es perfecto —repuso ella—. Pasa y toma un poco de pastel. He comprado un bizcocho delicioso en la pastelería.

—Va a ser otro día sofocante —dijo tío Leo—. Menos mal que tenemos aire acondicionado.

—Vosotros tenéis aire —se quejó Kuntz—. Mi mitad no lo tiene. Hace más calor que en el infierno.

—Me voy para dentro —se despidió el tío—. Este calor es insoportable.

—No te olvides del bizcocho —dijo Betty siguiendo los pasos de Leo—. Pasa a tomarlo cuando te apetezca.

—Bueno, estarás haciendo algo más para encontrar a Maxine, ¿verdad? —inquirió Kuntz—. Quiero decir que no estarás solo esperando las pistas.

—He estado repasando la lista de nombres y negocios que me diste. La encargada del Seven Eleven me dijo que Maxine se pasó por allí el sábado por la noche. Hasta el momento no la ha visto nadie más.

—Joder, está todo el tiempo por aquí dejando esas estúpidas pistas. ¿Por qué no la ve nadie? ¿Quién cono es? ¿El puto Fantasma de la Opera?

—La encargada del Seven Eleven dijo algo que se me quedó grabado. Maxine solía comprar siempre un cupón de lotería, pero esta vez le dijo que ya no necesitaba ganar la lotería.

La boca de Kuntz se tensó.

—Maxine es una lunática. ¿Quién sabe lo que estará pensando?

Tuve la sospecha de que Eddie Kuntz sabía exactamente lo que Maxine estaría pensando.

—Tienes que estar en ese banco mañana a las tres —le ordené a Kuntz—. Te llamaré por la mañana para quedar definitivamente.

—No sé si me gusta esto. Tiró una piedra a mi ventana. Nadie sabe qué más puede hacer. Imagina que se le ocurre matarme.

—Tirar una piedra a una ventana no es lo mismo que matar a una persona. —Me quedé observándole durante unos segundos—. ¿Tiene algún motivo para querer matarte?

—Presenté una denuncia contra ella. ¿No es una buena razón?

—Para mí no lo sería. —Con aquel fracasado no merecía la pena ni perder el

tiempo—. Claro, que no sé qué pensará Maxine.

Dejé a Kuntz jugueteando con su radio. No estoy segura de por qué sentí el impulso de verle en persona. Supongo que porque quería mirarle a los ojos y descubrir si le había arrancado la cabellera a la madre de Maxine. Por desgracia, la experiencia me ha demostrado que los ojos están muy sobrevalorados como espejos del alma. Lo único que pude ver en los de Eddie Kuntz fue el nivel de alcohol consumido la noche anterior, que, según pude comprobar, había sido demasiado.

Pasé por delante de la casa de la señora Nowicki y no vi señales de vida. Las ventanas estaban cerradas, las persianas echadas. Aparqué el coche y me dirigí a la puerta. Nadie contestó a mi llamada.

—Señora Nowicki —la llamé en voz alta—. Soy Stephanie Plum.

Llamé una vez más y estaba a punto de marcharme cuando en la puerta se abrió una rendija.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó la señora Nowicki.

—Me gustaría que habláramos.

—¿Qué suerte tengo.

—¿Puedo pasar?

—No.

Tenía toda la cabeza vendada. Iba sin maquillaje ni cigarrillo y parecía mucho más vieja que su auténtica edad.

—¿Cómo tiene la cabeza? —inquirí.

—Ha estado peor.

—Me refiero al corte.

Levantó los ojos al cielo.

—Ah, eso...

—Necesito saber quién lo hizo.

—Lo hice yo.

—Vi la sangre, y también el cuchillo. Y estoy segura de que no se lo hizo usted misma. Alguien vino a buscar a Maxine. Y acabó haciéndola daño.

—¿Quieres conocer mi declaración? Vete a pedírsela a los polis.

—¿Sabía usted que Margie, la amiga de Maxine, recibió una visita y le amputó un dedo?

—¿Y tú crees que el mismo fulano hizo las dos cosas?

—Me parece razonable. Y creo que sería mejor para Maxine que la encuentre yo antes de que lo haga él.

—La vida es una mierda —exclamó la señora Nowicki—. Pobre Maxie. No sé qué es lo que hizo. Ni sé dónde está. De lo que sí estoy segura es de que está metida en un buen lío.

—¿Y el sujeto?

—Me dijo que si hablaba volvería para matarme. Y le creo.

—Es estrictamente confidencial.

—Es lo mismo. No puedo decirte nada concreto. Eran dos. Me di la vuelta y los vi de repente en la cocina. De altura media, constitución media. Iban con abrigos y medias en la cara. Incluso llevaban esos guantes de látex de usar y tirar como los que utilizan en los hospitales.

—¿Cómo eran sus voces?

—Solo habló uno y no tenía nada especial en la voz. Ni vieja ni joven.

—¿Le reconocería si le volviera a oír?

—No lo sé. Como ya te he dicho, no tenía nada de especial.

—¿Y no sabe dónde se encuentra Maxine?

—Lo siento. No lo sé.

—Vamos a intentarlo de otra manera. Si Maxine no estuviera viviendo en su apartamento y no tuviera que ir a trabajar todos los días... ¿dónde iría?

—Eso está claro. Iría a la costa, a respirar un poco de brisa marina y a jugar en el paseo marítimo.

—¿Seaside o Point Pleasant?

—Point Pleasant. Siempre va a Point Pleasant.

Tenía sentido. Justificaba su bronceado y el hecho de que no apareciera por Trenton.

Le di mi tarjeta.

—Llámeme si sabe algo de Maxine o se le ocurre algo que pudiera ser importante. Cierre bien las puertas y no hable con desconocidos.

—La verdad es que estaba pensando irme a casa de mi hermana en Virginia.

—Me parece una buena idea.

Giré a la izquierda por Olden y vi en el retrovisor un Jeep Cherokee negro. Los Cherokees negros son muy populares en Jersey. No es un tipo de coche que normalmente me llame la atención, pero desde algún lugar en las profundidades de mi calculadora mental subconsciente algo me dijo que había visto aquel coche más veces de lo normal. Pasé de Olden a Hamilton, y de allí a St. James. Aparqué en el estacionamiento de casa y me giré buscando el Cherokee, pero había desaparecido. Coincidencia, me dije. Imaginación desbordante.

Subí a mi apartamento de una carrera, comprobé el contestador, me puse un traje de baño, metí una toalla, una camiseta y un protector solar en una bolsa de lona, me embutí en unos pantalones cortos y salí hacia la playa.

El agujero del tubo de escape seguía aumentando, así que subí el volumen de Metallica. Llegué a Point Pleasant en menos de una hora y luego perdí veinte minutos buscando un sitio barato donde aparcar en la calle. Al final encontré un lugar a dos manzanas del paseo marítimo.

Cuando uno vive en Jersey la playa no es suficiente. A la gente de Jersey le sobra la energía. Necesitan hacer cosas. Precisan de una playa con paseo marítimo. Y el paseo marítimo tiene que estar lleno de tiovivos, juegos y puestos de comida basura. Añádase un minigolf, y un puñado de tiendas que vendan camisetas con dibujos

ofensivos. La vida no ofrece mucho más.

Y lo mejor es el olor. Me han contado que hay lugares en los que el mar tiene un olor fuerte y salobre. En Jersey el mar huele a bronceador con perfume de coco y salchichas italianas con guarnición de cebolla y pimiento frito, a buñuelos fritos y a perritos calientes con chile picante. El aroma es embriagador y exótico, y se propaga por el calor que emite la multitud de cuerpos recalentados al sol que transitan por el paseo.

Las olas rompen en la playa y su sonido se mezcla con el rítmico sonido de los mecanismos de los juegos y el agudo chillido de los aventureros que se precipitan en las atracciones.

Estrellas del *rock*, carteristas, nativos, chulos, camellos, embarazadas en bikini, futuros astronautas, políticos, pringados, tipos patibularios y hordas de familias que conducen coches nacionales y comen comida italiana pueblan la costa de Jersey.

Cuando era pequeña, mi hermana y yo nos subíamos al carrusel y al látigo y comíamos algodón de azúcar y helados de vainilla. Entonces yo tenía un estómago de acero, pero Valerie siempre se ponía enferma mientras volvíamos a casa y vomitaba en el coche. Cuando crecí, la costa era un lugar para conocer chicos. Y ahora me encuentro aquí de búsqueda. ¿Quién habría podido imaginarlo?

Me detuve en un puesto de helados y saqué la foto de Maxine.

—¿Ha visto a esta mujer?

Nadie podía asegurarlo.

Caminé luego por debajo del paseo de madera mostrando la foto y repartiendo tarjetas. Comí unas patatas fritas, un trozo de *pizza*, dos porciones de pastel de chocolate, un vaso de limonada y un cucurucho de helado de vainilla y naranja. Cuando llevaba recorrido medio paseo sentí la llamada de la playa de arena blanca y decidí dejar la caza en favor de una mejora de mi color.

No queda más remedio que adorar un trabajo que te permite tumbarte en la playa toda la tarde.

La luz de mi contestador parpadeaba frenéticamente cuando llegué a casa. A mi máquina se le iba la olla si tenía más de tres mensajes. Parpadeo, parpadeo, parpadeo, parpadeo, más deprisa que Rex movía los bigotes.

Rebobiné la cinta y no había ningún mensaje.

—Bueno, qué más da —le dije a Rex—. Si es algo importante ya volverán a llamar.

El hámster dejó de correr en su rueda y me miró. Le fastidiaban las llamadas que no dejaban mensaje. No tenía paciencia para esperar a que volvieran a llamar. Rex era un curioso patológico.

Sonó el teléfono y lo cogí a toda prisa.

—¿Diga?

—¿Eres Stephanie?

—Sí.

—Soy Sugar. Sally no estará contigo.

—No. No le he visto en todo el día.

—No ha venido a comer. Me dijo que iba a estar en casa, pero no está. He pensado que a lo mejor estaba haciendo algo en plan cazarrecompensas, ya que últimamente no habla de otra cosa.

—No. He trabajado sola todo el día.

Abrí las cortinas de mi dormitorio y eché un vistazo al aparcamiento. Era media mañana y el calor ya reverberaba en el asfalto. Un perro ladró en Stiller Street, al otro lado del *parking*. Una puerta se abrió y se cerró de golpe. Dirigí la mirada hacia donde ladraba el perro y vi un Jeep Cherokee negro aparcado allí, a dos casas de distancia.

No pasa nada, me dije a mí misma, mucha gente tiene Cherokees negros. Pero nunca antes había visto uno allí, y me recordaba mucho al que me había estado siguiendo últimamente. Lo mejor sería comprobarlo.

Llevaba puestos unos vaqueros cortados y una camiseta Big Dog verde. Me guardé la treinta y ocho en la cinturilla de los vaqueros y la tapé con la camiseta. De esa guisa, me paseé un poco para hacerme a la idea de llevarla, pero me sentía como una idiota, así que me la saqué y volví a dejarla en su sitio: el tarro de galletas con forma de osito.

Bajé al vestíbulo en ascensor, salí por la puerta principal y bajé una manzana por St. James. Giré a la izquierda en la esquina y seguí dos manzanas más, giré y aparecí detrás del Cherokee. Las ventanas eran oscuras, pero pude ver una forma borrosa al volante. Me acerqué sigilosamente y llamé a la ventanilla del conductor. Esta bajó y Joyce Barnhard me sonrió desde dentro.

—Ciao —me dijo.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Te estoy vigilando. ¿A ti qué te parece que estoy haciendo?

—Me imagino que habrá alguna razón.

Joyce se encogió de hombros.

—Como las dos vamos detrás de la misma persona, se me ocurrió que no estaría de más ver los patéticos intentos de encontrarla que habías hecho... antes de tomar las riendas y solucionar el caso.

—No vamos detrás de la misma persona. Nunca se ha hecho eso. Vinnie nunca le daría el mismo caso a dos agentes diferentes.

—Sí que estás enterada.

Entorné los ojos.

—Vinnie consideró que no estabas haciendo ningún progreso con el caso de Maxine Nowicki, así que me lo asignó a mí.

—No te creo.

Joyce exhibió su contrato para que lo viera.

—Autorizada por la agencia Vincent Plum para detener a Maxine Nowicki... —

leyó.

—¡Eso habrá que verlo! —Joyce hizo un pucherito—. ¡Y deja de seguirme!

—Este es un país libre —repuso ella—. Puedo seguirte si me da la gana.

Me aparté y volví a entrar en el edificio. Subí las escaleras a zancadas, recogí las llaves y mi bolso, bajé de nuevo a saltos y salí disparada del aparcamiento en el coche... con Joyce pegada a mi parachoques trasero.

Ni siquiera me molesté en despistarla. Giré por Hamilton y en menos de cinco minutos estaba en la oficina. Joyce aparcó a media manzana de distancia y se quedó en el coche mientras yo cruzaba la puerta como una fiera.

—¿Dónde está? ¿Dónde está ese gusano miserable?

—Ah, ah —dijo Lula—. Esto ya lo he vivido.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Connie.

—Joyce Barnhard, eso es lo que pasa. Me ha enseñado un contrato que le autoriza a detener a Maxine Nowicki.

—Eso es imposible —respondió Connie—. Yo redacto todos los contratos y no sé nada de ese. Y, además, Vinnie nunca encarga el mismo NCT a dos agentes.

—Sí, pero recuerda que esa Joyce vino el martes por la mañana muy temprano —prosiguió Lula—. Y ella y Vinnie estuvieron encerrados en su despacho durante una hora por lo menos, y se les oía hacer aquellos extraños ruidos como de corral.

—He vuelto a olvidarme la pistola —exclamé.

—Yo tengo la mía —repuso Connie—, pero no te va a servir de nada. Vinnie se fue a Carolina del Norte ayer a comprar un jersey. Volverá para el fin de semana.

—No puedo trabajar así —aseguré—. Se interpone en mi camino, me sigue por todas partes.

—Eso puedo arreglarlo yo —afirmó Lula—. ¿Dónde está? Voy a ir a hablar con ella.

—Está en el Cherokee negro, pero no creo que sea una buena idea.

—No te preocupes por nada —contestó Lula abriendo la puerta—. Voy a ser muy diplomática. Tú espera aquí.

¿Lula diplomática?

—Lula —chillé—, vuelve aquí ahora mismo. Ya me encargaré yo de Joyce Barnhard.

Lula llegó al coche y se detuvo junto al lateral trasero de este.

—¿Es este? —me gritó.

—Sí, pero...

Se sacó la pistola de debajo de la camiseta y ¡PUM!, le abrió un boquete del tamaño de un melón francés al neumático de atrás. Para cuando Joyce salió del coche, ya se había vuelto a guardar la pistola debajo de la camiseta.

Joyce vio el neumático y se quedó boquiabierta.

—¿Has visto eso? —le preguntó Lula a Joyce—. Un tío se ha plantado aquí de repente y le ha pegado un tiro a tu neumático. Y luego se ha largado a toda velocidad.

¿Adonde vamos a llegar?

Joyce miró de Lula al neumático y del neumático a Lula, manteniendo todo el tiempo la boca abierta, pero sin emitir ni una sola palabra.

—Bueno, yo tengo que volver al trabajo —dijo Lula volviéndole la espalda a Joyce y regresando a la oficina.

—¡No me puedo creer lo que acabas de hacer! —le espetó a Lula—. ¡No puedes ir por ahí pegando tiros a los neumáticos de la gente!

—Ya lo veremos —respondió Lula.

Connie estaba sentada en su escritorio.

—¿A quién le apetece que vayamos a comer a Mannie's? Tengo ganas de tomar pasta.

—He de seguir una pista —le contesté.

—¿Qué clase de pista? —preguntó Lula—. ¿Habrá movimiento? Si es así, quiera ir contigo. Porque yo hoy tengo ganas de movimiento.

La verdad era que no me vendría mal otra persona para vigilar a Maxine. Habría preferido a Ranger, pero la presencia de Lula pegada a mí en busca de acción no iba a ser de gran ayuda.

—Nada de movimiento —advertí—. Es una pista aburrida. Muy aburrida.

—Se trata de Maxine, ¿verdad? Madre mía. Va a ser genial. El otro día encontramos un cuerpo que estaba casi muerto. Puede que hoy nos toque el premio gordo.

—Tendremos que llevarnos tu coche —le dije—. Si hacemos una detención no cabremos los tres en mi CRX.

—Me parece bien —respondió Lula mientras sacaba su bolso de un cajón del archivo—. Mi coche tiene aire acondicionado. Y otra ventaja es que está aparcado detrás del edificio, o sea que no necesitamos ponerle cara de pena a Joyce cuando vea que nosotras no tenemos una rueda pinchada. Pero, bueno, ¿adonde vamos?

—A Muffet Street. Trenton norte.

—Esto sigue sin gustarme —protestó Kuntz—. Maxine está loca. ¿Quién sabe lo que piensa hacer? Me da la impresión de que voy a ser un blanco fácil allí plantado.

Lula estaba detrás de mí en el porche de Kuntz.

—Probablemente no haya más que otra estúpida nota pegada debajo del banco. Me parece que deberías dejar de lloriquear —le dijo a Kuntz—, porque hace que parezcas un membrillo. Y con un nombre como el tuyo hay que tener cuidado con lo que uno parece.

Eddie miró a Lula.

—¿Quién es esta?

—Soy su compañera —respondió ella—. Como Starsky y Hutch, Cagney y Lacey, el Llanero Solitario y como se llame.

La verdad es que éramos más parecidas a Laurel y Hardy, pero no quería hacer partícipe a Kuntz de esa información.

—Estaremos allí antes de la hora —le aseguré—. No te preocupes si no nos ves. Estaremos allí. Lo único que tienes que hacer es presentarte, sentarte en el banco y esperar.

—¿Y si pasa algo?

—Si necesitas ayuda agita los brazos. No estaremos muy lejos. Sabes cuál es el banco, ¿verdad?

—El que está pegado al mástil.

—Sí. Ese mismo.

Betty asomó la cabeza por la puerta contigua.

—Hola, querida. ¿A que hace un día precioso? ¿Estáis haciendo algún plan los jóvenes? Si yo tuviera vuestra edad, hoy me iría de pícnic.

—Tenemos que trabajar —repuso Lula—. Estamos siguiendo una pista muy importante.

—Betty —gritó Leo desde el fondo de la casa—, ¿dónde está mi bizcocho de café? Creía que me ibas a traer un trozo de bizcocho.

Betty metió la cabeza y cerró la puerta, cortando la corriente de aire fresco.

—Vieja chismosa —masculló Kuntz—. No se puede hacer nada por aquí sin que ella se entere.

—¿Por qué sigues aquí si te molesta tanto?

—El alquiler es barato. Me hace un precio especial por ser de su familia. Betty es hermana de mi madre.

—¿Sabes lo que nos hace falta? —preguntó Lula mientras se sentaba delante del volante y se abrochaba el cinturón de seguridad—. Lo que necesitamos son unos disfraces. Estoy segura de que, a estas alturas, Maxine ya sabe cómo eres. Y, por lo que yo recuerdo del parque en cuestión, no hay muchos sitios para esconderse. Tenemos que desaparecer sin escondernos. Por eso necesitamos disfraces.

Yo había estado pensando algo por el estilo. No que necesitáramos disfraces, pero sí que nos iba a costar hacernos invisibles.

—Y conozco el sitio perfecto para conseguir un buen disfraz —añadió Lula—. Sé dónde hacernos con pelucas y todo lo demás.

Veinte minutos después estábamos plantadas delante de la puerta del apartamento de Sally.

—Esto me parece un poco raro —comenté.

—¿Conoces a alguien más que tenga pelucas?

—No necesito una peluca. Puedo meterme el pelo en una gorra de béisbol.

Lula puso los ojos en blanco.

—Sí, claro, eso va a despistar a mucha gente.

La puerta se abrió y Sally nos miró. Tenía los ojos enrojecidos y el pelo de punta.

—¡Anda! —exclamó Lula.

—¿Qué pasa? ¿Es que nunca habéis visto un travesti con resaca?

—Yo sí —respondió Lula—. Los he visto a montones.

Ambas le seguimos hasta el salón.

—Tenemos que pedirte un favor un poco raro —le dije—. Esta tarde tenemos que hacer una guardia y no quiero que me reconozcan. Se me ha ocurrido que nos podrías ayudar a disfrazarnos.

—¿Quién queréis ser? ¿Barbarella? ¿Batgirl? ¿El putón de la puerta de al lado?

Cinco

—Me conformaría con que me prestaras una peluca —le dije a Sally.

Él se dirigió al dormitorio.

—¿Qué quieres? ¿Farrah? ¿Annie, la huerfanita? ¿Elvira?

—Algo que no llame la atención.

Regresó con una peluca que mostró para que la aprobara.

—Pertenece a mi colección de Marilyn. Es la que prefieren los señores mayores a los que les gusta que les den azotes.

Yo pensé «¡puaj!», pero Lula la miraba como si la estuviera archivando por si decidía volver a su antigua profesión.

Sally me recogió el pelo hacia atrás y me puso la peluca.

—Le falta algo.

—Los labios de Marilyn —afirmó Lula—. No se puede llevar el pelo de Marilyn sin sus labios.

—Yo no sé pintar labios —contestó Sally—. Siempre me los hace Sugar. Y no está en casa. Hemos tenido una especie de pelea y se ha marchado dando un portazo.

—¿Os peleáis mucho? —preguntó Lula.

—No. Nunca. Sugar es una persona muy agradable para convivir. Pero es un poco capullo, ¿sabes? Por ejemplo, piensa que no debería salir contigo porque es demasiado peligroso. Por eso nos hemos peleado.

—Vaya —dije—. No me gustaría interponerme entre tu compañero y tú.

—No pasa nada, tía. Sugar es guay Pero es uno de esos gilipollas que se preocupan demasiado. —Abrió una caja de maquillaje de tamaño profesional—. Aquí hay toneladas de mierdas, si sabes cómo usarlas.

Elegí una barra de labios rosa fuerte y me dibujé una boca grande y brillante.

—Tienes que cambiarte los zapatos —señaló Lula—. No puedes llevar esos labios y ese pelo con esos zapatos.

Sally estuvo de acuerdo.

—No son nada Marilyn.

—He visto unos zapatos geniales en Macy's —comentó Lula—. Irían de maravilla.

—¡No! No voy a ir a Macy's. Quiero llegar temprano al parque para poder estar un rato buscando a Maxine.

—Solo tardaremos un minuto —insistió Lula—. Con esos zapatos vas a parecer una mamarracha.

—No. Y es definitivo.

—Dejadme que me ponga un poco de brillo en los labios y podremos irnos —dijo Sally.

Lula y yo nos miramos. Sally se quedó quieto con el brillo de labios en la mano.

—No creeríais que me ibais a dejar aquí, ¿verdad?

—Pues sí —contesté yo.

—Esto es trabajo para cazarrecompensas —explicó Lula—. Y tú no tienes ni puta idea de esas cosas.

—Pero sí tengo puta idea de otras cosas. Y, además, me parece que tú tampoco sabes lo que se dice la hostia del rollo cazarrecompensas.

Yo miraba fijamente a la pared y me planteaba si no sería buena idea ponerme a correr a toda leche y darme de cabeza contra ella.

—¡Basta! Iremos todos. Y todos fingiremos que somos cazarrecompensas.

Sally se volvió hacia el espejo de la entrada y se cubrió los labios de brillo.

—Sugar me regaló esta mierda con sabor a cereza para los labios. Dice que tengo que evitar que se me corten para que las líneas de labios queden uniformes y bonitas. Te digo que estos rollos de las mujeres son un lío.

Llevaba sandalias de cuero, unos vaqueros tan cortos que iba enseñando medio trasero, una camiseta sin mangas y barba de dos días.

—No estoy muy segura de que hayas entendido del todo este rollo de la mujeres —comentó Lula—. Me parece que deberías preocuparte más de afeitarte el culo que de esa tontería de los labios.

Cuando llegamos al parque pasaban unos minutos de la una.

—Con esos zapatos estás mucho mejor —manifestó Lula con la mirada clavada en mis zapatos nuevos—. ¿No te había dicho que eran de puta madre?

—Zapatos de putón —agregó Sally—. De putón retro.

Genial. Precisamente lo que necesitaba: otro par de zapatos de putón retro... y otros 74 dólares cargados en mi tarjeta de Macy's.

Nos encontrábamos en el aparcamiento y, justo enfrente de nosotros, había un lago artificial. Un paseo para hacer *footing* rodeaba el lago, zigzagueando de vez en cuando entre los árboles. Un edificio de bloques de cemento a nuestra derecha albergaba un bar y unos servicios. A la izquierda teníamos una zona de hierba con columpios y estructuras de madera para escalar. Los bancos estaban colocados al borde del lago pero, a aquella hora del día, se encontraban vacíos. El parque se animaba más a última hora de la tarde, cuando bajaba la temperatura. Los ancianos venían a ver la puesta de sol y las familias a dar de comer a los patos y a jugar con los niños.

—Kuntz se sentará en el banco de al lado del mástil —informé—. La nota decía que estuviera aquí a las tres.

—Apuesto a que se lo carga —aventuró Sally—. ¿Para qué más iba alguien a quedar así?

No me parecía muy probable que Maxine intentara cargárselo. El banco estaba demasiado a la vista y no había buenas vías de fuga. No es que creyera que ella fuera un genio científico, pero tampoco me parecía que fuese totalmente estúpida. Me daba la impresión de que Maxine estaba jugando con Eddie Kuntz. Y de que ella era la única que encontraba el juego divertido.

Les enseñé la foto de la chica.

—Es esta —les dije—. Si la veis, echadle el guante y traédmela. Yo cubro la zona entre el bar y el coche. Lula, encárgate del parque infantil. Sally, quiero que tú te sientes en el banco que hay junto a la rampa de los botes. Tened los ojos abiertos por si hay francotiradores. —Al decir esto levanté los ojos al cielo mentalmente—. Y estad atentos por si alguien se acerca a Kuntz una vez que se siente.

Sally y Lula no solo me habían convencido para que comprara unos zapatos de plataforma con tiras que me subían hasta media pantorrilla; también se las habían arreglado para hacerme cambiar mis pantalones cortos por una minifalda negra. Era un disfraz excelente salvo porque no podía correr, sentarme o inclinarme.

A las dos en punto llegaron un par de mujeres y se pusieron a correr. Ninguna era Maxine. Me acerqué al bar y compré una bolsa de palomitas para echárselas a los patos. Dos hombres mayores hicieron lo mismo. Luego llegaron algunos deportistas más, hombres en esta ocasión. Les di de comer a los patos y esperé. Ni rastro de Maxine. Lula estaba sentada en un columpio, limándose las uñas. Sally estaba tirado detrás de su banco y parecía dormir. Vaya equipo que tengo, ¿eh?

En todo el tiempo que llevaba allí, nadie se había acercado al banco del mástil. Al llegar lo había repasado de arriba abajo y no había encontrado nada fuera de lo común. Uno de los deportistas había regresado de su carrera y estaba sentado dos bancos más allá, soltándose los cordones de las zapatillas y bebiendo de una botella de agua.

Kuntz llegó a las 2:55 y fue directamente al banco.

Lula levantó la mirada de sus uñas, pero Sally no movió un músculo. Kuntz se quedó un instante junto al banco; luego se alejó de él, nervioso. No se quería sentar. Miró alrededor, me vio en el bar y me dijo sin emitir palabras algo como: «Mierda».

Tuve un breve ataque de pánico, temiendo que se acercara a mí, pero se dio la vuelta y se dejó caer en el banco.

Un Jeep Cherokee negro entró en el estacionamiento y aparcó junto al Blazer de Kuntz. No me hacía falta una bola de cristal para adivinar de quién se trataba. Joyce había seguido a Kuntz. Ya no podía hacer nada para evitarlo. Me quedé contemplando el coche, pero no se veía ningún movimiento. Joyce esperaba sentada.

Pasaron diez minutos. Quince. Veinte. No pasaba nada. El número de personas del parque había aumentado, pero nadie se acercaba a Kuntz y no se veía a Maxine. Dos chicos que llevaban una neverita se acercaron caminando a la orilla, se detuvieron junto al deportista y hablaron con él, que seguía sentado en el banco siguiente a Kuntz. Vi cómo el deportista sacudía la cabeza negando algo. Los dos chicos intercambiaron miradas. Hubo una breve discusión entre ellos. Luego, uno de los chicos abrió la nevera, sacó una tarta y se la aplastó en la cara al deportista.

Este se levantó de un salto.

—¡Hostias! —gritó—. ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

Lula saltó del columpio y fue hacia ellos. Joyce vino corriendo desde el

aparcamiento. Kuntz abandonó su banco. Hasta Sally se puso de pie.

Todo el mundo confluyó junto al deportista que tenía a uno de los chicos de la tarta agarrado por la camisa. La gente gritaba e intentaba separar a los dos hombres.

—¡Solo estaba haciendo mi trabajo! —decía el chico de la tarta—. Una señora me dijo que se la estampara al tío que estuviera sentado en el banco de la fuente.

Le lancé una mirada asesina a Eddie Kuntz.

—¡Pedazo de zoquete! ¡Te equivocaste de banco!

—La fuente, el mástil... ¿Cómo quieres que me acuerde de esas cosas?

El plato de papel de aluminio y los pegotes de chocolate yacían en el suelo sin que nadie les prestara atención. Hurgué entre los restos y encontré un trozo de papel protegido por una bolsita de plástico. La metí en mi bolso con los pegotes de chocolate y todo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es lo que te acabas de guardar en el bolso? —preguntó Joyce.

—Un trozo de la tarta. Se lo voy a llevar a mi hámster.

Me agarró el asa del bolso.

—Quiero verlo.

—¡Suéltame el bolso!

—¡No pienso hacerlo hasta que me enseñes lo que te has guardado!

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió Lula.

—No es asunto tuyo, gorda —contestó Joyce.

—¿Gorda? —dijo Lula entornando los ojos—. ¿A quién has llamado gorda?

—Te he llamado gorda a ti, enorme tonel de grasa.

Lula acercó una mano a Joyce, esta soltó un gritito, puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo.

Todos se volvieron hacia Joyce.

—Debe de haberse desmayado —explicó Lula a los congregados—. Supongo que es una de esas mujeres que no soportan ver a dos hombres peleando.

—¡Lo he visto! —le dije a Lula en voz baja—. ¡Le has dejado sin sentido con la pistola eléctrica!

—¿Quién? ¿Yo?

—¡No puedes hacer eso! ¡No puedes darle una descarga a alguien solo porque te llame gorda!

—Ah, perdóname —respondió Lula—. Creo que no lo había entendido.

Joyce empezaba a despertar, haciendo débiles movimientos con los brazos y las piernas.

—¿Qué ha pasado? —murmuró—. ¿Me ha alcanzado un rayo?

Kuntz se me acercó disimuladamente.

—Me encanta tu disfraz. ¿Quieres que luego salgamos a tomar una copa?

—¡No!

—Prueba conmigo —le dijo Sally—. La peluca es mía. Y la falda tampoco me

sentaría nada mal.

—Dios mío —exclamó Kuntz—. ¿Este está contigo?

—Pues claro que estoy con ella —respondió Sally—. Soy el puto criptógrafo. Formo parte del equipo.

—Menudo equipo —suspiró Kuntz—. Un mariquita y una gorda.

Lula dio un paso adelante.

—En primer lugar, déjame que te diga una cosa: no soy gorda, sino una mujer grande. —Rebuscó en el bolso y sacó la pistola eléctrica—. En segundo lugar, ¿te gustaría que te friera el cerebro, pedazo de gorila lerdo y sobredimensionado?

—¡No! —grité—. Basta ya de freír cerebros.

—Nos ha insultado —contestó Lula—. Le ha llamado mariquita a Sally.

—Bueno, vale —dije—. Solo por esta vez y se acabó lo de freír cerebros.

Lula miró su pistola.

—Mierda. He usado toda la energía. Se me está acabando la batería.

Kuntz levantó las manos en un gesto que quería decir «Me rindo, he contratado a una perdedora» y se marchó. Varios de los presentes ayudaron a levantarse a Joyce. Lula, Sally y yo nos retiramos hacia el coche.

—Bueno, ¿por qué estabais discutiendo Joyce y tú? —preguntó Lula.

—Tengo otra pista. En cuanto vi la tarta supe que tenía que ser para Eddie Kuntz, y me imaginé que habría una pista dentro. Joyce me vio recogiéndola del suelo. —Saqué la bolsa de plástico del bolso y canté—: ¡Tachan!

—¡Joder! —dijo Lula—. Eres la mejor.

—Somos como el Equipo A —proclamó Sally.

—Sí, solo que en el Equipo A no había ninguna drag queen —añadió Lula.

—A M. A. le gustaban las joyas —explicó Sally—. Yo podría ser M. A.

—No, no. Yo quiero ser M. A., porque era grande y negro como yo.

Sally había sacado la nota de la bolsa y ya la estaba leyendo.

—Qué interesante. Cambia el código continuamente. Este es mucho más sofisticado que los anteriores.

—¿Puedes leerlo?

—Oye, soy el puto amo de los códigos. Pero dame un poco de tiempo.

Dejé el coche en el estacionamiento de mi edificio y subí al segundo por las escaleras. La señora Delgado, el señor Weinstein, la señora Karwatt y Leanne Kokoska se encontraban delante de mi puerta con la mirada clavada en ella.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté.

—Te han dejado un mensaje —respondió la señora Karwatt—. Lo he descubierto cuando salía a tirar la basura.

—Y es tremendo —agregó la señora Delgado—. Debe de ser de uno de esos chorizos que persigues.

Di un paso adelante y contemplé la puerta. El mensaje estaba escrito con rotulador negro: «Te odio. Y me las pagarás».

—¿Quién crees que ha podido hacerlo? —preguntó Leanne—. ¿Estás trabajando en un caso muy peligroso? ¿Persigues a un asesino o algo por el estilo?

La verdad era que ya no tenía ni idea de a quién perseguía.

—Rotulador indeleble —informó el señor Weinstein—. Te va a costar un huevo limpiarlo. Seguramente tendrás que pintar encima.

—Voy a llamar a Dillon —les dije mientras metía la llave en la cerradura—. El se encargará de arreglarlo.

Dillon Rudick era el conserje y se ocupaba de arreglar cualquier cosa a cambio de una sonrisa y una cerveza.

Entré en el apartamento y mis vecinos se disgregaron en busca de una nueva aventura. Aseguré la cadena de seguridad en su sitio, eché el cerrojo y me dirigí a la cocina. La luz del contestador automático parpadeaba: un mensaje.

Apreté el botón de reproducción: «Soy Helen Badjian, la encargada del Seven Eleven». Hizo una pausa llena de susurros. «Usted me dejó su tarjeta por si volvía a tener noticias de la señorita Nowicki».

Llamé al Seven Eleven y Helen contestó al teléfono.

—En este momento estoy muy ocupada —se excusó—. Si puede acercarse más tarde, como alrededor de las diez, tal vez tenga algo para usted.

Al final estaba resultando un día medio bueno. Sally estaba trabajando para descifrar el mensaje y la mujer del Seven Eleven podía tener una posible pista.

—Tenemos que celebrarlo —le dije a Rex esforzándome por ignorar el hecho de que estaba bastante aterrada por el mensaje de la puerta—. Pop Tarts para todos.

Busqué en el armario, pero no quedaban Pop Tarts. Ni galletas, ni cereales, ni espaguetis, ni sopa, ni un solo frasco de mantequilla de cacahuete. En la puerta del armario había un trozo de papel pegado con celo. Era una lista de la compra que decía: «Comprar de todo».

Agarré la nota y me la metí en el bolso para no olvidarme de las cosas que necesitaba y me eché el bolso al hombro. Tenía la mano en el picaporte cuando sonó el teléfono.

Era Kuntz.

—Bueno, ¿qué? ¿Tomamos una copa?

—No. No tomamos una copa.

—Peor para ti —respondió—. Te vi hurgando en la tarta que se había caído al suelo. ¿Encontraste otra nota?

—Sí.

—¿Y?

—Y estoy en ello.

—A mí me parece que toda esta mierda de las notas no nos lleva a nada. Lo único que conseguimos son más notas.

—Puede que todavía haya más. La encargada del Seven Eleven me ha llamado y ha dicho que tenía algo para mí. Voy a pasarme a verla más tarde.

—¿Por qué más tarde? ¿Por qué no ahora? Joder, ¿es que no puedes ir más rápida con esta historia? Necesito esas cartas.

—A lo mejor podrías decirme de que se trata en realidad. Me está costando mucho creer que te has metido en todo este lío solo por un par de cartas de amor.

—Ya te dije que pueden ponerme en una situación embarazosa, a ti.

—Sí, ya.

Contemplé el contenido del carrito del super y me pregunté si ya lo tendría todo. Galletitas saladas y mantequilla de cacahuete para cuando me sintiera sofisticada y me diera por preparar unos aperitivos, bizcocho de café de Entermann para las mañanas del síndrome premenstrual, Pop Tarts para Rex, salsa mejicana para poder decirle a mi madre que comía verduras, cereales con azúcar para las vigilancias y cortezas de maíz para mojar en la salsa.

Iba por la mitad de la lista cuando un carrito se dio de morros con el mío. Levanté la mirada y me encontré con la abuela Mazur, que lo conducía, y mi madre un paso detrás de ella.

Esta cerró los ojos.

—¿Por qué a mí? —exclamó.

—Jopé —soltó la abuela.

Yo todavía llevaba peluca y la minifalda.

—Te lo puedo explicar.

—¿Qué he hecho mal? —se preguntó mi madre.

—Voy disfrazada.

La señora Crandle se acercó por el pasillo empujando su carro.

—Hola, Stephanie, querida. ¿Qué tal estás hoy?

—Muy bien, señora Crandle.

—Menudo disfraz —protestó mi madre—. Te conoce todo el mundo. ¿Y por qué tienes que disfrazarte de pendón? ¿Por qué no te puedes disfrazar de persona normal? —Miró el contenido de mi carro—. Salsa para espaguetis preparada: la cajera pensará que no sabes cocinar.

El ojo izquierdo me empezó a temblar.

—Tengo que marcharme.

—Me parece un buen modelo para conocer hombres —me dijo la abuela—. Estás igual que Marilyn Monroe. ¿Eso es una peluca? Me la podrías dejar algún día. No me importaría conocer a algunos hombres.

—Si le dejas la peluca y le pasa algo te hago responsable a ti —amenazó mi madre.

Saqué las compras de sus bolsas, me cambié la peluca por una gorra de los Rangers, la falda por unos pantalones cortos y guardé los zapatos de putón retro en el último rincón de mi armario. Compartí un Pop Tart con Rex y abrí una cerveza para mí. Llamé a Dillon para decirle lo de la puerta y luego salí por la ventana de mi dormitorio a la escalera de incendios a pensar. El aire estaba quieto y espeso, el

horizonte oscurecía. El aparcamiento estaba lleno de coches. Toda la gente mayor se encontraba en casa a aquella hora de la tarde. Si salían a cenar era aprovechando los precios especiales de primera hora y, aunque se quedaran media hora sentados en el parque, volvían a casa antes de las seis. Y si cenaban en casa lo hacían antes de las cinco y media para que no les coincidiera con La ruleta de la fortuna o Jeopardy^[1].

La mayoría de los casos que me asigna Vinnie son rutinarios. Por lo general, voy a casa de la persona que ha avalado la fianza y le explico que si no encontramos al fugitivo perderá su casa. El noventa por ciento de las veces saben dónde está y colaboran en su captura. El noventa por ciento de las veces sé el tipo de gente con el que me enfrento. Este caso no entraba en ese noventa por ciento. Y peor todavía, era un caso inquietante. Una amiga había perdido un dedo y a la madre la habían arrancado el cuero cabelludo. La búsqueda del tesoro de Maxine parecía un juego en comparación con aquello. Y además estaba el mensaje de mi puerta. «Te odio». ¿Quién haría una cosa así? La lista era larga.

Una furgoneta arrancó y se alejó del bordillo en la manzana siguiente, dejando a la vista el Jeep Cherokee negro que tenía aparcado detrás: Joyce.

Me permití el lujo de suspirar y vacié la botella de cerveza de un trago. Había que admirar la tenacidad de Joyce, si no otra cosa. Levanté la botella hacia ella en plan de saludo, pero no hubo respuesta.

El problema de trabajar como cazarrecompensas es que tienes que ir aprendiendo sobre la marcha. Ranger me enseña cosas, pero no siempre está disponible. Por eso, la mayor parte de las veces, cuando se presenta una situación nueva acabo haciéndolo mal antes de aprender cómo se hace bien. Con Joyce, por ejemplo. Está claro que no sé cómo librarme de ella.

Volvía a entrar por la ventana, pillé otra botella de cerveza y otro Pop Tart, me puse el teléfono móvil debajo del brazo y volví a salir a la escalera de incendios. Me comí el Pop Tart y la cerveza sin dejar de observar el Cherokee negro. Cuando acabé con la segunda botella llamé a Ranger.

—Dime —contestó.

—Tengo un problema.

—Y ¿qué quieres que haga?

Le expliqué la situación, incluyendo el episodio del neumático en el parque. Hubo un silencio, durante el cual yo intuí que estaba sonriendo, y al final dijo:

—Espera tranquila y a ver qué puedo hacer.

Media hora después el BMW de noventa y ocho mil dólares de Ranger se detenía en mi aparcamiento. El salió del coche y se quedó un momento mirándome fijamente sentada en la escalera. Llevaba una camiseta de manga corta verde oliva que parecía pintada sobre su cuerpo, pantalones de camuflaje militares y gafas de sol. Un chico normal de Jersey.

Le hice un gesto de pulgares hacia arriba.

El sonrió, se dio la vuelta y cruzó el aparcamiento, y luego la calle para dirigirse al Cherokee negro. Se acercó a la puerta del copiloto, la abrió y se metió en el coche. Así, sin más. De haber sido yo la que estuviera en el coche, la puerta habría estado cerrada y nadie con la pinta de Ranger habría podido entrar. Pero yo soy y yo, y aquella era Joyce.

Cinco minutos más tarde Ranger salía del coche y regresaba al aparcamiento de mi casa. Salté por la ventana, corrí hacia la puerta, bajé las escaleras y frené en seco ante él.

—¿Y bien?

—¿Hasta qué punto quieres que te libre de ella? ¿Quieres que le pegue un tiro? ¿Que le rompa un hueso?

—¡No!

Ranger se encogió de hombros.

—Entonces va a seguir.

Se oyó el ruido de un motor de coche al encenderse y los faros barrieron la calle. Los dos nos giramos para ver cómo Joyce arrancaba y desaparecía a la vuelta de la esquina.

—Volverá —dijo Ranger—. Pero no esta noche.

—¿Cómo la has convencido de que se vaya?

—Le he dicho que iba a pasar las próximas doce horas dejándote incapacitada para disfrutar con cualquier otro hombre y que podía irse a casa.

Noté que la cara se me encendía.

Ranger me sonrió con malicia.

—Le he mentado respecto a que fuera a ser esta noche.

Al menos Joyce se había ido durante un rato y no tenía que preocuparme de que me siguiera al Seven Eleven. Subí otra vez a mi apartamento, me preparé un *sandwich* de mantequilla de cacahuete y nubes de azúcar con pan blanco y me dediqué a hacer *zapping* hasta que llegara la hora de ir a ver a Helen Badijian.

La mayor parte del tiempo disfrutaba de mi soledad, del lujo egoísta de no tener que compartir espacio y rituales. Mi mano era la única que agarraba el mando a distancia y no tenía que negociar la marca del papel higiénico o la temperatura de la calefacción, Y lo que era más importante: tenía una alentadora y prometedora sensación de ser un adulto. Y de que había dejado atrás lo peor de la infancia. Podía decirle al mundo: «Tengo mi propia casa». Y eso está bien, ¿no?

Aquella noche, mi satisfacción con la vida independiente se veía menoscabada por el inquietante mensaje que seguía escrito en mi puerta. Aquella noche mi independencia me parecía solitaria, y puede que hasta un poco aterradora. Aquella noche comprobé que todas las ventanas estaban bien cerradas y, cuando salí del apartamento, cerré la puerta con llave.

De camino a Olden tomé un desvío de dos manzanas observando los faros en el

retrovisor. No había ni rastro de Joyce, pero era mejor prevenir que curar. Tenía la impresión de que aquella era una buena pista y no quería dársela al enemigo.

Llegué al Seven Eleven unos minutos antes de las diez. Me quedé un rato sentada en el coche para ver si Joyce aparecía milagrosamente. A las diez y cinco no había noticias, pero, por lo que podía ver a través de los ventanales de la tienda, tampoco estaba Helen Badijian. Detrás de la caja registradora había un chico joven que hablaba con otro más mayor. Este agitaba los brazos, con toda la pinta de estar muy cabreado. El joven sacudía la cabeza: sí, sí, sí.

Entré en la tienda y alcancé a oír el final de la conversación.

—Irresponsable —decía el hombre mayor—. No hay justificación posible.

Entré hasta el fondo y eché un vistazo. Helen no estaba allí. Me dirigí al dependiente.

—Perdona. Creía que esta noche le tocaba trabajar a Helen Badijian.

El chico desvió nerviosamente la mirada de mí al hombre mayor.

—Ha tenido que irse temprano.

—Es importante que hable con ella. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Jovencita, esa es la pregunta del millón —contestó el hombre mayor.

Le ofrecí mi mano.

—Stephanie Plum.

—Arnold Kyle. Soy el dueño de esto. Hace como una hora recibí una llamada de la policía diciéndome que no había nadie en la tienda. Su amiga Helen se fue sin más, sin avisar, sin decir nada. Ni siquiera ha tenido la decencia de echar la llave. Un tipo entró a comprar cigarrillos y llamó a la policía cuando se dio cuenta de que no había nadie.

Tenía una sensación muy rara en el estómago.

—¿Helen estaba descontenta con el trabajo?

—A mí nunca me ha dicho nada —respondió Arnold.

—Puede que se encontrara mal y no tuvo tiempo de dejar una nota.

—He pasado por su casa. Nadie la ha visto. He llamado al hospital: allí tampoco está.

—¿Han mirado por toda la tienda? ¿En el almacén? ¿La bodega? ¿El baño?

—Ya lo he inspeccionado todo.

—¿Viene en coche a trabajar? ¿Sigue el coche aquí?

Arnold miró al joven.

—Todavía está aquí —informó este—. He aparcado a su lado cuando he llegado. Es un Nova azul.

—Debe de haberse ido con alguno de sus amigos —dijo Arnold—. Hoy en día no se puede confiar en nadie. No hay sentido de la responsabilidad. Se presenta cualquier diversión y te dicen adiós con toda tranquilidad.

Me volví hacia el dependiente.

—¿Falta algo de dinero?

El negó con la cabeza.

—¿Señales de lucha? ¿Algo tirado por el suelo?

—Yo llegué el primero —comentó Arnold—. Y no había nada de eso. Como si se hubiera largado bailando el vals.

Les entregué mi tarjeta y les expliqué mi relación con Helen. Realizamos una somera inspección detrás del mostrador en busca de una posible nota, pero no encontramos nada. Les di las gracias y les pedí que me llamaran si sabían algo de la chica. Tenía las manos sobre el mostrador y, al bajar la mirada, la vi: una caja de cerillas del Parrot Bar de Point Pleasant.

—¿Son tuyas? —le pregunté al dependiente.

—No —contestó—. Yo no fumo.

Miré a Arnold.

—Tampoco son mías —dijo.

—¿Te importa que me las lleve?

—Claro que no.

A riesgo de parecer paranoica, comprobé el espejo retrovisor unas sesenta veces mientras volvía a casa. No tanto por Joyce como por los tipos que podían haber hecho desaparecer a Helen Badijian. Una semana antes yo habría llegado a la misma conclusión que Arnold... que Helen se había largado.

Después de saber lo de los dedos amputados y las cabelleras cortadas tenía una visión de los acontecimientos más extrema.

Aparqué en casa, eché un vistazo rápido alrededor, tomé aire y salí del coche. Crucé el aparcamiento, entré por la puerta de atrás y subí las escaleras hasta mi apartamento. El mensaje amenazador seguía en la puerta. Estaba jadeando y me temblaba tanto la mano que hizo falta un esfuerzo de concentración para meter la llave en la cerradura.

Esto es una estupidez, me dije a mí misma. ¡Tómalo con calma! Pero no tenía calma para tomármelo, así que me encerré y miré debajo de la cama, dentro de los armarios y detrás de la cortina de la ducha. Cuando quedé convencida de que estaba a salvo, me comí el bizcocho de café para tranquilizarme un poco.

Cuando acabé con el bizcocho llamé a Morelli, le conté lo de Helen y le pedí que la buscara.

—¿Qué es exactamente lo que habías pensado que hiciera?

—No lo sé. Podrías preguntar si está en el depósito de cadáveres. O en el hospital haciéndose coser algún trozo amputado. O podrías decirles a algunos de tus amigos que estén al tanto por si saben algo de ella.

—Seguramente Arnold tiene razón —dijo Morelli—. Seguro que está en un bar con un par de amigos.

—¿Lo crees de veras?

—No —respondió Morelli—. Solo lo he dicho para que cuelgues de una vez. Estoy viendo un partido.

—Hay una cosa que me preocupa de verdad en todo esto y que todavía no te he contado.

—Ay, madre.

—Eddie Kuntz era el único que sabía que iba a ver a Helen Badijian.

—Y crees que él llegó antes.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Sabes que hubo un tiempo en que me preguntaba: «¿Cómo lo hace? ¿Cómo se las apaña para mezclarse con todos esos bichos raros?». Pero ahora ya ni me lo planteo. De hecho, hasta espero que hagas este tipo de cosas.

—Bueno, ¿pero me vas a ayudar o no?

Seis

No me hacía gracia pensar que yo podía ser responsable de la desaparición de Helen. Morelli había accedido a hacer algunas llamadas de teléfono, pero seguía sin sentirme satisfecha. Saqué del bolsillo las cerillas del Parrot Bar y las examiné detenidamente. No había ningún mensaje apresuradamente garabateado en la solapa. A decir verdad, no había nada que las identificara como propiedad de Maxine. A pesar de todo, lo primero que iba a hacer a la mañana siguiente sería ir a Point Pleasant.

Abrí el listín de teléfonos y busqué Badijian. Había tres. Ninguna Helen. Dos de ellos vivían en Hamilton Township. Uno en Trenton. Llamé al número de este último. Me contestó una mujer que me dijo que Helen todavía no había vuelto del trabajo. Había resultado fácil, pero no era la respuesta correcta. Yo quería que Helen ya estuviera en casa.

Muy bien, pensé, a lo mejor lo que tenía que hacer era ir a comprobarlo con mis propios ojos: echar una mirada por las ventanas de la casa de Kuntz y ver si tenía a Helen atada a una silla de la cocina. Me puse mi nueva cartuchera de combate y fui llenando los bolsillos: *spray* de pimienta, pistola eléctrica, esposas, linterna. La treinta y ocho especial. Pensé en cargarla, pero decidí no hacerlo; las pistolas me ponen los pelos de punta.

Me enfundé un chubasquero de la armada y me recogí el pelo dentro de la gorra.

La señora Zuppa regresaba del bingo en el mismo instante en que yo salía del edificio.

—Parece que vas a trabajar —comentó apoyándose trabajosamente en su bastón—. ¿Qué arma llevas?

—Una treinta y ocho.

—A mí me gustan las de nueve milímetros.

—Las de nueve están bien.

—Las semiautomáticas son más fáciles de usar cuando te han operado la cadera y vas con bastón —agregó.

Uno de esos consejos útiles que hay que archivar y recordar para cuando una cumpla los ochenta y tres.

A aquella hora de la noche el tráfico era escaso. Algunos coches en Olden, ninguno en Muffet. Aparqué en una esquina de Cherry Street, a una manzana de la casa de Kuntz, y fui andando hasta allí. Las dos mitades de la casa tenían encendidas las luces de la planta baja. Las persianas estaban levantadas. Me acerqué y espí por la ventana. Leo y Betty estaban tumbados en sillones contiguos viendo sangrar a Bruce Willis por televisión.

En la casa de al lado, Eddie hablaba por teléfono. Era un inalámbrico y le vi pasearse por la cocina.

Las casas de los vecinos estaban a oscuras. Al otro lado de la calle había luz, pero no se veía actividad. Me deslicé entre las casas evitando entrar en los cuadrados de

luz que arrojaban las ventanas abiertas sobre la hierba, y llegué protegida por las sombras a la parte de atrás de la casa de Kuntz. Me llegaron retazos de la conversación. Que sí, que la quería, estaba diciendo. Y sí, le parecía muy *sexy*. Sin salir de la penumbra me asomé a la ventana. El me daba la espalda. Estaba solo y no había miembros amputados en la mesa de la cocina. Helen no estaba encadenada al fogón. No llegaban gritos desgarradores desde el sótano. Era todo lamentablemente decepcionante.

Claro que Jeffrey Dahmer guardaba sus trofeos en la nevera. Tal vez lo que tendría que hacer era volver a la parte de delante, llamar a la puerta, decirle a Kuntz que pasaba por allí y que se me había ocurrido presentarme a tomar una copa. Y entonces, cuando fuera a sacar el hielo, podría husmear en su frigorífico.

Estaba considerando el plan cuando una mano me tapó la boca y me vi arrastrada hacia atrás y aplastada contra la pared de la casa. Di patadas al aire y el corazón se me salía del pecho. Tenía una de las manos libre e intenté alcanzar el *spray* de pimienta. Entonces oí una voz familiar que me susurraba al oído.

—Si necesitas agarrar algo yo soy mejor que el *spray* de pimienta.

—¡Morelli!

—¿Qué cono crees que estás haciendo?

—Estoy investigando. ¿A ti qué te parece que estoy haciendo?

—A mí me parece que estás violando la intimidad de Eddie Kuntz. —Me abrió la chaqueta y observó la cartuchera—. ¿No llevas granadas?

—Muy gracioso.

—Tienes que largarte de aquí.

—No he terminado.

—Sí. Sí has terminado —dijo con rotundidad—. Ya he encontrado a Helen.

—Cuéntamelo.

—Aquí no.

Me agarró de la mano y me llevó hacia la calle.

La luz de la puerta trasera de Eddie se encendió y la puerta mosquitera se abrió con un chirrido.

—¿Hay alguien ahí?

Morelli y yo nos quedamos congelados contra un lateral de la casa.

Se abrió una segunda puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leo—. ¿Qué está pasando?

—Hay alguien merodeando por la casa. He oído voces.

—Betty —gritó Leo—, trae la linterna. Y enciende las luces del porche.

Morelli me dio un empujón.

—Vámonos al coche.

Protegida por las sombras, rodeé la casa vecina, crucé el paseo y atravesé los patios para salir en Cherry Street. Salté una verja de más de un metro de altura, me enganché el pie y caí boca abajo sobre la hierba.

Morelli me levantó agarrándome por el cinturón y me puso en marcha de nuevo.

Su furgoneta estaba aparcada justo detrás de mi CRX. Los dos subimos a nuestros respectivos coches de un salto y salimos disparados. No paré hasta que me encontré a salvo en mi propio aparcamiento.

Salí de detrás del volante, cerré la puerta del coche y adopté lo que esperaba que fuera una postura despreocupada, apoyada en el CRX, despreciando el hecho de que tuviera las piernas arañadas y manchas de hierba por todo el cuerpo.

Morelli se acercó y se me plantó delante con el peso en los talones y las manos en los bolsillos.

—La gente como tú son la pesadilla de los polis —dijo.

—¿Qué me cuentas de Helen?

—Está muerta.

Se me cortó la respiración.

—¡Eso es horrible!

—La han encontrado en un callejón a cuatro manzanas del Seven Eleven. No sé mucho más, salvo que parece que hubo pelea.

—¿Cómo la mataron?

—No lo sabré con seguridad hasta que le hagan la autopsia, pero tenía marcas en el cuello.

—¿La estrangularon?

—Eso parece. —Hizo una pausa—. Hay otra cosa. Y esto es información confidencial. Te lo digo para que tengas cuidado. Alguien le cortó un dedo.

Una náusea me recorrió el estómago y traté de tomar un poco de oxígeno. Por ahí andaba un monstruo... Una persona con la mente enferma y retorcida. Y yo se lo había echado encima a Helen al implicarla en el caso.

—Odio este trabajo —exclamé—. Odio a las personas malas y los crímenes repugnantes y el sufrimiento humano que conllevan. Y odio el miedo. Al principio era demasiado estúpida para tener miedo. Ahora me da la impresión de que siempre estoy asustada. Y por si eso no fuera bastante malo, encima he matado a Helen Badijian.

—Tú no has matado a Helen Badijian —repuso Morelli—. No puede hacerte responsable de eso.

—¿Cómo puedes superarlo? ¿Cómo puedes ir todos los días a trabajar sabiendo que te tienes que enfrentar a todos esos mierdas?

—La mayoría de la gente es buena. Me lo recuerdo constantemente para no perder la perspectiva. Es como tener una cesta de melocotones. En el centro de la cesta puede que haya uno podrido. Lo encuentras y lo tiras. Y te dices a ti mismo: «Bien, así ocurre con los melocotones. Qué bien que estuviera por aquí para evitar que la putrefacción se extendiera».

—¿Y el miedo?

—Concéntrate en hacer el trabajo, no en el miedo.

Es fácil de decir y difícil de hacer, pensé.

—¿Debo suponer que viniste a casa de Kuntz a buscarme?

—Te llamé para contarte las novedades —contestó Morelli—, pero no estabas en casa. Me pregunté si serías tan tonta como para ir detrás de Kuntz y la respuesta fue sí.

—¿Crees que Kuntz mató a Helen?

—No sé qué decir. Está limpio, no tiene antecedentes. El hecho de que supiera que te estabas viendo con Helen puede no tener ninguna relación. Pudiera haber por ahí otra persona que trabaja completamente independiente siguiendo las mismas pistas que tú.

—Quienquiera que sea, ahora va por delante de mí. Ha llegado hasta Helen.

—Puede que Helen no supiera gran cosa.

Era posible. Tal vez solo tuviera las cerillas.

Morelli me miró a los ojos.

—No irás a volver a casa de Kuntz, ¿verdad?

—Esta noche no.

Sally llamó mientras caían las últimas gotas del café del desayuno.

—Ha sido un código muy divertido, pero el mensaje es aburrido —dijo—. «La siguiente pista se encuentra en una caja marcada con una equis grande y roja».

—¿Eso es todo? ¿Ninguna indicación de dónde encontrar la caja?

—Solo lo que te he leído. ¿Quieres el papel? Está hecho una porquería. Sugar estaba limpiando la cocina esta mañana y sin querer se le cayó en el triturador de basura. Menos mal que lo pude recuperar.

—¿Sigue enfadado?

—No. Le ha entrado una de esas fiebres suyas de limpieza, cocina y decoración de interiores. Esta mañana, nada más levantarse, ha hecho tortitas, salchichas, zumo de naranja natural, una tortilla de champiñones, ha metido un bizcocho de café en el horno, ha limpiado la cocina hasta el borde de la muerte y se ha ido a comprar unos cojines nuevos para el sofá.

—Mecachis. Temía que le hubiera molestado que me prestaras la peluca.

—No. Esta mañana era Don Cordialidad. Me dijo que podías llevarte la peluca siempre que la necesitaras.

—Qué encanto.

—Sí, y hace unas tortitas de alucinar. Tengo ensayo a las diez en Hamilton Township. Puedo pasarme de camino allí y darte la nota.

Me serví una taza de café y llamé a Eddie Kuntz.

—Estuvo aquí —dijo—. Esa puta me estuvo espionando anoche. Yo estaba hablando por teléfono y oí que alguien hablaba fuera, así que salí corriendo a ver quién era, pero se escapó. Eran dos personas, Maxine y otra. Probablemente una de sus amigas chaladas.

—¿Estás seguro de que era Maxine?

—¿Quién más podría ser?

Pues yo, por ejemplo, pedazo de zoquete atontado.

—Ya tengo resuelta la pista de la tarta. La siguiente está en una caja que lleva una gran equis. ¿Ves una caja así por el jardín?

—No. Estoy mirando por la ventana de la fachada y no veo ninguna caja.

—¿Y en la parte de atrás?

—Esto es una idiotez. Pistas, cajas y... Mierda, he encontrado la caja. Está en la puerta de atrás. ¿Qué hago?

—Ábrela.

—Ni loco. No pienso abrir esa caja. Puede que haya una bomba dentro.

—No hay ninguna bomba.

—¿Cómo lo sabes?

—No es el estilo de Maxine.

—Permíteme que te diga una cosa sobre ella. No tiene ningún estilo; es sencillamente una chiflada. Si tan segura estás de la caja, ven y ábrela tú misma.

—Muy bien. Voy para allá a abrirla. Déjala donde está e iré tan pronto como pueda.

Me acabé el café y le di unos cereales a Rex para desayunar.

—El plan del día —le conté al hámster—. Voy a esperar a que llegue Sally con la nota. Acto seguido, me voy en coche a casa de Kuntz a abrir la caja. Luego me paso el resto del día en Point Pleasant buscando a Maxine. Menudo planazo, ¿eh?

Rex salió de su lata de sopa, se llenó los carrillos de cereales y volvió a meterse en su guarida. Eso era todo lo que se podía esperar de él.

Estaba preguntándome si una segunda taza de café me daría palpitaciones cuando alguien llamó a la puerta. Abrí y me encontré con la repartidora de una floristería casi desaparecida detrás de un enorme centro de flores.

—¿Stephanie Plum?

—¡Sí!

—Para usted.

Caramba. Flores. Me encanta que me manden flores. Cogí el ramo y di un paso hacia atrás. La repartidora dio un paso adelante entrando en el apartamento y me puso una pistola delante de la cara. Era Maxine.

—Tch, tch, tch —dijo—. Mira que caer en el viejo truco de las flores. ¿Qué pasa? ¿Acabas de caerte de un guindo?

—Ya sabía que eras tú. Quería hablar contigo, por eso te he seguido la corriente.

—Sí, claro. —Cerró la puerta con un pie y miró alrededor—. Deja las flores en la encimera de la cocina y ponte de cara a la nevera, con las manos en la puerta.

Hice lo que me decía y me esposó al tirador del frigorífico.

—Ahora vamos a hablar —ordenó entonces—. Te propongo un trato: deja de darme el coñazo y te deajo vivir.

—¿De verdad me dispararías?

—Sin pensarlo dos veces.

—No me lo creo.

—Doña Sabelotodo.

—¿Qué es todo ese rollo de las pistas?

—Las pistas son para el capullo. Quería marearle como él me mareaba a mí. Pero tenías que meterte tú en medio y ahora estás haciéndole todo el trabajo sucio. ¿Qué les da ese tío a las mujeres? ¿Cómo se las arregla?

—Bueno, no puedo hablar por los demás, pero yo lo hago por dinero.

—Yo soy tan idiota —añadió ella— que lo hacía gratis.

—Pero aquí pasa algo más —dije—. Algo muy serio. ¿Sabes que destrozaron tu apartamento? ¿Sabes lo de Margie y lo de tu madre?

—No quiero hablar de eso. Ahora ya no puedo hacer nada. Pero te puedo asegurar una cosa: le voy a dar lo que se merece a ese hijoputa de Eddie Kuntz. Va a pagar por todo lo que ha hecho.

—¿Te refieres a cortarle la cabellera a tu madre?

—Me refiero a romperme la nariz. Me refiero a todas las veces que se emborrachó y me dio palizas. A todas las veces que me engañó. A todas las veces que se quedó con mi sueldo. Y a las mentiras sobre casarnos. Por todo eso es por lo que va a pagar.

—Me comentó que te habías llevado unas cartas de amor que le pertenecían.

Maxine echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada. Fue una risotada sincera y abierta que habría sido contagiosa de no encontrarme esposada a la nevera.

—¿Eso fue lo que te dijo? Esa sí que es buena; Eddie Kuntz escribiendo cartas de amor. Seguramente también tienes acciones del Puente de Brooklyn.

—Mira, yo solo trato de hacer mi trabajo.

—Ya, y yo intento buscarme la vida. Te voy a dar un consejo: olvídate de seguir buscándome porque no vas a dar conmigo. Solo sigo por aquí para reírme un poco a costa de ese capullo, pero luego desapareceré. En cuanto acabe de putear a Kuntz me largo.

—¿Tienes dinero para permitirte desaparecer?

—Más del que necesito. Ahora voy a decirte una cosa respecto a esa caja: está llena de caca de perro. Me pasé todo el día en el parque recogéndola en una bolsa de plástico. La pista está dentro de la bolsa, entre las cacas. Quiero que ese capullo revuelva en la mierda. Y confía en mí, tiene tantas ganas de encontrarme que lo hará. O sea que mantente al margen y no le ayudes.

Noté que el labio se me arrugaba en una mueca involuntaria. Caca de perro. Agh.

—Eso es todo lo que tenía que decirte —acabó Maxine—. Vete a buscar a otro y deja de ayudar al capullo.

—¿Escribiste tú ese mensaje de mi puerta?

Se dio la vuelta para marcharse.

—No, pero mola un montón.

—Dejarás las llaves de las esposas, ¿verdad?

Me miró, me guiñó un ojo y se alejó bailoteando, cerrando la puerta al salir.

¡Maldita sea!

—¡No soy la única que va detrás de ti! —grité—. ¡Ten cuidado con la perra de Joyce Barnhard!

Mierda. Se largaba. Tiré de las esposas, pero estaban muy seguras. No tenía ni cuchillos ni ninguna otra herramienta útil al alcance de la mano. El teléfono estaba demasiado lejos. Podía gritar hasta el día del juicio final y la señora Wolensky, la vecina de enfrente, no me escucharía con el volumen de la tele. ¡Piensa, Stephanie!

—¡Socorro! —grité—. ¡Socorrooooo!

Nadie acudió en mi ayuda. Iras unos cinco minutos de gritar y patalear noté que se me empezaba a levantar dolor de cabeza, así que dejé de gritar y busqué en la nevera algo que sirviera para aliviar jaquecas. Tarta de crema de plátano; me quedaban sobras del sábado. Me la comí y la bajé con unos tragos de leche. Seguía teniendo hambre, así que comí un poco de mantequilla de cacahuete y una bolsa de zanahorias. Estaba acabándomelas cuando se oyó un golpe en la puerta.

Me puse a gritar de nuevo.

La puerta se abrió y Sally asomó la cabeza.

—Joder, qué perversión —dijo—. ¿Quién te ha esposado a la nevera?

—He tenido una pequeña escaramuza con Maxine.

—Parece que has perdido.

—Supongo que no te la habrás encontrado en el aparcamiento.

Mi mayor temor era que desapareciera y que nunca la volviera a ver. Mi segundo mayor temor era que la atrapara Joyce.

—Baja al sótano y avisa a Dillon, el conserje, y dile que suba con una cizalla.

Veinte minutos después seguía llevando la pulsera, pero al menos estaba libre de la nevera. Sally se había ido a su ensayo. Dillon bajaba las escaleras con un paquete de seis cervezas bajo el brazo. Y yo llegaba tarde a mi cita con una caja llena de mierda de perro.

Bajé las escaleras como una bala y salí del edificio. Fui corriendo hacia mi coche, pero frené en seco al ver que el coche de Joyce entraba en el aparcamiento.

—Joyce —saludé—, cuánto tiempo sin verte. —Escudriñé dentro del coche buscando a Maxine—. ¿Todavía me sigues?

—No, qué va. Tengo mejores cosas que hacer que pasarme el día sentada para ver cómo le dan a un tipo con una tarta. He pasado a decirte adiós.

—¿Te rindes?

—Me supero. Ya no necesito que encuentres a Maxine.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es eso?

—Ya sé dónde se esconde. Tengo un contacto que sabe todos los detalles sobre las operaciones de Maxine. Es una pena que nunca te dedicaras al comercio, como yo. Hice un montón de contactos.

Subió la ventanilla, salió zumbando del aparcamiento y desapareció calle arriba.

Genial, Joyce tenía contactos.

Me acerqué al CRX y vi que habían dejado una nota sujeta debajo del limpiaparabrisas. «Te dije que nos veríamos las caras y lo dije en serio. Te he estado vigilando y sé que él ha estado aquí. Este es el último aviso. ¡Deja en paz a mi novio! La próxima vez que empape algo con gasolina, le acercaré una cerilla».

Se trataba del novio de alguien. Y solo se me ocurría una persona: Morelli. ¡Agh! Y pensar que casi me voy a la cama con él... Cerré los ojos con fuerza. Me creí todo aquel rollo de no tener condones y de no mantener relaciones sexuales. Tenía que haber sabido que no podía creerme nada de lo que Morelli me contara. Y no era difícil de adivinar el nombre de la chica: Terry Gilman. Aquella amenaza tenía un inconfundible tufillo a mafia. Y Connie había dicho que Terry estaba metida.

Olisqueé el coche: gasolina. Pasé un dedo por el capó. Todavía estaba húmedo. La enloquecida novia de Morelli acababa de estar allí. Probablemente había hecho aquello mientras yo me encontraba esposada a la nevera. No pasa nada, pensé, me llevaré el coche a un túnel de lavado.

Metí la llave en la cerradura de la puerta más por la fuerza de la costumbre que por un pensamiento consciente. La llave no dio el giro habitual, lo que significaba que la puerta no estaba cerrada. Observé más de cerca y vi los arañazos que había junto a la ventana. Alguien se había valido de una palanca para hacer saltar el cierre.

Sentí una premonición de malas noticias. Eché un vistazo rápido a través de la ventana. No parecía que hubieran robado nada. La radio estaba intacta. Abrí la puerta del lado del conductor y el olor a gasolina casi me tiró de espaldas. Puse una mano en el asiento: estaba empapado. Las alfombrillas estaban empapadas. El salpicadero estaba empapado. La gasolina formaba pequeños charcos en todos los recovecos del coche.

¡Mierda! Maldito Morelli. Estaba más enfadada con él que con Terry. Eché una mirada por el aparcamiento. No había nadie más que yo.

Saqué mi teléfono móvil y empecé a marcar. En casa de Morelli no contestaba nadie. Tampoco en el número de su oficina, ni en el teléfono de su coche. Le di una patada a una rueda y solté algunos tacos creativos.

Mi coche estaba aparcado en un rincón del aparcamiento sin ningún otro vehículo cerca. Me pareció que lo más sensato en aquel momento era dejarlo allí para que se fuera evaporando parte de la gasolina. Abrí las ventanas de par en par, regresé al edificio de apartamentos y llamé a Lula.

—Necesito que me lleves —le pedí—. Problemas con el coche.

—Vale, cuéntame otra vez lo de la caja —dijo Lula mientras detenía su Firebird junto al bordillo de enfrente de la casa de Kuntz.

—Maxine dice que está llena de caca de perro y que no tendríamos que tocarla.

—¿Y le crees a Maxine? Supón que es una bomba.

—No creo.

—Ya, ¿pero estás segura?

—Bueno, no.

—Te diré lo que vamos a hacer: yo me quedo en el porche de delante mientras tú abres la caja. Yo no quiero estar cerca de ella cuando la abras.

Fui andando hasta la puerta de atrás y, como era de esperar, allí estaba la caja, en los escalones de entrada. Tenía unos treinta centímetros de lado. Era de cartón duro, estaba cerrada con cinta adhesiva y marcada con una equis.

Kuntz estaba al otro lado de la puerta de mosquitera.

—Sí que has tardado.

—Tienes suerte de que hayamos podido venir. Y si no cambias de actitud nos largamos. ¿Qué te parece eso, eh? —amenazó Lula.

Me puse de cuclillas y examiné la caja. No se oía ningún tictac, no olía a caca de perro, no llevaba etiquetas de advertencia que dijeran «Explosivos peligrosos». Lo cierto era que podía contener cualquier cosa. Cualquier cosa. Podía haber hasta piojos sobrantes de la operación Tormenta del Desierto.

—A mí me parece que no hay peligro —le dije a Kuntz—. Venga, ábrela.

—¿Estás segura?

—Oye —insistió Lula—, somos profesionales experimentadas. Sabemos cómo son estas cosas. ¿Verdad, Stephanie?

—Verdad.

Kuntz contempló la caja. Se restalló los nudillos y apretó los labios con fuerza.

—Me cago en esa Maxine.

Sacó una navaja suiza del bolsillo y se inclinó sobre la caja. Lula y yo retrocedimos discretamente un par de pasos.

—¿Estás segura? —preguntó otra vez con la navaja preparada.

—Claro que sí. —Otro paso para atrás.

Eddie cortó la cinta, abrió las tapas y miró en el interior. No explotó, pero Lula y yo mantuvimos la distancia por si acaso.

—¿Qué cono es? —exclamó Kuntz acercándose más—. ¿Qué es esto? Parece una bolsa de plástico cerrada con uno de esos alambritos retorcidos llena de pudín de chocolate.

Lula y yo nos miramos.

—Supongo que la clave estará dentro —agregó.

Abrió la bolsa, la cara se le retorció y dijo algo que denotaba repugnancia.

—¿Pasa algo? —preguntó Lula.

—Esto no es pudin.

—Bueno, míralo por el lado positivo —dijo Lula—. Por lo menos no ha explotado, ¿no?

—Huy, fíjate qué hora se ha hecho —indiqué dando unos golpecitos en el reloj—. Tengo que irme corriendo.

—Sí, yo también —añadió Lula—. Tengo mucho que hacer.

La cara de Kuntz había perdido todo el color.

—¿Y qué pasa con la pista?

—Puedes llamarme más tarde, o dejármela en el contestador automático. Léeme las letras y ya está.

—Pero...

Lula y yo ya nos habíamos ido. Habíamos dado la vuelta a la casa, nos habíamos metido en el Firebird y ya bajábamos la calle.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lula—. Va a ser difícil superar esa diversión. Una no ve todos los días una caja llena de caca de perro.

—Tengo que encontrar a Maxine. No soy la única que habrá descubierto que está en Point Pleasant. Para mi desgracia, tengo el coche hecho polvo en el aparcamiento y voy a tener que ocuparme de eso en primer lugar.

Volví a llamar a Morelli a su móvil y lo encontré en su coche.

—Tu novia me ha hecho una visita —dije.

—No tengo novia.

—¡Y una mierda!

Le leí la nota y le conté lo de la puerta y lo del coche.

—¿Qué te hace pensar que es mi novia? —quiso saber Morelli.

—No se me ocurre nadie más que pueda trastornar a una mujer de esa manera.

—Te agradezco el cumplido —respondió Morelli—. Pero no estoy saliendo con nadie. Desde hace mucho tiempo.

—¿Y qué me dices de Terry Oilman?

—Terry Gilman no echaría gasolina en tu coche. Ella llamaría cortésmente a la puerta de tu casa y, cuando abrieras, te arrancaría los ojos.

—¿Cuándo has visto a Terry por última vez?

—Hace una semana más o menos. Me la encontré en Fiorello's Deli. Llevaba una faldita vaquera y estaba muy guapa, pero en este momento no es la mujer de mi vida.

Entrecerré los ojos.

—¿Y quién es la mujer de tu vida?

—Tú.

—Ah. ¿Y de qué va todo este rollo del novio?

—Puede que sea Maxine. Has dicho que fue después de que te encadenara a la nevera.

—¿Y se refiere a Kuntz? No lo sé. No me parece que encaje.

Lula aparcó junto al CRX y ambas salimos a evaluar los daños.

—No sé cómo vas a limpiar toda esa gasolina —indicó Lula—. Está por todas partes, hasta por fuera. Hay charcos de gasolina por aquí.

Tenía que llamar a la policía y hacer una denuncia en condiciones para avisar luego a la compañía de seguros. El coche necesitaba una limpieza profesional. Probablemente tendría un seguro, pero no podía recordar la cantidad. Pero daba igual; de todas formas no podía llevar el coche así.

—Voy dentro a hacer un par de llamadas —dije—. Si les aprieto las tuercas puede que acabemos con esto a tiempo para ir a Point Pleasant y buscar a Maxine.

—¿Sabes lo que más me gusta de Point Pleasant? Me encantan esos cucuruchos de crema helada, la mitad de naranja y la mitad de vainilla. A lo mejor tengo que ir contigo. Puede que te venga bien una guardaespaldas.

Un Fairlane azul entró en el aparcamiento y frenó derrapando a nuestro lado.

—Por todos los santos —exclamó Lula—. Si es la anciana señora Nowicki conduciendo con un pie en el otro barrio.

Salió del coche y se dirigió tambaleante hacia nosotras.

—Te he oído y no estoy con un pie en el otro barrio. Si lo estuviera me encontraría mucho mejor.

Iba vestida de lycra verde chillón. Se había puesto un completo maquillaje facial, llevaba un cigarrillo colgando de la comisura de la boca y unas hebras de pelo naranja se asomaban por el turbante verde... que yo sabía que escondía una cabeza recién desollada.

Miró a mi coche y soltó una carcajada seca.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿No te ha dicho nadie que la gasolina tiene que ir en el depósito?

—¿Quería verme por algo?

—Me voy de la ciudad —respondió—. Y tengo que contarte algo. Maxine se enfadaría muchísimo conmigo si supiera que te lo he contado, pero creo que tenías razón y que es mejor que la encuentres a que... ya sabes.

—¿Ha sabido algo de ella?

—Trajo su coche para regalármelo. Dijo que ya no lo iba a necesitar.

—¿Dónde está?

—Bueno, estaba en Point Pleasant, como sospechaba. Pero me dijo que alguien se había enterado y se ha ido a Atlantic City. No quiso darme la dirección, pero yo sé que le gusta ir a jugar a Bally's Park Place. Cree que allí tiene más posibilidades a su favor.

—¿Está segura?

—Sí, completamente. —Dio una calada tan profunda al cigarrillo que casi lo consumió hasta el filtro. El humo azul salió por su nariz y tiró la colilla. Rebotó en el suelo, rodó debajo de mi coche y, ¡funff!, el coche se incendió.

—¡Ahhh! —gritamos Lula y yo saltando hacia atrás.

Una llamarada amarilla engulló el coche.

—¡Fuego! ¡Fuego! —aullamos las dos.

La señora Nowicki se dio la vuelta para mirar.

—¿Qué?

¡BUUUUUM! Hubo una explosión, la señora Nowicki cayó al suelo de culo y brotó una nueva llamarada. ¡El Firebird de Lula!

—¡Mi coche! ¡Mi pequeñín! —chilló Lula—. ¡Haz algo! ¡Haz algo!

Del edificio salía gente a borbotones y se oían sirenas aullando a lo lejos. Lula y yo nos inclinamos sobre la señora Nowicki, que se encontraba tirada en el pavimento, boca arriba y con los ojos muy abiertos.

—Ah-ah —exclamó Lula—. No irá a morirse otra vez, ¿verdad?

—Necesito un cigarrillo —replicó la señora Nowicki—. Dadme fuego.

Un coche patrulla hizo su entrada en el aparcamiento con las luces parpadeando. Cario Costanza salió de él y se acercó a mí.

—Muy bien —dijo—. Por lo visto, esta vez has conseguido reventar dos coches.

—Uno era el de Lula.

—¿Vamos a tener que buscar restos humanos? La última vez que reventaste un coche encontramos miembros a una manzana de distancia.

—Solo encontrasteis un pie suelto. La mayor parte de los restos estaban aquí mismo, en el aparcamiento. Y personalmente creo que el pie se lo llevó el perro de la señora Burlew.

—¿Y esta vez qué me dices? ¿Tendremos que buscar pies?

—Los dos coches estaban vacíos. La señora Nowicki ha sufrido una pequeña conmoción, pero creo que se encuentra bien.

—Se encuentra tan bien que se ha ido —añadió Lula—. Puede que lo haya hecho para que su coche zarrapastroso no acabara achicharrado también.

—¿Se ha ido? —Me salió una voz como la de Minnie Mouse. No podía creer que se hubiera ido después de provocar el accidente.

Dirigí la mirada hacia St. James y un pensamiento incómodo hizo acto de presencia en mi cabeza.

—No creerás que lo ha hecho aposta, ¿verdad?

—¿Incendiar los coches de las dos para que no podamos ir en busca de su hija? ¿Tú crees que es lo bastante lista como para que se le ocurra una cosa así?

Los coches de bomberos fueron los primeros en irse. Luego las grúas. Y lo único que quedaba ya era una mancha oscura y cubierta de arena en el asfalto.

—Bueno —suspiró Lula—. Tal como viene, se va.

—No pareces muy afectada. Creía que adorabas ese coche.

—Bueno, la radio no funcionaba muy bien y le hice un araño en la puerta en el supermercado. Ahora puedo lanzarme a comprar uno nuevo. En cuanto acabe con el papeleo me lo compro. Nada me gusta más que ir a comprar un coche.

No había nada que yo odiara más que ir a comprarme un coche. Prefería que me hicieran una mamografía. Nunca tenía dinero suficiente para comprar el que me gustaba de verdad. Y además estaban los vendedores de los coches, a muy poca distancia por detrás de los dentistas en su habilidad para infligir dolor. Ay. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Verás, soy una de esas personas con carácter positivo —continuó Lula—. Mi copa nunca está medio vacía. Ah, no. Siempre está medio llena. Por eso estoy

consiguiendo ser alguien. Y además, es que hay gente que está mucho peor que yo. Yo no he perdido la tarde buscando una nota en una caja llena de mierda de perro.

—¿Crees que la señora Nowicki decía la verdad respecto a lo de Atlantic City? Podía estar intentando despistarnos.

—Solo hay una manera de descubrirlo.

—Necesitamos un vehículo.

Nos miramos e hicimos una mueca doble. Las dos sabíamos que había un coche del que podíamos disponer. Mi padre tenía un Buick blanco y azul del cincuenta y tres guardado en el garaje. De vez en cuando me encontraba en una situación desesperada y le pedía prestada aquella fiera.

—No, no, no —dijo Lula—. Yo no voy a ir a Atlantic City en ese monstruoso chulomóvil azul.

—¿Dónde está tu actitud positiva? ¿Dónde ha ido a parar todo ese rollo de la copa medio llena?

—Que le den a la copa medio llena. Ese coche no mola nada. Y yo no monto en un coche que no mole. Tengo que defender mi reputación. Uno ve una mujer negra aparente repantingada en el asiento de ese coche y solo piensa en una cosa: veinticinco dólares por una mamada. Lo que yo te diga: a no ser que seas Jay Leño, es mejor que no te vean en ese coche.

—Vale, vamos a ver si lo entiendo. Si decido ir a Atlantic City y el único coche con el que puedo contar es ese, no vas a venir conmigo.

—Bueno, si lo pones así...

Pedí un taxi para Lula y subí por las escaleras a mi apartamento. Nada más entrar fui directa a la nevera a por una cerveza.

—Tengo que decirte —le expliqué a Rex— que estoy empezando a desanimarme. Revisé el contestador y encontré un tenso mensaje de Eddie Kuntz.

—Ya lo tengo.

Cuando le devolví la llamada no parecía estar de mucho mejor humor. Me leyó las letras, cincuenta y tres en total, y colgó sin más. Ni siquiera se interesó por mi salud. Ni se le ocurrió desearme un buen día.

Marqué el número de Sally y le pasé la pelota.

—Por cierto, ¿qué coche tienes? —le pregunté.

—Un Porsche.

Claro.

—¿De dos plazas?

—¿Es que hay de otra clase?

Sitio para mí, pero no para Lula. Ella lo comprendería. Después de todo, se trataba de un asunto de trabajo, ¿no? Y el hecho de que su coche acabara de saltar por los aires también era un asunto de trabajo, ¿no?

—No fue culpa mía —me excusé—. No fui yo la que tiró el cigarrillo.

—Debe de haber habido un cruce de líneas —dijo Sally—. He oído un par de

frases de otra conversación.

Le expliqué lo de los coches incendiados y lo de la pista de la señora Nowicki.

—Parece que vamos a tener que ir a Atlantic City —concluyó Sally.

—¿Crees que podríamos meter a Lula en el Porsche con nosotros?

—Ni siquiera untándola con grasa.

Solté un suspiro de fastidio para mis adentros y le dije a Sally que iríamos en mi coche y que le pasaría a recoger a las siete. No era capaz de dejar a Lula fuera de aquella aventura ni loca.

Siete

Otras madres tienen hijas que se casan y tienen niños —dijo mi madre—. Yo tengo una que incendia coches. ¿Cómo ha llegado a pasar esto? ¿Será herencia de mi familia?

Estábamos sentados a la mesa, cenando, y mi padre tenía la cabeza inclinada sobre el plato y los hombros se le agitaban.

—¿Qué pasa? —le preguntó mi madre.

—No lo sé, que me ha parecido divertido. Hay hombres que pasan toda su vida sin que sus hijos vuelen un solo coche, pero yo tengo una hija que se ha cargado tres coches e incendiado una funeraria. A lo mejor es una especie de récord.

Todo el mundo se quedó pasmado, porque aquel era el discurso más largo que mi padre había soltado en los últimos quince años.

—Tú tío Lou también incendiaba coches —prosiguió—. Tú no lo sabías, pero es cierto. Cuando Louie era joven trabajaba para Joey el Calamar. En aquellos tiempos, Joey tenía aparcamientos y estaba enemistado con los hermanos Grinaldi, que se dedicaban al mismo negocio. Y Joey le pagaba a Louis para que incendiara coches de los aparcamientos de los Grinaldi. Le pagaban por coche: cincuenta dólares. En aquellos días era un buen dinero.

—Has estado bebiendo en el bar —le recriminó mi madre—. Creía que tenías que estar trabajando con el taxi.

Mi padre pinchó unas patatas con el tenedor.

—Nadie necesitaba un taxi. Un día muy flojo.

—¿Pillaron alguna vez al tío Lou?

—Nunca. Era muy bueno. Los hermanos Grinaldi ni siquiera llegaron a sospechar de él. Creían que el hombre de Joey era Willy Fuchs. Un día pillaron a Willy, y Joey dejó de incendiar los coches de los Grinaldi.

—Cielo santo.

—Le salió muy bien —agregó—. Después de aquello, Lou se metió en el negocio de la fruta al por mayor y le fue de maravilla.

—Qué pulsera más curiosa llevas puesta —dijo la abuela—. ¿Es nueva?

—En realidad es la mitad de unas esposas. Me las cerré sin querer y no he podido encontrar la llave. Tuve que cortarlas por la mitad. Tengo que ir a un cerrajero a que me la abra, pero no me ha dado tiempo.

—El hijo de Muriel Slickowsky es cerrajero —afirmó mi madre—. Puedo llamar a Muriel.

—Mejor mañana; esta noche tengo que ir a Atlantic City. Voy a investigar una pista sobre Maxine.

—Debería ir contigo —dijo la abuela levantándose de un salto y corriendo hacia las escaleras—. Podría ayudarte. Allí encajo muy bien. Atlantic City está lleno de viejecillas como yo. Espera a que me ponga un vestido. ¡Me arreglo en un abrir y

cerrar de ojos!

—¡Espera! No me parece...

—De todas formas, no hay nada bueno en la tele esta noche —gritó la abuela desde el segundo piso—. Y no te preocupes; iré preparada.

Aquello me hizo saltar de la silla.

—¡Nada de armas! —Miré a mi madre—. No seguiré teniendo aquella cuarenta y cinco, ¿verdad?

—Rebusqué por toda su habitación y no pude encontrarlo.

—Quiero que se la cachee de la cabeza a los pies antes de que suba a mi coche.

—Ni por todo el oro del mundo —exclamó mi padre—. Ni bajo amenaza de muerte miraría a esa mujer desnuda.

Lula, la abuela Mazur y yo esperábamos de pie en el pasillo a que Sally nos abriera la puerta. Yo llevaba una falda corta vaquera, una camiseta blanca y sandalias. La abuela iba con un vestido estampado rojo y azul y zapatillas de deporte blancas. Lula lucía un escotado vestido de punto rojo que le llegaba unos cinco centímetros por debajo del culo, medias rojas y zapatos de tacón de raso rojo con el talón abierto.

Y Sally abrió la puerta pertrechado con todo el equipo: peluca negra de mala de la película, un vestido de lentejuelas pegado al cuerpo que se acababa a cinco centímetros de su culo y sandalias plateadas de plataforma con tiras que le conferían una altura de casi dos metros sin contar la peluca.

Sally me echó una mirada.

—Creía que teníamos que ir disfrazadas.

—Yo voy disfrazada de zorra —replicó Lula.

—Sí, y yo de viejecita —añadió la abuela.

—Mi madre no me dejaba ir si me disfrazaba de algo —me disculpé.

Sally tiró del borde de su vestido.

—Yo voy disfrazada de Sheba.

—Amiga —le dijo Lula—, eres la hostia.

—Sally es una drag queen —le informé a la abuela.

—No me digas —respondió—. Siempre he querido conocer a una drag queen. Porque siempre he querido saber qué hacéis con el colgajo cuando os ponéis ropa de chica.

—Se supone que hay que llevar unas bragas especiales que lo ocultan.

Todas dirigimos la mirada al bulto que destacaba a la altura de la entrepierna, en la parte delantera del vestido de Sally.

—¿Y qué pasa? ¿Me vais a denunciar? Me producen sarpullidos.

Lula levantó la nariz olisqueando.

—¿Qué es ese olor? Huele a algo en el horno.

Sally puso los ojos en blanco.

—Es Sugar. Le ha dado un puto ataque. En las últimas dos horas debe de haber utilizado unos cinco kilos de harina.

Lula apartó a Sally y entró en la cocina.

—Dios mío —exclamó—, mirad esto... Hay pasteles hasta donde alcanza la vista.

Sugar estaba en la encimera, amasando pan. Levantó la mirada cuando entramos y nos sonrió con apuro.

—Debéis de pensar que estoy loco por hacer todos estos pasteles.

—Cariño, yo pienso que eres un encanto irresistible —respondió Lula—. Si alguna vez necesitas una compañera de piso nueva, llámame.

—Me gusta el olor que dejan en la casa los pasteles cuando se hacen —señaló Sugar—. Es hogareño.

—Vamos a Atlantic City —le dije—. ¿Quieres venir con nosotras?

—Gracias, pero tengo una tarta a punto de meter en el horno, y esta masa tiene que subir, y luego me queda la plancha...

—Jopé —dijo Lula—, hablas como Cenicienta.

Sugar aplastó la masa.

—No soy un gran jugador.

Cada uno de nosotros pilló una galleta de un plato que había en la encimera y salimos en tropel de la cocina. Llegamos al pasillo y nos metimos en el ascensor.

—Qué chico tan triste —comentó Lula—. No parece que se divierta mucho.

—Es mucho más divertido cuando se pone un vestido —repuso Sally—. Le pones un vestido y su personalidad cambia por completo.

—Y entonces, ¿por qué no lleva siempre vestido? —quiso saber Lula.

Sally se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que eso tampoco le parece bien.

Atravesamos el elegante vestíbulo de mármol y recorrimos el sendero bordeado de flores hasta el aparcamiento.

—Por aquí —le indiqué a Sally—. Es el Buick azul y blanco.

Las pestañas repintadas de Sally se abrieron desmesuradamente.

—¿El Buick? La hostia, ¿ese es tu coche? Tiene respiraderos. ¡Respiraderos, joder! ¿Qué lleva debajo del capó?

—Un motor de ocho cilindros en V.

—¡Guau! ¡Ocho cilindros en V! ¡Ocho cilindros en V, joder!

—Menos mal que no lleva bragas de sujeción —dijo Lula—. Se habría provocado una hernia.

El Buick era cosa de hombres. Las mujeres lo odiaban; los hombres lo adoraban. Yo creía que tenía algo que ver con el tamaño de las ruedas. O tal vez era la forma bulbosa y ahuevada, como si fuera un Porsche con esteroides.

—Será mejor que nos vayamos —le apremié a Sally.

Me quitó las llaves de la mano y se sentó al volante.

—Perdona —protesté—. Este coche es mío y lo conduzco yo.

—Hace falta tener pelotas para conducir este coche —respondió.

Lula se puso con los brazos en jarras y las caderas proyectadas hacia adelante.

—¡Ja! ¿Y tú crees que no tenemos pelotas? Vuelve a fijarte, Tiny Tim.

Sally no soltaba el volante.

—Vale. ¿Qué queréis a cambio? Os doy cincuenta pavos si me dejáis que lo conduzca.

—No quiero dinero —contesté—. Si quieres conducir el coche, lo único que tienes que hacer es pedirlo.

—Sí, pero no nos vengas con esa mierda de macho —añadió Lula—. No soportamos esas cosas. A ese carro no nos subimos.

—Esto va a ser genial —exclamó Sally—. Siempre he querido conducir uno de estos.

La abuela y Lula se subieron detrás y yo me acomodé en el asiento del copiloto.

Sally sacó una hoja de papel de su bolso.

—Antes de que se me olvide, aquí está la última pista.

La leí en voz alta.

—«Última pista. Última oportunidad. Blue Moon Bar. Sábado a las nueve».

Maxine se estaba preparando para rematar. Planeaba una última encerrona a Eddie. ¿Y a mí? Yo tenía la impresión de que a mí también me preparaba una última treta mandándome a marear la perdiz a Atlantic City.

Lo primero que percibo siempre que voy a Atlantic City es que no es Las Vegas. Las Vegas es todo relumbrón de arriba abajo. En Atlantic City no es tan importante el neón como el sitio para aparcar. Los casinos están situados en el muelle, pero lo cierto es que este no le importa a nadie; en A. C., el mar no importa nada. Aquí lo importante es pasar de todo. Y si eres de la tercera edad, mejor que mejor. Es el Casino de la Última Oportunidad.

Los barrios peligrosos de la ciudad están pegados a las puertas traseras de los casinos. Como a Jersey no le quita el sueño la perfección, esto no es un problema. Lo que le preocupa a Jersey es que le toque el premio gordo, y si hay que pasar por algún barrio conflictivo para llegar a las máquinas tragaperras... que le den. Apalanca la ventanilla del coche, echa el seguro de la puerta y pasa de largo junto a camellos y chulos hasta llegar al aparcamiento vigilado. Es todo muy excitante.

Y además de no ser Las Vegas, tampoco es Montecarlo. No se ven muchos vestidos de noche de Versace por Atlantic City. En las mesas de juego siempre hay algún tipo con el pelo engominado y un anillo en el dedo meñique. Y siempre se ven mujeres vestidas como cantantes de bar junto a los tíos engominados con anillos en el meñique. Pero en Atlantic City lo que más abundan son señoras de sesenta y cinco años con chándales de poliéster acarreando vasos de monedas en dirección a las máquinas tragaperras.

Podría pasearme por Las Vegas o por Nueva York con Lula y Sally y nadie me miraría. En Atlantic City era como intentar pasar desapercibida con Siegfried y Roy y cinco de sus tigres.

Entramos los cuatro juntos en uno de los casinos dejando que el ruido nos inundara, empapándonos de todo: el techo de espejos, la moqueta en tres dimensiones, las luces centelleantes y la multitud imparables y arrolladora. Nos abrimos paso por el salón y los hombres se retiraban a nuestro paso, los crupieres se quedaban mudos, las camareras detenían su camino, las fichas caían al suelo y las mujeres nos miraban con esa clase de curiosidad boquiabierta que generalmente se reserva para los choques de trenes. Como si nunca hubieran visto un travesti de dos metros y una mujer negra de cien kilos con rizos rubios y vestida como Cher en un mal día.

¿Sé o no sé llevar a cabo una operación encubierta?

—Menos mal que recibí el cheque de la seguridad social ayer —comentó la abuela mirando las máquinas—. Tengo la sensación de estar de suerte.

—Elige tu veneno —le dijo Lula a Sally.

—¡Blackjack!

Y todos se fueron a lo suyo.

—Mantened los ojos abiertos por si aparece Maxine —ordené a las espaldas que se alejaban.

Recorrí el salón durante una hora, perdí cuarenta dólares en las mesas de dados, aunque gané una cerveza gratis por una propina de cinco dólares. No había visto a Maxine, pero no me sorprendía. Di con una zona que tenía buena visibilidad y me senté a ver pasar a la gente.

A las once y media, la abuela apareció y se desmoronó a mi lado.

—Gané veinte pavos en la primera máquina, pero luego se ha vuelto contra mí —se quejó—. Después de eso he tenido mala suerte toda la noche.

—¿Te queda algo de dinero?

—Nada. Pero no todo está perdido. He conocido a un bombón. Me ha ligado en las máquinas de póquer de dos dólares, o sea que no es cualquier pringadillo.

Levanté las cejas.

—Tendrías que haberte quedado conmigo. Te habría encontrado algo a ti también —añadió.

Ay, madre.

Un hombre bajo con el pelo blanco se acercó a nosotras.

—Aquí tienes tu Manhattan. —Le entregó una copa a la abuela—. ¿Y quién es esta? —preguntó volviéndose hacia mí—. Tiene que ser tu nieta.

—Te presento a Harry Meaker —me dijo la abuela—. Es de Mercerville y esta noche ha tenido mala suerte.

—Siempre tengo muy mala suerte —respondió Harry—. He tenido mala suerte toda mi vida. Me casé dos veces y mis dos mujeres murieron. El año pasado me hicieron un bypass doble y ya se me están atascando las venas otra vez. Lo noto. Y mirad esto. ¿Veis esta mancha roja descamada en la nariz? Cáncer de piel. Me lo van a quitar la semana que viene.

—Harry ha venido en autocar —comentó la abuela.

—Problemas con la próstata —explicó Harry—. Necesito un autocar con aseo. —Miró el reloj—. Tengo que irme. El autobús sale dentro de media hora. No quiero perderlo.

La abuela le observó mientras se alejaba.

—¿Qué te parece? Un vivo, ¿eh? Por lo menos de momento.

Lula y Sally se acercaron y se tiraron a mi lado en el sofá.

—No he oído disparos, o sea que supongo que nadie ha visto a Maxine —dijo Lula.

—Maxine ha sido la más lista —replicó Sally—. Se ha quedado en casa.

Le miré.

—¿Una mala noche?

—Me he quedado en la ruina. Esta semana me voy a tener que hacer yo las uñas.

—Podría hacértelas yo —sugirió Lula—. Hago muy bien la manicura. ¿Ves estas palmeritas que llevo en las uñas? Me las hice yo misma.

—Callad —exclamé levantándome—. Mirad aquella mujer de los pantalones turquesas que está junto a la mesa de juego, la de la melena amarilla...

Aquella mujer estaba de espaldas a mí, pero se había vuelto un instante antes, permitiéndome que le viera la cara. Y se parecía muchísimo a Maxine.

Empecé a andar hacia ella cuando se giró y me miró directamente a los ojos. Las dos nos reconocimos al mismo tiempo. Giró bruscamente sobre sus talones y desapareció entre una pina de gente que se agolpaba junto a la mesa de juego.

—¡Ya la veo! —exclamó Lula un paso detrás de mí—. ¡No la perdáis de vista!

Pero yo ya la había perdido. El salón estaba abarrotado y Maxine no iba envuelta en brillos rojos como Lula, sino que se confundía con el resto de la gente.

—Yo no la quito ojo —dijo la abuela—. Está saliendo al paseo.

La abuela se había subido a una mesa de blackjack y estaba plantada en ella con las piernas separadas. El crupier le agarró para bajarla y ella le dio en la cabeza con el bolso.

—No sea grosero —le regañó—. Solo me he subido aquí para tener una buena visibilidad porque la osteoporosis me ha encogido y ahora soy demasiado baja.

Salí corriendo hacia la entrada del paseo, finteando entre grupos de jugadores, intentando no arrastrar a ninguno. En dos segundos me encontraba fuera del salón de juego, en el amplio pasillo que conducía a la puerta principal. Vi un destello de cabello rubio pajizo que desaparecía por la puerta de cristal de doble hoja. Yo iba apartando a la gente que se me ponía por delante y gritando «perdón», y jadeaba con dificultad. Demasiados donuts y muy poco ejercicio.

Crucé la puerta y vi a Maxine a unos metros de distancia, corriendo como una posesa. Salí corriendo detrás de ella y oí a Lula y Sally taconeando y soltando tacos media manzana detrás de mí.

Maxine giró bruscamente, saliendo del paseo marítimo por un callejón lateral. Yo

hice lo mismo, en el preciso instante en que oí cerrarse la puerta de un coche y un motor que arrancaba. Corrí hacia el vehículo y llegué a él justo cuando las ruedas se ponían en movimiento. Y puesto que no se veía a Maxine por ningún lado, supuse que se había largado en aquel coche.

Sally se detuvo a mi lado y se dobló por la cintura para recuperar la respiración.

—Estoy acabado, tía. A partir de hoy que les den por el culo a los tacones.

Lula se derrumbó sobre él.

—Infarto de miocardio. Infarto de miocardio.

Ya estábamos dando la vuelta, esforzándonos por respirar, cuando llegó la abuela.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me he perdido? ¿Dónde está?

—Se ha escapado —respondí.

—¡Mecachis!

Tres tipos salieron de las sombras y se acercaron a nosotras. Parecían estar en sus últimos años de adolescencia y llevaban pantalones enormes y zapatillas de deportes desatadas.

—Oye, mami —dijo uno—. ¿Qué está pasando?

—Dejadnos en paz —contestó Sally.

—Guau —exclamó el chaval—. ¡Menudo putón!

Sally se retocó la peluca.

—Gracias.

El chaval sacó una navaja automática del bolsillo de los pantalones.

—¿Qué te parecería darme el bolso, putón?

Sally se levantó la falda, metió la mano dentro de los calzoncillos y sacó una Glock.

—¿Qué te parecería usar esa navaja para rebanarte las pelotas?

Lula extrajo una pistola del bolso de raso rojo y la abuela su revólver de cuarenta y cinco milímetros.

—Alégrame el día, basura —espetó la abuela.

—Eh, no quiero meterme en líos —rectificó el chaval—. Solo nos estábamos divirtiendo.

—Quiero pegarle un tiro —dijo Sally—. Nadie lo contará, ¿verdad?

—No es justo —repuso Lula—. Yo también quiero pegarle un tiro.

—Vale —concluyó la abuela—. Cuando cuente tres se lo pegamos todas a la vez.

—¡Nada de tiros! —grité.

—¿Y qué te parece si le muelo a patadas? —preguntó Sally.

—Estáis todas locas —dijo el chaval mientras retrocedía—. ¿Qué clase de mujeres sois?

Los amigos salieron corriendo y él fue detrás.

Sally volvió a meterse la pistola en los calzoncillos.

—Creo que he suspendido el examen de estrógenos.

Todas nos quedamos mirándole al paquete y la abuela soltó lo que Lula y yo

estábamos pensando.

—Creía que ese bulto era tu colgajo.

—Dios mío —respondió Sally—. ¿Quién os creéis que soy? ¿Trueno, el caballo maravilloso? La pistola no me cabía en el bolso.

—Tienes que hacerte con una pistola más pequeña —sugirió Lula—. Esa vieja Glock metida en las bragas te destroza la figura.

La abuela, Lula y Sally estaban dormidos a los quince minutos de salir de Atlantic City. Yo conducía el coche arropada por la oscuridad y el silencio, pensando en Maxine. Seguía sin estar convencida de que aquello no había sido una maniobra de despiste. Era cierto que había visto a Maxine, como su madre me había dicho, pero había escapado con demasiada facilidad. Y no parecía muy sorprendida de verme. Tenía el coche aparcado en la calle de al lado, algo que una mujer sola no haría. Era más seguro y más cómodo aparcar en el garaje. Había huido en el Acura negro. Y aunque no la había visto meterse en el coche, sospechaba que no era ella la que conducía. El motor había arrancado nada más cerrarse la puerta.

Por eso pensaba que tal vez estaba intentando despistarme. Quizá siguiera en Point Pleasant, tal vez hubiera pagado ya el alquiler del mes y no quisiera mudarse. Y al enterarse de que su madre había dado el soplo, ella había preparado aquella trama para alejarme de Point Pleasant. O tal vez fuera otro de sus juegos. Puede que Eddie Kuntz tuviera razón sobre la fascinación de Maxine por James Bond.

Dejé a Sally primero, luego a Lula y, por último, a la abuela.

—Mamá cree que te has desecho de esa pistola —le dije.

—Ya —contestó—. Imagínate.

Mi madre estaba en la puerta de la calle, de pie, con los brazos cruzados, mirándonos. Si hubiera sido una buena hija, habría entrado a comer unas galletas, pero no era una hija tan buena. Quería a mi madre, pero el cariño no sirve de gran cosa cuando tienes que explicar cómo ha acabado tu abuela subida en una mesa de blackjack en un casino atestado.

Esperé a que la abuela coronara con éxito los escalones del porche, les dije adiós con la mano y me alejé en el enorme coche azul. Respeté todos los semáforos de Hamilton, giré por St. James y sentí una agitación nerviosa en el estómago al ver que en la esquina había vehículos con luces de emergencia. Coches de la policía, bomberos y ambulancias; el aparcamiento de mi edificio estaba repleto de ellos. Las luces centelleaban y hasta mí llegaba el estruendo de los megáfonos. Agua ennegrecida corría por el suelo y gente vestida con albornoces y ropa combinada apresuradamente deambulaba por las aceras. Fuera lo que fuera, parecía haber pasado ya. Los bomberos estaban recogiendo. Los curiosos empezaban a dispersarse.

El miedo se apoderó de mí. «La próxima vez, encenderé una cerilla».

La calle estaba cortada, así que aparqué donde me encontraba y crucé corriendo la

franja de césped que rodeaba el aparcamiento. Me protegí los ojos del destello de las luces y los entorné ante la nube de humo y vapores de gasolina para contar las ventanas y localizar el incendio. Segundo piso, segundo apartamento: el apartamento que había ardido era el mío. El cristal de la ventana estaba roto y los ladrillos de alrededor, negros. Ningún otro apartamento parecía haber sufrido daño alguno.

Mi único pensamiento coherente fue para Rex, que estaría atrapado en su jaula de cristal en medio de aquel infierno. Fui trastabillando hasta la puerta trasera del edificio, rezando por que se produjera un milagro, sin saber si iba llorando o gritando, pensando solo en Rex, como si nadara en gelatina, con la visión y el oído distorsionados. Unas manos tiraron de mí al intentar cruzar el abarrotado vestíbulo. Oí que alguien decía mi nombre.

—¡Aquí! —gritó la señora Kleinschmidt—. ¡Por aquí!

Estaba con la señora Karwatt y esta asía con ambos brazos la jaula de Rex.

Me abrí paso hasta ellas, sin apenas creer que Rex se hubiera salvado.

—¿Está bien? ¿Se encuentra bien Rex? —pregunté mientras levantaba la tapa para comprobarlo por mí misma y volcaba la lata de sopa para ver a un desorientado Rex.

Probablemente sea una estupidez sentir tanto afecto por un hámster, pero Rex es mi compañero de piso. El hace que mi apartamento no parezca vacío. Y, además, le gusto; estoy casi segura.

—Se encuentra bien —aseguró la señora Karwatt—. Le sacamos enseguida. Gracias a Dios que me diste una llave de tu apartamento. Oí la explosión y entré inmediatamente. Menos mal que el fuego empezó en tu dormitorio.

—¿Ha habido algún herido?

—No, ninguno. Solo ha sido en tu apartamento. La señora Stinkowsky, la de abajo, tiene algunos desperfectos por el agua y todos olemos a humo, pero nada más.

—Debes de estar con un caso peliagudo —aventuró la señora Kleinschmidt—. Te han incendiado el coche y el apartamento en un solo día.

Kenny Zale se acercó a mí. Fui con Kenny a la escuela primaria y en el instituto salí algún tiempo con su hermano mayor, Mickey. En aquel momento Kenny era bombero. Iba vestido con botas y traje negro ignífugo, y tenía la cara cubierta de sudor y hollín.

—Parece que has estado en mi apartamento —le dije.

—Tal vez deberías pensar en buscarte otro trabajo.

—¿Tan mal ha quedado?

—El dormitorio ha volado. Allí es donde empezó. A mí me parece que han lanzado una bomba incendiaria a través de la ventana. El baño se puede recuperar. La sala está bastante destrozada. La cocina probablemente quede bien en cuanto se limpie. Habrá que cambiar el suelo. Y seguramente tendrás que pintar; el agua ha ocasionado muchos daños.

—¿Puedo entrar?

—Sí. Ahora es un buen momento. El perito se encuentra arriba en este momento. Seguramente te acompañará para que te lleves las cosas que puedas necesitar y luego lo precintará hasta que se lleve a cabo la investigación y esté seguro de que no hay peligro.

—¿El perito sigue siendo John Petrucci?

—Sí. Creo que sois amigos íntimos.

—Hemos pasado algún tiempo juntos, pero yo no diría que somos íntimos.

Sonrió y me revolvió el pelo.

—Me alegro de que no estuvieras en la cama cuando ocurrió esto. Ahora serías una tostada.

Dejé a Rex con la señora Karwatt, subí las escaleras y me abrí paso entre la gente que había en el pasillo. Toda la zona que rodeaba mi apartamento estaba empapada y manchada de hollín. El aire estaba viciado. Asomé la cabeza por la puerta y se me encogió el corazón. La destrucción era desoladora: las paredes estaban negras, las ventanas rotas, los muebles irreconocibles, convertidos en trastos achicharrados y chorreantes.

Creo firmemente en la negación. Mi razonamiento es: ¿por qué enfrentarse a lo desagradable hoy cuando mañana te puede atropellar un camión? Y si consigues postergar las cosas el tiempo suficiente, puede que lo que te preocupa desaparezca. Por desgracia, aquella preocupación no iba a desaparecer. Aquello estaba más allá de toda negación. Aquello era acojonantemente deprimente.

—¡Mierda! —aullé—. ¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

Todos los que se encontraban en el piso dejaron lo que estaban haciendo y me miraron.

—Muy bien —exclamé—. Ya me encuentro mucho mejor.

Por supuesto, era mentira, pero me sentó bien decirlo.

Petrucci se acercó.

—¿Tienes alguna idea de quién ha podido hacer esto?

—No. ¿Y tú?

Otra mentira; tenía unas cuantas ideas.

—Alguien con un buen brazo.

Esa podía ser Maxine, la estrella de la pelota. Pero no acababa de creérmelo. Me parecía que era más cosa del hampa, de la amiga de Joe, Terry.

Entré cuidadosamente en la cocina. La jarra de galletas con forma de osito estaba intacta. El teléfono parecía haberse salvado. El hollín y el agua estaban por todas partes y resultaba deprimente. Me mordí el labio con fuerza. Estaba a punto de echarme a llorar. Rex estaba a salvo, todo lo demás se podía remplazar, me dije.

Recorrimos habitación por habitación, y no encontramos mucho que salvar: unos cuantos cosméticos que había en el baño y el secador de pelo. Los metí en una bolsa de la cocina.

—Bueno, no es para tanto —le dije a Petrucci—. Estaba pensando en redecorar.

Ahora quisiera que el cuarto de baño hubiera quedado destruido.

—¿Cómo? ¿No te gusta en naranja y marrón?

—¿Crees que ya es demasiado tarde para quemar el baño?

Petrucci puso cara de ofendido, como si le hubiera pedido que se tirara un pedo en público.

—¿Tienes todo esto asegurado?

—Sí.

Tal vez.

La señora Karwatt me esperaba en el pasillo con Rex.

—¿Estás bien? ¿Tienes algún sitio donde ir? Esta noche podrías dormir en mi sofá.

Le quité la jaula de Rex.

—Muchas gracias por la invitación, pero seguramente me iré a casa de mis padres. Tienen un dormitorio de sobra.

La anciana señora Bestler esperaba en el ascensor.

—Bajando —dijo apoyada en el andador—. Primera planta, bolsos de señora.

Las puertas se abrieron en el vestíbulo y la primera persona a la que vi fue Dillon con su mono de portero.

—Iba a subir ahora a echar un vistazo —comentó—. Supongo que voy a tener que sacar las brochas.

—Va a hacer falta mucha pintura. —El labio me temblaba otra vez.

—Oye, no te preocupes por nada. ¿Recuerdas cuando la señora Baumgarten le prendió fuego al árbol de Navidad? El apartamento entero ardió como una pavesa. No quedaron más que cenizas. Y míralo ahora... como si fuera nuevo.

—Una caja entera de Guinness para ti si entras con un mazo en el cuarto de baño.

—¿Por qué? ¿No te gusta en naranja y marrón?

Me alegré de haber aparcado el Buick en la calle, fuera del alcance del edificio ennegrecido por el fuego. Fuera de su radio de acción, fuera del pensamiento. O casi. El Buick permanecía silencioso y era como un útero materno. Tenía las puertas cerradas con seguro y toda la actividad tenía lugar enfrente de mí, a media manzana de distancia.

Rex y yo nos sentamos en el coche e intentamos ordenar nuestros pensamientos. Al cabo de un rato, el hámster se puso a correr en su rueda y supuse que él ya había puesto sus pensamientos en orden. Los míos estaban requiriendo más tiempo; de hecho, corrían aterrados en todas direcciones. Alguien quería verme atemorizada, tal vez incluso muerta. Existía una remota posibilidad de que fuera la misma persona que iba por ahí amputando dedos y arrancando cabelleras. Y no me gustaba la idea de que aquel fuera mi futuro.

Descansé la cabeza en el volante. Estaba exhausta y me encontraba al borde de las lágrimas. Y me temía que, si empezaba a llorar, no iba a parar en mucho tiempo.

Miré el reloj: eran las dos de la mañana. Necesitaba dormir un rato. Pero ¿dónde?

La solución más sencilla era ir a casa de mis padres, pero no quería poner sus vidas en peligro. No quería que su casa de High Street se convirtiera en el nuevo objetivo de una bomba incendiaria. Entonces, ¿dónde podía ir? ¿A un hotel? En Trenton no hay ninguno. Hay algunos en Princeton, pero está a cuarenta minutos y no era muy partidaria de gastar dinero. Podría llamar a Ranger, pero nadie sabe dónde vive. Si él me dejara pasar la noche en su casa, probablemente tendría que matarme por la mañana para asegurarse de que su secreto estaba a salvo. ¿Lula? Aquella idea me resultaba un poco espeluznante; era mejor caer en manos del desollador que dormir con Lula. Y estaban mi mejor amiga, Man Lou, y mi hermana Valerie, pero tampoco quería ponerlas en peligro a ellas. Necesitaba a alguien fuerte, alguien de quien no tuviera que preocuparme. Y que dispusiera de una habitación de más.

—Ay, madre —le dije a Rex—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

No hice nada durante otros cinco minutos, pero no se me ocurría una solución mejor para mi problema, de manera que giré la llave del contacto y pasé lentamente por delante del camión de bomberos solitario que había al final de la calle. Intenté no mirar a mi apartamento, pero vi la escalera de incendios por el rabillo del ojo. Sentí una dolorosa opresión en el pecho. Mi pobre apartamento.

Inhalé aire profundamente. No quería morir. Y no quería que me odiara nadie. Y, por supuesto, no quería echarme a llorar.

—No te preocupes por nada —le tranquilicé a Rex—. Todo va a salir bien. Ya hemos pasado apuros antes, ¿verdad?

Fui por Hamilton hasta Chambers y luego, siguiendo esta, hasta Slater. Dos manzanas más abajo encontré la casa que estaba buscando. Era una modesta casita adosada de piedras marrones. Todas las luces estaban apagadas. Cerré los ojos. Estaba hecha polvo y no tenía ganas de hacer aquello.

—Tal vez deberíamos dormir en el coche esta noche. Y mañana podemos buscar algo más estable.

Rex estaba batiendo un récord en su rueda. Me miró, parpadeó y eso fue todo. El mensaje mudo era «Estás sola, chica».

Lo cierto era que no quería quedarme en el coche. Quienquiera que fuese el loco podía presentarse mientras dormía y darme un susto. Podía forzar la ventana y cortarme todos los dedos. Volví a mirar a la casa. Allí estaría segura y no me sentiría completamente aterrada si la vivienda sufría algún ataque. Era la casa de Joe Morelli.

Saqué el móvil del bolso y marqué su número.

El teléfono sonó seis veces antes de que Joe contestara con un saludo mortecino.

—¿Joe? Soy Stephanie.

—¿Esta llamada tiene algo que ver con la muerte?

—Todavía no.

—¿Y con el sexo?

—Todavía no.

—No puedo imaginar otro motivo para que me llames.

—Han incendiado mi apartamento esta noche y necesito un sitio donde dormir.

—¿Dónde estás?

—Delante de tu casa.

Una cortina se abrió en el piso superior.

—Bajo ahora mismo —dijo Joe—. No salgas del coche hasta que abra la puerta.

Ocho

Levanté la jaula de Rex del asiento.

—Y ahora recuerda —le dije—, nada de lloriquear por lo asquerosa que es nuestra vida. Y nada de ponerse en plan tontorrón por lo bueno que está Joe. Y nada de llorar. No queremos que Joe crea que somos unos perdedores.

Morelli apareció en su pequeño porche de cemento. La puerta estaba abierta a sus espaldas y se filtraba la luz del pasillo de arriba. Iba descalzo, vestido con unos vaqueros cortados que le abrazaban las caderas. Tenía el pelo revuelto de la cama y llevaba una pistola en la mano, caída a un lado del cuerpo.

—¿Con quién hablas?

—Con Rex. Todo esto le ha puesto un poco nervioso.

Morelli me quitó la jaula, cerró la puerta con un pie y llevó a Rex a la cocina. Puso la jaula en la encimera y encendió la luz del techo. Era una cocina vieja con electrodomésticos anticuados y superficies de Formica. Los armarios habían sido pintados recientemente con esmalte color crema y el linóleo del suelo era nuevo. En el fregadero había una cazuela a remojo. Al parecer, Morelli había cenado espaguetis.

Puso un cartón de leche fría y un paquete de galletas Oreo en la pequeña mesa de madera que descansaba contra una de las paredes de la cocina. Sacó dos vasos del escurridor, se sentó a la mesa y los llenó de leche.

—Bueno —dijo—, ¿me lo quieres contar?

—Esta noche he ido a Atlantic City a buscar a Maxine y mientras estaba allí, alguien tiró una bomba incendiaria por la ventana de mi dormitorio. Todo el apartamento ha ardido. Afortunadamente, la señora Karwatt tenía una llave y pudo rescatar a Rex.

Morelli se me quedó mirando un instante con su impenetrable cara de poli.

—¿Te acuerdas de los zapatos morados que te compraste el año pasado?

—Reducidos a cenizas.

—Maldita sea. Tenía planes para aquellos zapatos. He pasado unas cuantas noches en vela imaginándote con esos zapatos y nada más.

Cogí una galleta.

—Tú lo que necesitas es hacer algo con tu vida.

—Cuéntamelo todo. He pasado la última semana poniendo linóleo. —Pilló una segunda galleta—. Me he dado cuenta de que llevas el Buick. ¿Qué le ha pasado al CRX?

—¿Recuerdas que te conté que alguien lo había empapado en gasolina? Bueno, pues explotó.

—¿Que explotó?

—En realidad, primero se incendió y luego explotó.

—Humm —gimió Morelli comiéndose la mitad de arriba de la Oreo.

Una lágrima rodó por mi mejilla. El dejó de comer.

—Espera un momento. ¿Lo dices en serio? ¿No te lo estás inventando?

—Claro que lo digo en serio. ¿Por qué crees si no que estoy aquí?

—Bueno, creía que...

Me levanté de un salto y la silla cayó estrepitosamente al suelo.

—¡Creías que me lo había inventado todo para presentarme aquí en mitad de la noche y meterme en tu cama!

La boca de Morelli se tensó.

—A ver si lo he entendido bien. Ayer alguien voló por los aires tu coche y tu apartamento. ¿Y ahora quieres quedarte en mi casa? ¿Qué pasa? ¿Me odias? ¡Eres un desastre andante! ¡Joder, eres Juanita Calamidad vestida de lycra!

—¡No soy un desastre andante! —Pero tenía razón, lo era. Era una catástrofe a punto de ocurrir. Y me iba a echar a llorar. Me dolía el pecho, sentía en la garganta como si me hubiera tragado una pelota de béisbol y las lágrimas manaban de mis ojos —. Mierda —dije secándomelas de golpe.

Morelli hizo una mueca y se acercó a mí.

—Oye, lo siento. No era mi intención...

—¡No me toques! —grité—. Tienes razón. Soy un desastre. Mírame. No tengo casa. No tengo coche. Y estoy histérica. ¿Qué clase de cazarrecompensas se pone histérica? Las cazarrecompensas fracasadas, solo esas. Una f-f-fracasada.

—Puede que la leche no haya sido la mejor elección en este caso —afirmó Morelli—. Te vendría bien un poco de coñac.

—Y todavía hay más —agregué entre sollozos—. ¡He perdido cuarenta dólares en los dados y yo era la única que no llevaba pistola esta noche!

Morelli me tomó en sus brazos y me apretó contra su cuerpo.

—No te preocupes, Stephanie. Cuarenta dólares no es tanto dinero y hay mucha gente que no tiene pistola.

—En Nueva Jersey no. Y menos las cazarrecompensas.

—Algunas personas de Nueva Jersey no tienen pistola.

—¿Ah, sí? Dime una.

Me separó a la distancia de sus brazos y sonrió.

—Creo que debería subirte a la cama. Te sentirás mejor por la mañana.

—Y hablando de la cama...

Me llevó hacia las escaleras.

—Tengo la habitación de invitados lista.

—Gracias.

—Y dejaré la puerta de mi cuarto abierta por si te sientes sola.

Y yo cerraré la mía con pestillo por si me siento débil.

Me desperté desorientada, mirando a un techo que no era el mío. Las paredes estaban revestidas de un deslucido papel pintado verde con estampado de flores casi

imperceptibles. Acogedor en un sentido anticuado. Morelli había heredado aquella casa de su tía Rose y no la había cambiado mucho. Creí adivinar que aquellas sencillas cortinas blancas que colgaban de las ventanas las había elegido Rose. Era una habitación pequeña con una cama enorme y una cómoda con cajones. El suelo era de madera y Morelli había puesto una jarapa junto a la cama. Se trataba de una habitación muy soleada y mucho más silenciosa que la mía, que daba al aparcamiento. Me había acostado con una camiseta de Morelli y tenía que enfrentarme a la dura realidad. No tenía ropa: ni ropa interior limpia, ni pantalones, ni zapatos, ni nada. Lo primero que debía hacer era una escapada inmediata a Macy's a comprar un vestuario de emergencia.

Sobre la cómoda había un radio despertador. Eran las nueve en punto. El día había empezado sin mí. Abrí la puerta de la habitación y me asomé al pasillo. Estaba todo en silencio. Ni rastro de Morelli. En la puerta de mi dormitorio había pegada una hoja de papel. Decía que Morelli se había ido a trabajar y que me sintiera como en mi propia casa. Añadía que había una llave para mí en la mesa de la cocina y toallas limpias en el cuarto de baño.

Me duché, me vestí y bajé a prepararme algo de desayuno. Me serví un vaso de zumo de naranja y le eché un vistazo a Rex.

—No cabe la menor duda de que anoche me puse bien en ridículo —le dije.

Rex estaba dormido en su lata de sopa y no pareció importarle mucho. Ya me había visto hacer el ridículo en otras ocasiones.

Me comí un cuenco de cereales y pasé revista a la casa. Estaba limpia y ordenada. La comida que había en la alacena era la básica. Los cacharros eran de segunda generación: seis vasos, seis platos, seis cuencos. El papel de los estantes era el que había dejado la tía Rose. Tenía una cafetera, pero no había hecho café ni había preparado el desayuno. No había platos sucios, ni platos fregados en el escurridor. Supuse que Morelli se tomaría un café de camino al trabajo o algo así. Los polis no eran famosos por sus dietas equilibradas.

Recordaba los muebles de la sala de su antiguo apartamento: utilitarios, comodidad sin estilo. No encajaban bien en la casita adosada. Una casa adosada tenía que estar abarrotada, con revistas en la mesita de café y cuadros en las paredes.

Las estancias estaban en fila: sala de estar, comedor, cocina. Como Morelli vivía en una de las casa del medio, el comedor no tenía ventanas. Daba igual. No me imaginaba a Morelli haciendo uso del comedor. Realmente, al principio, cuando se mudó a aquella casa, no me lo imaginaba viviendo en ella en absoluto. Ahora le pegaba. No era que se hubiera domesticado, sino más bien como si la casa hubiera adquirido independencia, como si la casa y Morelli hubieran llegado a un acuerdo de coexistencia pacífica y lo respetaran.

Llamé a mi madre y le expliqué que había sufrido un incendio y que me encontraba en casa de Morelli.

—¿Qué quieres decir con que te encuentras en casa de Morelli? Ay, Dios mío, ¡te

has casado!

—No es eso. Morelli tiene una habitación de sobra. Le voy a pagar un alquiler.

—Nosotros también tenemos una habitación de sobra. Podrías quedarte aquí.

—Ya lo he intentado en otra ocasión y no resultó bien. Demasiada gente para un baño. —Demasiados psicópatas asesinos deseando matarme.

—A Angie Morelli le va a dar un ataque.

Angie Morelli es la madre de Joe. Una mujer tan respetada como temida en el Burg.

—Angie Morelli es una buena católica y no es tan abierta de mente como yo —añadió mi madre.

Las mujeres Morelli eran todas buenas católicas. Los hombres incumplían todos los mandamientos. Los hombres Morelli jugaban al póquer los lunes por la noche con el anticristo.

—Tengo que colgar —dije—. Solo quería que supieras que estoy bien.

—¿Por qué no venís Joe y tú a cenar esta noche? Estoy haciendo un asado.

—¡No somos pareja! Y tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

Mi siguiente llamada fue a la oficina.

—Me han lanzado un cóctel molotov al apartamento —le expliqué a Connie—. Me voy a quedar algún tiempo con Morelli.

—Buena decisión —respondió ella—. ¿Estás tomado la píldora?

Recogí la cocina, me guardé la llave en un bolsillo y me fui al centro comercial. Dos horas después tenía vestuario nuevo para una semana y una tarjeta de crédito pasada de límite.

Ya era mediodía cuando llegué a la oficina. Connie y Lula estaban sentadas a la mesa de aquella devorando comida china.

—Sírvete —dijo Lula empujando hacia mí una caja de cartón—. Hay un montón: tenemos arroz frito, gambas rebozadas y Kung Fu de no sé qué.

Me decidí por las gambas.

—¿Habéis sabido algo de Vinnie?

—Nada de nada —contestó Connie.

—¿Y de Joyce? ¿Sabéis algo?

—No. Y tampoco ha atrapado a Maxine.

—He estado pensando en Maxine —comenzó Lula—. Yo creo que está en Point Pleasant. Y no me sorprendería si su mamá estuviera también con ella. El rollo ese de Atlantic City ha sido una maniobra de despiste para alejarnos de Point Pleasant. La forma en que escapó me extraña mucho. El coche estaba esperando a que llegara para salir corriendo. Creo que su mamá nos ha tendido una trampa.

Probé un poco del Kung Fu.

—Yo he pensado lo mismo.

Lula y yo nos paramos en medio del paseo del muelle, enfrente del Parrot Bar, y nos enganchamos los buscos en los pantalones.

Yo llevaba unos *shorts* de deporte naranja fosforito que había comprado de rebajas en el Footlocker y Lula iba vestida en *lycra* con un estampado de tigre en amarillo y negro. Sus rizos rubios estaban adornados con cuentas de colores, de manera que toda su cabeza se encontraba llena de hileras de cuentas rosa fluorescente, verde fosforito y amarillo chillón. Hacía cuarenta grados a la sombra, el mar estaba en calma chicha, el cielo de un azul inmaculado y se podía freír un huevo en la arena. Habíamos venido a buscar a Maxine, pero me daba cuenta de que a Lula se le iban los ojos al puesto de helados.

—Este es el plan —informé—. Tú te quedas aquí y no le quitas ojo al Parrot Bar, y yo me voy a peinar la playa y el paseo marítimo. Mándame un mensaje al busca si ves a Maxine o a alguien que tenga algo que ver con ella.

—No te preocupes, no se me despistará nadie. Me encantaría ver a esa culiflaca de su madre. La voy a enganchar por los cuatro pelos que le quedan y la voy a...

—¡No! ¡Nada de enganchadas, nada de tiros, nada de *sprays*, nada de descargas eléctricas! Si ves a alguien, síguele hasta que yo te alcance.

—¿Y si es en defensa propia?

—No va a haber defensa propia. No dejes que nadie te vea. Intenta pasar inadvertida.

—Para pasar inadvertida necesito un helado —repuso Lula con un revuelo de cuentas que entrechocaban cada vez que movía la cabeza—. Un helado y seré como todos los que hay por aquí.

—Muy bien, Tallulah, vete a por un helado.

Primero fui en dirección norte. Había comprado un par de minibinoculares que puse a prueba en la playa, puesto que a Maxine parecía gustarle tomar el sol. Me moví lenta y metódicamente, entrando en todos los bares y tiendas. Fui más allá de donde acababan las zonas de recreo y el paseo ya no es más que un camino de tablones de madera. Al cabo de una hora me di la vuelta y regresé a donde estaba Lula.

—No he visto a nadie conocido —me dijo cuando llegué a su lado—. Ni Maxine. Ni la mamá de Maxine. Ni Joyce. Ni Travolta.

Clavé la mirada en el bar de enfrente y yo tampoco vi a ninguna de aquellas personas. Saqué un cepillo y una goma de mi bolso y me recogí el pelo hacia atrás, en una coleta que dejaba la nuca al aire. Sentía unos deseos incontrolables de tirarme al agua, pero decidí conformarme con una limonada. No sabía por dónde iba a salir Maxine. No podía perder el tiempo con una frivolidad como aplacar la temperatura de mi cuerpo.

Dejé a Lula en el banco, compré una limonada y continué el paseo de reconocimiento de la playa en dirección sur. Pasé una serie de tenderetes con juegos de azar y llegué a un salón de recreativos. Entré en su refrescante penumbra y oteé más allá de las máquinas de regalos y las de habilidad física. Observé la pared en la

que estaban expuestos los premios y paré en seco. Junto a la pared había una mujer examinando los premios: cinco piezas de Farberware por cuarenta mil puntos, un faro de madera por nueve mil cuatrocientos cincuenta, un reloj de Melodías Animadas por ocho mil cuatrocientos cincuenta, un aspirador de mano por cuarenta mil cien, un estéreo portátil por noventa y ocho mil cuatrocientos cincuenta. La mujer parecía estar contando los puntos que llevaba en la mano. Sujetaba los boletos con una mano, ya que en la otra llevaba un pesado vendaje. Tenía el pelo castaño y el cuerpo esbelto.

Retrocedí unos pasos y esperé a verle la cara. Permaneció allí un momento más, se dio la vuelta y se dirigió al mostrador de entrega. Era Margie. Pasé sigilosamente junto al mostrador, por detrás de Margie, salí a la calle y le mandé un mensaje a Lula, que no se encontraba muy lejos. Cuando sonó el busca levantó la cabeza. La miré y le hice un gesto para que se acercara.

Margie seguía en el mostrador cuando llegó Lula.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—¿Recuerdas que te hablé de una amiga de Maxine, Margie?

—A la que le cortaron el dedo.

—Sí. Es aquella que está en el mostrador de los regalos.

—Point Pleasant es un sitio muy concurrido.

Un empleado del salón de juegos le dio a Margie una caja grande y ella se dirigió a la puerta de salida. Salió a la calle y giró a la derecha por un callejón que salía del paseo. Lula y yo la vimos llegar al final de la manzana y cruzar la calle. La seguimos; Lula a menos de media manzana de distancia y yo detrás de esta. Margie cruzó otra calle, siguió de frente y entró en una casa situada en medio de la manzana siguiente.

Mantuvimos la distancia y nos quedamos observando un rato, pero Margie no salía. La casa era un *bungalow* de una sola planta con un pequeño porche en la fachada. Las viviendas que la rodeaban eran parecidas. Los espacios para aparcar resultaban escasos. Había coches aparcados a ambos lados de la calle.

No estábamos en buena situación para llevar a cabo una vigilancia en condiciones: habíamos ido a Point Pleasant en un coche que llamaba la atención. Mi único consuelo era que, aunque hubiera llevado un coche más discreto, no habría encontrado sitio para aparcar.

—O sea que crees que esa tal Margie está con Maxine. Y puede que la mamá también —dijo Lula.

—Sí. El problema es que no sé si Maxine estará en la casa en este momento.

—Puedo hacer de distribuidora Avon —propuso Lula—. Ding-dong, Avon llama a tu puerta.

—Si la madre de Maxine estuviera ahí, te reconocería.

—Yo creo que también nos puede reconocer si nos quedamos en la calle como estamos —replicó Lula.

Muy cierto.

—Vale. Verás lo que vamos a hacer: vamos a ver si Maxine está en la casa. Si no

está, nos sentamos con Margie a ver la tele hasta que vuelva.

—A mí me parece un buen plan. ¿Qué puerta eliges, la principal o la de servicio?

—La principal.

—Y seguro que no quieres que pegue ni un tiro.

—No soy muy forofa de los tiros.

Lula recorrió el lateral de la casa hasta el jardín trasero y yo fui a la puerta principal. Llamé un par de veces y Margie abrió la puerta.

Levantó las cejas sorprendida.

—¡Oh!

—Hola —dije—. Estoy buscando a Maxine.

—Maxine no está aquí.

—¿No te importará que entre y lo compruebe con mis propios ojos?

La madre de Maxine apareció en escena.

—¿Quién es? —Dio una calada profunda al cigarrillo y dejó que el humo le saliera por la nariz como un dragón—. Jesús, eres tú. ¿Sabes que te estás convirtiendo en un auténtico grano en el culo?

Lula llegó desde la cocina.

—Espero que a nadie le moleste mi intromisión. La puerta no estaba cerrada.

—Oh, Dios mío —exclamó la señora Nowicki—. La que faltaba.

En el suelo había una caja de cartón con una lámpara a su lado.

—¿Has ganado esa lámpara en el recreativo? —le preguntó Lula a Margie.

—Es para mi dormitorio —respondió ella—. Veintisiete mil puntos. Ayer Maxine ganó una freidora.

—Joder, hemos ganado casi todo lo de esta casa —comentó la señora Nowicki.

—¿Dónde está Maxine? —inquirí.

—Tenía que hacer unos recados.

Lula se sentó en el sofá y se adueñó del mando a distancia del televisor.

—Entonces tendremos que esperar. No os importará que vea la tele, ¿verdad?

—No podéis hacer esto —se quejó la señora Nowicki—. No podéis plantaros aquí como si estuvierais en vuestra casa.

—Claro que podemos —replicó Lula—. Somos cazarrecompensas. Podemos hacer todo lo que queramos. Estamos protegidas por una insensata ley que data de 1896, cuando la gente no sabía lo que hacía.

—¿Es cierto eso? —quiso saber la señora Nowicki.

—Bueno, la verdad es que la ley no dice nada sobre la posesión del mando a distancia —contesté—. Pero sí que nos garantiza una serie de derechos en los casos de busca y captura de un fugitivo.

Se oyó un sonido de ruedas en la gravilla que había entre las casas, y Margie y la señora Novvickí intercambiaron miradas.

—Esa es Maxine, ¿verdad? —pregunté.

—Vas a destrozar las vidas de todas nosotras —gruñó la señora Nowicki—. Lo

teníamos bien planeado y ahora tú nos lo vas a joder todo.

—¿Yo se lo voy a joder todo? Fijaos en cómo estáis. A una le han arrancado la cabellera y a otra le han cortado un dedo. Y en Trenton hay una dependienta muerta. Y aun así siguen jugando a esa estúpida búsqueda del tesoro.

—No es así de sencillo —repuso Margie—. Todavía no podemos irnos. Tienen que pagar lo que deben.

Una puerta de coche se cerró y la señora Nowicki dio un respingo.

—¡Maxie! —gritó.

Lula le dio un golpe con la cadera y la anciana perdió el equilibrio y cayó sobre el sofá, y Lula se le sentó encima.

—Sé que me van a reñir si le pego un tiro —dijo Lula—, así que me voy a sentar encima de usted hasta que se calle.

—No puedo respirar —murmuró la señora Nowicki—. ¿No has pensado nunca en reducir las raciones?

Margie parecía un animal acorralado, como si no pudiera decidir si soltar un grito de advertencia o salir corriendo por la puerta.

—Siéntate —le ordené sacando del bolso un bote tamaño industrial de *spray* de pimienta y agitándolo para asegurarme de que estaba cargado—. No lées más las cosas corriendo de acá para allá.

Yo me escondí detrás de la puerta para cuando entrara Maxine, pero Lula estaba bien visible, sentada encima de la señora Nowicki.

—Buenas —dijo Lula al verla.

—Mierda —respondió Maxine. Luego hizo un giro de ciento ochenta grados y se lanzó hacia la puerta.

Yo la cerré de una patada y le apunté con el *spray*.

—¡Alto! No me obligues a usar esto.

Maxine retrocedió un paso y levantó las manos.

—Quítate ya de encima, inmensa mole de sebo —le espetó la señora Nowicki a Lula.

Llevaba unas esposas en la cintura de mis pantalones. Se las pasé a Lula y le pedí que inmovilizara a Maxine.

—Siento tener que hacer esto —me excusé—. Las acusaciones contra ti son mínimas. Si colaboras seguramente no te mandarán a la cárcel.

—La cárcel no es lo que me preocupa —dijo Maxine—, sino la muerte.

Lula iba a cerrar las esposas y, sin previo aviso, las puertas principal y trasera se abrieron de golpe. Joyce Barnhard, vestida con el uniforme negro de los cuerpos especiales con la palabra impresa en la camiseta, irrumpió en la habitación con las armas desenfundadas. Con ella iban otras tres mujeres vestidas de la misma guisa, armadas como Rambo en un ataque de furia, gritando a voz en cuello y adoptando esas posturas medio acuclilladas de los polis del cine.

La lámpara nueva de Margie fue arrollada y cayó al suelo en mil pedazos, y

Margie, la señora Nowicki y Maxine se pusieron a chillar y a correr en todas direcciones, intentando proteger sus posesiones. Gritaban «¡No!», «¡Socorro!» y «¡No disparen!». Lula se escondió detrás del sofá y se hizo tan invisible como le es posible a una persona de cien kilos. Y yo les gritaba a todas que dejaran de gritar.

En aquella diminuta habitación había demasiada confusión y demasiada gente, hasta que me di cuenta de que Maxine no se encontraba entre ella. Oí gravilla chocar contra la pared de la casa, miré por la ventana y vi que Maxine salía a toda velocidad en el coche, se alejaba de la casa y enfilaba la carretera.

Yo no tenía coche, así que no tenía mucho sentido salir corriendo. Y, sobre todo, no iba a ayudar a Joyce a atraparla, por lo que no dije nada. Me limité a retirarme, me senté en un sillón supermullido y esperé a que se calmaran los ánimos. Lo que de verdad me apetecía era saltar sobre Joyce y reducirla a una pulpa sanguinolenta, pero no quería dar un mal ejemplo a Lula. Joyce había reclutado a su prima Karen Ruzinsky y a Marlene Cwik para que le ayudaran en la detención. No conocía a la tercera mujer. Karen tenía dos niños pequeños y supuse que estaría encantada de salir de casa y hacer algo diferente.

—Oye, Karen —pregunté—. ¿Dónde has dejado a los niños? ¿En la guardería?

—Están con mi madre. Tiene piscina en el jardín. Una de esas grandes con bordillo y todo. —Dejó la pistola en la mesita de centro y sacó la cartera de uno de los bolsillos de sus pantalones de comando—. Mira: esta es Susan Elizabeth. Este año empieza en el colegio.

La señora Nowicki agarró la pistola de Karen, apretó el gatillo y un trozo de escayola cayó del techo encima del aparato de televisión. Todas las presentes se quedaron petrificadas y la miraron sorprendidas.

La señora Nowicki apuntó a Joyce.

—Se acabó la fiesta.

—Se ha metido en un buen lío —le advirtió Joyce—. Está ocultando a una fugitiva.

Una sonrisa sin humor cruzó la cara de la señora.

—Yo no estoy ocultando a nadie, mona. Mira a tu alrededor. ¿Ves alguna fugitiva?

En los ojos de Joyce se reflejó la comprensión.

—¿Dónde está Maxine?

Me uní a la sonrisa de la señora Nowicki.

—Maxine se ha ido —contesté.

—¡La has dejado escapar deliberadamente!

—Yo no. Nunca haría una cosa así. Lula, ¿verdad que yo nunca haría una cosa así?

—No, qué va —respondió Lula—. Eres una profesional. Aunque, tengo que decirlo, no tienes una camiseta de cazarrecompensas tan molona como las tuyas.

—No puede haber ido muy lejos —exclamó Joyce—. Todas al coche.

La señora Nowicki se rebuscó en los bolsillos, encontró un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—Maxine se ha ido hace rato. Nunca la encontrarán.

—Solo por curiosidad morbosa. ¿De qué va todo esto? —pregunté.

—Va de dinero —repuso la señora Nowicki.

A continuación, ella y Margie se rieron, como si se tratara de un chiste muy bueno.

Cuando regresé a casa, Morelli estaba tirado delante de la televisión. Estaba viendo Jeopardy y junto a su sillón había tres botellas de cerveza vacías.

—¿Un mal día? —pregunté.

—Para empezar... era verdad lo que contabas de tu apartamento. Lo fui a comprobar. Es una enorme piltrafa negra. Ídem respecto a tu coche. Para continuar en el mismo tono, se ha corrido la voz de que estamos viviendo juntos y mi madre nos espera a cenar mañana a las seis.

—¡No!

—Sí.

—¿Algo más?

—El caso en el que llevaba trabajando los últimos cuatro meses se ha venido abajo.

—Lo siento.

Morelli hizo una mueca de disgusto.

—Así son las cosas.

—¿Té has comido algo?

Levantó una ceja y me miró de soslayo.

—¿Qué se te ha pasado por la cabeza?

—Comida.

—No. De eso no he comido nada.

Fui a la cocina y le dije hola a Rex, que estaba instalado encima de una pila de succulentos regalos cortesía de Morelli. Tenía amontonados una uva, una nube de azúcar en miniatura, un picatoste y una avellana. Le quité la nube y me la comí para evitarle un empaste en sus dienteillos.

—¿Y qué te apetece? —le pregunté a Morelli.

—Un bistec, puré de patatas y judías verdes.

—¿Qué te parece un *sandwich* de mantequilla de cacahuete?

—Esa sería mi segunda opción.

Preparé dos *sandwiches* de mantequilla de cacahuete y los llevé al salón.

Morelli contempló el suyo.

—¿Qué son esos bultos?

—Aceitunas.

Abrió el *sandwich* y miró su interior.

—¿Dónde está la mermelada?

—No lleva mermelada.

—Creo que necesito otra cerveza.

—¡Cómetelo ya! —le grité—. ¿Quién te crees que soy? ¿Tu cocinera? Yo tampoco he tenido un buen día, ¿sabes? ¡Y a mí nadie me ha preguntado cómo me ha ido!

Morelli sonrió.

—¿Qué tal te ha ido el día?

Me derrumbé en el sofá.

—Encontré a Maxine. Perdí a Maxine.

—Así son las cosas —repuso Morelli—. Ya la volverás a encontrar. Eres una cazarrecompensas fantástica.

—Me temo que esté preparando la gran evasión.

—No me extraña. Por ahí andan algunos tipos realmente aterradores.

—Le pregunté a su madre de qué iba todo esto y ella respondió que era una cuestión de dinero. Y luego se rio.

—¿Has visto a su madre?

Le di a Morelli todos los detalles y cuando acabé no parecía muy feliz.

—Hay que hacer algo con esa Barnhard —dijo.

—¿Se te ocurre algo?

—Nada que me permitiera seguir conservando mi placa.

Hubo un momento de silencio.

—Y —proseguí—, ¿tú conoces bien a Joyce?

Recuperé la sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Quieres un relato detallado de mi vida sexual hasta la fecha?

—Seguramente eso nos llevaría días.

Morelli se arrellanó en su sillón con las piernas estiradas, los labios curvados en una sonrisa y los ojos velados y soñadores.

—No la conozco tan bien como a ti.

Sonó el teléfono y ambos dimos un brinco.

Morelli tenía el inalámbrico en la mesita que había a su lado. Contestó y me dijo sin palabras:

—Tu madre.

Le hice gestos de no, no, no, no, pero él siguió sonriendo y me pasó el teléfono.

—Esta tarde he visto a Ed Crandle —contó mi madre—. Me ha dicho que no te preocupes, que él se va ocupar de todo. Va a pasarse por aquí para dejar los papeles.

Ed Crandle vivía enfrente de mi madre y era agente de seguros. Supuse que aquello significaba que yo tenía uno. En otras condiciones, podría haber mirado en el cajón del escritorio para comprobarlo, pero no era posible porque el cajón del escritorio y todo su contenido se había convertido en humo.

—Y ese encantador conserje, Dillon Rudnick, ha llamado y ha dicho que habían precintado tu apartamento por seguridad y que no podrás entrar de momento. Pero me ha asegurado que se pondrá a trabajar la próxima semana. También ha telefoneado una mujer llamada Sally, que quiere que te pongas en contacto con ella.

Le di las gracias a mi madre y, una vez más, rechacé su invitación a cenar y a quedarme en su casa. Colgué y llamé a Sally.

—Mierda —exclamó Sally—. Acabo de enterarme de lo de tu apartamento. Oye, lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Necesitas una casa en la que quedarte?

Le dije que estaba en casa de Morelli.

—Le habría ganado la pelea si no fuera por que llevaba tacones, joder —se quejó.

Cuando colgué le teléfono Morelli había quitado Jeopardy y estaba viendo un partido. Me sentía pringosa de sudor, la nuca me picaba por el sol y la nariz me brillaba. Debería haberme puesto un protector solar.

—Me voy a dar una ducha —dije—. Ha sido un día muy largo.

—¿Va a ser una ducha erótica?

—No. Va a ser una ducha «llevo-todo-el-día-sudando-en-la-orilla».

—Solo quería saberlo —respondió Morelli.

El cuarto de baño, como el resto de la casa, estaba ajado pero limpio. Era más pequeño que el de mi apartamento y los muebles más antiguos. Pero la época de la construcción era más elegante. Morelli había puesto las toallas en una estantería encima de la taza. Su cepillo, su pasta de dientes y su maquinilla de afeitar ocupaban la parte izquierda de la repisa del lavabo. Puse mi pasta y mi cepillo en la derecha. El y ella. Me di un pescozón mental: «Vuelve a la realidad, Stephanie. Esto no es una novela romántica. Es el resultado de un incendio provocado». Encima del lavabo había un armarito de medicinas, pero no me atrevía a abrirlo. Parecía como si estuviera espiando, y me daba un poco de miedo lo que pudiera encontrar.

Me duché, me cepillé los dientes y estaba secándome el pelo con la toalla cuando Morelli llamó a la puerta.

—Eddie Kuntz está al teléfono —dijo—. ¿Quieres que te llame más tarde?

Me envolví en una gran toalla de baño, abrí un poco la puerta y saqué la mano.

—Le atiendo.

Morelli me pasó el teléfono y clavó los ojos en la toalla.

—Mierda —susurró.

Intenté cerrar la puerta, pero él no soltaba el teléfono. Yo me sujetaba la toalla con una mano y el teléfono con la otra, mientras empujaba la puerta con la rodilla. Vi que sus ojos se oscurecían y se dulcificaban, como chocolate líquido. Ya conocía aquella mirada. La había visto antes y nunca había acabado bien para mí.

—Esto no está bien —exclamó Morelli recorriendo con la mirada de arriba abajo la rendija entre la puerta y el quicio, del pecho a mis piernas y vuelta al pecho.

—¿Hola? —habló Kuntz desde el otro lado de la línea telefónica—. ¿Stephanie?

Traté de quitarle el teléfono de las manos a Morelli, pero lo agarró con más

fuerza. El corazón me latía con fuerza en el pecho y empezaba a sudar por lugares insólitos.

—Dile que le llamarás más tarde.

Nueve

Apreté los dientes.

—¡Suelta el teléfono!

Morelli lo soltó pero dejó el pie en el umbral.

—¿Qué? —le pregunté a Kuntz.

—Quiero un informe de tus progresos.

—El informe es que no hay progresos.

—Me lo dirías, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Y por cierto, alguien me empapó el coche de gasolina e incendió mi apartamento. No tendrás la menor idea de quién ha podido ser, ¿verdad?

—Dios, no. ¿Crees que ha sido Maxine?

—¿Por qué iba a incendiar mi apartamento Maxine?

—No lo sé. ¿Porque estás trabajando para mí?

Morelli alargó una mano y me quitó el teléfono.

—Hasta luego —le dijo a Kuntz. Después cortó la comunicación y tiró el teléfono al lavabo.

—Esto no es una buena idea —comenté. Pero en realidad pensaba: «¿Por qué no?». Me había depilado las piernas, apenas llevaba nada de ropa, lo que me evitaba ese embarazoso momento. Y después de todo lo que había pasado, me merecía un orgasmo. Vamos, era lo mínimo que podía hacer por mí.

Morelli entró y me besó el hombro desnudo.

—Ya lo sé —afirmó—. Es una idea horrible.

Pasó la boca justo por debajo del lóbulo de mi oreja. Nos miramos a los ojos unos segundos y me besó. Su boca era delicada y el beso largo. Cuando estábamos en el instituto, mi mejor amiga, Mary Lou, me contó que Morelli tenía unas manos muy rápidas. En realidad, era todo lo contrario: sabía ir muy despacito, sabía cómo volver loca a una mujer.

Me besó otra vez, nuestras lenguas se tocaron y el beso se hizo más profundo. Tenía las manos en mi cintura y las desplazó a la espalda para apretarme contra él y, o bien tenía una erección como una casa, o bien me estaba clavando la porra en el estómago. Yo estaba bastante segura de que se trataba de lo primero, y pensé que si lograba meterme aquella cosa grande, dura y mágica en lo más profundo todas mis preocupaciones desaparecerían.

—Tengo unos cuantos —dijo Morelli.

—¿Uno cuantos qué?

—Unos cuantos condones. He comprado una caja entera de los mejores. Una inversión seria.

Tal como me sentía pensé que una caja no nos llegaría ni hasta el domingo.

Y luego volvió a posar su boca sobre mí, besándome el cuello, la clavícula, el nacimiento del pecho por encima de la toalla. Y entonces la toalla cayó y Morelli

puso su boca en uno de mis pezones y el fuego me recorrió por dentro. Sus manos estaban por todas partes, explorando, acariciando... excitándome. Su boca descendió dibujando una línea de besos en mi ombligo, mi vientre, mi... ¡AY Dios mío!

Mary Lou también me dijo que había oído que la lengua de Morelli era como la de un lagarto y ahora comprobaba por mí misma lo cierto de aquel rumor. Dios bendiga al reino animal, pensé con una recién estrenada veneración por los reptiles. Tenía los dedos enredados entre su pelo y el culo desnudo contra el lavabo, y notaba que estaba a punto. Lo sentía llegar... la deliciosa presión, el calor, la enajenante necesidad de abandonarme.

Y entonces movió la boca un centímetro a la derecha.

—¡Vuelve! —jadeé—. ¡Vuelve! ¡VUELVE!

Me besó el interior del muslo.

—Todavía no.

Me puse frenética. ¡Estaba tan a punto!

—¿Qué quieres decir con todavía no?

—Es demasiado pronto —respondió.

—¿Te estás quedando conmigo? ¡No es demasiado pronto! ¡Han pasado años!

Morelli se levantó, me cargó en sus brazos, me llevó a su dormitorio y me echó en su cama. Se quitó la camiseta y los pantalones cortos, sin dejar de mirarme con sus pupilas dilatadas bajo el dosel negro de sus pestañas. Tenía las manos quietas, pero su respiración estaba acelerada. Entonces se quitó los calzoncillos y se quedó desnudo. Y ya no pude estar segura de que aquello fuera a funcionar. Había pasado mucho tiempo y ahora me parecía enorme. Mucho mayor de lo que la recordaba, mucho mayor de lo que parecía a través de la ropa. El sacó un condón de la caja y yo me acurruqué contra el cabecero.

—Pensándolo mejor... —dije.

Morelli me agarró de los tobillos, tiró de mí para tumbarme boca arriba en la cama y me separó las piernas.

—No te lo vas a pensar mejor —contestó besándome.

Y luego puso un dedo precisamente en ese punto. Lo movió un poquito y de repente me pareció que todo era perfecto. No me parecía demasiado grande para nada. Ahora pensaba que tenía que conseguir que aquella cosa estuviera dentro de mí.

Mirarla no estaba mal, pero a mí no me servía de mucho pegando brincos por ahí suelta.

La agarré y traté de dirigirla, pero Morelli se escapó con un quiebro.

—Todavía no —insistió.

¿A qué venía aquel rollo de «todavía no»?

—Creo que estoy lista.

—No lo estás —repuso mientras descendía para ofrecirme un poco más de su deliciosa tortura lingual.

Bueno, muy bien. Si aquello era lo que más le apetecía hacer yo no iba a ponerle

pegas, porque la verdad es que me encantaba. De hecho, estaba a punto de llegar. Treinta segundos más e iba a salir volando por la bóveda celeste gritando como una loca.

Y entonces se desplazó un centímetro hacia la izquierda... otra vez.

—Hijoputa —exclamé... en un tono más bien cariñoso.

Alargué una mano, le acaricié el pene y sentí cómo contenía la respiración al notar mi contacto. Recorrí con un dedo la hendidura de su glande y él se quedó muy quieto. Había logrado reclamar su atención. Bajé la cabeza y le di un lametón.

—Dios —jadeó Morelli—, no hagas eso. ¡No soy Superman!

Pues había conseguido engañarme. Me entregué a una exploración gustativa más profunda y, de repente, Morelli estaba como una moto. En un instante, me encontraba tumbada boca arriba con él encima de mí.

—Todavía no —dije—. No ha llegado el momento.

Se puso un condón.

—Y una mierda que no.

Je, je, je, pensé yo.

A la mañana siguiente me desperté envuelta en un amasijo de sábanas húmedas y un Morelli cálido. Había hecho una mella considerable en la caja de condones y me sentía muy relajada. El se arrebujó a mi lado y yo me acurruqué en sus brazos.

—Mmm —dijo él.

Dos horas más tarde había unos cuantos condones menos en la caja y Morelli y yo nos encontrábamos tirados boca abajo y derrengados en la cama. Estaba pensando que el sexo era una cosa magnífica, pero que probablemente no necesitaría más en los próximos diez o quince años. Calculé la distancia entre la cama y el cuarto de baño y me pregunté si podría andar tanto. Sonó el teléfono y Morelli me lo pasó después de contestar.

—Estaba pensando qué me podría poner esta noche —comenzó Sally—. ¿Te parece que debería ir de hombre o de mujer?

—A mí me da lo mismo —contesté—. Lula y yo vamos a ir de mujeres. ¿Quieres que nos veamos allí o prefieres que te pasemos a recoger?

—Nos vemos allí.

—¡Okey!

Me volví hacia Morelli.

—¿Vas a trabajar hoy?

—Puede que media jornada. Tengo que hablar con un par de personas.

—Yo también. —Salí de la cama con gran esfuerzo—. Respecto a la cena de esta noche...

—Ni se te ocurra darme plantón —advirtió Morelli—. Te seguiré la pista, te encontraré y haré de tu vida un infierno interminable.

Hice una mueca mental y logré entrar en el cuarto de baño sin apenas gruñir ni gimotear. Aquella mañana la diosa del amor estaba un poquito escocida y se sentía como un hueso de la suerte humano.

Me di una ducha, me vestí y bajé a la cocina. Nunca había visto a Morelli al despertarse y no sé muy bien qué era lo que me esperaba, pero desde luego no al mitad hombre, mitad bestia que estaba leyendo el periódico y tomando café. Llevaba una camiseta deforme y unos calzoncillos arrugados, de color tabaco. Habían pasado dieciséis horas desde que empezó a necesitar una afeitado y no se había peinado aquel pelo que hacía varias semanas que necesitaba pasarse por la peluquería. La noche anterior resultaba *sexy*, pero en aquel momento era sencillamente aterrador. Me serví una taza de café y un cuenco de cereales y me senté frente a él. La puerta de servicio estaba abierta y el aire de la mañana que se colaba era fresco. Una hora después haría un calor insoportable: las cigarras ya cantaban. Pensé en mi cocina y en todo mi apartamento achicharrado y se me hizo un nudo en la garganta. Recuerda lo que te dijo Morelli, pensé. Concéntrate en lo positivo. Van a arreglar el apartamento. Moqueta y pintura nuevas. Mejor que antes. ¿Y cómo era lo que había dicho del miedo? Concentrarse en el trabajo, no en el miedo. Vale, me dije, puedo hacerlo. Sobre todo mientras estuviera sentada enfrente del hombre de mis sueños.

El se acabó la taza de café y continuó leyendo el periódico.

Sentí el deseo de volver a llenarle la taza. Y ahí no acababa la cosa: tenía ganas de prepararle el desayuno; tortitas y bacon y zumo de naranja recién exprimido. Luego me dieron ganas de hacerle la colada y de poner sábanas limpias en la cama. Miré a mi alrededor. La cocina no estaba mal, pero podía ser más acogedora. Tal vez unas flores frescas... o un tarro para las galletas.

—Oh, oh —exclamó.

—¿Qué pasa?

—Tienes esa mirada... Como de estar redecorando mi cocina.

—No tienes tarro de galletas.

Me miró como si yo fuera de Marte.

—¿Eso era lo que estabas pensando?

—Pues sí.

Morelli lo pensó durante un instante.

—Nunca he entendido la utilidad de los tarros de galletas —dijo por fin—. Yo abro el paquete, me como las galletas y tiro el paquete.

—Sí, pero un tarro de galletas hace que la cocina resulte más hogareña.

Me miró otra vez con la expresión de Marte.

—Yo guardo la pistola en mi tarro de galletas —afirmé como explicación incontestable.

—Cariño, un hombre no puede guardar la pistola en un tarro de galletas. Eso no se hace y punto.

—Rockford lo hacía.

Se levantó y me dio un beso en la coronilla.

—Me voy a dar una ducha. Si te vas antes de que salga, prométeme que estarás en casa como mucho a las cinco.

Así era el hombre de mis sueños. Le dediqué uno de mis gestos italianos favoritos, que él no vio porque ya había salido de la cocina.

—Qué le den al tarro de galletas —le dije a Rex—. Y también se puede hacer él su puta colada.

Me acabé los cereales, enjuagué el cuenco y lo metí en el lavaplatos. Después me eché el bolso de cuero al hombro y salí en dirección a la oficina.

—Oh, Dios mío —exclamó Connie según entré en la oficina—. ¡Lo has hecho!

—¿Perdón?

—¿Qué tal? Quiero todos los detalles.

Lula levantó la mirada de la pila de expedientes que estaba ordenando.

—Sí —afirmó—. Está claro que lo has hecho.

Los ojos se me abrieron como platos.

—¿Cómo lo sabéis? —Me olí a mí misma—. ¿Se me huele?

—Sencillamente tienes pinta de que te han echado un buen polvo —respondió Lula—. Se te ve relajada.

—Sí —añadió Connie—. Satisfecha.

—Ha sido la ducha —mentí—. Esta mañana me he dado una ducha larga y relajante.

—Ojalá yo me diera una ducha como esa —soltó Lula.

—¿Está Vinnie?

—Sí, volvió anoche a última hora. Eh, Vinnie —gritó Connie—. ¡Ha venido Stephanie!

Le oímos farfullar «Oh, por Dios» desde dentro del despacho y luego abrió la puerta.

—¿Qué pasa?

—Joyce Barnhard. Eso es lo que pasa.

—Bueno, le he dado un trabajo. —Me miró entrecerrando los ojos—. ¿Acabas de echar un polvo?

—No lo puede creer —dije levantando las manos—. Me he dado una ducha. Me he peinado. Me he maquillado y me he puesto ropa nueva. He desayunado. Me he cepillado los dientes. ¿Cómo sabe todo el mundo que he echado un polvo?

—Estás diferente —contestó Vinnie.

—Satisfecha —agregó Connie.

—Relajada —añadió Lula.

—No quiero hablar de ese tema —grité—. Quiero hablar de Joyce Barnhard. Le has dado el caso de Maxine Nowicki. ¿Cómo has podido hacerme eso? El caso Nowicki es mío.

—Tú no estabas teniendo mucha suerte con el caso, así que pensé: «Qué

demonios, que lo intente Joyce».

—Ya sé cómo consiguió Joyce que se lo dieras —afirmé—. Y se lo voy a contar a tu mujer.

—Si se lo dices a mi mujer ella se lo contará a su padre y entonces este me matará. Y entonces, ¿sabes dónde estarás tú? En el paro.

—Ahí tiene razón —apostilló Lula—. Nos quedaremos todas en el paro.

—Quiero que le quites el caso. Lula y yo habíamos detenido a Maxine y Joyce entró a la carga con su tropa de guarras y lo jodió todo.

—Vale, vale —aceptó Vinnie—. Hablaré con ella.

—¿La vas a sacar del caso Nowicki?

—Sí.

—Sally ha llamado para decir que esta noche va a venir al bar —hice saber a Lula—. ¿Quieres venir tú también?

—Claro, no quiero perderme ni un minuto de diversión.

—¿Necesitas que te lleve?

—No, no —respondió—. Tengo coche nuevo. —Sus ojos se desplazaron hacia la puerta de entrada—. Ahora lo que necesito es meter un hombre en él. Y este que viene no estaría nada mal.

Connie y yo nos volvimos a mirar. Era Ranger, vestido de negro, con el pelo recogido en una coleta y un pequeño pendiente de oro que brillaba como el sol.

—Hola —saludó. Se me quedó mirando fijamente un instante y sonrió—. ¿Morelli?

—Joder —exclamé—. Esto es humillante.

—He venido a por los papeles de Thompson —le dijo a Connie.

Ella le entregó una carpeta.

—Buena suerte.

—¿Quién es Thompson?

—Norvil Thompson —contestó Ranger—. Atracó una tienda de licores. Se llevó cuatrocientos dólares, monedas sueltas y una botella de Wild Turkey. Empezó a celebrarlo en el aparcamiento donde había dejado el coche, se quedó dormido y el empleado del aparcamiento le encontró y llamó a la policía. No se presentó a su juicio.

—Como siempre —se resignó Connie.

—¿Lo ha hecho antes?

—Dos veces.

Ranger firmó su parte del contrato, se lo entregó a Connie y me miró.

—¿Quieres ayudarme a acorralar a este vaquero?

—No me pegará un tiro, ¿verdad?

—Ah —dijo Ranger—, como si eso fuera tan fácil.

Ranger conducía un Range Rover negro nuevo. Sus coches siempre eran negros. Siempre eran nuevos. Siempre eran caros. Y siempre de procedencia poco clara. Yo

nunca le preguntaba de dónde los sacaba y él nunca me preguntaba mi peso. Cruzamos el centro de la ciudad y giramos a la derecha por Stark Street. Dejamos atrás el taller mecánico y el gimnasio y nos adentramos en un barrio de modestas casas adosadas. Era mediodía, y madres y niños menesterosos estaban en las puertas, buscando alivio del asfixiante interior de sus habitaciones sin aire.

Hojeé el expediente para familiarizarme con Thompson. Hombre negro, un metro noventa, ochenta y siete kilos, sesenta y dos años de edad, con problemas respiratorios. Eso significaba que no podíamos utilizar el *spray* de pimienta.

Ranger aparcó delante de un edificio de ladrillo de tres pisos. En la entrada y debajo de las dos primeras ventanas del primer piso había grafitis de pandillas. En las aceras se amontonaban envases de comida rápida y por todas partes se veían papeles arrugados. Todo el barrio olía como un gigantesco burrito de frijoles.

—Este tipo no es tan peligroso como parece en los papeles —aseguró Ranger—, es más bien un poco coñazo. Está siempre borracho, o sea que le da lo mismo que le amenaces con un arma. Tiene asma, por lo que no se le puede echar el *spray*. Y es un vejete, o sea que quedas como un idiota si le das una paliza. Lo que tenemos que hacer es esposarle y llevárnoslo en volandas. Por eso te he traído: hacen falta dos personas para llevárselo.

Maravilloso.

Dos puertas más arriba había sentadas dos mujeres.

—¿Vienen a por el viejo Norvil? —preguntó una—. ¿Ha vuelto a saltarse la fianza?

Ranger levantó un brazo como saludo.

—Hola, Regina. ¿Cómo te va?

—Mucho mejor ahora que estás tú aquí. —Giró la cabeza hacia una ventana abierta en la planta baja y gritó—: Eh, Deborah, ha venido Ranger. Vamos a tener un poco de diversión.

Ranger entró en el edificio y empezó a subir las escaleras.

—Tercer piso —dijo.

Yo empezaba a tener una incómoda corazonada respecto a aquella detención.

—¿Qué ha querido decir con lo de la diversión?

Ranger ya estaba en el descansillo del segundo piso.

—En el tercero hay dos inquilinos. Thompson está en la izquierda. Una habitación y cuarto de baño. No hay más que una salida. Debería estar en casa a estas horas. Si Regina le hubiera visto salir, me lo habría dicho.

—Tengo la sensación de que hay algo que debería saber de este tipo.

Ranger estaba en medio del tercer tramo de escaleras.

—Solo que está como una puta cabra. Y si se saca el pito para echar una meada, retrocede. Una vez pilló a Hanson y él jura que estaba a más de cinco metros.

Hanson era otro cazarrecompensas. Trabajaba sobre todo para la empresa de fianzas Gold Star de First Street. A mí nunca me había parecido una de esas personas

que se inventan batallitas, así que me di la vuelta y empecé a bajar las escaleras de dos en dos.

—Yo me largo. Voy a llamar a Lula para que me venga a recoger.

Una mano me agarró del cuello de la camisa y detuvo mi descenso.

—Piénsatelo mejor —dijo Ranger—. Estamos juntos en esto.

—No quiero que me meen encima.

—Solo tienes que estar atenta. Si vemos que se la va a sacar, nos lanzamos encima de él.

—Puedo trabajar en un montón de cosas mejores —respondí—. No necesito pasar por esto.

Ranger me había echado un brazo por encima y me animaba a seguir subiendo.

—Esto no es simplemente un empleo. Es una vocación de servicio. Hacemos que se cumpla la ley, cariño.

—¿Por eso te dedicas tú a esto? ¿Porque te importa la ley?

—No. Lo hago por dinero. Y porque cazar gente es lo que mejor se me da.

Llegamos a la puerta de Thompson y Ranger me retiró hacia un lado mientras llamaba.

—Piojosos hijos de puta —gritó alguien desde dentro.

Ranger sonrió.

—Norvil está en casa. —Golpeó en la puerta otra vez—. Abre. Tengo que hablar contigo.

—Te he visto llegar por la acera —dijo Norvil con la puerta todavía cerrada—, y abriré esta puerta cuando se enfríe el infierno.

—Voy a contar hasta tres y luego entraré a la fuerza —amenazó Ranger—. Una, dos... —Hizo un intento con el tirador, pero la puerta seguía cerrada—... tres. —Desde dentro no hubo respuesta alguna—. Maldito viejo borracho y cabezota —exclamó Ranger.

Retrocedió un paso y le dio una patada a la puerta, justo a la izquierda del cierre. Se oyó el crujir de la madera y la puerta se abrió de golpe.

—Piojosos hijos de puta —chilló Norvil.

Ranger cruzó cautelosamente el umbral con la pistola en la mano.

—Puedes pasar —indicó—. No está armado.

Entré en la habitación y me situé al lado de Ranger. Norvil se encontraba en el extremo opuesto de espaldas a la pared. A su lado había una mesa de Formica desportillada y una sola silla de madera. La mitad de la mesa la ocupaba una caja de cartón llena de provisiones. Galletas saladas Ritz, cereales, una bolsa de nubes de azúcar, un bote de *ketchup*. Junto a la mesa había una nevera de tamaño familiar. Norvil llevaba una camiseta vieja en la que ponía «Ponte como una moto con Bud» y unos pantalones militares sucios y demasiado grandes. Y tenía en la mano un envase de huevos.

—Piojosos hijos de puta —espetó.

Y antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando... ¡Plaf! Un huevo me reventó en medio de la frente. Reculé y una botella de *ketchup* me pasó junto a la oreja, se estrelló contra el marco de la puerta y la salsa se esparció por todas partes. A esta le siguieron un bote de pepinillos y más huevos. A Ranger le alcanzó un huevo en el brazo y a mí me dio otro en el pecho. Me giré para esquivar un frasco de mayonesa y me atizó con otro huevo en la nuca. Norvil estaba desahogado, tirando todo lo que encontraba a mano: galletas, picatostes, cortezas de maíz, cuchillos y cucharas, cuencos de cereales y fuentes de servir. Una bolsa de harina le reventó en la mano y su contenido voló en todas direcciones.

—Malditos rojos comunistas hijos de puta —gritó mientras buscaba nueva munición en la caja.

—¡Ahora! —exclamó Ranger.

Los dos nos lanzamos sobre Thompson y le agarramos de los brazos. Ranger le cerró una de las esposas en una de las muñecas. Luchamos para cerrar la otra. Norvil me lanzó un golpe y me dio en el hombro. Resbalé sobre el amasijo de migas de galleta y harina y caí como un fardo al suelo. Oí cerrarse la segunda esposa y levanté la mirada a Ranger.

El me sonrió.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy divinamente.

—Llevas encima comida suficiente para alimentar a una familia de cuatro miembros durante una semana.

Ranger no tenía nada. Una pequeña mancha en el brazo, donde le había dado el huevo.

—¿Cómo es posible que tú estés tan limpio y que yo esté hecha un guarra?

—Para empezar, porque yo no me he quedado en medio de la habitación, convirtiéndome en un blanco perfecto. En segundo lugar, porque no me he tirado al suelo a rodar encima de la harina. —Me ofreció una mano y me ayudó a levantarme—. Primera regla de combate: si alguien te tira algo, quítate de delante.

—Putadel demonio —me gritó Norvil.

—Oiga —le chillé a mi vez—. Tenía que hacerlo. Y además, no es asunto suyo.

—Llama putadel demonio a todo el mundo —explicó Ranger.

—Ah.

Norvil separó los pies con firmeza.

—No voy a ir a ningún sitio.

Miré la pistola eléctrica que llevaba Ranger en el cinturón de combate.

—¿Por qué no le damos un meneo?

—No me pueden dar una descarga —contestó Norvil—. Soy un viejo. Llevo un marcapasos. Si me jodéis el marcapasos os vais a meter en un lío. Podría incluso matarme.

—Vaya —dije—, eso resulta tentador.

Ranger sacó un rollo de cinta adhesiva de su cinturón y le sujetó las piernas a la altura de los tobillos.

—Me voy a caer —se quejó el viejo—. Así no puedo mantener el equilibrio. Tengo problemas con la bebida, ¿sabes? A veces pierdo el equilibrio.

Ranger asió a Norvil por las axilas y le inclinó hacia atrás.

—Agárrale por los pies —me ordenó—. Vamos a meterle en el coche.

—¡Socorro! —gritó Norvil—. ¡Que me secuestran! ¡Llamen a la policía! ¡Llamen a los musulmanes!

Cuando llegamos al descansillo del segundo piso, aún seguía gritando y tratando de zafarse. Yo tenía que hacer un esfuerzo para sujetarle. Tenía el pelo pringado de huevo y harina, olía al vinagre de los pepinillos y estaba sudando como una cerda. Comenzamos a bajar el segundo tramo de escaleras; resbalé en un escalón y bajé el resto del camino sobre la espalda.

—No pasa nada —dije incorporándome mientras me preguntaba cuántas vértebras me habría fracturado—. No se puede vencer a Wonder Woman.

—Wonder Woman parece un poco exhausta —señaló Ranger.

Regina y Deborah estaban sentadas en la escalera de la entrada cuando sacamos a Norvil.

—Pero muchacha —dijo Regina—, ¿qué te ha pasado? Pareces una enorme salchicha rebozada. Te han empanado.

Ranger abrió la puerta trasera del Range Rover y metimos a Norvil dentro. Me dirigí al asiento del copiloto y miré el limpiísimo cuero.

—No te preocupes —dijo Ranger—. Si lo manchas me haré con un coche nuevo.

Estaba casi segura de que era una broma.

Me encontraba en el pequeño porche, revolviendo en el bolso en busca de la llave de casa de Morelli cuando se abrió la puerta.

—Esta vez ni siquiera voy a intentar adivinarlo —dijo.

Pasé delante de él.

—¿Conoces a Norvil Thompson?

—Un viejales que atraca tiendas y se vuelve loco cuando bebe... que es siempre.

—Sí, el mismo. He estado ayudando a Ranger a detenerle.

—Deduzco que Norvil no estaba dispuesto a ir con vosotros.

—Nos ha tirado todo lo que tenía a mano. —Me observé—. Necesito una ducha.

—Pobrecita. Si te puedo ayudar...

—¡No! ¡No te acerques a mí!

—Esto no tiene nada que ver con el tarro de galletas, ¿verdad?

Subí con esfuerzo las escaleras y entré en el cuarto de baño. Me desnudé y me metí debajo del chorro de agua humeante. Me lavé la cabeza dos veces y me puse un acondicionador, pero el pelo no acababa de quedar limpio. Salí de la ducha y me miré en el espejo: era el huevo. Se había quedado seco como pegamento, salpicado de pequeños trocitos de cáscara.

—¿Por qué a mí?

Morelli estaba al otro lado de la puerta.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás hablando sola?

Abrí la puerta de un tirón.

—¡Fíjate en esto! —dije señalándome el pelo.

—Parece cáscara de huevo.

—No se me quita.

Morelli se me acercó más con la excusa de mirarme el pelo, pero en realidad miraba por la toalla.

—Hum —exclamó.

—Mira, Morelli, necesito ayuda.

—No tenemos mucho tiempo.

—¡Ayúdame con el pelo!

—Cariño, no sé cómo ayudarte en este asunto, pero creo que tu pelo está fuera de mis habilidades. Lo mejor que puedo hacer es intentar que no pienses en ello.

Rebusqué en el armario de las medicinas y encontré unas tijeras.

—Corta los mechones con huevo.

—Ay, madre.

Cinco minutos después Morelli levantaba la mirada de su obra y me miraba a través del espejo.

—Ya está todo.

—¿Es muy terrible?

—¿Te acuerdas de cuando Mary Jo Krazinsky tuvo la tina?

La boca se me abrió desmesuradamente.

—Pues no está tan mal —prosiguió—. Sencillamente está más corto... en algunas zonas. —Su dedo describió una línea por mi hombro desnudo—. Podríamos llegar con unos minutos de retraso.

—¡No! No quiero llegar tarde a casa de tu madre, tu madre me da un miedo espantoso.

La madre de Joe le daba un miedo espantoso a todo el mundo menos a él. Su madre era capaz de ver a través de las paredes. Su padre había sido un borracho y un mujeriego. Ella era una mujer sin tacha, una ama de casa de proporciones heroicas. Nunca faltaba a misa. Vendía productos de Amway en su tiempo libre. Y no le pasaba una a nadie.

Morelli deslizó una mano por debajo de la toalla y me besó en la nuca.

—Esto solo nos llevará un minuto, cielo.

Una sensación abrasadora me recorrió el estómago y los dedos de los pies se me encogieron.

—Tengo que vestirme —dije. Pero en realidad estaba pensando «Dios mío, me encanta». Y recordaba lo que había hecho la noche anterior, y aquello sí que había sido delicioso. Sus manos encontraron mis pechos y su pulgar acarició uno de mis

pezones. Me susurró algunas de las cosas que pensaba hacerme y noté que me caía un hilillo de baba por la comisura de la boca.

Media hora después corría por toda la habitación buscando la ropa que me iba a poner.

—¡No puedo creer que me haya dejado convencer! —exclamé—. ¡Fíjate en lo tarde que se nos ha hecho!

Morelli estaba completamente vestido y sonreía.

—Esto de la cohabitación no está nada mal —afirmó—. No sé por qué no lo he probado antes.

Me puse las braguitas.

—No lo has probado antes porque te daba miedo asumir un compromiso. Y, de hecho, todavía no lo has asumido.

—He comprado una caja entera de condones.

—Eso es un compromiso con el sexo, no con una relación.

—No está mal para empezar —respondió Morelli.

Le miré.

—Puede que sí.

Saqué del armario un vestido de algodón. Era del color de la paja quemada por el sol y se abrochaba por delante como una camisa. Me lo pasé por la cabeza y alisé algunos pliegues con la mano.

—Joder —soltó Morelli—. Estás preciosa con ese vestido.

Le miré los Levi's. Estaba empalmado otra vez.

—¿Cómo te ha pasado eso?

—¿Quieres aprender un juego nuevo? —me preguntó—. Se llama «Señor y señora Rover».

—Avance informativo —dije—. No plancho. No como pescado crudo. Y no pongo posturas de perros. Si me pones una mano encima te juro que voy a por la pistola.

La señora Morelli nos abrió la puerta y le dio a Joe una palmada en un lado de la cabeza.

—Obseso sexual, igual que tu padre, descansa en paz su alma corrompida.

Morelli le sonrió tímidamente.

—Es una maldición.

—No ha sido culpa mía —me excusé—. De verdad.

—Tu abuela Bella y tu tía Mary Elizabeth están aquí —anunció la señora Morelli—. Cuidado con lo que dices.

¡La abuela Bella! La boca se me quedó seca y puntos negros me bailaron delante de los ojos. ¡La abuela Bella le echó una maldición a Dianne Fripp y tuvo la regla sin parar durante tres meses! Comprobé que todos los botones del vestido estaban abrochados y me toqué disimuladamente para asegurarme de que me había vuelto a poner la ropa interior.

La abuela y la tía estaban en el salón, sentadas la una junto a la otra en el sofá. La abuela Bella es una mujer pequeña de pelo blanco vestida con el tradicional luto italiano. Llegó a este país de joven, pero por aquel entonces el Burg era más italiano que Sicilia; por eso había mantenido sus anticuadas costumbres rurales. Mary Elizabeth es la hermana menor de la abuela Bella y una monja retirada. Ambas tenían un vaso de tubo en la mano y un cigarrillo colgando de los labios.

—Vaya —dijo la abuela—, la cazarrecompensas.

Me senté en el borde de una silla y apreté las rodillas.

—Me alegro de verla, abuela Bella.

—Tengo entendido que estás viviendo con mi nieto.

—He... alquilado una habitación en su casa.

—¡Ja! —gritó ella—. No me cuentes mentiras o te echaré el mal de ojo.

Estaba perdida. Estaba perdida sin remedio. Allí mismo pude notar que ya me venía el periodo.

Diez

El mal de ojo no existe —dijo Morelli—. No te empeñes en asustar a Stephanie.

—Tú no crees en nada —respondió Bella sacudiendo un dedo en dirección a él—. Y nunca te veo en la iglesia. Menos mal que yo rezo por ti.

—La cena está lista —anunció la señora Morelli—. Joseph, acompaña a tu abuela al comedor.

Era la primera vez que entraba en casa de la señora Morelli. Ya había estado en el garaje y en el patio de atrás. Y, por supuesto, había pasado por delante infinidad de veces, siempre hablando en susurros y sin demorarme nunca por miedo a que la señora saliera a agarrarme de la oreja y a acusarme de llevar la ropa interior sucia o de no cepillarme los dientes. Todo el mundo sabía que su marido usaba con frecuencia el cinturón con sus hijos. La señora Morelli no necesitaba hacer ese tipo de cosas. Ella era capaz de dejarte pegado a la pared con una sola palabra. Le bastaba decir «bueno» y la indefensa víctima lo confesaba todo. Lodos menos Joe. De pequeño, Joe era salvaje e indómito.

La casa era más acogedora de lo que yo imaginaba. Daba la sensación de ser una casa familiar, habituada al ruido y el desorden de los niños. Primero, de Joe y sus hermanos, y luego de los nietos. Los muebles estaban limpios y protegidos por fundas. A la alfombra la habían pasado el aspirador recientemente. Las superficies de las mesas brillaban relucientes. Había un pequeño arcón de juguetes bajo una de las ventanas del salón y un balancín infantil junto a este.

El comedor era más formal. La mesa estaba cubierta por un mantel de encaje. La vajilla era de porcelana antigua. A la cabecera de la mesa había dispuestas dos botellas de vino descorchadas para que se orearan. Las ventanas las flanqueaban cortinas de encaje y debajo de la mesa había una alfombra oriental clásica en tonos burdeos.

Todos ocupamos nuestros asientos y Mary Elizabeth bendijo la mesa mientras yo no le quitaba el ojo al antipasto.

Al acabar la bendición la abuela Bella levantó la copa.

—Por Stephanie y Joseph. Que tengan larga vida y muchos bambinos.

Miré a Joe.

—¿Quieres aclarar este punto?

Joe se sirvió unos raviolis y los espolvoreó con queso rallado.

—Solo dos bambinos. No puedo mantener una familia numerosa con el sueldo de policía.

Carraspeé y le lancé una mirada asesina.

—Vale, vale —rectificó Morelli—. Nada de bambinos. Stephanie se ha venido a mi casa porque necesita un sitio donde vivir mientras arreglan su apartamento. No hay más historias.

—¿Pero te crees que soy tonta? —exclamó la abuela Bella—. Me doy cuenta de

lo que pasa. Sé lo que estáis haciendo.

Morelli se sirvió un trozo de pollo.

—Stephanie y yo solo somos buenos amigos.

El tenedor se me paralizó a medio camino de la boca. Había utilizado esa misma expresión para describir su relación con Terry Oilman. Maravilloso. Ahora, ¿que podía pensar yo? ¿Que Terry y yo estábamos en el mismo saco? Pues tú te lo has buscado, estúpida. Tú le has forzado a decirle a Bella que no se trataba de una relación seria. Sí, claro, pensé, ¡pero podía haber dicho algo que me hiciera quedar un poco por encima de Terry Oilman!

Bella echó la cabeza hacia atrás y puso las manos encima de la mesa.

—¡Silencio!

La señora Morelli y Joe intercambiaron miradas de sufrimiento compartido.

—¿Qué pasa ahora? —susurré.

—La abuela Bella está teniendo una visión —repuso Joe—. Es otra de sus habilidades, como echar el mal de ojo.

La cabeza de Bella se enderezó y nos señaló a Joe y a mí con dos dedos.

—Veo vuestra boda. Os veo bailando. Y veo que, después, vais a tener tres hijos y que la estirpe se perpetuará.

Me incliné hacia Joe.

—Esas cosas que has comprado... Eran de buena calidad, ¿verdad?

—De la mejor que se pueda encontrar.

—Me tengo que ir a acostar un rato —hizo saber Bella—. Siempre tengo que acostarme después de tener una visión.

Esperamos a que se levantara de la mesa y subiera las escaleras. Se oyó el chasquido de la puerta del dormitorio y la madre de Joe soltó un sonoro suspiro de alivio.

—A veces me pone los pelos de punta —comentó Mary Elizabeth.

Acto seguido, todos nos concentramos en nuestra comida, evitando hablar de matrimonio, niños y viejas italianas locas.

Me tomé el café y me zampé un plato de galletas caseras sin quitarle ojo al reloj. Eddie Kuntz no aparecería por el bar hasta las nueve, pero yo quería estar allí con tiempo de sobra. Mi plan era apostar a Lula y a Sally dentro del bar mientras yo me encargaba de vigilar la calle.

—Ha sido muy amable por su parte invitarme a cenar —le dije a la señora Morelli—. Lamentablemente, tengo que irme temprano: esta noche tengo que trabajar.

—¿Un asunto de cazarrecompensas? —se interesó Mary Elizabeth—. ¿Estás persiguiendo a algún fugitivo?

—Algo así.

—Suenan emocionante.

—Suenan como un pecado contra natura —gruñó la abuela Bella desde el pasillo, recién levantada de la cama de huéspedes—. No es un trabajo adecuado para una

mujer embarazada.

—Abuela Bella. La verdad es que no estoy embarazada.

—No tienes ni idea —respondió—. He estado en el más allá. Veo estas cosas. Tengo una vista especial.

—Bueno —le dije a Morelli cuando estuvimos a media manzana de su casa—, ¿cómo es de certera esa vista de la abuela?

—No lo sé. Nunca le he prestado demasiada atención a esa historia. —Giró por Roebing y aparcó junto a la acera—. ¿Dónde vamos?

—Yo voy al Blue Moon Bar. Es el punto elegido por Maxine para la siguiente pista de su búsqueda del tesoro. Acércame a tu casa y de allí me voy en mi coche.

Morelli se reincorporó al tráfico.

—Voy a ir contigo. No quiero que le pase nada a mi hijo nonato.

—¡No tiene gracia!

—De acuerdo. La verdad es que esta noche no hay más que mierda en la tele, o sea que puedo ir contigo sin problemas.

El Blue Moon Bar estaba al lado del edificio de la administración local. En la manzana anterior había un aparcamiento público y también espacio libre para aparcar enfrente del bar. A ambos lados del establecimiento había diversos negocios pequeños, pero a aquella hora de la noche estaban todos cerrados. El bar había sido una discoteca en los setenta, un bar de deportistas en los ochenta y hacía un año que se había convertido en una diminuta fábrica de cerveza de pega. Era en esencia una estancia alargada con un alambique de cobre en un rincón, una barra que recorría toda la pared de un lado y mesas en el resto del espacio. Además de servir bebidas, el Blue Moon Bar ofrecía cosas para picar: patatas fritas, aros de cebolla, nachos y *mozzarella* frita. Los sábados por la noche se ponía de bote en bote.

Todavía era temprano para el público de la noche y Morelli encontró sitio para aparcar en la calle, a dos coches de la puerta.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Kuntz tiene que presentarse a las nueve. Y entonces veremos lo que pasa.

—¿Qué suele pasar?

—Nada.

—Cielos. Me muero de impaciencia.

Lula y Sally entraron en el edificio a las ocho y media. Kuntz llegó quince minutos después. Dejé a Morelli en la camioneta con una foto de Maxine y entré para estar junto a Kuntz.

—Estás diferente —me dijo Kuntz.

—He tenido problemas con el pelo.

—No, no es eso.

—El vestido es nuevo.

—No. Es otra cosa. Pero no logro saber qué es.

Gracias a Dios.

Lula y Sally se acercaron y se quedaron en la barra con nosotros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sally.

—Estamos perdiendo el tiempo, eso es lo que hacemos —contestó Kuntz—. Odio estas idioteces de buscar pistas y tal. —Sus ojos se encontraron con los míos por un instante y luego se desviaron a un punto por encima de mi hombro. Me volví para ver qué era lo que le había llamado la atención.

Era Joyce Barnhard con una faldita muy corta y muy ajustada de cuero negro y una camiseta de tirantes de punto naranja igual de ajustada.

—Hola, Stephanie —dijo.

—Hola, Joyce.

Le dedicó una sonrisa a Kuntz.

—Hola, guapo.

Me volví hacia Lula y las dos hicimos el gesto de meternos un dedo por la garganta y sacar la lengua para simular una arcada.

—Si yo tuviera esas tetas me iría mejor —me susurró Sally—. En un año ganaría dinero suficiente para retirarme, joder. Ni siquiera tendría que volver a ponerme zapatos de tacón nunca más.

—¿Qué haces aquí, Joyce? Creí que Vinnie iba a hablar contigo.

—Este es un país libre —respondió ella—. Puedo ir adonde quiera. Puedo hacer lo que quiera. Y ahora mismo lo que quiero es atrapar a Maxine.

—¿Por qué?

—Solo para divertirme.

—Puta.

—Guarra.

—Puta.

—Chocho.

Le di una patada en la espinilla. No puedo soportar que me llamen «chocho». Y, además, tenía ganas de darle una patada desde que la pillé con el culo al aire en el comedor de mi casa acompañada de mi marido.

Joyce respondió agarrándome del pelo.

—¡Ay! —grité—. ¡Suéltame!

Como no me soltaba le di un buen pellizco en el brazo.

—Espera un momento —intervino Lula—. Está claro que no tienes ni idea de pelear. Esta mujer te tira del pelo, ¿y tú todo lo que haces es pegarle un pellizco?

—Sí, pero le va a dejar marca —contesté.

Joyce me tiró del pelo con más fuerza, pero de repente soltó un gritito y cayó redonda al suelo.

Miré a Lula con gesto de reprobación.

—Bueno, es que quería saber si las pilas nuevas funcionaban bien —se justificó.

—¿Cuánto crees que costarán unas tetas como esas? —preguntó Sally—. ¿Os parece que me quedarían bien a mí?

—Sally, esas tetas son reales.

Esta se agachó y las miró más detenidamente.

—Mierda.

—Ah, ah —exclamó Lula—. No sé cómo decirte esto, pero alguien ha desaparecido.

Miré alrededor. Kuntz se había ido.

—Sally, vete a ver en el servicio de caballeros. Lula, tú registra todo el bar. Yo voy a mirar si ha salido afuera.

—¿Qué hacemos con Joyce? —preguntó Lula—. Tal vez deberíamos arrastrarla a un rincón donde la gente no tropiece con ella.

Joyce tenía los ojos vidriosos y la boca abierta, pero su respiración parecía regular para acabar de recibir un puñado de voltios.

—Joyce —dije—. ¿Te encuentras bien?

Uno de sus brazos se levantó sin fuerza.

A nuestro alrededor se había arremolinado una pequeña multitud.

—Se ha mareado —les expliqué a todos.

—Leí en un manual que cuando a la gente le da un desvanecimiento de estos a veces se mea encima —comentó Lula—. ¿A que sería muy divertido?

Las piernas de Joyce se empezaron a mover y sus ojos recobraron la viveza.

Lula la levantó y le ayudó a sentarse en una silla.

—Deberías ir a consultarle a un médico lo de los desvanecimientos —dijo Lula.

Joyce asintió.

—Sí. Gracias.

Pedimos una cerveza fría para Joyce y nos pusimos a buscar a Kuntz. Yo salí y fui a ver a Morelli.

—¿Has visto salir a Eddie Kuntz?

—¿Cómo es?

—Metro ochenta. Culturista. Llevaba pantalones de pinzas negros y una camisa negra de manga corta.

—Sí. Le he visto. Se ha ido hace unos cinco minutos. Se fue conduciendo un Chevrolet Blazer.

—¿Iba solo?

—Sí.

—¿No le ha seguido nadie?

—No que yo sepa.

Volví a entrar al bar y me quedé junto a la entrada buscando a Lula y a Sally. El sitio estaba ya abarrotado y el nivel de ruido había subido considerablemente. Me sentí empujada violentamente y, luego, arrastrada hacia atrás con la misma fuerza, para encontrarme cara a cara con una mujer furiosa que no conocía.

—¡Sabía que eras tú! —dijo—. Eres una puta.

Me quité sus manos de encima.

—¿Tienes algún problema?

—Mi problema eres tú. Todo iba bien hasta que tú te entrometiste.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes muy bien de lo que estoy hablando. Y si tuvieras un poco de juicio en esa cabezota de niña tonta que tienes, te largarías de la ciudad. Te irías muy lejos. Porque si no lo haces te voy a encontrar y te convertiré en un montón de cenizas... como tu apartamento.

—¡Tú le prendiste fuego a mi apartamento!

—Diablos, no. Yo no. ¿Tengo pinta de estar tan loca como para hacer una cosa así?

—Sí.

Se rio muy bajito, pero sus ojos eran pequeños y fríos, cargados de emociones que nada tenían que ver con la alegría.

—Puedes creer lo que quieras. Pero no te acerques a mi novio. —Me dio un fuerte empujón y se alejó en dirección a la puerta, desapareciendo entre la muchedumbre.

Salí detrás de ella, pero el tipo que estaba a mi lado me cortó el paso.

—¿Qué? —dijo—, ¿quieres un chico para ti sola?

—Dios mío —exclamó—. Date el piro.

—Oye —contestó—, solo estaba preguntando. No hace falta que te pongas así.

Le rodeé para huir de él, pero la mujer ya se había ido. Me abrí paso por la sala hasta llegar a la puerta. Miré afuera. Volví a entrar y eché otro vistazo. No hubo suerte.

Me encontré a Lula y a Sally en la barra.

—Esto está insoportable —se quejó Lula—. Hay gente por todas partes. Apenas se puede conseguir una copa, así que imagínate encontrar a alguien.

Les conté que Morelli había visto a Kuntz largarse en su Blazer, pero no les confesé lo de la mujer enrabiada. Aquello era un tema diferente. Probablemente.

—Si aquí no va a pasar nada más, Sally y yo nos vamos a un sitio que conoce que tiene muy buena música —dijo Lula—. ¿Quieres venir con nosotras?

—No gracias. Yo me voy a retirar ya.

Sally y Lula se dieron con los codos.

—¿Y qué ha pasado? —me preguntó Morelli cuando regresé a su camioneta.

—Nada.

—¿Como siempre?

—Sí. Pero esta vez menos que nunca. —Hurgué en mi bolso, encontré mi teléfono móvil y marqué el número de Kuntz. No contestó—. Esto es muy raro. ¿Por qué se iba a ir del bar sin decir nada?

—¿Has estado a su lado todo el rato? Puede que alguien le diera otra pista y se

fuera a resolverla él solo.

Aún estábamos aparcados junto al bordillo y se me ocurrió que debía entrar otra vez en el bar y hacer algunas preguntas.

—Espera aquí —le pedí.

—¿Otra vez?

—No voy a tardar más que unos minutos.

Me acerqué al camarero que atendía la barra en la que estábamos cuando Joyce se desplomó.

—¿Recuerdas el tipo de pelo oscuro que estaba conmigo? —le pregunté—. El que iba vestido de negro.

—Sí. Eddie Kuntz.

—¿Le conoces?

—No. Una mujer vino alrededor de las siete, nada más empezar mi turno. Me dio una foto de Kuntz y diez dólares por entregarle una nota.

—¿Sabes lo que decía esa nota?

—No. Estaba en un sobre cerrado. Pero debía de ser algo bueno, porque se fue en cuanto la leyó.

En fin.

Volví con Morelli, me derrumbé en el asiento y cerré los ojos.

—Clávame un tenedor, estoy acabada.

Morelli giró la llave de contacto.

—Pareces harta.

—Harta de mí misma. Esta noche me he portado como una estúpida. Me he distraído.

Y lo que era aún más bochornoso: no se me había ocurrido preguntarle al camarero inmediatamente. Y eso no era lo único que me tenía harta; Morelli también me tenía harta. No entendía nada de tarros de galletas. Le había dado a su madre una respuesta equivocada en la mesa. Y aunque me fastidiara admitirlo, aquello del mal de ojo me preocupaba bastante. Dios mío, ¿y si Bella tenía razón y estaba embarazada?

Le eché una mirada a Morelli. Sus facciones estaban suavizadas por las sombras, pero incluso en la penumbra podía ver la cicatriz, fina como el papel, que le recorría el párpado derecho. Unos años antes, había sufrido una herida de arma blanca. Y probablemente alguna más. Y algún balazo. No era un pensamiento muy tranquilizador, como tampoco lo era su vida amorosa. En el pasado Morelli había tenido unos periodos de interés muy breves en lo que a amoríos se refiere. De vez en cuando me hacía brevísimas demostraciones de ternura protectora, pero no siempre era una prioridad para él. Yo era una amiga, como Terry Oilman y aquella mujer trastornada, quienquiera que fuera.

Por eso pensaba que tal vez Morelli no estuviera hecho de la mejor materia para el matrimonio. Y eso sin contar con el hecho de que no quería casarse. Vale. Ahora, la

pregunta del millón: y yo, ¿estaba enamorada de Morelli? Pues sí, cono. Estaba enamorada de él desde que tenía seis años.

Me di un golpe con la mano en la frente.

—Huy.

Morelli me miró de reojo.

—Solo estaba pensando —expliqué.

—Debe de haber sido un pensamiento terrible. Casi te dejás fuera de combate.

La cuestión era que, aunque llevaba todos estos años enamorada de él, siempre había sabido que era mejor que no pasara nada. Estar enamorada de Morelli era como estar enganchada a la tarta de queso: horas de esfuerzo en el gimnasio quemando aquella impresentable grasa, a cambio de un instante de disfrute placentero.

De acuerdo: puede que no fuera para tanto. Morelli había madurado. Lo que no podía saber era cuánto. Lo cierto era que no sabía demasiado de él. Lo que sí tenía claro era que me costaba mucho confiar en él. Las experiencias pasadas me habían demostrado que la confianza ciega en Morelli no era una actitud muy inteligente.

De hecho, ahora que me ponía a pensar en ello, tal vez «amor» no fuera la mejor palabra para describirlo. Puede que «enamorada» fuera más acertada. Definitivamente, estaba embelesada.

Casi todo el resto del camino a casa lo hicimos en silencio. Morelli llevaba puesta una emisora de canciones antiguas y yo me senté encima de las manos para no cambiar el dial de la radio.

—Pareces preocupada —dijo él.

—Estaba pensando en la nota que le ha dado el camarero a Eddie Kuntz. Me ha dicho que se largó en cuanto la levó.

—¿Y?

—Todas las otras notas estaban codificadas. Kuntz no podía entenderlas. Por eso entró en escena Sally; él era el único que sabía leerlas.

Morelli entró en su calle y aparcó frente a su casa.

—Supongo que no habrás considerado la posibilidad de pasarle este caso a la policía.

¿Y quedarme sin la recompensa de detención y dejarle a Joyce el campo libre para que la detenga ella? Ni muerta.

—No. No lo he considerado.

En el vecindario de Joe las luces brillaban en las ventanas de los salones. Acostarse temprano y levantarse temprano significaba tener un trabajo que te permitía pagar la hipoteca todos los meses. Unas calles más allá, los coches zumbaban por Chambers, pero en la calle de Joe no había tráfico.

—Esta noche me ha pasado otra cosa un poco extraña —dije—. He tenido un encontronazo con una mujer en el bar.

Morelli abrió la puerta de su casa y encendió la luz.

—¿Y?

Le conté la conversación con todo detalle.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—No sé qué pensar. Evidentemente, no era Terry.

—No, no era Terry, aunque tenía algo que me resultaba familiar, como si la hubiera visto en algún sitio antes. Como una de esas caras anónimas que te encuentras en el supermercado, ¿sabes?

—¿Crees que fue ella la que incendió tu apartamento?

—Yo no la borraría de la lista. ¿Reconociste a alguna de las mujeres que entraban o salían?

—No. Lo siento.

Nos miramos a los ojos y ambos reconocimos la duda en ellos.

Tiró las llaves en un aparador, se quitó la chaqueta y la dejó en la única silla de la entrada. Entró en la cocina, donde revisó el contestador automático, se sacó la pistola y el busca y los dejó en la encimera.

—Tienes que denunciar a esa mujer al departamento de incendios provocados.

—¿Les llamo esta misma noche?

Morelli se acercó y me tomó en sus brazos.

—El lunes no está muy lejos.

—Humm —dije yo en un tono muy poco incitante.

—¿Humm qué?

—No estoy muy segura de que esto sea buena idea.

Me besó suavemente en la boca.

—Nunca ha sido buena idea.

—Exacto. Fíjate, eso es exactamente lo que quería decir.

—Joder —exclamó Morelli—. No vas a empezar a complicar las cosas, ¿verdad?

Mi voz se elevó una octava.

—Puedes estar seguro de que voy a empezar a complicar las cosas. Vamos a ver, ¿tú qué te crees que es esto?

—Esto es... satisfacer nuestras mutuas necesidades.

—Un buen polvo.

—Pues sí.

Le aparté de mí.

—¿Nunca necesitas otra cosa que no sea un buen polvo?

—¡Ahora mismo no! ¿Y qué me dices de ti? ¿Me vas a decir que tú no lo necesitas?

—Yo tengo control sobre mis necesidades.

—Sí, ya.

—¡Lo tengo!

—Por eso se te han puesto los pezones duros.

Bajé la mirada a mi vestido.

—Llevan así todo el día. No sé qué les pasa.

Una sonrisa bailó en las comisuras de la boca de Morelli.

—Que me deseas como una loca.

Vaya que si le deseaba. Y aquello me ponía todavía más furiosa. ¿Dónde estaban mis principios? No estaba muy segura de creerme su respuesta sobre la mujer que me había plantado cara en el bar. Y presentía que entre él y Terry Gilman había algún tipo de relación continuada. ¡Y yo con los pezones duros! ¡Uf!

—Puedo pasar sin ti tranquilamente —le dije—. No me llames, ya te llamaré yo.

—No aguantarás ni esta noche.

Gilipollas ególatra.

—Cincuenta pavos a que sí.

—¿Quieres apostar? —preguntó incrédulo.

—El primero que se rinda paga.

Morelli frunció el ceño y entornó los ojos.

—Muy bien. No seré yo, cariño.

—¡Ja!

—¡Ja!

Me di la vuelta y subí la escalera pisando fuerte. Me cepillé los dientes, me puse el camisón y me metí en la cama. Pasé media hora tumbada en la oscuridad, sintiéndome sola y nerviosa, pensando que ojalá Rex no estuviera en la cocina y preguntándome qué me había empujado a hacer aquella estúpida apuesta. El miedo, supongo. Eso era lo que me había empujado. El miedo a ser rechazada una vez más. El miedo a salir malparada. El miedo a los condones defectuosos. Al final, salí de la cama y bajé las escaleras pisando con fuerza.

Morelli estaba en la sala, repantingado en su sillón favorito, viendo la televisión. Me echó una mirada larga y valorativa.

—He bajado a por Rex —dije pasando de largo.

Morelli seguía mirándome cuando volví a pasar con la jaula del hámster. Era una mirada especulativa y enervante.

—¿Qué? —pregunté.

—Bonito camisón.

El domingo por la mañana abrí los ojos y pensé en Maxine Nowicki. Llevaba una semana con aquel caso y me parecían tres. Me puse unos pantalones cortos y una camiseta y, sin siquiera molestarme en peinarme, bajé a Rex a la cocina.

Cuando entré, Morelli levantó la mirada del periódico. Se fijó en mi pelo y sonrió.

—¿Intentando ayudarme a ganar la apuesta?

Me serví un tanque de café y miré la bolsa blanca de panadería que había encima de la mesa.

—¿Donuts?

—Sí. Iba a ir a la iglesia, pero preferí traer unos donuts.

Me senté enfrente de él y elegí uno de chocolate relleno de crema.

—Llevo una semana con el caso de Maxine Nowicki y no me parece que haya

conseguido gran cosa.

—Imagínate cómo se sentirá el alegre asesino mutilador. Él está descuartizando gente y no consigue gran cosa.

—Tienes razón. —Me volví para levantar el teléfono inalámbrico y marqué el número de Kuntz—. No contesta.

Morelli le dio un trozo de donut a Rex y se volvió a llenar la taza.

—Tal vez deberíamos dar una paseíto esta mañana.

Aquello despertó mi interés.

—Tienes una de esas premoniciones de poli, ¿verdad?

—Algo noto.

Estuve de acuerdo con él; yo también sentía algo. Me comí dos donuts, leí las tiras cómicas y subí a darme una ducha. Dejé la puerta del baño sin cerrar, pero Morelli no se animó a entrar. Bien, pensé para mí. Eso estaba mejor. Sí, claro.

Cuando bajé las escaleras, Morelli me estaba esperando.

—Estoy lista.

Clavó la mirada en el gran bolso de cuero negro que llevaba colgado del hombro.

—Llevas una pistola ahí dentro, ¿verdad?

—Por favor, Morelli, soy una cazarrecompensas.

—¿Tienes permiso para llevar armas?

—Ya sabes que no.

—Entonces deja la pistola.

—¡Tú llevas una!

—Yo soy policía.

Torcí el gesto.

—Menuda cosa.

—Escucha —dijo Morelli—, así son las cosas. Soy policía y no puedo ir contigo si sé que llevas un arma de manera ilegal. Además, solo pensar en ti con una pistola en la mano hace que me cague de miedo.

No me extraña.

—Muy bien —repuse mientras sacaba la pistola del bolso—. Luego no me vengas a pedir ayuda. —Miré alrededor—. ¿Y dónde dejo esto?

Morelli puso los ojos en blanco y metió la pistola en un cajón del aparador.

—Solo llevabas una, ¿verdad?

—¿Quién crees que soy? ¿Hopalong Cassidy?

Lo primero que notamos tanto Morelli como yo fue que no se veía el coche de Eddie Kuntz por ninguna parte. Lo segundo, que nadie contestaba a la puerta. Los dos nos asomamos por las ventanas de la planta baja. No había ni una luz encendida. Tampoco cadáveres tirados por el suelo. Ni señales de lucha. Ni Kuntz.

Allí estábamos, con las narices pegadas al cristal, cuando llegó el Lincoln Town Car.

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber Leo.

—Estoy buscando a Eddie —respondí—. ¿Le ha visto?

Betty se unió a nosotros en el porche.

—¿Ha pasado algo?

—Buscan a Eddie —explicó Leo—. ¿Cuándo le vimos por última vez? ¿Ayer?

—Anoche —contestó Betty—. Salió un poco después de las ocho. Lo recuerdo porque estaba regando las flores.

—¿Su coche estaba aquí esta mañana?

—Ahora que lo dices, no recuerdo haberlo visto —recapacitó Betty.

—Sábado por la noche —añadió Leo—. Ya sabes cómo son los chicos jóvenes.

Morelli y yo nos miramos.

—Puede ser —dijo Morelli.

Les di mi tarjeta con los número de mi teléfono y del busca.

—Por si acaso.

—Por supuesto —repuso Leo—, pero no te preocupes. Seguro que está de juerga.

Desaparecieron en el interior de su casa oscura y fresca y la puerta se cerró con un chasquido. Sin invitarnos a bizcocho.

Morelli y yo volvimos a su camioneta.

—¿Y bien? —pregunté.

—Tendría sentido que la nota fuera algo personal y no de Maxine. Eso explicaría que no estuviera en clave.

—¿Lo crees en serio?

Morelli se encogió de hombros.

—Es posible.

Miré hacia el ventanal de casa de los Glick.

—Nos están observando. Puedo verles a un par de pasos de la ventana.

Morelli encendió el motor.

—¿Tienes algún plan?

—Había pensado hacerle una visita a la señora Nowicki.

—Fíjate qué coincidencia: esta mañana me he despertado pensando que sería un buen día para ir a la costa.

La temperatura alcanzaba ya los veintisiete grados. El cielo tenía color de plastilina y la humedad era tan alta que sentía el aire pegado a mi cara. No era un buen día para ir a ningún sitio... A no ser que fuera un lugar lejos de Jersey.

—No irás a poner a Buddy Holly todo el camino hasta Point Pleasant, ¿verdad?

—¿Qué tiene de malo Buddy Holly?

Hice una mueca. Seguramente también le gustaban los Tres Chiflados.

Se puso a llover en el instante que llegamos a Point Pleasant. Un chaparrón delicioso y continuo que echó a todo el mundo de la playa, esa clase de lluvia que les gusta a la gente del campo. Pero en Point Pleasant no había gente de campo; solo turistas cabreados.

Le di a Morelli las indicaciones para llegar a la casa de Nowicki y nos quedamos

sentados enfrente durante un rato, mirando. No había ningún coche aparcado en la entrada ni luz en el interior. Ninguna señal de actividad.

—Está igual que la casa de Eddie Kuntz —dije.

—Sí —contestó Morelli—. Vamos a echar un vistazo.

Corrimos a resguardarnos en el porche y llamamos al timbre. Ninguno de los dos esperábamos que nos contestaran. Cuando vimos que así era, espiamos por las ventanas.

—Hemos llegado tarde a la fiesta —comentó Morelli.

El salón era un desastre. Lámparas derribadas, mesas volcadas, los cojines por todas partes... Y no era lo que había hecho Joyce; se trataba de otro tipo de desbarajuste.

Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Rodeamos la casa y nos acercamos a la entrada de servicio. Tampoco hubo suerte con aquella puerta.

—Maldita sea —exclamé—. Estoy segura de que hay pistas ahí dentro. Puede que hasta cadáveres.

—Solo hay una manera de descubrirlo. —Acto seguido destrozó el cristal de la puerta con la culata de su pistola.

Yo retrocedí de un salto.

—¡Dios! No puedo creer lo que has hecho. ¿No viste el juicio de O. J. Simpson? Los polis no pueden entrar en los sitios a la fuerza.

Morelli metió el brazo por el boquete.

—Ha sido sin querer. Y hoy no soy policía; es mi día libre.

—Deberías formar equipo con Lula. Seríais la pareja perfecta.

Once

Morelli abrió la puerta y entramos sigilosamente, sorteando los trozos de cristal. Miró debajo del fregadero, encontró un par de guantes de goma, se los puso y borró sus huellas del picaporte.

—Tú no necesitas preocuparte por las huellas. Estuviste aquí legítimamente hace dos días.

Hicimos un primer reconocimiento rápido para comprobar que no había cuerpos, ni muertos ni vivos. Luego revisamos sistemáticamente cada una de las habitaciones: armarios, cajones, escondrijos, bolsas de basura.

Había desaparecido toda su ropa y, que yo recordara, también todos los premios que habían ganado. Se habían ido deprisa: las camas estaban deshechas y quedaba comida en la nevera. En el salón había tenido lugar una pelea y nadie se había molestado en arreglar el desaguisado. No encontramos nada que sugiriera una nueva dirección. Ni rastro de drogas. Ni balas incrustadas en la carpintería de la casa. Ni manchas de sangre.

La única conclusión que saqué es que no eran muy buenas amas de casa y que seguramente acabarían con diverticulitis: comían un montón de mortadela y pan blanco, fumaban cantidad de cigarrillos, bebían litros de cerveza y no reciclaban.

—Se han ido —concluyó Morelli quitándose los guantes y dejándolos otra vez debajo del fregadero.

—¿Se te ocurre algo?

—Sí. Vámonos de aquí.

Corrimos a la camioneta y Morelli condujo hasta el muelle.

—Hay una cabina de teléfono al final de la rampa —me dijo—. Llama a la policía y diles que eres una vecina y que has visto la ventana trasera de la casa de al lado rota. No quiero que se quede abierta para que cualquiera la asalte y robe.

Contemplé mi aspecto y decidí que ya no podía mojarme mucho más, así que me fui chapoteando bajo la lluvia hasta el teléfono, hice la llamada y volví chapoteando de nuevo.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—No les ha gustado que no les quisiera decir mi nombre.

—Se supone que te tienes que inventar alguno. Eso es lo que esperan los polis.

—Los polis son muy raros.

—Sí —respondió—, a mí me ponen los pelos de punta. Me quité los zapatos y me abroché el cinturón de seguridad.

—¿Quieres aventurar una hipótesis sobre lo que ocurrió en esa sala de estar?

—Alguien vino a por Maxine y la persiguió por la sala, pero consiguieron golpear por detrás al intruso con un objeto contundente. Cuando recobró la conciencia las tres mujeres se habían ido.

—Puede que ese alguien fuera Eddie Kuntz.

—Tal vez. Pero eso no explica que siga sin aparecer.

Dejó de llover a medio camino de vuelta y en Trenton no se había producido ni el menor indicio de descenso de la temperatura. El nivel de contaminación era tan alto que arañaba los cristales, y en la autovía zumbaba un tráfico furioso. Los aires acondicionados se fundían, los perros tenían diarrea, la ropa sucia criaba moho en la cesta y las fosas nasales parecían rellenas de cemento. Si la presión barométrica descendía un poco más, a todo el mundo se le iban a salir los intestinos por los talones para ir a formar parte de las entrañas de la tierra.

Morelli y yo apenas notábamos nada de aquello, naturalmente, ya que habíamos nacido y crecido allí. La vida es un ejercicio de supervivencia del más fuerte y Jersey produce una raza superior.

Nos detuvimos, chorreando, en el recibidor de la casa de Morelli. Yo no podía decidir qué quería hacer primero. Me moría de hambre, estaba empapada y quería llamar para comprobar si Eddie Kuntz había aparecido ya. Morelli dio prioridad a mis actos desnudándose en el recibidor.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Se había quitado los zapatos, los calcetines y la camisa y tenía los dedos metidos en la cintura de los pantalones.

—No quiero dejar un reguero de agua por toda la casa. —Una sonrisa distendió sus labios—. ¿Te supone algún problema?

—Ninguno en absoluto —respondí yo—. Me voy a dar una ducha. ¿Eso te supone algún problema a ti?

—Solo si gastas toda el agua caliente.

Cuando bajé las escaleras estaba hablando por teléfono. Me encontraba limpia, pero no conseguía estar seca. Morelli no tenía aire acondicionado y a aquella hora del día era fácil romper a sudar sin hacer nada de nada. Hurgué en la nevera y decidí hacerme un *sandwich* de jamón y queso. Lo preparé y me lo comí de pie apoyada en la encimera. En ese momento, escribía en un cuaderno. Levantó la mirada hacia mí y comprendí que eran cosas de policías.

Cuando colgó el teléfono picoteó del jamón que yo había dejado fuera.

—Han vuelto a abrir el caso en el que estaba trabajando. Han surgido nuevos datos. Voy a darme una ducha rápida y saldré corriendo. No sé cuándo volveré.

—¿Hoy? ¿Mañana?

—Hoy. Pero no sé a qué hora.

Acabé el *sandwich* y recogí la cocina. Rex salió de su lata de sopa con pinta de desvalido, así que le di un trocito de queso y un poco de pan.

—Las cosas no nos están yendo muy bien —le dije—. No paro de perder gente. Ahora no soy capaz de encontrar al tipo que estoy buscando.

Probé a llamar a Kuntz: no contestó. Busqué el teléfono de los Glick en el listín y llamé a Betty.

—¿Todavía no han visto a Eddie?

—No.

Colgué y me puse a pasear nerviosa. Llamaron a la puerta principal.

Era una señora italiana menudita.

—Soy la madrina de Joe, Tina Ragusto. Tú debes de ser Stephanie. ¿Cómo estás, querida? Acabo de enterarme. Me parece maravilloso.

No sabía de qué estaba hablando y sospeché que era mejor así. Hice un gesto impreciso en dirección a las escaleras.

—Joe está en la ducha.

—No puedo quedarme. Voy a una reunión de venta de joyas. —Me entregó una caja de cartón blanca—. Solo quería daros esto. —Levantó la tapa y separó el papel de seda para mostrarme lo que había debajo. Su cara redonda se iluminó con una sonrisa—. ¿Ves?, el faldón de bautismo de Joe.

Ugh.

Me dio un cachetito en la mejilla.

—Eres una buena chica italiana.

—Medio italiana.

—Y una buena católica.

—Humm...

Me quedé mirándola mientras se dirigía al coche y arrancaba. Creía que yo estaba embarazada. Creía que me iba a casar con Joe Morelli, el elegido como «hombre menos digno de confianza para salir con mi hija» por las madres de todo el estado. Y creía que yo era una buena católica. ¿Cómo había ocurrido todo aquello?

Estaba de pie en la entrada, con la caja en la mano, cuando bajó Joe.

—¿Ha venido alguien?

—Tu madrina. Me ha traído tu faldón de bautismo.

Morelli lo sacó de la caja y le echó una mirada.

—Por Dios, si es un vestido.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Mételo en cualquier armario y te agradecería que no le contaras a nadie que me bautizaron con un vestido.

Esperé a que Morelli desapareciera de mi vista y entonces me miré el estómago.

—Ni soñar —dije.

Contemplé el faldón. Era muy bonito, antiguo, muy italiano. Maldita sea, me estaba poniendo toda ñoña por el vestidito de Morelli. Subí las escaleras corriendo, lo dejé encima de su cama y salí del dormitorio dando un portazo.

Fui a la cocina y llamé a mi mejor amiga, Mary Lou. Ella había tenido dos niños y sabía de embarazos.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En casa de Morelli.

—¡Ay, Dios mío! ¡O sea que es cierto! ¡Estás viviendo con Morelli! ¡Y no me lo habías dicho! Soy tu mejor amiga. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Solo llevo tres días aquí. Y no tiene nada de particular. Mi apartamento se incendió y Morelli tenía una habitación de sobra.

—¡Lo has hecho con él! ¡Lo noto en tu voz! ¿Cómo fue? ¡Quiero saber todos los detalles!

—Necesito que me hagas un favor.

—¡Lo que quieras!

—Necesito uno de esos test de embarazo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Estás embarazada! Ay, Dios mío. ¡Ay, Dios mío!

—Tranquilízate. No estoy embarazada. Solo quiero asegurarme. Ya sabes, paz de espíritu. Y no quiero comprarlo yo misma porque si me ve alguien se acabó lo que se daba.

—Voy para allá ahora mismo. No te muevas.

Mary Lou vivía a un kilómetro de distancia más o menos. Lennie, su marido, no estaba mal, si te gustan los tíos con apariencia de neandertal claro. A Mary Lou nunca le había interesado demasiado la inteligencia en un hombre. Le importaba más el envoltorio y la energía.

Mary Lou y yo éramos amigas desde el día que nacimos. Yo era la alocada y ella la vaga. Tal vez «vaga» no sea la palabra exacta. Era más bien que se marcaba objetivos simples. Quería casarse y tener una familia. Y si podía casarse con el capitán, mejor que mejor. Y eso fue exactamente lo que hizo. Se casó con Lennie Stankovic, que era el capitán del equipo de fútbol, se graduó en el instituto y se puso a trabajar con su padre: Stankovic e Hijos, Fontanería y Calefacción.

Yo quería casarme con Aladino para que me llevara volando en su alfombra mágica. Está claro que teníamos tendencias diferentes.

Diez minutos después Mary Lou estaba llamando a la puerta. Es diez centímetros más baja que yo y pesa tres kilos más. En ese peso no hay ni un gramo de grasa. Mary Lou es sólida, tiene una complexión fuerte como la de un toro. Si alguna vez me dedico a la lucha libre por equipos, le pediré a Mary Lou que sea mi compañera.

—¡Ya lo tengo! —gritó mientras entraba en tromba en el recibidor con la caja en la mano. Frenó en seco y miró alrededor—. ¡Así que esta es la casa de Morelli!

Dijo esto con el respetuoso tono de admiración que los católicos reservan para milagros como estatuas de la Virgen María que lloran.

—Jo, tía —se quejó—. Siempre he querido ver la casa de Morelli por dentro. No está en casa, ¿verdad? —Subió corriendo las escaleras—. ¡Quiero ver su dormitorio!

—Es el de la izquierda.

—¡Aquí está! —chilló mientras abría la puerta—. ¡Ay, Dios mío! ¿Lo habéis hecho en esta cama?

—Sí. Y en la mía, en el sofá, el suelo del recibidor, la mesa de la cocina, la ducha...

—Joder —exclamó Mary Lou—, si tiene una caja de condones. ¿Qué pasa? ¿Que folla como un conejo?

Le quité la bolsita de papel marrón de la mano y miré su contenido.

—Así que es esto...

—Es muy fácil. Solo tienes que hacer pis en la tirita de plástico y esperar a que cambie de color. Menos mal que es verano y llevas camiseta, porque lo verdaderamente difícil es no mojarse la manga.

—Vaya —dije—. Pues ahora mismo no tengo ganas.

—Necesitas una cerveza —declaró Mary Lou—. La cerveza es infalible.

Fuimos a la cocina y nos tomamos dos cervezas cada una.

—¿Sabes lo que le falta a esta cocina? —comentó Mary Lou—. Un tarro de galletas.

—Sí, pero bueno, ya sabes cómo son los hombres.

—No saben nada de nada —apostilló.

Abrí la caja y saqué el paquetito de papel de aluminio.

—No puedo abrirlo. Estoy demasiado nerviosa.

Mary Lou me lo quitó. Tenía unas uñas como cuchillas.

—Tenemos que controlar el tiempo. Y no inclines la tirita. El pipí tiene que entrar por esa hendidura de ahí.

—Agh.

Subimos a la planta de arriba y Mary Lou esperó fuera mientras yo hacía la prueba. La amistad femenina no incluye el verse hacer pis la una a la otra.

—¿Qué pasa? —gritó Mary Lou desde el otro lado de la puerta—. ¿Ves un signo positivo o negativo?

La mano me temblaba tan violentamente que tuve suerte de no tirar el chisme aquel en el retrete.

—Todavía no veo nada.

—Estoy midiendo el tiempo. Tarda tres minutos como máximo —informó Mary Lou—. Tres minutos —gritó otra vez y abrió la puerta—. ¿Y bien?

Me bailaban puntitos negros delante de los ojos y tenía los labios insensibles.

—Me voy a desmayar. —Me senté en el suelo y puse la cabeza entre las rodillas.

Mary Lou miró la tirita del test.

—Negativo. ¡Bien!

—Dios mío, qué cerca ha estado. Estaba realmente preocupada. Hemos usado condón todas las veces, pero Bella dijo...

—¿Bella, la abuela de Joe? —Mary Lou resolló—. ¡Mierda! No te echaría el mal de ojo, ¿verdad? ¿Recuerdas cuando se lo echó a Raymond Cone y se le cayó todo el pelo?

—Peor que eso: me dijo que estaba embarazada.

—Entonces se acabó. El test no vale.

—¿Qué quieres decir con que el test no vale? Claro que vale. Johnson & Johnson

no comete errores.

—Bella sabe de estas cosas.

Me levanté del suelo y me eché agua en la cara.

—Bella está como una regadera. —Mientras lo decía me santigué mentalmente.

—¿Qué retraso tienes?

—La verdad es que no he tenido ningún retraso todavía.

—Espera un momento. Este test no se puede hacer si no has tenido ningún retraso. Creí que ya lo sabías.

—¿Qué?

—Las hormonas necesitan tiempo para desarrollarse. ¿Cuándo te toca el periodo?

—No lo sé. Dentro de una semana más o menos. ¿Me estás diciendo que esta prueba no vale para nada?

—Eso es lo que te estoy diciendo.

—¡Joder!

—Tengo que irme —dijo—. Le he prometido a Lennie que le llevaría *pizza* para cenar. ¿Quieres cenar con nosotros?

—No, muchas gracias.

Cuando se fue Mary Lou me tiré en el sillón de la sala y me quedé con la mirada fija en la pantalla apagada del televisor. Hacer la prueba del embarazo me había dejado exhausta.

Oí llegar un coche y pasos que se acercaban a la casa. Era otra mujer italiana pequeña.

—Soy Loretta, la tía de Joseph —dijo mientras me entregaba una cacerola tapada con papel de aluminio—. Acabo de enterarme. Y no te preocupes, querida, son cosas que pasan. Nosotros nunca lo comentamos, pero la madre de Joseph también se casó a toda prisa, no sé si me entiendes.

—No es lo que parece.

—Lo importante ahora es que comas buenos alimentos. No tienes vómitos, ¿verdad?

—Todavía no.

—No te preocupes por devolverme el cacharro. Me lo puedes dar en la despedida de soltera.

Mi voz subió una octava.

—¿La despedida de soltera?

—Tengo que irme —se excusó—. Voy al hospital a hacerle una visita a mi vecina. —Se inclinó hacia mí y bajó la voz—: Cáncer. Terrible. Terrible. Se está pudriendo. Tiene las entrañas devoradas y ahora le han salido llagas por todo el cuerpo. Yo tuve una prima que se pudrió igual. Se puso negra y justo antes de morir se le cayeron los dedos de las manos.

—Argh.

—Bueno, que te aproveche la comida.

Me despedí de ella con la mano y llevé la fuente a la cocina. Tras dejarla en la encimera, me di un par de golpes contra la puerta del armario.

Levanté una esquina del papel de aluminio y eché una mirada: lasaña. Olía bien. Corté un trozo y lo puse en un plato. Pistaba pensando en repetir cuando Morelli llegó a casa.

Vio la lasaña y suspiró.

—La tía Loretta.

—Sí.

—Esto se nos está yendo de las manos —dijo—. Tenemos que pararlo.

—Creo que piensan dar una fiesta para el niño.

—Mierda.

Me levanté y fregué el plato para evitar que me dieran tentaciones de servirme otro trozo.

—¿Cómo te han ido las cosas?

—No muy bien.

—¿Te apetece que hablemos?

—No puedo. Estoy trabajando con los federales. No puedo contar nada.

—¿No confías en mí?

Yo estaba detrás de él, intentando mantenerme tranquila por todos los medios, pero por dentro temblaba como una hoja y se me aparecían imágenes de mi apartamento en ruinas. Si hubiera estado en casa, dormida, cuando la botella explotó, habría muerto achicharrada de tal manera que nadie podría haberme reconocido. Ya había perdido prácticamente todo lo que tenía. No es que fuera gran cosa... pero era todo lo que tenía. Y casi acababa de pasar lo mismo.

—Eso era para mí —dije aliviada de ver que la voz no me delataba con su temblor.

—Seguramente —contestó Morelli. Luego murmuró algo al teléfono y colgó—. Habían denunciado el robo del coche hace un par de horas.

Agarró cuidadosamente la botella con un trapo de cocina y la metió en una bolsa de papel, que a su vez dejó en la encimera de la cocina.

—Afortunadamente, el tipo este no eligió bien la botella y cuando la lanzó, cayó encima de la alfombra.

El teléfono sonó y Morelli lo descolgó rápidamente.

—Es para ti —dijo—. Es Sally.

—Necesito ayuda —suplicó Sally—. Esta noche tengo una actuación y no logro aclararme con este maquillaje de mierda.

—¿Dónde está Sugar?

—Nos hemos peleado otra vez y se ha marchado.

—Vale —respondí más por reflejo que conscientemente, todavía aturdida por el segundo intento de acabar con mi vida—. Voy para allá ahora mismo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Morelli.

—Tengo que ayudar a Sally a maquillarse.

—Voy contigo.

—No me hace falta guardaespaldas. —Lo que quería decir en realidad era «No quiero que te maten a ti también».

—Pues considéralo una cita.

Llamamos dos veces y Sally casi arrancó la puerta de los goznes al abrir.

Se sirvió una porción de lasaña y se sentó a la mesa conmigo.

—Claro que confío en ti. En la que no confío es en Mary Lou.

—¡No se lo cuento todo a Mary Lou!

—Oye, no es culpa tuya. Eres una mujer y no puedes evitar irte de la lengua.

—¡Eso es asqueroso! ¡Es increíblemente sexista!

Se comió un bocado de lasaña.

—Tengo hermanas. Sé cómo son las mujeres.

—No sabes cómo son todas las mujeres.

Me miró pensativo.

—Sé cómo eres tú.

Noté que se me calentaba la cara.

—Sí, bueno, tendríamos que hablar de eso.

Se arrellanó en la silla.

—Adelante, no te prives.

—Creo que no valgo para el sexo sin responsabilidades.

Lo pensó durante unos segundos y asintió con la cabeza, casi imperceptiblemente.

—Pues entonces tenemos un problema, porque yo creo que no valgo para el matrimonio. Al menos por ahora.

Vaya. Qué sorpresa.

—No te estaba proponiendo matrimonio.

—¿Qué estabas proponiendo entonces?

—Nada de nada. Supongo que solo estaba estableciendo los límites.

—Sabes que eres una de esas mujeres que vuelven locos a los hombres. Los hombres saltan de puentes y se dan a la bebida por mujeres como tú. Y lo de la pastelería también fue culpa tuya.

Estreché los ojos.

—¿Te importaría explicarme eso?

Morelli sonrió.

—Olías como un donut de mermelada.

—¡Serás gilipollas! Eso fue lo que escribiste en la pared del baño de la bocadillería de Mario. Pusiste que era dulce y cálida y que daban ganas de comerme. ¡Y luego contaste todo lo que habías hecho! Aquello llegó a oídos de mis padres y me pasé tres meses sin salir. ¡No tienes escrúpulos!

Sus ojos se oscurecieron.

—No me confundas con aquel chaval de dieciocho años.

Durante unos instantes nos miramos furiosos el uno al otro, hasta que el silencio se vio roto por el ruido de algo que atravesaba el cristal de la ventana del salón.

Morelli saltó de la silla y salió corriendo hacia el salón. Yo le seguí tan de cerca que casi me estampé contra su espalda cuando se detuvo.

En medio del suelo había tirada una botella con un trapo ennegrecido por el fuego dentro de su cuello: un cóctel molotov que se había apagado porque la botella no se había roto con el impacto.

Morelli agarró la botella, cruzó corriendo el recibidor y salió a la calle.

Yo llegué a la puerta a tiempo de ver cómo Morelli apuntaba y disparaba a un coche que se alejaba. Pero la pistola no hizo fuego, solo die, die, die. El la miró incrédulo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es tu pistola. La he sacado del aparador al pasar por el recibidor. ¡No tiene ni una sola bala!

—Las balas me dan miedo.

Morelli se quedó pasmado.

—¿Para qué sirve una pistola sin balas?

—Sirve para asustar a la gente. O puedes golpear a alguien con ella. O puedes usarla para romper ventanas... o para cascar avellanas.

—¿Has reconocido el coche?

—No. ¿Te ha dado tiempo de ver al conductor?

Morelli negó con la cabeza.

Entró en la casa a zancadas, cogió la pistola y el busca de la encimera de la cocina y se las enganchó al cinturón. Llamó a la comisaría y dio la descripción del coche. Luego telefoneó a otra persona para darle el número de matrícula. Mientras esperaba a que le dieran una respuesta, sacó otro cargador de un cajón de la cocina y se lo metió en un bolsillo.

—Mierda —exclamó—, eres tú.

—¿Quién esperabas que fuera?

—Supongo que esperaba que fuese Sugar. Mírame. Estoy hecho un desastre. No sé cómo se hace toda esta mierda. Siempre me viste Sugar. Joder, no tengo las hormonas que hacen falta para este puto rollo, ¿sabes lo que quiero decir?

—¿Dónde ha ido Sugar?

—No lo sé. Nos hemos vuelto a pelear. Ni siquiera sé por qué fue. Creo que porque no me gustaba su bizcocho de café o algo así.

Eché una mirada alrededor. La casa estaba más que immaculada: ni una mota de polvo por ninguna parte, nada fuera de su sitio. Por la puerta de la cocina se veían bizcochos, tartas, panes, tarros de cristal llenos de galletas y dulces de fabricación casera ordenadamente alineados en las encimeras.

—Ni siquiera me di cuenta de que estaba tan enfadado —prosiguió—. Se vistió y se fue mientras yo estaba dándome un baño de espuma.

Morelli arqueó una ceja.

—¿Un baño de espuma?

—Oye, no me fastidies. RuPaul dice que hay que darse un puñetero baño de espuma y yo lo hago. Te pone en contacto con tu puto lado femenino.

Morelli sonrió.

Sally iba vestido con unos calzoncillos negros de Calvin Klein y medias, y llevaba en la mano un cachivache que parecía un corsé con pechos.

—Tienes que ayudarme —dijo—. No puedo ponerme esto yo solo.

Morelli levantó una mano.

—No cuentes conmigo.

Sally le miró con desprecio.

—¿Qué? ¿Eres homófobo?

—No —respondió Morelli—. Soy italiano. Hay una pequeña diferencia.

—Vale —intervine—. ¿Qué tengo que hacer?

Sally se metió en el corsé y lo colocó en su sitio.

—Apriétame este cacharro de mierda —dijo—. Necesito marcarme la cintura.

Tiré de los cordones pero no logré que se cerrara más.

—No puedo; no tengo suficiente fuerza en las manos.

Los dos miramos a Morelli. El soltó un suspiro de fastidio.

—Mierda —exclamó levantándose del sofá. Agarró los cordones y, colocando un pie en el trasero de Sally, pegó un tirón.

—Uf —gimió Sally. Miró a Morelli por encima del hombro—. Ya lo habías hecho antes.

—Dolan se ponía uno de estos cuando iba disfrazado.

—Supongo que no le harías también el maquillaje.

—Lo siento —repuso Morelli—, el maquillaje no entra dentro de mis habilidades.

Sally me miró.

—No te preocupes —le tranquilicé—. Soy del Burg. Estaba maquillando a mis Barbies antes de que aprendiera a andar.

Media hora después ya le había puesto hecho toda una golfa. Después de colocarle la peluca le dimos un último golpe de peine. A continuación se metió en una falda corta y un top, ambos de cuero negro, y parecía una mezcla de Madonna y los ángeles del infierno. Deslizó sus pies del número cuarenta y seis en unos zapatos de tacón con plataforma y estuvo listo para salir.

—¿Qué tal vas de tiempo? —pregunté.

Agarró la funda de la guitarra.

—Divinamente. Bueno, ¿qué? ¿Cómo me ves? ¿Estoy guapo?

—Bueno, esto... sí. —Si te gustan los tíos de más de dos metros, con las piernas ligeramente torcidas, la nariz aguileña, el pecho peludo y los brazos como una valquiria casadera.

—Deberías venir conmigo —dijo—. Así te presento al resto del grupo y puedes

quedarte a ver el concierto.

—¿Sé adonde llevar a una chica en una cita o no? —preguntó Morelli.

Bajamos todos en el ascensor y salimos del aparcamiento siguiendo el coche de Sally. Tomó la curva junto al río y entró en la autopista 1, dirección norte.

—Has sido muy amable al ayudarme con el corsé —dije.

—Sí —respondió—. Soy Mister Sensibilidad.

Sally siguió unos veinticinco kilómetros y puso el intermitente para indicar que iba a torcer. El club estaba a la derecha de la autopista, deslumbrante, con neones rojos y rosas. En el aparcamiento había ya un montón de coches. El luminoso del tejado anunciaba un espectáculo de chicas. Supuse que se refería a Sally.

El susodicho salió del coche y se estiró la falda.

—Ya llevamos cuatro semanas tocando aquí —comunicó—. Es como si fuéramos los putos amos.

Lo que no dijo fue amos de qué.

Morelli echó un vistazo por el aparcamiento.

—¿Dónde está el coche de Sugar?

—Es ese Mercedes negro.

—Le van bien las cosas.

—¿Habéis visto alguna vez a Sugar vestido de mujer?

Los dos negamos con la cabeza.

—Cuando le veáis lo comprenderéis.

Siguiendo a Sally, entramos por la puerta de la cocina.

—Si entro por la puerta de delante la gente se me echa encima, joder —se quejó—. Es que son como animales.

Por un pasillo tan estrecho que daba miedo llegamos hasta un almacén. Estaba lleno de humo y de los Adorables, los cinco, todos vestidos con diversos modelos de cuero... con excepción de Sugar. El llevaba un vestido de satén rojo sangre que se le pegaba al cuerpo como su propia piel. Era corto y ajustado, y tan plano por delante que pensé que se habría sometido a una intervención quirúrgica. Su maquillaje era impecable: tenía los labios gruesos y sensuales, pintados con una barra de brillo a tono con el vestido. Llevaba la peluca de Marilyn. Yo no he estado tan guapa ni en uno de mis mejores días. Miré a Morelli de reojo y vi que él estaba atrapado en la misma irresistible fascinación que experimentaba yo. Volví a mirar a Sugar y de repente caí en la cuenta.

—La mujer del bar era Sugar —le susurré a Morelli—. Llevaba una peluca rubia diferente, pero estoy segura de que era Sugar.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Se puso delante de ti y no le reconociste?

—Fue todo muy rápido y el bar estaba muy oscuro y lleno de gente. Y además, ¡mírale! Está preciosa.

Sugar nos vio entrar a los tres, se puso de pie y le llamó a Sally «guarra desagradecida».

—Joder —dijo Sally—, ¿pero que está diciendo? ¿No hay que ser una tía para ser una zorra?

—Tú eres una tía, tonta del culo —exclamó otra de las drag queens.

Sally se agarró el paquete y se lo blandió hacia él.

—Me gustaría hablar contigo en privado —le dijo Morelli a Sugar.

—No tienes nada que hacer aquí y no tengo por qué hablar contigo —contestó Sugar—. Este es el camerino del grupo. Largaos de aquí ahora mismo.

Morelli cruzó el cuarto en tres zancadas, acorralando a Sugar contra un rincón. Así estuvieron hablando unos minutos hasta que Morelli se separó.

—Ha sido un placer conoceros —dijo a los otros miembros del grupo, que habían permanecido en un tenso silencio. Se dirigió a Sally—. Luego hablamos.

Cuando nos fuimos, Sugar seguía en el rincón con los ojos empuñados y brillantes, muy diferentes al resto de su cara de muñeca.

—Caray —exclamé—. ¿Qué le has dicho?

—Le he preguntado si tenía algo que ver con los incendios.

—¿Y qué te ha dicho?

—Poca cosa.

—Sin duda es una mujer preciosa.

Morelli sacudió la cabeza con un gesto de asombro.

—Por un momento, ahí dentro no sabía si me daban ganas de pegarle un puñetazo en la cara o pedirle una cita.

—¿Nos quedamos a ver la actuación del grupo?

—No —respondió—. Vamos a salir al aparcamiento a examinar el Mercedes. Y luego comprobaremos a Sugar.

El Mercedes estaba limpio y Sugar también: Gregory Stern no tenía antecedentes. Cuando volvimos a la casa de Morelli nos encontramos con dos coches patrulla aparcados delante y varias personas deambulando por la acera. Morelli estacionó la camioneta, se apeó y se acercó al primer uniforme, que resultó ser Cari Costanza.

—Te estaba esperando —saludó este—. No sabía si querías que vigiláramos tus ventanas.

—No. Por esta noche ya me las arreglaré y mañana llamaré a un cristallero.

—¿Vas a venir ahora o prefieres hacer la denuncia mañana por la mañana?

—Mejor mañana.

—Enhorabuena —me dijo el agente—. He oído que estás embarazada.

—¡No estoy embarazada!

Costanza me rodeó con un brazo y me atrajo hacia él.

—¿Y te gustaría?

Puse los ojos en blanco.

—Vale, pero no te olvides de mí si cambias de idea —apostilló.

Un anciano en bata se acercó a Morelli y le dio con el codo.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? Recuerdo cuando ametrallaron la casa de

Ziggy Kozak y se la dejaron como un queso suizo. Chico, aquellos sí que eran buenos tiempos.

Morelli entró en casa, sacó el cóctel molotov y se lo entregó a Cari.

—Pide que busquen huellas y guárdalo en el almacén de pruebas. ¿Alguien ha peinado el vecindario para buscar testigos?

—No hay ni un testigo. Hemos pasado por todas las casas.

—¿Y el coche?

—Todavía no ha aparecido.

Los polis se metieron en su coche y se marcharon. Los curiosos se dispersaron. Yo seguí a Morelli hasta el salón, donde ambos nos quedamos mirando los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo.

—Lo siento —murmuré—. Es culpa mía. No debería haber venido aquí.

—No te preocupes por eso —respondió—. Mi vida se estaba poniendo un poco aburrida.

—Puedo irme a otro sitio.

Me agarró de la pechera de la camisa y me atrajo hacia él.

—Lo que pasa es que te da miedo caer y tener que pagarme los cincuenta dólares.

Noté que se me dibujaba una sonrisa.

—Gracias.

Se inclinó y me besó. Metió su rodilla entre las mías y su lengua en mi boca y sentí una oleada de calor que hizo que el estómago me descendiera diez centímetros.

El se retiró y me sonrió.

—Buenas noches.

Yo parpadeé.

—Buenas noches.

Su sonrisa se amplió.

—Te pillé.

Apreté los dientes.

—Me voy a la cama.

—Yo me quedaré aquí abajo por si te sientes sola. Voy a dormir en el sofá para estar seguro de que nadie se cuele por la ventana y se lleva la televisión.

Doce

Me desperté temprano, pero Joe se había levantado antes. Había barrido los cristales del salón y estaba desayunando un trozo de lasaña cuando entré en la cocina.

Me serví una taza de café y miré la lasaña con deseo.

—A por ella —dijo Morelli.

Si comía lasaña tendría que hacer algo de ejercicio físico, como correr unos cuantos kilómetros. Aquella no era mi actividad favorita. Prefería hacer ejercicio paseando por un centro comercial. Bueno, qué puñetas, lo más probable era que acabara corriendo de todos modos. Para mantenerme en forma y esa mierda.

Me senté enfrente de él y me serví.

—¿Hoy tienes que volver a trabajar en el caso misterioso?

—Tengo que hacer guardia.

Yo odiaba hacer guardias. Las guardias significaban estar sentada a solas en el coche hasta que se te dormía el trasero. Y se te ibas un momento al cuarto de baño, de repente se armaba la de Dios y te lo perdías todo.

Morelli empujó el plato vacío.

—¿Qué planes tienes tú?

—Encontrar a Maxine.

—¿Y?

—Y ya está. No tengo más ideas. Me he quedado sin pistas, lodo el mundo ha desaparecido. Eddie Kuntz seguramente estará muerto. En mi opinión, la señora Nowicki, Margie y Maxine están muertas. Muertas y enterradas.

—Vaya, es muy agradable ver lo optimista que estás esta mañana.

—Me gusta empezar bien el día.

Morelli se levantó y fregó su plato.

—Tengo que irme a trabajar. Si fueras una persona corriente te diría que tuvieras cuidado. Pero puesto que eres quien eres, me limitaré a desearte buena suerte. Ah, sí, y a las nueve va a venir un cristalero para arreglar la ventana. ¿Puedes quedarte hasta que acabe?

—Por supuesto.

Me dio un beso en la coronilla y se fue.

Miré a Rex.

—Esto me resulta un poco extraño —le dije—. No estoy acostumbrada a ser ama de casa.

El hámster se levantó sobre las patas traseras y me miró fijamente. A primera vista se diría que estaba considerando lo que acababa de contarle. Lo más probable es que quisiera una uva.

A falta de algo mejor que hacer, llamé a Eddie Kuntz. No me contestó.

—Muerto —le aseguré a Rex.

Me daban ganas de subirme al coche y tener otra pequeña charla con Betty, pero

tenía que esperar a que arreglaran la ventana. Tomé una segunda taza de café. Y un segundo trozo de lasaña. El cristalero llegó a las nueve en punto y a este le siguió otra señora italiana con comida. En esta ocasión, un bizcocho de chocolate. Me comí la mitad mientras esperaba a que terminara con las ventanas.

No necesité llamar a la puerta para saber que Eddie Kuntz no estaba en casa. El coche no estaba aparcado, no había luces por ninguna parte, todas las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto. Lo único que faltaba era un crespón negro.

Por eso llamé a la puerta de Betty⁷.

—¿Qué puedo decir? —dijo la mujer—. No está en casa. Como ya te conté, la última vez que le vi fue el sábado.

No parecía estar ni preocupada ni extrañada, aunque sí molesta, como si le fastidiara mi visita.

—¿Hace esto con frecuencia? ¿No le parece que deberíamos notificárselo a la policía?

—Está de parranda —intervino Leo desde su sillón colocado enfrente de la tele—. Habrá ligado con una de esas golfas que conoce y estarán encerrados en cualquier sitio. Y nada más. Volverá a casa cuando vuelva a casa.

—Seguramente tiene razón —convine—. Pero aun así, no vendría mal investigar un poco. Tal vez fuera buena idea mirar en su apartamento. ¿Tienen ustedes la llave?

Esta vez Leo fue más contundente.

—Le digo que está de juerga. Y no se entra a curiosear en el apartamento de un hombre solo porque esté de juerga. Además, ¿por qué tiene tanto interés en encontrar a Eddie? Creí que estaba buscando a Maxine.

—La desaparición de Eddie puede tener algo que ver.

—Por última vez, le digo que no se trata de una desaparición.

A mí me sonaba a evasiva, pero ¿yo qué sabía? Volví al Buick y me dirigí a la casa de la señora Nowicki. Tenía todavía peor pinta que la primera vez que la vi. El césped estaba sin cortar y un perro había hecho sus necesidades en medio de la entrada. Solo por no dejar nada sin intentar, di una vuelta a la casa mirando por las ventanas. Ni rastro de vida.

Volví al coche y me puse en marcha hacia la casa de Margie. Salí por la New York Street a Olden, y al entrar en esta divisé el Fairlane destartado que usa Morelli para las guardias. Estaba aparcado enfrente del Seven Eleven en el que trabajaba Helen Badijian hasta su muerte. Morelli estaba colaborando con los federales, por lo que supuse que se trataba de un tema de drogas, pero podía ser cualquier cosa, desde tráfico de armas a mercado negro de bebés. O tal vez se hubiera parado allí para comer algo y echar una siesta.

La casa de Margie tenía un aspecto más cuidado que la de Nowicki, pero parecía estar igual de vacía. Miré por las ventanas y me pregunté qué habría hecho con el gato.

La vecina de al lado asomó la cabeza por la puerta y me pilló atisbando por las

ventanas de Margie.

—Estoy buscando a Margie —dije—. Trabajo con ella en el restaurante y, como no la he visto desde hace un par de días, estaba empezando a preocuparme. No parece estar en casa.

—Se fue de vacaciones. Dijo que le resultaba demasiado difícil trabajar con el dedo cortado como estaba y se pidió unos días libres. Creo que se ha ido a la costa. Me sorprende que no lo supiera.

—Sabía que no estaba yendo a trabajar, pero no que se había ido a la costa. —Miré alrededor—. ¿Dónde está el gato? ¿Se lo ha llevado?

—No. No admiten gatos en la casa que ha alquilado. Yo me encargo de darle de comer. No me molesta.

Estaba a media manzana de allí cuando caí en la cuenta: ¡el dedo! Tendría que pasar revisión. Tendrían que quitarle los puntos. Y la madre de Maxine seguramente también necesitaría atención médica. Cuando la vi en Point Pleasant todavía llevaba la cabeza vendada.

Me acerqué a la oficina para consultar la guía de calles. Connie se estaba haciendo las uñas y Lula tenía un *walkman* enchufado en los oídos. Estaba de espaldas a mí y las cuentas de su cabeza entrechocaban sonoramente mientras su trasero iba de un lado a otro dando unos pasitos de baile. Me vio por el rabillo del ojo y apagó el *walkman*.

—Ah-ah —exclamó—. No ha habido polvo.

—¿Cómo lo sabes? —grité levantando las manos por el aire—. ¡No me lo puedo creer!

Vinnie asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—¿Qué escándalo es este?

—Ha llegado Stephanie —aclaró Connie.

Vinnie llevaba en la boca un puro que, me atrevería a apostar, era el doble de tamaño que su polla.

—¿Dónde está Maxine? Dentro de cinco días perderé el dinero, por Dios santo. No debí quitarle el caso a Joyce Barnhard.

—Me estoy acercando.

—Sí —respondió Vinnie—. Te estás acercando a mi tumba.

Metió la cabeza en su despacho y cerró la puerta.

Busqué la dirección de Margie en la guía y me enteré de su apellido. En la zona de Trenton hay tres hospitales. El Helene Fuld no está muy lejos del barrio de Nowicki. La dirección de Margie estaba a la misma distancia del Helene Fuld y del St. Francis.

Volví a casa de Joe, me puse otra rebanada de bizcocho de chocolate y llamé a mi prima Evelyn, que trabaja en el Helene Fuld. Le di los dos nombres y le pedí que curioseara un poco. Ni Margie ni mamá Nowicki estaban buscadas por la policía, o sea que (suponiendo que estuvieran vivas) no tenían motivos para no presentarse a las

revisiones de sus médicos. Su única preocupación sería que no les siguiera y descubriera el paradero de Maxine.

Eran las tres de la tarde y estaba medio esperando que se pasara por casa otra señora italiana con algún plato para la cena. Me quedé mirando por la ventana, pero no vi llegar ningún coche negro que me trajera comida. Esto me planteaba un problema, porque la idea de meterme en la cocina de Morelli a preparar la cena me parecía una película de Doris Day.

Evelyn me llamó y me dijo que era mi día de suerte. Las dos mujeres estaban en tratamiento en el Fuld. Ambas tenían que volver al médico para las curas. Me dio los nombres de los médicos que las atendían y de las personas responsables de las curas que les correspondían. Le dije que le debía una. Ella contestó que una descripción detallada de Morelli en la cama sería suficiente.

Llamé a los médicos y le mentí como una posesa a la recepcionista, diciéndole que había olvidado la hora de mi cita. Las dos tenían hora para el miércoles. Joder, qué buena era.

Morelli entró luciendo una mancha de sudor del tamaño de su camiseta gris. Fue a la nevera y metió la cabeza en el congelador.

—Tengo que poner aire en esta casa.

A mí me parecía que el tiempo era bastante bueno comparado con el día anterior. Por lo menos, se veía un resplandor amarillento donde estaba el sol tras la espesa capa de aire enrarecido.

Sacó la cabeza del frigorífico, dejó la pistola en la encimera y sacó una cerveza.

—¿Mal día?

—Normal.

—Te vi en Trenton norte.

—¿Me descubriste?

—Reconocí el coche. Supuse que estabas vigilando el Seven Eleven.

—Vigilando, y vigilando, y vigilando.

—¿Drogas?

—Dinero falso.

—Creía que no me lo podías decir.

—Que le den. Los del Tesoro Público tienen este caso tan perdido que ya da igual. Hace cinco años que están saliendo billetes falsos de veinte de Trenton, que nosotros sepamos... puede que haga más tiempo. Los del Tesoro lo tienen todo controlado. Van a detener al tipo y no encuentran las planchas falsificadas donde suponían que estaban. Ni el papel. Nada. Ni siquiera localizan el tráfico de dinero falso. Y no podemos llevar a cabo la detención. Quedamos como una pandilla de putos aficionados. Y de repente, ayer aparecen un par de esos billetes de veinte en la tienda de veinticuatro horas de Olden. Así que volvimos a empezar la vigilancia para

descubrir quién entra en esa tienda.

—¿La dependienta no sabía quién se los había dado?

—Los descubrieron en el banco, cuando el empleado los estaba contando para hacer el ingreso.

—¿Tú qué opinas?

—Yo creo que teníamos al culpable la vez anterior y que algo falló y cuando llegamos no encontramos las cosas.

—Se me acaba de ocurrir algo terrible. Hemos atribuido la muerte de Helen Badijian a su conexión con Maxine. Pero puede que no tuviera nada que ver con Maxine. Es posible que estuviera relacionada con los falsificadores de dinero.

—Yo también lo he pensado, pero el Departamento del Tesoro lo relaciona con Maxine. La causa de la muerte de Badijian fue un golpe en la cabeza, pero también le habían cortado uno de los dedos.

Se me había ocurrido un pensamiento todavía más espeluznante, pero no quería decirlo en voz alta y quedar como una tonta.

El teléfono sonó y Morelli respondió.

—Sí, señora Plum —dijo.

Yo salté del sillón y salí corriendo hacia la puerta de la calle. Ya llevaba recorrida la mitad de la cocina cuando Morelli me agarró de la parte trasera de la camisa y detuvo mi avance con un tirón que acabó pegando mi espalda contra su pecho.

—Tu madre. —Me pasó el teléfono.

—Stephanie —habló mi madre—, ¿qué es eso que he oído de que estás embarazada?

—No estoy embarazada. Solo estamos compartiendo casa, no estamos casados.

—Todo el mundo habla. Todos creen que estás embarazada. ¿Qué le voy a decir a la señora Crandle?

—Dile que no estoy embarazada.

—Tu padre quiere hablar contigo.

Oí como se pasaban el teléfono y luego una respiración.

—¿Papá?

—Sí —respondió—. ¿Cómo te está funcionando el Buick? Tienes que tratarle con mucho cariño, ¿sabes?

—No te preocupes. Le trato con todo el cariño. —No le trataba con ningún cariño. No se lo merecía. Por feo.

Le pasó otra vez el teléfono a mi madre y pude notar cómo ella le hacía un gesto de irritación.

—Tengo un asado delicioso en el horno —comentó—. Con guisantes y puré de patata.

—Vale —asentí—. Iré a cenar.

—Que venga Joseph también.

—No. No va a poder.

—Sí que puedo —intervino él.

Solté un sonoro suspiro.

—También irá.

Corté la comunicación y le devolví el teléfono.

—Ya te arrepentirás.

—No hay nada como estar embarazada para que se realce la belleza de una mujer —comentó la abuela.

—Puede que este bella, pero no estoy embarazada.

La anciana bajó la mirada a mi estómago.

—Pues lo pareces.

Era culpa de toda aquella puñetera comida italiana.

—Es el bizcocho —expliqué.

—Te convendría quitarte todo ese bizcocho de encima antes de la boda —sugirió la abuela—. O vas a tener que ponerte uno de esos vestidos de talle ancho que no marcan la cintura.

—No me voy a casar —repliqué—. No hay boda.

La abuela se irguió en su silla.

—¿Y qué vamos a hacer con el salón?

—¿Qué salón?

—Supusimos que te gustaría dar el banquete en el Salón Nacional Polaco. Es el mejor sitio que hay y Edna Majewski comunicó que habían tenido una cancelación, pero que había que decidirse enseguida.

—¡No habréis alquilado el salón!

—Bueno, todavía no hemos pagado el depósito —respondió la abuela—. No estábamos seguras de la fecha.

Miré a Joe.

—Explícaselo tú.

—El apartamento de Stephanie resultó destruido en el incendio y yo le he alquilado una habitación hasta que se lo arreglen.

—¿Y qué me decís del sexo? —preguntó la abuela—. ¿Tenéis relaciones sexuales?

—No. —Desde el sábado.

—Si fuera tú, tendría relaciones sexuales.

—Dios mío —suspiró mi padre desde la cabecera de la mesa.

Mi madre pasó el puré.

—Tengo unos papeles del seguro que hay que rellenar. Ed se acercó a tu apartamento y dijo que no había quedado nada. Declaró que lo único que se había salvado era el tarro de las galletas. El tarro de las galletas estaba bien.

Reté en silencio a Morelli a que dijera algo sobre el tarro de las galletas, pero estaba demasiado ocupado cortando la carne. Sonó el teléfono y la abuela fue a contestar a la cocina.

—Es para ti, Stephanie —gritó.

—He llamado a todas partes intentando localizarte —dijo Lula—. Hay novedades: Joyce Barnhard llamó a Vinnie justo antes de que nos fuéramos de la oficina y Connie se quedó escuchando. Joyce le dijo a Vinnie que si le volvía a dar el caso le iba a hacer aullar como un perro, y adivina.

—Me lo imagino.

—Pues sí. Y entonces va y le cuenta a Vinnie de dónde está sacando las pistas sobre Maxine. Y ahora conocemos el nombre del soplagaitas que está ayudando a Joyce.

—¡Bien!

—Y se me ha ocurrido que le podíamos hacer una visita.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—No. Ahora me va bien.

—Pues me acerco a recogerte, porque no pienso subirme en ese Buick.

Todos los presentes dejaron de comer cuando volví a la mesa.

—¿Y bien? —preguntó la abuela.

—Era Lula. Voy a tener que salir corriendo en cuanto acabe. Tenemos una pista.

—Podría ir yo también —propuso la abuela—. Como la última vez.

—Gracias, pero preferiría que te quedaras en casa y te encargaras de atender a Joe.

La anciana le guiñó un ojo a Morelli y este puso la expresión de una boa que acaba de tragarse una vaca y que se ha quedado atascada en la garganta.

Diez minutos después se oyó un coche aparcando delante de la casa. Una música rap sacudió la casa, cesó de golpe y un momento después Lula estaba en la puerta.

—Tenemos un montón de carne asada —le dijo la abuela—. ¿Te apetece probarla?

Mi madre ya estaba de pie, poniendo un plato más.

—Carne asada —respondió Lula—. Madre mía, lo que me gusta la carne asada. —Se acercó una silla y sacudió su servilleta.

—Siempre he querido comer con un negro —soltó la abuela.

—Pues yo siempre he querido comer con una vieja blanca de culo huesudo —replicó Lula—. Así que supongo que nos va bien a las dos.

La abuela y Lula se chocaron las manos con un complicado ritual.

—De puta madre —convino la anciana.

Era la primera vez que me subía al Firebird nuevo y me dio envidia.

—¿Cómo puedes permitirte un coche como este trabajando de archivista? ¿Y cómo es que tu seguro ya te lo ha resuelto y yo sigo esperando?

—En primer lugar, tengo gastos muy bajos en el sitio donde vivo. Y segundo, sigo pagándoles el *leasing* a esos capullos. Fríes un coche y te dan uno nuevo. No pasa nada.

—Tal vez debería planteármelo.

—Pero no les cuentes que tus coches acaban todos saltando por los aires. Podrían pensar que eres un riesgo, ¿sabes lo que te quiero decir? —Lula había entrado por High Street en dirección a Hamilton—. El tío ese, Bernie, trabaja en el supermercado de la autovía 33. Cuando no está apilando naranjas, se dedica a vender cigarrillos de la risa, que es el nexo de unión entre Barnhard y mamá Nowicki. Nowicki habla con Bernie, y Bernie con Barnhard.

—Joyce dijo que su contacto era un dependiente.

—Qué gran verdad. Por lo que Connie oyó al teléfono, parece que además tiene un problema de visión.

—¿Es ciego?

—Es feo.

Entró en el aparcamiento del supermercado y dejó el coche en una plaza de primera fila. A aquella hora de la noche no había mucha gente haciendo compras.

—Joyce comentó que era un salidillo, así que, si no quieres comprarle droga, puedes ofrecerle tus favores.

—¿Te refieres a favores sexuales?

—No hace falta que cumplas tu promesa —dijo Lula—. Basta con que se lo prometas. Lo haría yo misma, pero me parece que es más tu tipo.

—¿De qué tipo es?

—Blanco.

—¿Cómo le reconoceré?

—Se llama Bernie. Trabaja en la verdulería. Tiene pinta de salidillo.

Bajé el espejito del parasol, me ahuequé el pelo y me di otra capa de brillo en los labios.

—¿Estoy bien?

—Según tengo entendido, a ese fulano no le importaría que ladraras y persiguieras gatos.

No me costó nada dar con él. Estaba poniendo precio a los pomelos de espaldas a mí. Tenían una densa mata de pelo rizado y oscuro en la parte de atrás y en los lados de la cabeza, y nada en la coronilla, que parecía un gran huevo rosado. Medía algo menos de un metro sesenta y tenía la constitución de una bombona de butano.

Eché una bolsa de patatas en el carro y me acerqué a él.

—Perdona —le dije.

Se dio la vuelta, levantó la cabeza y me miró. Sus gruesos labios de pez se abrieron ligeramente, pero ningún sonido salió de ellos.

—Bonitas manzanas —comenté.

Emitió un gorjeo y sus ojos descendieron a mi pecho.

—Bueno, ¿tienes algo de hierba? —pregunté.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué te crees que soy?

—Una amiga mía me ha dicho que me podrías vender hierba.

—¿Ah, sí? ¿Quién es tu amiga?

—Joyce Barnhard.

Al oírlo sus ojos se iluminaron de una manera que indicaba que seguramente Joyce no le pagaba la marihuana solo en efectivo.

—Conozco a Joyce —reconoció—. Pero eso no quiere decir que le haya vendido hierba.

—Tenemos otra amiga en común.

—¿Quién es?

—Se apellida Nowicki.

—No conozco a nadie que se llame así.

Le di su descripción.

—Debe de ser Francine —respondió—. Es un hueso. Nunca me ha dicho su apellido.

—¿Buena clienta?

—Sí. Compra cantidad de fruta.

—¿La has visto últimamente?

La voz adquirió un tono taimado.

—¿Cuánto vale para ti?

No me gustó cómo sonaba aquello.

—¿Qué quieres?

Bernie hizo un ruidito de besuqueo.

—¡Qué asco!

—Es porque soy bajito, ¿verdad?

—No, claro que no. Me gustan los hombres bajos. Ponen más... hum, empeño.

—Entonces es por el pelo, ¿verdad? Te gustan los chicos con pelo.

—El pelo me da igual. El pelo no me importa lo más mínimo. Además, tienes un montón de pelo. Solo que no está encima de la cabeza.

—Entonces, ¿por qué?

—¡Porque no se puede ir por ahí echándoles besitos a las mujeres! Es... cutre.

—Creí que habías dicho que eras amiga de Joyce.

—Ah, ya. Entiendo tu punto de vista.

—Bueno, ¿entonces qué?

—La verdad es que no me siento atraída por ti.

—Lo sabía. Estaba seguro desde el principio. Es por la altura.

Dios, el pobre mamarracho tenía un auténtico mal rollo con su altura. Quiero decir que no era culpa suya haber nacido bajito o con una cabeza como una bolla de billar. No quería hurgar en su problema, pero no sabía qué decir. ¡Y de repente se me vino Sally a la cabeza!

—No es por tu altura —afirmé—. Es por mí. Soy lesbiana.

—¡Me estás tomando el pelo!

—No. En serio.

Me miró de arriba abajo.

—¿Estás segura? ¡Dios mío, qué desperdicio! No pareces lesbiana.

Supongo que él creía que las lesbianas llevaban una gran L marcada a fuego en la frente o algo así. Aunque, puesto que no conozco a ninguna, no soy exactamente una autoridad en el tema.

—¿Y tienes novia? —me preguntó.

—Sí, por supuesto. Está... esperándome en el coche.

—Quiero verla.

—¿Por qué?

—Porque no te creo. Creo que solo intentas ser amable conmigo.

—Mira, Bernie, quiero que me des cierta información sobre Nowicki.

—Hasta que no conozca a tu novia, nada.

Aquello era absurdo.

—Es que es muy tímida.

—Vale, ya salgo yo.

—¡No! Voy yo a por ella. —¡Dios mío!

Salí al aparcamiento y me apoyé en la ventanilla de Lula.

—Me he metido en un pequeño lío. Tienes que echarme una mano: necesito una novia lesbiana.

—¿Y quieres que te busque una o quieres que lo sea?

Le expliqué la situación y regresamos donde Bernie, que estaba otra vez ordenando los pomelos.

—Hola, chavalín —dijo Lula—. ¿Qué pasa contigo?

El levantó la mirada de los pomelos y casi se cae de culo.

—¡Guau!

Supongo que Bernie no esperaba que mi novia fuera una mujer negra de cien kilos vestida de *lycra* rosa.

—¡Ostras! —exclamó—. ¡Ostras!

—Stephanie me ha dicho que conoces a la vieja Nowicki.

Bernie asintió con la cabeza vigorosamente.

—Sí.

—¿La has visto hace poco?

Bernie se quedó mirando a Lula fijamente.

—Tierra a Bernie —dijo Lula.

—¿Eh?

—¿Has visto recientemente a la vieja Nowicki?

—Ayer. Vino a comprar... ya sabes, fruta.

—¿Con qué frecuencia le gusta comprar fruta?

Bernie se mordió el labio inferior.

—No podría decírtelo. No viene con regularidad.

Lula le echó un brazo por encima y casi lo asfixia contra su pecho derecho.

—Verás, Bernie, la cuestión es que nos gustaría hablar con la Nowicki, pero nos está costando encontrarla dado que no está viviendo en su casa. Entonces, si tú nos pudieras echar una mano te estaríamos muy agradecidas. Verdaderamente agradecidas.

Una perla de sudor rodó por un lado de la cara del hombre, desde su calva redonda hasta la oreja.

—Oh, mierda —exclamó.

Por la forma en que lo dijo estaba claro que tenía la intención de ayudarnos.

Lula le dio otro achuchón.

—¿Y bien?

—No sé, no sé. Nunca habla demasiado.

—¿Viene siempre sola?

—Sí.

Le entregué mi tarjeta.

—Si recuerdas algo o vuelves a verla, llámame inmediatamente.

—Por supuesto, no te preocupes.

Regresamos al coche y se me ocurrió otra de aquellas ideas raras.

—Espérame aquí —le dije a Lula—. Enseguida vuelvo.

Bernie se había quedado mirándonos desde el ventanal de la tienda.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó—. ¿Te has olvidado algo?

—Cuando la Nowicki te compró la fruta, ¿te pagó con un billete de veinte?

La pregunta pareció sorprenderle.

—Sí.

—¿Todavía lo tienes?

Se me quedó mirando un instante sin comprender.

—Supongo que sí... —Sacó la cartera del bolsillo y miró dentro—. Aquí está. Es el único billete de veinte que tengo. Tiene que ser este.

Revolví en mi bolso y encontré algún dinero. Saqué dos billetes de diez.

—Te lo cambio.

—¿Eso es todo? —preguntó.

Le sonreí pícaramente.

—Por ahora.

—Oye, no me importaría limitarme a mirar.

Le di unos golpecitos en la parte superior de la cabeza.

—Reprime esa idea.

—No hemos sacado gran cosa en claro —comentó Lula cuando regresé al coche.

—Sabemos que ayer estuvo en Trenton.

—En Trenton no hay muchos sitios donde se puedan alojar tres mujeres. No es como en la costa, que hay cantidad de moteles y casas en alquiler. Qué cono, los únicos hoteles que tenemos cobran por hora.

Era cierto. Era la capital del estado y ni siquiera tenía un hotel. Esto puede llevar

a la gente a pensar que nadie quería pernoctar en Trenton, pero estoy segura de que es una conclusión errónea. Trenton mola. Trenton tiene de todo... menos un hotel.

Claro que el hecho de que Nowicki tuviera tratos con Bernie no quería decir que estuviera viviendo en el mismo Trenton.

Hicimos una última ronda por la casa de Eddie Kuntz, la de Nowicki y la de Margie. Todas ellas estaban sin luces y desiertas.

Lula me dejó delante de la casa de Morelli y sacudió la cabeza.

—Ese Morelli tiene un buen culo, pero no estoy segura de que me gustara vivir con un poli.

Exactamente lo que yo sentía.

Las ventanas estaban abiertas para que se ventilara la casa y la televisión se oía desde la calle. Estaba viendo un partido. Puse la mano sobre el capó del coche: caliente; acababa de llegar a casa. La puerta principal estaba abierta como las ventanas, pero la mosquitera tenía echado el cerrojo.

—¡Eh! —grité—. ¿Hay alguien en casa?

Morelli se acercó descalzo.

—Sí que has sido rápida.

—A mí no me lo ha parecido tanto.

Cerró otra vez la puerta de rejilla y volvió a ver la televisión.

No me importa ir al estadio. Te puedes sentar al sol, beber cervezas y comer perritos calientes, y todo tiene un aire como de fiesta. Pero el béisbol por televisión me pone en estado de coma. Metí la mano en el bolsillo, agarré el billete de veinte y se lo pasé a Morelli.

—Me paré en Trenton norte a tomar un refresco y me dieron esto con el cambio. He pensado que podría ser divertido comprobar su autenticidad.

Morelli retiró la mirada del partido.

—A ver si lo entiendo. ¿Has comprado un refresco y te han dado esto con las vueltas? ¿Con qué pagaste, con cincuenta?

—Vale, en este momento no quiero decirte de dónde ha salido.

Morelli examinó el billete.

—Maldita sea —exclamó. Lo giró varias veces y lo puso a contraluz. Luego dio unas palmaditas en el cojín de su lado—. Tenemos que hablar.

Me senté con reticencia.

—Es falso, ¿verdad?

—Sí.

—Tenía el presentimiento. ¿Son fáciles de descubrir?

—Solo si sabes lo que tienes que buscar. Tiene una pequeña marca en la esquina superior derecha, un araño en la lámina. También me han dicho que el papel no es exactamente el mismo, pero no soy capaz de distinguirlo. Yo solo lo noto por la marca del araño.

—¿El tipo que queráis detener era de Trenton norte?

—No. Y estaba convencido de que trabajaba solo. Esta clase de operaciones suelen ser cosa de poca gente. Muy poca. —Eché un brazo por encima del respaldo del sofá y me acarició la nuca con un dedo—. Y ahora vamos a hablar del billete...

Trece

No había nada que hacer: Morelli me iba a sacar la información de todas formas.

—Ese billete de veinte lo pasó Francine Nowicki, la madre de Maxine —expliqué—. Se lo dio a un vendedor de hierba ayer.

Le conté el resto de la historia y, al acabar, él tenía una extraña expresión.

—¿Cómo descubres ese tipo de cosas? Es aterrador...

—Puede que tenga ojo para esto.

En cuanto lo dije, me arrepentí. El ojo era como el monstruo de debajo de la cama, algo que no debes animar a que salga.

—Creía firmemente que era un negocio de una sola persona —se lamentó Morelli—. El fulano que estábamos vigilando se ajustaba al perfil. Le vigilamos durante cinco meses. Y nunca localizamos a nadie que pudiera ser su cómplice.

—Explicaría muchas cosas de Maxine.

—Sí, pero sigo sin entenderlo. Durante aquellos cinco meses, el tipo ese nunca se puso en contacto ni con Kuntz ni con Maxine.

—¿Le visteis pasar el dinero en persona?

—No. Eso era parte del problema: todo lo que teníamos contra él era circunstancial y coincidencia.

—Y entonces, ¿por qué os precipitasteis?

—Por la llamada de los federales. Teníamos motivos para pensar que estaba falsificando dinero.

—Pero no era así.

—No. Por lo menos no estaba imprimiendo dinero. —Miró el billete una vez más—. Es muy posible que algunos de estos anduvieran todavía circulando por ahí y que la madre de Maxine los pasara sin darse cuenta.

Llamaron a la puerta y Morelli fue a abrir.

Era Sally.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó al entrar—. ¡Ha intentado matarme! ¡Ese pobre tarado hijo de puta ha intentado matarme, joder!

Tenía el aspecto de una colegiala sobredimensionada, demente y enloquecida por las hormonas. Falda de cuadros tableada, camisa blanca planchada, calcetines de deporte sucios y unas Reebok machacadas, sin peluca ni maquillaje, con barba de dos días y el vello del pecho asomando por encima de la blusa.

—¿Quién ha intentado matarte? —pregunté. Imaginé que había sido su compañero de piso, pero tal como iba vestido, podría haber sido cualquiera.

—Sugar. Se le ha ido la cabeza. El domingo pasado, después de la actuación, salió del club como una fiera, y no ha vuelto a casa hasta hace una hora más o menos. Entró con una lata de gasolina y un encendedor Bic y dijo que le iba a prender fuego a la casa, porque estaba enamorado de mí. ¿Podéis creerlo?

—Para que veas.

—Decía furioso que todo iba bien hasta que tú apareciste en escena y que, entonces, yo dejé de prestarle atención.

—¿No sabe que no eres gay?

—Dice que si tú no te hubieras interpuesto, yo me habría ido sintiendo atraído por él. —Se pasó la mano por su pelo de aborigen de Borneo—. Vaya suerte tengo, para una persona que se vuelve loca por mí, tiene que ser un tío.

—Puede que tenga algo que ver con tu forma de vestir. Sally se miró la falda.

—Me lo estaba probando cuando llegó como un loco. Estoy pensando en cambiar mi imagen a algo más convencional. Morelli y yo nos mordimos los labios.

—¿Y qué ha pasado al final? —preguntó Joe—. ¿Incendió el apartamento?

—No. Le quité la lata de gasolina de las manos a Ja fuerza y la tiré por la ventana. Luego intentó prender fuego a la alfombra con el Bic, pero no ardía. Lo único que consiguió fue dejar manchas negras y atufar el apartamento. Ya sabéis cómo son las fibras sintéticas. Al final se fue corriendo a por más gasolina. Decidí que no me iba a quedar allí esperando a que me convirtiera en una antorcha, así que metí algunas cosas en un par de bolsas de basura y me fui corriendo. Morelli tenía una expresión desolada. —Y viniste aquí.

—Sí. Pensé que tal y como le habías tratado en el club y siendo además policía y todo eso, este sería un lugar seguro. —Levantó las manos—. ¡Solo un par de días! No quiero ser una molestia.

—Mierda —exclamó Morelli—. ¿Qué creéis que es esto? ¿Una casa de acogida para víctimas potenciales de homicidas maniacos?

—Puede que no sea tan mala idea —dije—. Si Sally corre la voz de que está viviendo aquí, puede que pillemos a Sugar. Lo cierto era que me sentía tremendamente aliviada de conocer la identidad del incendiario. Y me tranquilizaba descubrir que era Sugar. Mejor que la mafia. Y mucho mejor que el fulano que amputaba dedos.

—Hay dos errores en ese planteamiento —declaró Morelli—. Número uno: no me vuelve loco la idea de que conviertan mi casa en un infierno. Numero dos: atrapar a Sugar no nos servirá de nada si no podemos acusarle de algún delito.

—Por eso no hay problema —respondió Sally—. Me contó que él había incendiado el apartamento de Stephanie y que también intentó incendiar esta casa.

—¿Estás dispuesto a testificar?

—Estoy dispuesto a hacer algo mejor que testificar. Tengo su diario en el coche y está lleno de detalles jugosos.

Morelli se apoyó en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—La única manera de que acepte el plan es si ninguno de los dos os quedáis en la casa en realidad. Corres la voz de que estás viviendo aquí y un par de veces al día entras y sales por la puerta principal, para que parezca que es cierto. Pero por la noche os llevaré a una casa segura.

—Lleva a Sally a una casa segura —contesté—. Yo me quedo a ayudarte con la

guardia.

—De eso nada —añadió Sally—. No me vais a dejar fuera de la juerga.

—Ninguno de los dos va a hacer guardias —dijo Morelli—. Y no es tema de debate. O se hace como yo digo o no se hace.

—¿En qué casa segura estabas pensando?

Morelli se lo pensó un minuto.

—Podría alojaros con alguno de mis parientes.

—¡Ah, no! Tu abuela me encontraría y me echaría mal de ojo.

—¿Qué es mal de ojo? —se interesó Sally.

—Una maldición —expliqué—. Uno de esos rollos italianos.

Sally se estremeció.

—No me gustan las maldiciones y esas cosas. Una vez fui a las islas y atropello sin querer una gallina de una persona que hacía vudú y me dijo que iba a hacer que se me cayera la polla.

—¿Y? —preguntó Morelli—. ¿Se te cayó?

—Todavía no, pero creo que se me está encogiendo.

Morelli hizo una mueca.

—No quiero saber nada más.

—Yo me voy a ir a casa de mis padres —resolví—. Y Sally puede venir conmigo.

Ambos miramos la faldita de Sally.

—¿Tienes unos vaqueros en el coche? —pregunté.

—No sé lo que he traído. Salí a toda prisa. No quería que Sugar me encontrara allí cuando volviera con más gasolina.

Morelli hizo una llamada para que detuvieran a Sugar y luego sacamos la ropa de Sally del coche. Dejamos el Porsche aparcado junto a la acera, detrás del Buick, y bajamos las persianas de las ventanas de la planta baja. Luego Morelli llamó a su primo Mooch para que viniera a recogernos a Sally y a mí a las nueve en el callejón de detrás de la casa.

Treinta minutos después llamaron a Morelli de la comisaría. Dos agentes se habían acercado al apartamento de Sally y se lo habían encontrado en llamas. Habían evacuado el edificio sin heridos. Y confirmaron que el fuego ya estaba controlado.

—Debió de volver enseguida —comentó Sally—. Creí que si yo no estaba allí no le prendería fuego al apartamento. Quemar todos aquellos pasteles y tartas tiene que haberle hecho mucho daño.

—Lo siento de veras —dije—. ¿Quieres que te acompañe? ¿Quieres verlo?

—No pienso ni acercarme por allí hasta que Sugar esté atado a una cama en el manicomio. Además, ni siquiera era mío. Sugar me tenía alquilado. Todos los muebles eran suyos.

—Ves, así está mucho mejor —dijo mi madre mientras abría la puerta—. Tu dormitorio ya está listo. Pusimos sábanas limpias en cuanto llamaste.

—Qué bien —contesté—. Si no te importa, le voy a dejar mi habitación a Sally y

yo dormiré con la abuela Mazur. Solo serán uno o dos días.

—¿Sally?

—Viene detrás de mí. Tenía que sacar las bolsas del coche.

Mi madre se asomó por encima de mi hombro y se quedó helada al ver a Sally, que ya entraba en el recibidor.

—Hola, gente —saludó este.

—¿Qué pasa? —gorjeó la abuela.

—Cielo santo —exclamó mi padre desde su sillón de la sala de estar.

Llevé a Rex a la cocina y le dejé encima de la repisa.

—Nadie debe saber que Sally y yo estamos viviendo aquí.

Mi madre estaba pálida.

—No se lo diré a nadie. Y mataré a cualquiera que lo diga.

Mi padre se había levantado del sillón.

—¿Qué forma de vestir es esa? —preguntó señalando a Sally—. ¿Es una falda escocesa? ¿Eres escocés?

—No, hombre, no —intervino la abuela—. No es escocés. Es travestí... pero no se pega el badajo porque le produce sarpullidos.

Mi padre miró a Sally.

—¿Quieres decir que eres uno de esos chicos afeminados?

Sally se estiró en ademán retador.

—¿Tiene algún problema?

—¿Qué marca de coche tienes?

—Un Porsche.

Mi padre levantó los brazos.

—¿Lo ves? Un Porsche. Ni siquiera es un coche norteamericano. Eso es lo que os pasa a los pervertidos. No queréis hacer las cosas como hay que hacerlas. Cuando todo el mundo compraba coches norteamericanos, a este país no le pasaba nada raro. Ahora, mires a donde mires, te encuentras con una mierda de coche japonés, y fíjate cómo están las cosas.

—El Porsche es alemán.

Mi padre levantó la mirada al cielo.

—¡Alemania! Menudo país es ese. No saben ni ganar una guerra. ¿Tú crees que me van a ayudar a solucionar lo que me espera con la Seguridad Social?

Agarré una de las bolsas de basura.

—Déjame que te ayude a subir estas cosas al piso de arriba.

Sally me siguió.

—¿Crees que es buena idea?

Ya había subido la mitad de las escaleras.

—Sí. A mi padre le gustas. Te lo puedo asegurar.

—No, no me gusta —dijo este—. Me parece que es un mariquita. Y cualquier hombre al que le queden tan mal las faldas tiene el deber patriótico de quedarse

dentro del armario para que nadie le vea.

Abrí la puerta de mi dormitorio, metí la bolsa y le di a Sally unas toallas limpias.

Sally se estaba mirando en el espejo que tenía detrás de la puerta.

—¿Tú crees que esta falda me queda mal? —inquirió.

Observé la falda con atención. No quería herir sus sentimientos, pero parecía un mutante del Planeta de los Simios, Probablemente era el travestí más peludo que nunca luciera un ligero.

—No es que estés horrendo. Pero creo que eres el tipo de hombre al que le van mejor las faldas rectas. Y el cuero te sienta muy bien.

—Dolores Dominatrix.

Más bien Wanda la Mujer Loba.

—Podrías adoptar ese *look* —dije—, pero te tendrías que afeitar mucho.

—No jodas —contestó Sally—. Odio afeitarme.

—Podrías probar la depilación con cera.

—Tía, lo intenté una vez y me dolió de la hostia.

Menos mal que no tenía ovarios.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. No puedo irme a la cama a estas horas. Soy noctámbulo.

—No tenemos coche, lo que nos limita un poco, pero Morelli solo está a un kilómetro de aquí. Podemos ir andando y ver si pasa algo. Mira en tus cosas a ver si tienes algo oscuro.

Cinco minutos más tarde Sally bajaba vestido con vaqueros negros y una camiseta negra decolorada.

—Nos vamos a dar una vuelta —dije—. No hace falta que nos esperéis despiertos. Llevo las llaves.

La abuela se me acercó disimuladamente.

—¿Quieres que te preste el «gran chico»? —me susurró.

—No, pero gracias por ofrecérmelo.

Sally y yo fuimos hasta el barrio de Morelli con los ojos y los oídos bien alertas. Al contrario que Lula, que nunca reconocía estar asustada, a Sally y a mí no nos costaba nada admitir que la idea de que Sugar nos saliera al paso nos tenía aterrorizados.

Nos detuvimos en la esquina anterior a la casa de Morelli y observamos el panorama. Había coches a ambos lados de la calle. No se veía ninguna furgoneta. La camioneta de Joe estaba aparcada, de modo que supuse que se encontraba en casa. Las persianas seguían echadas y se veía luz dentro. Deduje que habría alguien vigilando la casa, pero no fui capaz de descubrirle.

Era un vecindario muy agradable. Parecido al de mis padres, aunque no tan próspero. La mayoría de las casas pertenecían a personas mayores que llevaban en

ellas toda su vida de adultos o a parejas recién formadas. Los mayores vivían gracias a sus pensiones, recortando cupones de descuento, comprando zapatillas deportivas rebajadas en el Kmart, reduciendo a lo imprescindible los gastos de la casa y agradeciendo que sus hipotecas ya estuvieran pagadas y que solo tuvieran que pagar los impuestos. Las parejas jóvenes pintaban y empapelaban y llenaban la casa de muebles de Sears. Y contaban los días mientras se estabilizaba su economía y esperaban a que sus propiedades subieran de precio para poder comprar una casa mejor en Hamilton Township.

Me volví hacia Sally.

—¿Crees que Sugar vendrá a buscarte aquí?

—Si no viene a por mí, vendrá a por ti. Estaba fuera de sus casillas.

Anduvimos hasta la mitad de la manzana y clavamos la mirada en la casa de Morelli, al otro lado de la calle. Unos pies se arrastraron por los escalones que teníamos a nuestras espaldas y una figura salió de las sombras. Morelli.

—¿A dar un paseíto? —preguntó.

Miré detrás de él y vi una moto aparcada en el pequeño patio.

—¿Es una Ducati?

—Sí. No tengo ocasión de usarla muy a menudo.

Me acerqué más. Era una Superbike 916. Roja. Una moto para morir. Una buena elección para seguir a alguien que acaba de tirar un cóctel molotov a tu casa. Más rápida y de mayor maniobrabilidad que un coche. Ahora que sabía que tenía una Ducati, Morelli me parecía más interesante.

—¿Estás aquí solo? —inquirí.

—Por ahora. Roice me sustituirá a las dos.

—Deduzco que no han podido detener a Sugar.

—Estamos buscando el coche, pero hasta ahora sin ningún resultado.

Unos faros aparecieron al fondo de la calle y todos nos pegamos a la pared de la casa. El coche pasó de largo y giró dos calles más abajo. Dimos unos pasos hacia delante, saliendo de nuestro escondite.

—¿Sugar tiene amigos aparte de los componentes del grupo? —preguntó Morelli a Sally.

—Muchos conocidos, pero muy pocos amigos íntimos. Cuando yo entré en la banda, tenía un amante.

—¿Sugar acudiría a él en busca de ayuda?

—No lo creo. No fue una separación amistosa.

—¿Y qué me dices del grupo? ¿Tenéis algo previsto?

—Ensayo el viernes. Actuación en un club el sábado.

Aquello me parecía esperar demasiado tiempo. Y Sugar tendría que estar loco para presentarse. Había cometido una estupidez al atacar la casa de Morelli. Los polis se ponen muy tiquismiquis cuando alguien tira un cóctel molotov a la casa de un compañero.

—Ponte en contacto con los demás miembros de la banda —le ordenó—. Cuéntales que estás viviendo con Stephanie y conmigo y pregúntales si han visto a Sugar.

Miré a Morelli.

—¿Me llamarás si pasa algo?

—Por supuesto.

—¿Tienes el número de mi busca?

—Guardado en la memoria.

Ya había pasado por aquella rutina. No me iba a llamar. Al menos hasta que acabara todo.

Sally y yo cruzamos la calle, entramos en casa de Morelli, la recorrimos por dentro y salimos por la puerta de atrás. Me detuve un momento en el patio y pensé en Morelli, nuevamente oculto por las sombras en su calle desierta. Sentí un escalofrío. Si Morelli podía desaparecer, también Sugar podría hacerlo.

Una vez a la semana, la abuela Mazur iba al salón de belleza para lavarse y marcarse el pelo. A veces, Dolly le aplicaba un matizador y le ponía el pelo del color de un albaricoque anémico, pero normalmente la abuela llevaba el pelo de su color gris acero natural, corto y permanentado, dispuesto en ordenadas filas de rizos que tapaban su cuero cabelludo rosado y brillante. Los rizos permanecían milagrosamente enteros hasta el fin de semana, cuando empezaban a desmoronarse y desordenarse.

Siempre me había preguntado cómo se las arreglaba para conseguirlo. Y ahora ya lo sabía: se colocaba la almohada enrollada debajo del cuello de manera que la cabeza prácticamente no tocaba la cama. Y dormía como una muerta: con los brazos cruzados sobre el pecho, el cuerpo tieso como una tabla y la boca abierta. No movía ni un músculo, y roncaba como un leñador borracho.

Me levanté de la cama a las seis de la mañana, con los ojos enrojecidos y conmocionados por la experiencia nocturna. Había conseguido dormir unos treinta minutos, y eso en tiempo acumulado. Elegí la ropa y me vestí en el cuarto de baño. Luego bajé las escaleras sigilosamente y preparé un café.

Una hora después oí movimiento en el piso de arriba y reconocí los pasos de mi madre bajando las escaleras.

—Tienes una cara horrible —me dijo—. ¿Te encuentras bien?

—¿Alguna vez has intentado dormir con la abuela?

—Duerme como los muertos.

—Exacto.

Arriba se oyeron puertas abriéndose y cerrándose de golpe, y a mi abuela gritándole a mi padre para que saliera del baño.

—Soy una anciana —le decía—. No puedo esperar todo el día. Y además, ¿se puede saber qué estás haciendo ahí dentro?

Unos portazos más tarde mi padre entró en la cocina y se sentó en su sitio de la mesa del desayuno.

—Esta mañana tengo que salir con el taxi —comentó—. Jones está en Atlantic City y tengo que cubrirle el turno.

La casa de mis padres les pertenecía sin ningún tipo de carga, y mi padre recibía una buena pensión de correos. No necesitaba el dinero del taxi, pero sí salir de casa y huir de mi madre y mi abuela.

Las escaleras crujieron y unos instantes después la figura de Sally se recortó en el umbral de la puerta. El pelo se le disparaba de la cabeza en mechones enredados, tenía los ojos medio cerrados e iba encorvado y descalzo, con sus brazos peludos saliendo de una aterciopelada bata rosa que le quedaba pequeña.

—Tío —dijo—, esta casa es una locura. Joder, ¿qué hora es, tronco?

—Caray —exclamó mi padre—, va vestido de mujer otra vez.

—Me lo he encontrado en el armario. Supongo que me lo ha dejado el hada de la ropa.

Mi padre abrió la boca para decir algo, pero mi madre le lanzó una mirada asesina y él se la tapó con una mano.

—¿Qué estáis comiendo? —preguntó Sally.

—Cereales.

—Qué fuerte.

—¿Te apetece un poco?

Arrastró los pies hasta la cafetera.

—Solo café.

La abuela Mazur hizo su entrada.

—¿Qué pasa? ¿No me habré perdido nada, verdad?

Yo estaba sentada a la mesa y noté su aliento en mi cogote.

—¿Pasa algo?

—Estaba observando este nuevo peinado que te has hecho. Nunca he visto una cosa igual, con esos bocados en la parte de atrás.

Cerré los ojos. El huevo.

—¿Está muy mal? —le pregunté a mi madre. Como si no lo supiera.

—Si tienes un rato libre no te iría mal pasarte por el salón de belleza.

—Creí que era un rollo punk —dijo Sally—. Quedaría genial teñido de violeta. Y de punta.

Después del desayuno, Sally y yo dimos otro paseo hasta la casa de Morelli. Nos quedamos en el callejón trasero y marqué su número de teléfono en mi móvil.

—Estoy en tu patio —le dije—. No quería entrar por la puerta de atrás y que me pegaras un tiro.

—No pasa nada.

Morelli estaba en el fregadero, lavando la taza de café.

—Estaba a punto de irme. Han encontrado el coche de Kuntz en el aparcamiento del mercado de granjeros, junto a las vías.

—¿Y?

—Eso es todo.

—¿Sangre? ¿Agujeros de bala?

—Nada —respondió—. En perfecto estado. A primera vista no parece que se haya robado nada. Ni señales de vandalismo, ni rastros de lucha.

—¿Estaba cerrado con llave?

—Sí. Yo creo que lo dejaron allí a primera hora de esta mañana. Si lo hubieran dejado antes ahora estaría desguazado.

—¿Pasó algo aquí anoche?

—Nada. Tranquilidad absoluta. ¿Qué vas a hacer hoy?

Me agarré el pelo.

—Peluquería.

Una sonrisa se dibujó en la boca de Morelli.

—¿Vas a destrozar mi obra?

—No me quitaste más pelo del que era estrictamente necesario ¿verdad?

—Verdad —contestó manteniendo la sonrisa.

Normalmente voy a arreglarme el pelo a Mr. Alexander, el del centro comercial. Por desgracia, Mr. Alexander no podía incluirme en su apretada agenda del día, así que opté por ir a la peluquería de la abuela, el Corta y Riza de Hamilton. Tenía hora a las nueve y media, pero eso no importaba. El nivel de cotilleo sobre mí era tan alto que podía ir al Corta y Riza a cualquier hora del día o de la noche sin necesidad de pedir hora.

Salimos por la puerta principal y vi una furgoneta aparcada en la acera de enfrente.

—Grossman —informó Morelli.

—¿Tiene la Ducati metida dentro de la furgoneta?

—No. Tiene una radio para comunicarse con nosotros, un libro de crucigramas y un bote de gominolas.

Yo no le quitaba ojo al Porsche y a sus asientos de cuero, suaves como la seda. Y pensaba que quedaría estupenda dentro de él.

—Olvídalo —dijo Morelli—. Llévate el Buick. Si te metes en líos, el Buick es fuerte como un tanque.

—Voy al salón de belleza —repliqué—. No me voy a meter en ningún lío.

—Bizcochito, «Problemas» es tu segundo nombre.

Sally estaba entre el Porsche y el Buick.

—Bueno, ¿qué? ¿Cuál nos llevamos?

—El Porsche —respondí—. El Porsche sin lugar a dudas.

Sally se puso el cinturón de seguridad.

—Este coche se pone de cero a cien en un puto segundo. —Encendió el motor y salimos disparados hacia la carretera.

—¡Epa! —grité—. Este es un barrio familiar. ¡Ve más despacio!

Sally me miró desde detrás de sus gafas de espejo.

—Me encanta la velocidad, tía. La velocidad es genial.

Yo iba aferrada al salpicadero.

—¡Un stop! ¡Un stop!

—Frena en un abrir y cerrar de ojos —dijo Sally pisando el freno.

El cinturón de seguridad me detuvo.

—Ugh.

Sally pasó la mano cariñosamente por el volante.

—Este coche es toda una experiencia mecánica.

—¿Estás colocado?

—Para nada. Es demasiado temprano —contestó—. ¿Por quién me tomas, por un colgado?

Giró por Hamilton y se dirigió a toda velocidad al Corta y Riza. Allí aparcó y miró la fachada de la peluquería por encima de las gafas.

—Retro.

Dolly había convertido la planta baja de su casa de dos pisos en salón de belleza. Yo iba allí a cortarme el flequillo cuando era una cría y nada había cambiado desde entonces. A mediodía y los sábados tenían la peluquería abarrotada. Pero como era por la mañana temprano, solo había dos mujeres debajo de los secadores: Myrna Olsen y Doris Zayle.

—Ay, Dios mío —exclamó Myrna elevando la voz por encima del ruido del secador—. Acabo de enterarme de lo de tu boda con Joseph Morelli. Enhorabuena.

—Yo siempre he sabido que acabaríais casándoos —intervino Doris retirándose el secador de la cabeza—. Estáis hechos el uno para el otro.

—Oye, no sabía que os habíais casado, tronca —añadió Sally—. Vaya tela.

Todas se quedaron mudas al ver a Sally. Los hombres no entraban en el Corta y Riza. Y aquel día Sally tenía mucha pinta de hombre... tal vez con la salvedad del brillo de labios y los pendientes de tiras de brillantes falsos.

—Este es Sally —les dije.

—Chachi —contestó Sally dedicándoles un saludo rapero con el puño—. He pensado que podría hacerme la manicura. Llevo las uñas hechas polvo.

Todas parecían algo confusas.

—Sally es una drag queen.

—Mira tú por dónde —soltó Myrna—. Figúrate.

Doris se inclinó hacia él.

—¿Llevas vestidos?

—Suelo llevar faldas —respondió—. Tengo el talle demasiado largo para los vestidos. Creo que no me favorecen mucho. Sí tengo un par de vestidos de noche, por supuesto. Los de noche son diferentes. A todo el mundo le favorecen los vestidos de noche.

—Ser drag queen debe de ser muy glamuroso —comentó Myrna.

—Sí, no está mal hasta que empiezan a tirarte botellas de cerveza —dijo Sally—. Que te den con una botella de cerveza es un puto bajonazo.

Dolly me examinó el cabello.

—¿Qué demonios ha pasado? Parece como si alguien te hubiera cortado enormes mechones de pelo.

—Se me pegó con huevo y al secarse se puso duro y no salía más que cortándolo.

Myrna y Doris se miraron, pusieron los ojos en blanco y volvieron a meterse debajo del secador.

Una hora después Sally y yo nos sentábamos de nuevo en el Porsche. Sally llevaba las uñas color cereza y yo parecía la abuela Mazur. Me miré en el espejo del parasol y las lágrimas se me amontonaron en los ojos. Me habían cortado el rizo natural de mi pelo y unos rizos perfectos y artificiales me cubrían la cabeza.

—Qué fuerte —exclamó Sally—. Parecen zurullos de perro.

—¡Tendrías que haberme dicho que me estaban haciendo esto!

—No lo veía. Me estaba secando las uñas. Una manicura excelente.

—Llévame a casa de Joe. Voy a agarrar mi pistola y me voy a pegar un tiro.

—Solo hay que ahuecarlo un poco —dijo Sally. Acercó sus manos a mi cabeza—. Déjame que te lo arregle un poco. Esto se me da bien.

Cuando acabó me miré en el espejo.

—¡Aaaaaah!

Me parecía a Sally.

—Ves —añadió—. Sé perfectamente lo que hay que hacer. Yo también tengo el rizo natural.

Me eché otra mirada. Supuse que era mejor que los zurullos de perro.

—Quizá deberíamos acercarnos a Trenton norte —sugerí—. Podríamos comprobar qué pasa con Eddie Kuntz, no sea que esté comiendo tan a gusto en su cocina.

Sally pisó el acelerador y la cabeza se me fue para atrás.

—La salida de la liebre —dijo.

—¿Hace cuánto tiempo que tienes este coche?

—Tres semanas.

Mi radar empezó a sonar.

—¿Tienes carné?

—Lo tuve.

Ay, madre.

El Lincoln Town Car estaba delante de la mitad de la casa que ocupaban los

Glick. Como era de esperar, en la mitad de Kuntz no había ningún coche.

—Esto me da mala espina —señalé.

—Como que el pobre Eddie Kuntz pudiera ser comida de peces.

Supuse que, ahora que se había encontrado abandonado el coche de Eddie, sus tíos se estarían retorciendo las manos. Puede que estuvieran lo bastante preocupados como para dejarme curiosear en su apartamento.

Leo Glick abrió la puerta sin darme tiempo a llamar.

—Te he visto llegar —comentó—. ¿Pero qué clase de coche es ese? Parece un enorme huevo plateado.

—Es un Porsche —respondió Sally.

Leo le miró entornando los ojos.

—¿Y esos pendientes?

—Que hoy tenía ganas de ponerme guapo, tío —contestó Sally sacudiendo la cabeza para que Leo los viera en todo su esplendor—. ¿Ves cómo brillan con el sol? Son la leche, ¿eh?

Leo retrocedió un paso como si Sally fuera peligroso.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Supongo que no habrán tenido noticias de Eddie.

—Supones bien. Y te voy a decir que empiezo a estar harto de que me pregunten por él. Primero, los polis que vinieron esta mañana a decirnos lo del coche. Vaya cosa, que ha dejado el coche por ahí. Luego la tía buena que ha venido preguntando por él. Y ahora te presentas tú con Miss América.

—¿Quién era la tía buena? ¿Recuerda su nombre?

—Joyce.

Genial. Justo lo que necesitaba. Más Joyce.

—¿Quién es? —preguntó Betty desde el interior de la casa. Se asomó por encima del hombro de Leo—. Ah, eres tú. ¿Por qué no dejas de molestarnos? ¿Por qué no te metes en tus propios asuntos?

—Me sorprende que no estén más preocupados por su sobrino. ¿Y qué me dicen de sus padres? ¿Sus padres no están preocupados?

—Sus padres están en Michigan, de visita. Tenemos unos familiares allí —explicó Leo—. Y no estamos preocupados porque Eddie es un sinvergüenza. Hace esto constantemente. La única razón por la que le soportamos es porque es de nuestra sangre. Le cobramos un alquiler barato, pero eso no quiere decir que tengamos que cuidarle como si fuera un bebé.

—¿Le molesta que eche un vistazo?

—Claro que me molesta —respondió—. No quiero a nadie fisgoneando por mi casa.

—Y ha estado sonando el teléfono sin parar desde que vino la policía, todos quieren saber qué es lo que pasa —agregó Betty.

—Lo próximo será que se presenten las furgonetas de las televisiones y que salga

en el informativo de la noche porque tu sobrino es un sinvergüenza.

—También es sobrino tuyo —replicó Betty.

—Solo político, y eso no cuenta.

—No es tan malo —dijo Betty.

—Es un sinvergüenza. ¡Un sinvergüenza!

Catorce

Sally y yo permanecemos en la acera, junto al Porsche, viendo cómo los Glick nos hacían gestos para que nos fuéramos.

—Son, no sé... como raros —comentó Sally.

—La primera vez que los vi me dio la impresión de que Kuntz les caía bien. Por lo menos a Betty. Al principio me invitaba a probar sus bizcochos. Y era agradable. Maternal, en cierto sentido.

—Puede que hayan sido ellos los que se han cargado al pobre Eddie. A lo mejor no les pagaba el alquiler. O tal vez criticara el bizcocho de Betty.

Yo no creía que hubieran matado a Eddie Kuntz, pero sí me parecía que actuaban de manera extraña. Si tuviera que poner nombre a sus actitudes, diría que estaban asustados y furiosos. Estaba claro que no querían verme metiendo las narices en sus asuntos, lo que significaba que, una de dos, o tenían algo que ocultar o yo no les caía bien. Puesto que no podía imaginar que no le cayera bien a alguien, di por sentado que tenían algo que esconder. Y lo más evidente que podrían tener que ocultar era algo que sabían de su sobrino. Como, por ejemplo, que quienquiera que le hubiera secuestrado se había puesto en contacto con ellos y los tenía cagados de miedo.

O esta otra posibilidad: tal vez Kuntz estaba implicado en el asunto del dinero falsificado y permanecía escondido. Quizá la nota que le pasaron a través del camarero fuera para prevenirle. O puede que Kuntz le hubiera dicho al tío Leo que se encontraba bien y que no dijera ni pío y no permitiera que nadie fuera a husmear en sus cosas... O cualquier otra cosa. ¡Puede que sus armarios estuvieran repletos de billetes de veinte dólares!

Betty seguía haciendo gestos para alejarnos, solo que ahora repetía la palabra «fuera».

—¿Qué te parece si conduzco yo? —le dije a Sally—. Siempre he querido conducir un Porsche. —Y también he querido siempre seguir viva.

Sonó mi busca y miré el número que aparecía en la pantalla. No me resultaba familiar. Saqué el teléfono móvil del bolso y marqué.

La voz que contestó era muy nerviosa.

—¡Ostras, sí que has sido rápida!

Miré el teléfono entrecerrando los ojos. Como si aquello me fuera a ayudar a reconocer a la persona con la que hablaba.

—¿Quién eres?

—¡Bernie! Ya sabes, el tipo de las verduras. Y tengo noticias para ti: Francine Nowicki acaba de venir. Quería unas verduras muy especiales, si sabes a lo que me refiero.

¡Bien!

—¿Está allí todavía?

—Sí. He sido muy listo: le he dicho que no le podía conseguir nada hasta que

llegara mi hora de descanso, y te he llamado inmediatamente. Tu amiga dijo que me lo agradeceríais mucho.

—Voy para allá. Asegúrate de que la señora Nowicki no se vaya antes de que llegue yo.

—Tu amiga está contigo, ¿verdad?

Corté la comunicación y salté al coche.

—¡Estamos de suerte! —exclamé abrochándome el cinturón de seguridad y metiendo la llave de contacto—. Mamá Nowicki está comprando fruta.

—Qué buen rollo —dijo Sally—. La fruta es total.

No quise contarle la clase de fruta que vendía Bernie. Me preocupaba que se quedara con todo lo que tenía el frutero y no quedara nada para la madre de Maxine.

Me separé de la acera y pisé el acelerador hasta el fondo.

—¡Guau! Hiperaceleración, señor Sulu —exclamó Sally—. Excelente.

Diez minutos después, segundo más o segundo menos, entré en la explanada del supermercado y aparqué. Le escribí una nota a Bernie, indicándole que le diera a la señora Nowicki solo la cantidad de «producto» justa para un día, y que le dijera que volviera al día siguiente a por más. Firmé: «Amor y besos. Tu nueva amiga, Stephanie». Luego añadí que Lula también le enviaba su cariño.

—Hay un tío bajito en el departamento de frutería que se parece a R2D2 —le conté a Sally—. Dale esta nota y lárgate. Si ves a la madre de Maxine, no te acerques a ella. Limitate a darle la nota a Bernie y vuelve aquí de inmediato, para que podamos seguirla cuando salga.

Sally cruzó la explanada del aparcamiento con sus largas piernas, los pendientes brillando al sol y su pelo como un nido de ratas rebotando a cada paso. Traspasó las grandes puertas de cristal y se dirigió a la frutería. Le perdí de vista un segundo, y al instante siguiente volvió a entrar en mi campo de visión, ya camino de la salida.

—Ella estaba allí —comentó plegándose para entrar en el pequeño coche—. La he visto al lado de las manzanas. Es imposible no verla con ese pedazo de vendaje en la cabeza. La llevaba cubierta con un pañuelo, pero se le ve el vendaje de debajo.

Me había situado en un lado, junto a una furgoneta, para que se nos viera menos. Los dos nos quedamos observando la puerta en silencio.

—¡Allí está! —dijo Sally—. ¡Ya viene!

Nos encogimos en nuestros asientos, pero no era necesario. La señora Nowicki había aparcado en la primera fila del otro lado de la explanada. Y no aparentaba tener demasiado cuidado. Un día cualquiera en la vida de un ama de casa: hacer la compra y pillarle un poco de hierba a Bernie el Camello.

Había venido en un viejo y destartado Escort. Si estaba forrada de dinero falsificado, desde luego no se lo gastaba en transporte. Dejé que pusiera una cierta distancia entre nosotros y salí del aparcamiento detrás de ella. Al cabo de un kilómetro tenía un deprimente presentimiento sobre cuál era nuestro destino. Tras un kilómetro más ya estaba segura: se dirigía a casa. Maxine no era Albert Einstein, pero

no creía que fuera tan tonta como para esconderse en casa de su madre.

La señora Nowicki aparcó delante de la casa y entró con paso lento. Si creyera que Maxine se encontraba dentro, tenía todo el derecho como cazarrecompensas a tirar la puerta y entrar con las armas desenfundadas. Pero no lo iba a hacer porque, en primer lugar, no llevaba ningún arma. Y en segundo, me sentiría como una idiota.

—Yo creo que no nos vendrá mal hablar con ella —afirmé.

Sally y yo llamamos a la puerta y la señora Nowicki salió a abrirnos.

—Mira lo que ha traído el gato —dijo.

—¿Cómo tiene la cabeza? —Era mi técnica de acercamiento amistoso para hacerle bajar la guardia a la borracha y chiflada señora Nowicki.

Dio una calada al cigarrillo.

—Mi cabeza está divinamente. ¿Qué tal tu coche?

Toma acercamiento amistoso.

—La compañía de seguros tuvo compasión de mí y me regalaron este Porsche.

—Sí, y una mierda —replicó—. El Porsche es del monstruito.

—¿Ha visto a Maxine últimamente?

—No la he vuelto a ver desde que salió corriendo en la playa.

—Ha dejado la casa muy pronto.

—Me cansé de tanta arena —repuso Francine—. ¿Y a ti qué te importa?

Pasé por delante de ella y entré en la sala.

—¿No le importará que eche un vistazo?

—¿Tienes una orden de registro?

—No la necesito.

Sus ojos me siguieron mientras recorría su casa.

—Esto es acoso.

Era un *bungalow* pequeño, solo de una planta. Era fácil darse cuenta de que Maxine no estaba allí.

—Al parecer está haciendo el equipaje.

—Sí. Estoy retirando todas mis cosas de Dior. He decidido que a partir de ahora solo voy a llevar Versace.

—Si ve a Maxine...

—Ya, te llamo.

Junto a la puerta había una mesa con una silla. Sobre la mesa descansaba una pistola del treinta y ocho.

—¿Usted cree que le hace falta eso? —pregunté.

La señora Nowicki apagó el cigarrillo en un cenicero que había junto a la pistola.

—Ser precavida nunca está de más.

Al volver al coche me sonó el busca y en la pantalla apareció el número de mi madre.

La abuela contestaba mi llamada.

—Queríamos saber si volverás a casa para cenar —me dijo.

—Seguramente.

—¿Y Sally?

—Sally también.

—Me he fijado que ha salido con pendientes de pedrería. ¿Tú crees que debería vestirme formal para la cena?

—No hace falta.

Arranqué y me dirigí al supermercado. Me quedaba un último detalle por contrastar con Bernie.

Sally y yo pasamos del calor irrespirable al aire acondicionado del supermercado. Bernie estaba arrancando las primeras hojas de unas lechugas cuando llegamos. Los ojos se le abrieron como platos y para cuando llegamos a su lado brincaba nerviosamente, incapaz de estar quieto.

—Jo, tío —dijo—, ¡habéis vuelto! ¡La hostia! —Sonreía ampliamente a Sally y se retorció las manos—. Antes me ha parecido reconocerte, pero no estaba seguro. ¡Y cuando te he visto ahora me he dado cuenta! ¡Eres Sally Sweet! Ostras, soy un gran admirador vuestro. ¡Un gran admirador! Voy al club continuamente. Me encanta el espectáculo de las chicas. Tío, sois realmente geniales. Y esa Sugar. Es la mejor. Me vuelve loco. Es la mujer más bella que he visto en toda mi vida.

—Sugar es un tío —dije.

—¡Venga ya!

—Oye —insistí—. Yo sé de lo que hablo.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Pareces tan normal...

—¿Francine Nowicki te ha pagado con otro billete de veinte?

—Sí. Aquí lo tengo. —Lo sacó de su bolsillo—. Y he hecho lo que me dijiste. Solo le he dado un par de frutas. Una faena, la verdad, porque podía haber hecho el negocio del siglo. Llevaba un montón de dinero. Ha sacado un fajo de billetes de veinte como para asfixiar a un caballo.

Le quité el billete y lo miré atentamente. Tenía la marca del araño.

Bernie se puso de puntillas para intentar ver el billete.

—¿Qué interés tienes en esos billetes? ¿Está marcado o algo así?

—No. Solo quería ver si era auténtico.

—¿Bueno? ¿Lo es?

—Sí. —Auténticamente falso—. Tenemos que irnos. Gracias por llamarme.

—Ha sido un placer. —Una vez más miró fijamente a Sally—. También ha sido un placer conocerte —le dijo—. ¿No te apetecerá darme tu autógrafo?

Sally sacó del bolsillo de la camisa el rotulador negro y le escribió «Recuerdos de Sally Sweet» en la calva.

—Ahí lo tienes, tronco.

—Joder —exclamó Bernie como si estuviera a punto de explotar de felicidad—. ¡Joder! Esto es genial.

—¿Haces eso con mucha frecuencia? —pregunté.

—Sí, pero normalmente cuando firmo en las cabezas tengo que hacer una letra mucho más pequeña.

—Hum.

Me desplazé al pasillo de las galletas para elegir algo de comida y me pregunté si Morelli seguiría vigilando el Seven Eleven. Podía ahorrarle muchas preocupaciones. Ahora ya sabía que la madre de Maxine era la que estaba pasando los billetes falsos. Era la tienda de su barrio. Y no parecía sentir ningún rubor en pagar con dinero falsificado. La parte buena de decirle a Morelli que era Francine Nowicki era que, seguramente, abandonaría la tienda y la vigilaría por mí. La parte mala era que, si se descubría algo interesante, no podía confiar en que me incluyera. Y si él detenía a Maxine y yo no participaba en la entrega, ni Vinnie ni yo veríamos el dinero.

Sally y yo nos decidimos por una caja de galletas de higo y un par de refrescos. Los pagamos en caja y comimos en el coche.

—Bueno, deja que yo me encargue de la música de la boda —comentó Sally—. Estaba convencido de que Morelli solo te estaba follando.

—No nos casamos. Y no me está follando.

—Ya, claro.

—Vale, me estaba follando. Bueno, lo cierto es que solo me estuvo follando un breve periodo de tiempo. Y además no me follaba. Dicho así suena horrible. Lo que hacíamos era... uh, sexo de mutuo acuerdo.

—Eso del mutuo acuerdo está muy bien.

Asentí con la cabeza y me metí otra galleta en la boca.

—De todas maneras, me parece que tú sientes algo por Morelli, ¿eh?

—No lo sé. Hay algo ahí. Pero no logro saber lo que es.

Durante un rato nos quedamos rumiando galletas de higo y reflexionando.

—¿Sabes lo que no comprendo? —prosiguió—. No acabo de entender por qué hace cinco días todo el mundo estaba empeñado en despistarnos y ahora resulta que la anciana Nowicki está otra vez en su casa. Pudimos llegar hasta ella sin que le importara lo más mínimo.

Tenía razón. Era evidente que algo había cambiado. Y mi temor era que Maxine se hubiera largado. Si Maxine se encontraba a buen recaudo empezando una nueva vida, la señora Nowicki se podía permitir tomárselo con más calma. Lo mismo que Margie. No me había pasado por casa de Margie, pero estaba convencida de que ella estaría allí, recogiendo sus pertenencias, explicándole al gato por qué mami iba a tener que ausentarse durante mucho, mucho tiempo. Y seguramente le estaría pagando a la vecina que le cuidaba el gato con billetes de veinte dólares falsos.

Pero, por supuesto, todavía no podía irse. Tenía cita con el médico. Y Francine también. Afortunadamente para mí, porque me iba a costar ponerme a vigilarlas. Yo no era exactamente el FBI. No tenía sofisticados equipos de vigilancia. De hecho, ni siquiera tenía coche. Un Porsche plateado, un Buick del 53 y un Firebird rojo no se podían considerar los vehículos más adecuados para pasar desapercibidos. Iba a tener

que buscarme un coche que no se notara demasiado para sentarme enfrente de la casa de Nowicki al día siguiente.

—¡No! —exclamó Morelli—. No te presto la camioneta. Eres un peligro para los coches.

—¡No soy un peligro para los coches!

—¡La última vez que usaste mi coche saltó por los aires! ¿Te acuerdas?

—Bueno, si me vas a echar la culpa de eso...

—¿Y qué me dices de tu camioneta? ¿Y tu CRX? ¡Por los aires!

—Técnicamente, el CRX se incendió.

Morelli cerró los ojos con fuerza y se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¡Huy!

Eran las cuatro pasadas. Sally estaba viendo la televisión en la sala y Morelli y yo estábamos en la cocina. Morelli acababa de llegar y tenía toda la pinta de haber tenido otro de esos días. Probablemente debería haber esperado un momento mejor para pedirle la camioneta, pero una hora después tenía que estar en casa de mi madre para la cena. Tal vez debería intentar un enfoque diferente. Recorrí con la punta de un dedo su camiseta empapada de sudor y me acerqué mucho a él.

—Pareces... acalorado.

—Cariño, estoy todo lo acalorado que se puede estar.

—Tal vez yo pueda hacer algo al respecto.

Entornó los ojos.

—A ver si lo he entendido. ¿Me estás ofreciendo sexo a cambio de la camioneta?

—Bueno, no. No exactamente.

—Entonces, ¿qué es lo que me ofreces?

No sabía qué era lo que le estaba ofreciendo. Se me había ocurrido jugar un poco, pero Morelli no tenía interés en jugar.

—Necesito una cerveza —dijo—. Ha sido un día muy largo y todavía lo va a ser más. Dentro de una hora tengo que relevar a Grossman.

—¿Se ha descubierto algo nuevo en el coche de Kuntz?

—Nada.

—¿Ha pasado algo en el Seven Eleven?

—Nada. —Dio un trago de cerveza—. ¿Qué tal día has tenido tú?

—Soso. No ha pasado gran cosa.

—¿A quién quieres vigilar?

—A la señora Nowicki. Ha vuelto a su casa. He ido a hablar con ella y estaba haciendo el equipaje.

—Eso no significa que te vaya a llevar a Maxine —repuso Morelli.

Me encogí de hombros.

—Es todo lo que tengo.

—No lo creo. Me estás ocultando algo.

Levanté una ceja. Significaba: «Ah, ¿sí?».

—Espero que no tenga nada que ver con el caso del dinero falsificado en el que estoy trabajando. No me gustaría pensar que estás ocultando pruebas.

—¿Quién, yo?

Se acercó un paso más y me acorraló contra la encimera.

—Bueno, ¿hasta qué punto necesitas la camioneta?

—Desesperadamente.

Su mirada bajó a mi boca.

—¿Cómo de desesperadamente?

—No tanto.

Soltó un suspiro de fastidio y se separó de mí.

—Mujeres.

Sally estaba viendo la MTV, cantando con los grupos y haciendo aquellos movimientos de cabeza suyos.

—Dios mío —exclamó Morelli mirando hacia la sala—, es un milagro que no se le suelte algo.

—No te puedo dejar el coche —dijo mi padre—. Mañana tengo que llevarlo al taller. Ya tengo hora. ¿Qué le pasa al Buick que te llevaste?

—El Buick no vale para vigilancias —respondí—. Llama demasiado la atención.

Estábamos sentados a la mesa y mi madre servía col rellena. Pof, cuatro rollos de col en mi plato. Me desabroché el botón de los pantalones y agarré el tenedor.

—Necesito un coche nuevo —dije—. ¿Dónde está el dinero de mi seguro?

—Lo que necesitas es un trabajo estable —contestó mi madre—. Algo que te reporte beneficios. Ya no eres tan jovencita, ¿sabes? ¿Hasta cuándo vas a estar persiguiendo facinerosos por todo Trenton? Si tuvieras un trabajo estable podrías comprarte el coche.

—Mi trabajo suele ser estable. Pero con este caso he pinchado en hueso.

—Vives a salto de mata.

Qué podía decir: tenía toda la razón.

—Puedo conseguirte un empleo conduciendo el autobús de un colegio —suspiró mi padre escarbando en su comida—. Conozco al tipo que hace las contratas. Se gana un buen dinero conduciendo autobuses escolares.

—Uno de esos programas de la mañana trató el tema de los conductores de autobuses escolares —agregó la abuela—. Y dos de ellos tenían hemorroides sangrantes debido a la mala calidad de los asientos.

El tic del ojo me había vuelto. Me lo toqué con un dedo para detenerlo.

—¿Qué te pasa en el ojo? —me preguntó mi madre—. ¿Te ha vuelto el tic?

—Ah, casi se me olvida —dijo la abuela—. Una de tus amigas ha venido a verte hoy. Le dije que estabas trabajando y me dio una nota para ti.

—¿Mary Lou?

—No, no era Mary Lou. No la conocía. Era realmente guapa. Debía de ser una de

esas señoritas que maquillan en el centro comercial, porque llevaba una tonelada de maquillaje.

—¡No sería Joyce!

—No. Te estoy diciendo que no la conocía. La nota está en la cocina. La he dejado junto al teléfono.

Me levanté de la mesa y fui a verla. Estaba metida en un sobre pequeño cerrado. En su cara anterior habían escrito con nítidas letras de imprenta «Stephanie». Parecía una invitación a una pedida de mano o a una fiesta de cumpleaños. Abrí el sobre y me tuve que apoyar con una mano en la encimera. El mensaje era muy simple: «Muérete, zorra». En letra más pequeña decía que me atacaría cuando menos lo esperara. Estaba escrita en la ficha de una receta.

Lo que me inquietaba más que el propio mensaje de la nota era que Sugar se había paseado por la casa de mis padres y le había entregado el sobre a mi abuela.

Regresé a la mesa y devoré tres rollos de col rellena. No sabía cómo hacer frente a aquello. Tenía que advertir a mi familia, pero no quería darles un susto de muerte.

—¿Y bien? —preguntó la abuela—. ¿Qué decía la nota? Parecía una invitación.

—Era de una conocida del trabajo —contesté—■. Lo cierto es que no es una persona muy agradable, así que, la próxima vez que venga, no le dejes entrar en casa. Casi mejor, ni siquiera le abras la puerta.

—Ay, Dios mío —exclamó mi madre—. Otra lunática. Dime que no quiere pegarte un tiro.

—La verdad es que...

Mi madre se santiguó.

—Santa María, madre de Dios.

—No empieces con ese rollo de Santa María. No es para tanto.

—¿Y qué hago si la veo otra vez? —inquirió la abuela—. ¿Quieres que le abra un boquete?

—¡No! ¡Me conformo con que no la invites a tomar el té!

Mi padre se sirvió más rollos de col.

—La próxima vez ponéis menos arroz —dijo.

—Frank —recriminó mi madre—, ¿estás oyendo esto?

Mi padre levantó la cabeza.

—¿Qué?

Mi madre se dio una palmada en la frente.

Sally, que había permanecido inclinado sobre su plato, devorando rollos de col como si no le importara nada más en el mundo, hizo una pausa y me miró, y yo me di cuenta de que los engranajes de su cabeza estaban echando humo. Una chica muy guapa. Con montones de maquillaje. Una nota. Mala persona.

—Uh, uh —murmuró.

—Voy a tener que salir corriendo en cuanto acabe —hice saber a mi madre—. Esta noche tengo que trabajar.

—De postre hay galletas con trocitos de chocolate.

Dejé la servilleta en la mesa.

—Me las llevaré en una bolsa.

Mi madre se puso de pie de un salto.

—Ya lo hago yo.

En el Burg teníamos una normativa laboral. Las madres se encargaban de preparar las bolsas de comida, y se acabó. Sin excepciones. Por todo el país la gente buscaba excusas para eludir sus obligaciones. En el Burg, las amas de casa cumplían sus responsabilidades a ultranza. Incluso las madres trabajadoras se resistían a dejar a otros la manipulación de almuerzos y sobras. Y, mientras que podían recurrir a otros miembros de la familia para fregar el suelo de la cocina, ocuparse de la colada o quitar el polvo de los muebles, aquella tarea no la desempeñaba nadie como ellas mismas.

Agarré la bolsa de galletas y salí de casa acompañada de Sally. Era temprano, y la verdad es que no nos teníamos que ir, pero no estaba preparada para aguantar la andanada de preguntas. No existía una forma sensata de explicar a mi madre que una drag queen asesina me estaba acosando.

Mi madre y mi abuela nos miraron mientras entrábamos en el coche desde el porche de la casa. De pie, erguidas y con las manos entrelazadas, y los labios tensamente cerrados, como buenas húngaras. Mi madre, preguntándose en qué se habría equivocado, preguntándose por qué me dejaba ver por ahí con un hombre que llevaba pendientes de pedrería. Mi abuela pensando que ojalá pudiera venir con nosotros.

—Llevo llave —les grité—. Tal vez sea una buena idea que os cerréis por dentro.

—Sí —apostilló Sally—, y no os pongáis delante de ninguna ventana abierta.

Mi madre se santiguó una vez más.

Puse el coche en marcha.

—Tenemos que acabar con esto —le dije a Sally—. Estoy harta de tener miedo, de temer que Sugar me salte encima y me prenda fuego a la melena.

—He hablado con todos los chicos del grupo y nadie sabe nada de él.

Dirigí el coche hacia Chambers Street. La verdad era que ya había perdido la esperanza de encontrar a Sugar.

—Háblame de Sugar —le pedí—. Dime lo que le contaste a la policía.

—Llevábamos unos seis meses compartiendo casa, pero lo cierto es que no sabía mucho de él. Su familia vive en Ohio. Les costaba aceptar que Sugar fuera gay, por eso se marchó. Yo llevo con el grupo más o menos un año, pero al principio salía más con los chicos de los Perros Aulladores. Hace seis meses Sugar tuvo una pelea más seria de lo habitual con su novio, John. El se fue y yo ocupé su sitio. Solo que yo no era como John. Simplemente era un compañero de piso.

—Pero Sugar no lo veía así.

—Supongo que no. Joder, tía, esto es una mierda, porque éramos los compañeros

de piso perfectos. Sugar es un maniático de la limpieza. Siempre limpiando, limpiando, limpiando. Y yo, bueno, no lo hago mucho, así que era perfecto. Lo que quiero decir, tía, es que no teníamos que pelearnos por a quién le tocaba pasar la aspiradora. Y se le dan de puta madre las cosas femeninas. Lo sabe todo sobre el maquillaje de fondo, el colorete y la laca que hay que usar. Tenías que haberme visto antes de empezar a vivir con él. Era un puto bárbaro. En fin, he vivido con un par de tías, pero nunca me fijé cómo se hacían la puta línea de los ojos. Todo el rollo ese de las tías es muy complicado.

»Sugar lo sabía todo. Incluso me ayudaba a elegir la ropa. Eso era lo único que hacíamos juntos: ir de compras. Joder, ir de compras le volvía loco. A veces me traía las cosas a casa. Ni siquiera tenía que ir con él.

Ahora entendía los pantaloncitos de las nalgas al aire.

—Cuando le dio la nota a la abuela iba travestido —dije—. Para tener aspecto de mujer hay que contar con algunos productos especiales, y es poco probable que Sugar tuviera tiempo de sacar las cosas del apartamento. Así que, o tiene un segundo apartamento, o ha comprado cosas nuevas.

—Lo más seguro es que las haya comprado —respondió—. Sugar gana el dinero a espuestas, cinco veces más que yo. Algunas de esas cosas hay que traerlas de Nueva York, pero eso no supone ningún problema.

—Es una pena que incendiara el apartamento. Podíamos haber encontrado algo allí.

—Y la policía tiene el diario.

El sentido común me decía que le pasara el caso a Joe, pero si pensaba en los beneficios, no me salían las cuentas. La policía ya tenía interés en encontrar a Sugar. Lo más seguro sería que ya estuvieran esforzándose al máximo. Lo que necesitaba era un talento que fuera en otra dirección. Necesitaba a Ranger.

Llamé a su número particular, a su busca y, por fin, conseguí localizarle en el teléfono del coche.

—Necesito ayuda —dije.

—No me digas.

Le puse al tanto de los últimos y escalofriantes acontecimientos.

—Vaya miermo —exclamó Ranger.

—Sí. ¿Qué crees que debería hacer?

—Incrementar su inquietud. Invadir su espacio y hacer lo que más nervioso le ponga.

—En otras palabras, utilizarme como blanco.

—A no ser que sepas dónde vive. En ese caso vamos a su casa y le detenemos. Pero me da la impresión de que no lo sabes.

Miré por el espejo retrovisor y vi el BMW negro de Ranger aparcando en la acera media manzana detrás de mí.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté.

—Estaba por el barrio y te vi girar en Chambers. ¿El tipo ese lleva pendientes de pedrería?

—Sí.

—Bonito detalle.

—Bueno, vamos a ir a los sitios a los que le gusta ir a Sugar, a ver de qué podemos enterarnos.

—Yo estaré en el viento, nena.

¿Qué cono querría decir con aquello?

—Ya lo tengo todo organizado —comunicó Sally mientras entraba en el pequeño aparcamiento de un restaurante céntrico—. Esta es nuestra primera parada.

Leí el rótulo que había en la pared lateral del local: «El Infierno de Dante». Oh, cielos.

—No te preocupes por el nombre —dijo Sally—. No es más que un restaurante. Está especializado en comida picante. A Sugar le gusta la comida especiada.

El restaurante era básicamente una estancia grande. Las paredes estaban decoradas con falsos frescos que describían diversas escenas en las que sátiros y minotauros retozaban por el infierno y otros lugares cálidos. Sugar no estaba allí.

Dos hombres saludaron con la mano a Sally y él les devolvió el saludo.

—Hola, troncos. Estoy buscando a Sugar. Supongo que no le habréis visto esta noche.

—Lo sentimos —se excusaron—. No hemos visto a Sugar en toda la semana.

Después del Dante hicimos todo un circuito de bares y restaurantes sin la menor fortuna.

—Andamos por ahí haciendo este numerito de buscar a Sugar —comentó Sally por fin—, pero la verdad es que me cagaría en los pantalones si se nos apareciera de repente. Es que está completamente chalado. Podría prenderme fuego con su Bic, joder.

Yo intentaba no pensarlo. Me decía a mí misma que Ranger estaba cerca... en algún lugar. E intentaba tener cuidado, mantenerme alerta y en guardia, observando constantemente, lista para saltar. Pensaba que si Sugar tenía la intención de saltar sobre mí y cortarme en tiritas, todavía tenía alguna posibilidad. Si lo que quería era deshacerse de mí, seguramente lo conseguiría. Es difícil eludir la bala de una persona que considera que no tiene nada que perder.

El sol se había puesto y la penumbra nos rodeaba, lo que no favorecía a mi inquieto estómago. Ahora se veían demasiadas sombras. Sally conocía a alguien en cada uno de los sitios que visitamos, todos nos dijeron que no habían visto a Sugar, pero eso no significaba que fuera cierto. La comunidad gay era muy celosa de lo suyo, y Sugar era muy querido. Yo esperaba que alguien estuviera mintiendo y que hiciera una llamada de teléfono que sacara a Sugar de su madriguera.

—¿Nos quedan muchos sitios para visitar? —pregunté.

—Un par de clubes. Vamos a dejar el Ballroom para el final.

—¿Sugar habrá salido travestido?

—No sabría decirte. Depende de su estado de ánimo. Probablemente se sienta más seguro travestido. A mí, por lo menos, me pasa. Te pones el maquillaje y te sientes capaz de comerte el mundo.

Me identifiqué con aquella idea. Mi maquillaje siempre aumenta en proporción directa mi seguridad. De hecho, en aquel preciso instante estaba sintiendo un deseo incontrolable de pintarrajearme los párpados con sombra de ojos azul brillante.

Pasamos por el Strip, el Mama Grouches y el Curly's. Solo nos faltaba un sitio: el Liberty Ballroom. Un nombre muy acertado: si uno no tenía pelotas, no tenía nada que hacer allí. Pensé que yo tenía pelotas cuando hacía falta, así que no había ningún problema.

Pasamos por delante del edificio de la administración que, por la noche, siempre parecía angustiosamente desierto. Cientos de metros cuadrados de aparcamiento desocupado, espectralmente iluminado por luces halógenas. Edificios vacíos con ventanas de cristal oscuro, como la Estrella de la Muerte.

El Ballroom se encontraba en la manzana siguiente, junto a una residencia de ancianos de varios pisos, que todo el mundo conocía como El almacén.

Sally se había pasado la noche diciendo a todos que acabaríamos en el Ballroom. Y ahora que estábamos allí tenía escalofríos y el vello de todo el cuerpo de punta. Se debía al miedo y a una espeluznante premonición, simple y llanamente. Sabía que Sugar estaba allí dentro. Sabía que nos estaba esperando. Aparqué y busqué a Ranger con la mirada. No le vi. Pues porque está en el viento, me dije. No puedes ver el viento. O, tal vez, el viento se había ido a casa a ver los combates de lucha de los martes.

Sally se chascaba los nudillos a mi lado. El también lo presentía. No miramos e hicimos una mueca.

—Vamos allá —dije.

Quince

Sally y yo nos paramos nada más cruzar la puerta y echamos una mirada alrededor. Barra y mesas de cóctel a la entrada. Una pequeña pista de baile al fondo. Muy oscuro. Muy lleno. Muy ruidoso. Tenía entendido que el Ballroom era un bar gay, pero estaba claro que no todos los presentes eran gays.

—¿Qué hace aquí toda esa gente que no es gay? —pregunté a Sally.

—Son turistas. El dueño de este sitio se estaba yendo a la ruina. Era un bar gay, pero en Trenton no había gays suficientes para que funcionara. Entonces, Wally tuvo una idea genial... contrató a algunos tipos para que vinieran a bailar y a ponerse en plan cariñoso unos con otros, de manera que esto pareciera un auténtico bar gay. Se fue corriendo la voz, y el local se empezó a llenar. La gente venía en plan de ver a los maricas y a ser políticamente correcto. —Sonrió—. Ahora es tendencia.

—Como tú.

—Sí. Yo soy tendencia total.

Sally saludó a alguien.

—¿Ves a ese tío de la camisa roja? Es Wally el dueño. Es un genio. Otra cosa que hace es dar una copa gratis a los abonados del día.

—¿Abonados del día?

—*Yuppies* que quieren ser gays por un día. Imagínate que eres un tío y se te ocurre que debe de ser genial vestirse con la ropa de tu mujer y salir a tomar una copa. ¡Este es el lugar indicado! Te dan una copa gratis. Y, además, está de moda, así que todo en orden. Puedes incluso traer a tu mujer y ella puede probar a ser tortillera por un día.

La mujer sentada a mi lado iba vestida con un chaleco de cuero negro y pantalones cortos del mismo material. Lucía una carísima permanente que cubría su cabeza de perfectos rizos rojos y llevaba los labios pintados de marrón.

—¡Hola! —me dijo alegre y dicharachera—. ¿Te apetece bailar?

—No, gracias —contesté—. Solo soy una turista.

—¡Yo también! —gorjeó ella—. ¿No te parece lo máximo este sitio? He venido con mi marido, Gene. ¡Quiere verme bailar lento con una mujer!

Gene iba vestido en plan niño bien, con pantalones Dockers y una camisa de cuadros con un caballito bordado en el bolsillo del pecho. Se estaba acabando una copa.

—Ron con Coca-Cola —dijo acercándose a mí por delante de su mujer—. ¿Quieres uno?

Dije que no con la cabeza.

—Llevo una pistola en el bolso —comenté—. Una muy grande.

Gene y su mujer se alejaron y desaparecieron entre la multitud.

Sally tenía la ventaja de su altura. Con solo girar la cabeza, oteaba la multitud desde arriba.

—¿Le ves? —pregunté.

—No.

No me encontraba a gusto en el Liberty Ballroom. Estaba demasiado lleno, demasiado oscuro. La gente me empujaba, A Sugar no le resultaría difícil acabar conmigo allí. Como cuando Jack Ruby le pegó un tiro a Lee Harvey Oswald. Me podía pasar lo mismo. Un tiro en la tripa y se acabó.

Sally me puso una mano en la espalda para animarme a avanzar y pegué un salto y un chillido.

—¡Ay!

—¿Qué? ¿Qué? —gritó Sally mirando alrededor muerto de miedo.

Me puse la mano sobre el corazón.

—Puede que esté un poquito nerviosa.

—Tengo el estómago hecho una mierda —gruñó Sally—. Necesito una copa.

A mí me pareció una buena idea, así que fui detrás de él hasta la barra. Cada vez que se abría camino entre la gente, ellos se volvían y decían: «Eh, es Sally Sweet. Soy un auténtico fan». Y Sally respondía: «Mierda, tío, eso mola».

—¿Qué vas a tomar? —preguntó.

—Una botella de cerveza. —Se me ocurrió que si Sugar me atacaba, podía darle en la cabeza con la botella—. No sabía que fueras tan famoso —le dije—. Te conoce un montón de gente.

—Sí, probablemente la mitad de las personas que hay en este sitio hayan metido un billete de cinco en mi liguero. Soy una celebridad local.

—Sugar anda por aquí —informó el camarero al servirle las bebidas a Sally—. Me pidió que te diera esta nota.

La nota en cuestión iba en un elegante sobre tamaño invitación del mismo tipo que el que le había dado a la abuela. Sally lo abrió y leyó en voz alta: «Traidor».

—¿Eso dice? —pregunté.

—Es todo lo que pone. —Sacudió la cabeza—. Está como una chota, tía, más que los dibujos de la tele. Al menos esos son divertidos. Esto no tiene ninguna gracia.

Eché un trago de cerveza y me dije a mí misma que mantuviera la calma. ¿Que Sugar estaba un poco chiflado? Bueno, podía ser peor. Podía ir detrás de mí el tipo que andaba por ahí cortando dedos. Eso sí que sería preocupante. ¿/ya había matado a alguien. Y no teníamos constancia de que Sugar fuera un asesino. Que fuese un pirómano no significaba necesariamente que fuera un asesino. Quiero decir que los incendios los provocaba a distancia, ¿no? Así que no tenía sentido agobiarse antes de tiempo.

Ranger apareció a mi lado.

—¿Qué pasa?

—Buenas.

—¿Está aquí el tío que buscamos?

—Parece que sí. Todavía no le hemos visto.

—¿Vas armada?

—Con una botella de cerveza.

Me sonrió abiertamente.

—Es tranquilizador saber que estás preparada.

—No se me escapa una.

Presenté a Sally y a Ranger.

—La hostia —exclamó Sally mirando alucinado a Ranger—. La rehostia.

—Cuéntame qué es lo que tengo que buscar —dijo Ranger.

No lo sabíamos con exactitud.

—Peluca rubia de Marilyn, vestido rojo con falda corta —explicó el camarero.

El mismo modelo que había llevado en la actuación del club.

—Muy bien. Vamos a recorrer la sala en busca de ese chaval. Haced como que no estoy aquí —ordenó Ranger.

—¿Vas a volverte viento otra vez? —pregunté.

—Listilla.

A las mujeres se les caían las copas y se daban contra las paredes cuando veían la sonrisa de Ranger. Menos mal que no quiso convertirse en viento. El viento lo habría pasado mal con aquella panda.

Cautelosamente, nos abrimos paso a codazos hasta el fondo, donde se encontraba la pista de baile. Había mujeres bailando con mujeres. Y hombres bailando con hombres. Y un hombre y una mujer de unos setenta años, que debían de ser de otro planeta y habían aterrizado accidentalmente en la Tierra, bailaban juntos.

Dos hombres pararon a Sally para decirle que Sugar le estaba buscando.

—Gracias —respondió Sally adquiriendo un color ceniciento.

Diez minutos después habíamos completado el círculo y no le habíamos encontrado.

—Necesito otra copa —dijo Sally—. Y drogas.

Aquella mención a las drogas me hizo recordar a la señora Nowicki. No había nadie vigilándola. Yo esperaba ansiosamente que mantuviera su cita con el médico. Prioridades, me dije a mí misma. El dinero de la detención no me iba a servir de gran cosa si estaba muerta.

Sally se fue a la barra y yo me dirigí al servicio de señoras. Crucé una puerta y recorrí un corto pasillo. Los servicios de caballeros a un lado, los de señoras al otro y otra puerta más al fondo del pasillo. La puerta se cerró detrás de mí, cortando el paso a todo el ruido.

El servicio de señoras estaba fresco y todavía más silencioso. Al ver que se encontraba vacío tuve un instante de aprensión. Miré por debajo de las puertas de los tres retretes. No vi zapatos rojos del número cuarenta y dos. Pensé que era una tontería. Sugar no iría al lavabo de señoras. Después de todo, era un hombre. Entré en uno de los retretes y cerré la puerta. Y allí estaba sentada, disfrutando de la soledad, cuando se oyó la puerta de fuera y entró otra mujer.

Al cabo de un instante me di cuenta de que no se oían ninguno de los ruidos habituales. Los pasos se habían detenido en medio de la estancia. No había oído abrirse el bolso, ni el agua corriendo, ni la puerta de otro retrete abrirse y cerrarse. Había alguien de pie, en silencio, en medio del pequeño recinto. Genial. Atrapada en el servicio con las bragas en el suelo; la peor pesadilla de una mujer.

Seguramente no era más que mi imaginación desbordante. Respiré profundo e intenté apaciguar mi ritmo cardiaco, pero este no estaba dispuesto a apaciguarse y el pecho me ardía. Hice un inventario mental de lo que llevaba en el bolso y me di cuenta de que la única arma con la que contaba era un *spray* de pimienta.

Se oyó el roce de unos zapatos de tacón en el suelo de baldosas y un par de zapatos apareció ante mis ojos. Rojos.

¡Mierda! Me llevé una mano a la boca para no soltar un grito. Ya me había puesto en pie y me había vestido. Y tenía el estómago revuelto.

—Ya es hora de que salgas —advirtió Sugar.

Intenté alcanzar el bolso que colgaba de un gancho de la puerta, pero antes de que pudiera agarrarlo, el picaporte saltó por el aire y la puerta se abrió de un tirón, llevándose mi bolso con ella.

—Lo hice todo por él —dijo Sugar con lágrimas corriéndole por las mejillas—. Tenía el apartamento limpio y le hacía todas sus comidas favoritas. Y estaba yendo bien... hasta que apareciste tú. Le gustaba. Sé que le gustaba. Tú lo has fastidiado todo. Ahora en lo único que piensa es en ser cazarrecompensas. No puedo dormir por las noches. Me paso todo el tiempo preocupado por si va a resultar herido o le van a matar. No tiene nada que hacer como cazarrecompensas.

Tenía una pistola en una mano y con la otra se secaba las lágrimas. Ambas manos le temblaban y yo estaba muerta de miedo. Tenía mis dudas respecto a que fuera un asesino, pero un disparo accidental es igual de mortífero que uno intencionado.

—No lo has entendido —respondí—. Sally solo me descifra mensajes, no hace nada peligroso. Y, además, todavía le gustas. Dice que eres fenomenal. Está ahí fuera. Lleva buscándote toda la noche.

—Ya lo he decidido —prosiguió Sugar—. Así es como van a ser las cosas: me voy a librar de ti. Es la única manera de proteger a Sally, la única forma de recuperarle. —Señaló la puerta con la pistola—. Ahora, vámonos de aquí.

Menos mal, pensé. Salir afuera me daba una oportunidad. Cuando estuviéramos en la sala, Ranger se lo cargaría. Fui muy despacito hasta la puerta y salí al pasillo con mucho cuidado, intentando no sobresaltarle.

—No, no —dijo él—. No se va por ahí. —Señaló la puerta del fondo del pasillo—. Es por aquí.

Mierda.

—No se te ocurra intentar ninguna tontería. Te pegaría un tiro —amenazó—. Y sabes que lo haría; haría cualquier cosa por Sally.

—Ya te has metido en bastantes líos. ¿No querrás añadir el asesinato a la lista?

—Ah, no me importa —respondió—. He ido demasiado lejos. Todos los polis de Trenton me están buscando. ¿Y sabes lo que me ocurrirá si me encierran? No me van a tratar con cariño. Prefiero ir al corredor de la muerte. Allí te dan una habitación para ti solo. Y he oído que hasta te dejan tener televisión.

—Sí, ¡pero al final te matan!

Sus mejillas volvieron a cubrirse de lágrimas, pero la línea de los ojos ni se le movió. Aquel tipo sabía de maquillaje.

—Se acabó la charla —espetó amartillando el percutor de la pistola—. Fuera. Ahora. O te mato aquí mismo. Te juro que soy capaz.

Abrí la puerta y miré fuera. A la derecha había un pequeño aparcamiento de empleados y a la izquierda dos contenedores de basura. Una solitaria bombilla iluminaba toda la zona. Detrás de los contenedores se veía un paseo asfaltado. Más allá, una extensión de césped y el edificio de los ancianos. Era un sitio perfecto para que me pegara un tiro: estaba retirado y el ruido no se propagaría. Y tenía varias salidas. Podía incluso volver a entrar en el edificio.

El corazón me latía a cien por hora y tenía la cabeza embotada.

—Espera un momento —dije—. Tengo que volver a entrar. Me he olvidado el bolso.

El cerró la puerta a mi espalda.

—¿Y dónde es?

—Pues no lo sé exactamente. Adondequiera que uno vaya cuando se muere. Métete en el contenedor para que pueda matarte.

—¿Estás loco o qué? No pienso meterme en el contenedor. Está asqueroso.

—Vale, de acuerdo, entonces te mataré aquí.

Apretó el gatillo y clic. No había bala en la cámara. El procedimiento habitual de seguridad.

—Maldita sea —exclamó—. No sé hacer nada bien.

—¿Has disparado un arma antes?

—No. Pero no parecía que fuera a ser algo tan complicado. —Miró la pistola—. Ah, ya veo lo que pasa. El fulano que me la prestó se olvidó de poner una de las balas.

Me apuntó con el arma y, antes de que tuviera tiempo de disparar, me escondí de un salto detrás de un contenedor. Bang, cling. Una bala dio en el contenedor. Bang, cling, otra más. Estábamos los dos tan asustados que reaccionábamos de manera irracional. Yo corría entre los contenedores como un pato de un puesto de tiro y Sugar disparaba a las sombras.

Hizo cinco disparos y luego se oyó de nuevo el delator clic. Se había quedado sin balas. Asomé la cabeza desde mi escondrijo.

—Mierda —soltó él—. Soy tan inútil que ni siquiera soy capaz de pegarle un tiro a alguien. Joder. —Metió la mano en el bolso rojo que llevaba y sacó un cuchillo.

El se interponía entre la puerta trasera y yo. Mi única opción era salir corriendo

como una posesa rodeando el edificio, o cruzar el césped hasta el edificio de los ancianos. El tenía un aspecto más atlético que yo, pero llevaba tacones y falda, mientras que yo iba en pantalones cortos y zapatillas de deporte.

—No me voy a rendir —gritó—. Lo haré con las manos desnudas si es necesario. ¡Te arrancaré el corazón!

No me gustó cómo sonaba aquello, así que me puse a correr por el césped con todas mis fuerzas, intentado llegar a la residencia de ancianos. Ya había estado antes allí. Siempre había un guarda en la puerta a aquellas horas de la noche. La fachada del edificio estaba bien iluminada. Había dos puertas de cristal dobles y, al otro lado, el puesto del guarda. Detrás de este se hallaba un vestíbulo en el que se sentaban los ancianos.

Sugar me pisaba los talones, podía oír su respiración entrecortada y sus gritos de que me parara para poder matarme.

Crucé las puertas como un rayo y llamé al guarda a gritos, pero él no acudió a mi llamada. Miré por encima de mi hombro y vi el cuchillo describiendo un arco sobre mí. Me retiré a un lado y el cuchillo hizo un corte en la sudadera de los Rangers.

Los sofás del vestíbulo estaban llenos de ancianos.

—¡Socorro! —grité—. ¡Llamen a la policía! ¡Avisen al guarda!

—No hay guarda —explicó una mujer—. Recorte de presupuestos.

Sugar se lanzó otra vez sobre mí.

Le esquivé de un salto, le quité el bastón a un vejete y me puse a lanzarle estocadas a Sugar.

Soy una de esas personas que se imaginan a sí mismas adoptando actitudes heroicas ante el desastre: salvando a niños del autobús escolar que cuelga de un puente, prestando primeros auxilios a los heridos de un accidente de carretera o sacando a la gente de un edificio en llamas. Pero la verdad es que pierdo por completo los papeles ante una situación de emergencia y si las cosas salen bien, no será gracias a mis esfuerzos.

Yo estaba lanzando palos de ciego a Sugar. La nariz me goteaba y emitía sonidos animales, y, por pura chiripa, le di al cuchillo, que salió volando por los aires.

—¡Eres una perra! —aulló Sugar—. ¡Te odio! ¡Te odio! —Se lanzó sobre mí y los dos caímos al suelo.

—En mis tiempos nunca se habría visto a dos mujeres pelearse así —dijo uno de los ancianos—. Es por toda la violencia que se ve en televisión. Eso tiene la culpa.

Sugar y yo rodábamos por el suelo y yo gritaba:

—¡Llamen a la policía! ¡Llamen a la policía!

Sugar me agarró del pelo y tiró, y cuando me recuperaba, le di con la rodilla y le metí sus gónadas por lo menos diez centímetros dentro del cuerpo. Se quitó de encima de mí, se puso en posición fetal y vomitó.

Giré sobre la espalda y me encontré con Ranger, que me sonreía de nuevo.

—¿Necesitas ayuda?

—¿He mojado los pantalones?

—No se nota nada.

—Gracias a Dios.

Ranger, Sally y yo estábamos en la acera de delante de la residencia de ancianos viendo cómo la policía se llevaba a Sugar.

Yo prácticamente había dejado de tiritar y mis rodillas desolladas ya casi no sangraban.

—¿Y ahora qué voy a hacer yo? —exclamó Sally—. Nunca seré capaz de meterme en esos corsés yo solo. ¿Y qué voy a hacer con el maquillaje?

—No es fácil ser una drag queen —le comenté a Ranger.

—Y que lo digas, joder —repuso.

Volvimos al aparcamiento del club y nos dirigimos a nuestros coches. La noche era húmeda y sin estrellas. El aire acondicionado ronroneaba desde el tejado del club y la música enlatada y las conversaciones amortiguadas se escapaban por la puerta abierta de la fachada e inundaba el aparcamiento.

Sally movía inconscientemente la cabeza al ritmo de la música. Le metí en el Porsche y le di las gracias a Ranger.

—Siempre es un placer verte en acción.

Salí del aparcamiento y puse rumbo a Hamilton. Me di cuenta de que los nudillos se me ponían blancos de la tensión con la que agarraba el volante, e hice otro esfuerzo por relajarme.

—Tía, estoy como una moto —dijo Sally—. Creo que deberíamos ir a algún club más. Conozco un sitio en Princeton que es genial.

Acababan de intentar pegarme un tiro, acuchillarme y estrangularme. Yo no me sentía como una moto. Lo que quería era sentarme en un sitio tranquilo y nada amenazador y comer unas galletas de mi madre.

—Tengo que hablar con Morelli —respondí—. Voy a pasar de clubes, pero puedes ir tú solo. Ya no tienes que preocuparte por Sugar.

—Pobrecillo. La verdad es que no es una mala persona.

Supuse que tenía razón, pero me costaba trabajo sentir la menor simpatía por él. Me había destrozado el coche y el apartamento y había intentado asesinarme. Y, por si fuera poco, me había rajado la sudadera de los Gretzky Rangers. Tal vez mañana me sintiera más benévola, después de recuperar el buen humor. En aquel momento estaba más bien irritable.

Giré en Chambers y llegué a la casa de Morelli. La furgoneta no estaba ya en su calle, y tampoco vi la Ducati. Las luces de la planta baja estaban encendidas. Supuse que le habían contado lo de Sugar y había abandonado la vigilancia. Agarré la bolsa de las galletas y salí del Porsche.

Sally se colocó detrás del volante.

—‘Ta luego, tronca —dijo mientras pisaba el acelerador a fondo.

—‘Ta luego —contesté. Pero la calle ya estaba vacía.

Llegué hasta la mosquitera.

—¡Eh! —grité para que se me oyera por encima de la televisión.

Morelli se acercó y me abrió la puerta.

—¿De verdad has estado rodando por el suelo de la residencia de ancianos?

—Te has enterado.

—Me ha llamado mi madre. Me ha dicho que le llamó Thelma Klapp y le contó que estabas dándole una paliza de muerte a una rubia guapísima. Thelma ha comentado que, puesto que estás embarazada y eso, no le parece oportuno que andes rodando por el suelo de esa manera.

—La rubia guapísima no era una mujer.

—¿Qué llevas en la bolsa? —preguntó.

Morelli era capaz de oler una galleta a un kilómetro de distancia. Saqué una y le pasé la bolsa.

—Tengo que hablar contigo.

Morelli se tiró en el sofá.

—Te escucho.

—Es sobre Francine Nowicki, la madre de Maxine...

Morelli se quedó inmóvil.

—Ahora que te escucho. ¿Qué pasa con Francine Nowicki?

—Pagó con otro billete de veinte falso. Y mi informador me cuenta que llevaba todo un fajo.

—Por eso tenías tanto interés en su vigilancia. Tú crees que está implicada en el asunto de los billetes falsificados y que se va a largar... con Maxine.

—Yo creo que Maxine se ha ido ya.

—¿Y por qué sigues tan interesada si crees que Maxine ya se ha largado?

Cogí otra galleta.

—No estoy del todo segura de que se haya ido. Y puede que no se haya marchado tan lejos como para no poder encontrarla.

—Sobre todo si su madre o su amiga la delatan.

Asentí.

—Siempre existe esa posibilidad. Entonces, ¿qué me dices? ¿Me dejas tu camioneta?

—Si sigue aquí por la mañana pondré una furgoneta a vigilarla.

—Tiene hora con el médico a las tres.

—¿Por qué te has decidido contármelo?

Me arrebujié más profundamente en el sofá.

—Necesitaba ayuda. No tengo el equipo necesario para llevar a cabo una vigilancia decente. Y estoy cansada. Anoche apenas dormí y he tenido un día de pesadilla. Hoy un tío ha vaciado una pistola sobre mí y luego me ha perseguido con un cuchillo. ¡Odio que me hagan eso! —Intentaba comerme la galleta, pero la mano me temblaba de tal manera que no lograba metérmela en la boca—. Mírame. ¡Estoy

hecha polvo!

—Exceso de adrenalina —aseguró Morelli—. En cuanto se te pase el efecto dormirás como un muerto.

—¡No digas eso!

—Te encontrarás mejor mañana por la mañana.

—Es posible. En este momento, me conformo con cualquier tipo de ayuda que me puedas prestar.

Morelli se levantó y se sacudió las migas de galleta.

—Voy a por un vaso de leche. ¿Quieres uno?

Me tumbé en el sofá cuan larga era. Tenía razón sobre la adrenalina. Dejé de temblar y me sentía agotada.

Cuando abrí los ojos tuve un instante de desorientación. Luego me di cuenta de que me había quedado dormida en el sofá de Morelli. Y ya era por la mañana: la luz del sol entraba a chorros por las ventanas y desde la cocina me llegaba el olor del café que se estaba haciendo. Joe me había quitado los zapatos y me había tapado con una manta fina. Hice una comprobación rápida para ver si el resto de mi ropa seguía intacta antes de sentirme demasiado agradecida.

Arrastré los pies hasta la cocina y me serví una taza de café.

Morelli se estaba sujetando la pistola en el cinturón.

—Tengo que irme corriendo —dijo—. Anoche llamé a tu madre y le dije que estabas aquí. Me imaginé que se podría preocupar.

—Gracias. Has sido muy amable.

—Siéntete como en tu casa. Si pasa algo hoy, puedes localizarme en el busca.

—¿Vas a vigilar a Nowicki?

Morelli hizo una pausa.

—Se ha ido. Anoche mandé a una persona a comprobarlo. La casa estaba vacía.

—¡Mierda!

—Puede que todavía la pillemos. Hay un aviso de búsqueda. El Tesoro tiene sus recursos.

—El médico...

—Nowicki canceló la cita ayer.

Se bebió el resto del café, dejó la taza en el fregadero y se fue. Llegó hasta la mitad del comedor, se detuvo y se quedó unos instantes mirándose los zapatos, pensando. Le vi sacudir la cabeza una sola vez. Se dio la vuelta, entró en la cocina otra vez, me abrazó y me besó. Con mucha lengua. Y las manos ansiosas.

—Dios —dijo retirándose—. Sí que estoy en baja forma.

Y se marchó.

Mi madre levantó la mirada expectante cuando entré en la cocina.

Mi abuela estaba sentada a la mesa con una taza de té. A mi padre no se le veía por ninguna parte. Y Sally se encontraba sentado a la cabecera de la mesa comiendo galletas de chocolate, otra vez con mi bata.

—Eh, tronca —saludó.

—Sally nos estaba contando lo de la noche pasada —comentó la abuela—. Madre mía, ¡cómo me habría gustado estar allí! Sally dice que fuiste la bomba.

—Tenía que ser precisamente allí —dijo mi madre—, en la residencia de ancianos. ¿En qué estabas pensando? ¡Ya sabes la lengua que tienen!

—Hasta el momento ya hemos recibido tres llamadas —ratificó la abuela—. No he podido sentarme a tomar el té hasta ahora. ¡Como si fuéramos estrellas de cine!

—Bueno, ¿qué? —pregunté a Sally—. ¿Tienes planes para hoy?

—Me traslado. He encontrado un sitio donde vivir. Ayer me encontré con unos amigos que están buscando un compañero de piso. Viven en Yardley.

—Vaya —exclamó la abuela—. Se me va a hacer raro no verte ahí sentado con la bata rosa.

Trasteé por la casa hasta que se fue Sally. Luego me di una ducha y arreglé mi cuarto. No me gustaba la idea de haber perdido a la señora Nowicki. Y todo por no haberle contado a Morelli toda la historia a tiempo. «Maldita sea», dije en voz alta. Ahora lo único que me faltaba era que Joyce entregara a Maxine.

Mi madre llamó a la puerta de mi dormitorio.

—¿Va todo bien?

Abrí.

—No, no va todo bien. ¡Estoy cabreada! Me he cargado el caso y ahora me preocupa que Joyce Barnhard se quede con mi detención.

Mi madre resolló asombrada.

—¡Joyce Barnhard! ¡Esa Joyce Barnhard no te llega ni a la altura de los zapatos! ¡Tú eres mucho mejor que Joyce Barnhard!

—¿Tú crees?

—Solo tienes que enmendar lo que has hecho mal. Estoy segura de que no es tan grave. Esa mujer que buscas tiene que estar en algún sitio. La gente no desaparece sin más.

—No es tan sencillo. He perdido la pista por completo. —Con la sola excepción de Bernie, el camello cachondo, al que no me hacía una ilusión loca volver a ver.

—¿Estás segura de eso?

La verdad era que no.

—Tienes razón —dije—. No me hará daño comprobar un par de cosas.

Agarré el bolso y me dirigí a las escaleras.

—¿Volverás a casa para la cena? —preguntó mi madre—. Tenemos pollo frito, galletas y tarta de fresa.

—Volveré.

Mi entusiasmo sufrió un bajonazo al ver el Buick que me estaba esperando. Era difícil ser Wonder Woman en un Buick. Sería mucho más fácil serlo en una Ducati, por ejemplo.

Me subí a su inmenso asiento corrido y miré desde detrás del volante el morro

azul pastel que se extendía interminable delante de mí. Giré la llave y aceleré. El coche sorbió gasolina y arrancó calle arriba.

Morelli había puesto vigilancia a la casa de la señora Nowicki, pero no había ido a ver a Margie. Cabía una pequeñísima posibilidad de que la señora Nowicki estuviera en casa de aquella.

Al llegar a la casa no me sentí especialmente esperanzada. Su coche no estaba allí, y el de la señora Nowicki tampoco. Me acerqué hasta la puerta y la encontré cerrada. Nadie respondió a mi llamada. La recorrí por fuera de puntillas, husmeando por las ventanas, y no vi señales de vida: ni platos del desayuno abandonados en la cocina, ni calcetines tirados por el suelo, ni el gato hecho un ovillo en el sillón. La vecina no se asomó. Tal vez ya estuviera acostumbrada a verme curiosear.

Crucé el jardín y llamé a la puerta de la vecina.

Al principio parecía despistada, pero enseguida me identificó.

—¡Eres la amiga de Margie! —exclamó.

—Sí, y sigo buscándola.

—Así que no has dado con ella. Estuvo en casa un día, pero ya se ha vuelto a ir.

—¿Sabe usted adonde se iba?

—No se lo pregunté. Supuse que se volvía a la costa.

—Bueno, pues gracias —dije—. Ya daré con ella una de estas veces.

Volví al coche y allí me dediqué a insultarme un buen rato.

—¡Estúpida, estúpida, estúpida!

Como ya estaba en la carretera, pensé: «Qué diablos, llegaré hasta el final. Iré a comprobar de nuevo la casa de la madre de Maxine. No voy a dejar ninguna piedra sin mover».

Tampoco se veía ningún coche allí, pero aparqué y me acerqué a la puerta. Al llamar, la puerta se abrió sola. «Hola», grité. No hubo respuesta. Recorrí las habitaciones una a una y me alegré de no encontrarme a nadie muerto, desollado, o descuartizado en trocitos.

La madre de Maxine no había vivido muy bien. El colchón de la cama doble se hundía miserablemente en el centro. Las sábanas estaban raídas. Una colcha de chenilla hacía las veces de manta y de cubrecama. Todo estaba salpicado de quemaduras de cigarrillo. Los muebles eran viejos y estaban ajados, imposibles de limpiar. Las alfombras, sucias. Los lozas del baño tenían manchas y desconchones. El cubo de la cocina se encontraba lleno de botellas de licor. Y la casa apestaba a humo, a cerrado y a moho.

No había notas que denotaran planes de viaje. Ni páginas de revistas con el ángulo doblado en el anuncio de un crucero. Ni falsos billetes de veinte abandonados descuidadamente. La señora Nowicki se había ido y no pensaba volver. La puerta abierta transmitía un mensaje muy claro: «Que los carroñeros lameculos rebusquen en esta mierda. Yo me largo».

Regresé al Buick y me puse a intentar unir las piezas, pero no tenía información

suficiente. Lo que sabía era que Margie, Maxine y la madre de esta seguían juntas. Tenía claro que Nowicki poseía un puñado de billetes de veinte falsos. Sospechaba que Eddie Kuntz quería dar con Maxine por algo más que unas cartas de amor. Y sabía que alguien quería información sobre Maxine con el interés suficiente como para matar por ello.

El elemento más confuso en todo aquello era la desaparición de Eddie Kuntz. Llevaba cuatro días sin aparecer. La marea ya tenía que haberle arrojado a la orilla a estas alturas.

«Ya he comprobado las casas de Margie y Maxine», me dije. Ahora también debería ir a la de Eddie Kuntz. El problema era que no me apetecía nada volver a encontrarme OVICHH con Leo y Betty Empezaba a resultarme desagradable. Claro que podía limitarme a pasar por delante. No tenía que pararme si no quería.

Puse el Buick en marcha y conduje en dirección a Muffet Street, deteniéndome delante de la casa de los Glick. No parecía haber nadie en ninguna de las mitades de la vivienda. El Lincoln no estaba aparcado junto a la acera. Los dedos me cosquilleaban por el deseo de comprobar si la puerta de Eddie se encontraba abierta como la de Francine. Puede que incluso, como no había nadie cerca, podría ayudarla a que se abriera sola.

Mi corazón bailó una pequeña danza. ¡Stephanie, Stephanie, Stephanie, ni se te ocurra pensar lo que estás pensando! ¿Y si te pillan dentro? De acuerdo, tengo que admitirlo: que me pillaran dentro sería una faena. Necesitaba un centinela. Necesitaba a Lula. La oficina estaba a unos diez minutos.

Saqué el teléfono móvil y llamé.

—Sí, por supuesto —contestó Lula—. Se me da bien hacer de centinela. Ahora mismo voy.

—Voy a intentar entrar —le dije—. Me voy a llevar el teléfono móvil. Tú siéntate al otro lado de la calle y me llamas si llegan Leo o Betty y así puedo salir por detrás.

—Puedes contar conmigo.

Llevé el coche hasta el final de la manzana, doblé la esquina y aparqué. Luego regresé a la casa de los Glick y subí las escaleras del porche. Solo para asegurarme, llamé a la puerta de los Glick: no hubo respuesta. Miré por la ventana: no se veía a nadie. Hice lo mismo en la parte de Kuntz. Intenté abrir la puerta: cerrada con llave. Fui a la parte de atrás. Allí tampoco tuve suerte. Tenía que haber llamado a Ranger en vez de a Lula. A él no se le resistían los cerrojos. Yo en otros tiempos llevaba un juego de ganzúas, pero no sabía utilizarlas bien, así que las tiré.

Miré la ventana trasera de la parte de Eddie, junto a su puerta. ¡Tenía una rendija abierta! En el lado de Kuntz no había aire acondicionado. Probablemente se podrían freír huevos en el suelo de la cocina. Bajé del porche sigilosamente y le di un empujoncito a la ventana. Atascada. Miré alrededor. No había nada de actividad en el vecindario: ni perros ladrando, ni vecinos regando el césped, ni chavales jugando. Demasiado calor. Todo el mundo estaba dentro de casa con el aire acondicionado

puesto y viendo la tele. Afortunadamente para mí.

Arrastré discretamente un cubo de basura hasta situarlo debajo de la ventana y me subí en él. Flexioné las rodillas, le di un buen empujón a la ventana y ¡zzzing!, se abrió limpiamente. No oí que nadie gritara «Eh, tú, ¿qué estás haciendo?», así que supuse que todo estaba en orden. Vamos, que no era un allanamiento con violencia, porque no había usado la violencia para nada.

Volví a entornar la ventana y fui corriendo a la parte delantera de la casa para cerciorarme de que los Glick no habían vuelto todavía. Al no ver su coche me sentí mucho más a gusto, y mi corazón recuperó su ritmo casi normal. Primero recorrí el piso de arriba, revisando metódicamente cada habitación. Cuando bajé a la planta baja me asomé por la ventana y vi que el Firebird rojo estaba aparcado dos casas más arriba. Lo último que inspeccioné fue la cocina. Había leche en la nevera. Y arriba, en el dormitorio, se veía ropa sucia por el suelo, cosas que me empujaban a creer que no tenía intención de irse de viaje.

Encontré dos llaveros en uno de los cajones de la cocina. Uno tenía varias llaves: de casa, del coche, de una taquilla. En el otro solo había una llave. Mi madre vivía en un pareado como aquel y en un cajón de la cocina también tenía dos llaveros. Uno era un juego extra de todas las llaves. El otro, el de la llave de al lado.

Dieciséis

Miré el reloj. Llevaba media hora en la casa. Lo más sensato sería no tentar a la suerte, pero me moría de ganas de dar una vueltecita rápida por la casa de los Glick. Me sería de gran ayuda encontrar una nota de rescate en el mostrador de su cocina. La llave del cajón me llamaba: «¡Úsame! ¡Úsame!». Bueno, ¿qué era lo peor que podía pasar? Que me pillaran los Glick y me muriera de vergüenza. Pero eso no iba a ocurrir porque Lula estaba vigilando.

Me guardé la llave en el bolsillo, cerré la ventana dejando solo un centímetro de rendija, salí por la puerta y metí la llave en la cerradura de al lado. Bingo: la puerta se abrió con un chasquido.

Lo primero que noté fue una ráfaga de aire frío. En la cocina de Betty haría unos cinco grados. Era como entrar en una nevera. El suelo de linóleo estaba immaculado. Los electrodomésticos eran nuevos. Las encimeras, de formica maciza. En las paredes colgaban corazones de madera pintados de rojo granero y azul con frases hogareñas. Bajo la ventana de atrás había una pequeña mesa plegable de pino. La tostadora estaba protegida por una funda de feria de artesanía. Trapos y manoplas de cocina lucían estampados de gallos, y un colorista cuenco pintado a mano contenía el inevitable popurrí con aroma de naranja.

El único problema era que el popurrí no lograba disimular el hecho de que la cocina de Betty olía mal. Quizá se debería echar un poco de bicarbonato por el desagüe del fregadero. O tal vez sacar la basura. Hice un reconocimiento rápido de armarios y cajones, pero no encontré nada fuera de lo común. Ni ratas muertas ni restos de pollo en descomposición. El cubo de basura estaba fregado a fondo y forrado con una bolsa de plástico. ¿De dónde venía aquel olor? Había teléfono en la cocina, pero no un contestador automático para curiosear las llamadas. El bloc de notas que había junto al teléfono estaba en blanco, a la espera de un mensaje importante. Husmeé en la nevera y en el armario de las escobas, que habían convertido en una pequeña despensa.

El olor era más fuerte en aquella parte de la cocina, y, de repente, supe qué era lo que estaba oliendo. Huy, huy, huy, pensé, ¡pies, para qué os quiero! Pero mis pies no me hacían ningún caso, sino que se acercaban más y más al foco del olor. Mis pies iban directos hacia la puerta del sótano que estaba junto al armario de las escobas.

El teléfono móvil se encontraba dentro del bolso, y este colgado de mi hombro. Rebusqué en su interior para asegurarme de que tenía la luz encendida. Sí, el teléfono funcionaba.

Abrí la puerta del sótano y accioné el interruptor de la luz.

—Hola —grité. Si me llegan a contestar, me desmayo.

Bajé la mitad de las escaleras atemorizada y entonces vi el cuerpo. Yo esperaba que fuera Eddie, o tal vez Maxine. No era ninguno de los dos. Se trataba de un hombre de traje, de cincuenta y muchos años, puede que sesenta, muy muerto. Lo

habían puesto encima de un hule. No había nada de sangre. No era una experta forense, pero por la manera en que se le abultaban los ojos y le salía la lengua de la boca, yo diría que no había muerto por causas naturales.

¿Y qué demonios significaba aquello? ¿Por qué tenía Betty un cadáver en su sótano? Sé que parecerá un poco absurdo, pero se me antojaba aún más extraño conociendo lo buen ama de casa que era. El sótano estaba acondicionado con suelo de baldosas y techo aislante. La zona de lavandería a un lado, almacén al otro, que incluía algunos embalajes muy grandes bajo otra tela impermeabilizada. Un sótano como cualquier otro... salvo por el fulano muerto.

Subí las escaleras tambaleándome y salí a la cocina en el mismo momento en que Leo y Betty entraban por la puerta principal.

—¿Qué demonios...? —exclamó Leo—. ¿Qué demonios pasa aquí?

Yo no sabía qué era lo que pasaba, pero tenía la sensación de que no iba a resultar muy saludable quedarse en la cocina de Betty, así que me lancé a la puerta de atrás.

¡Bang! Una bala me pasó junto a la oreja y se incrustó en el quicio de la puerta.

—¡Quieta! —gritó Leo—. ¡Quieta donde estás!

Había dejado la caja que llevaba y me apuntaba con una semiautomática. Y su forma de sujetar el arma parecía mucho más profesional que la de Sugar.

—Si tocas esa puerta te pego un tiro —amenazó Leo—. Y antes de que mueras te corto los dedos.

Le miré con los ojos como platos y la boca abierta.

Betty puso los ojos en blanco.

—Tú y tus dedos —le recriminó.

—Oye, es mi firma, ¿vale?

—Pues me parece una tontería. Y además, ya lo hicieron en aquella película del bajito. Todo el mundo pensará que eres un imitador.

—Pues se equivocarán. Yo lo hice el primero. Yo cortaba dedos hace años en Detroit.

Betty recogió la caja que había dejado su marido y la puso sobre el mostrador de la cocina. Leí la etiqueta del costado: era una sierra mecánica nueva, Black & Decker, dos caballos de vapor, portátil.

Agh.

—No se lo van a creer —dije—, pero hay un tipo muerto en su sótano. Sería conveniente llamar a la policía.

—Cuando las cosas empiezan a ir mal, se va todo a la mierda —protestó Leo—. ¿Lo habías notado?

—¿Quién es? —pregunté—. El hombre del sótano.

—Nathan Russo. Aunque no sea asunto tuyo. Era mi socio, pero se puso nervioso. Tuve que calmarle los nervios.

Mi teléfono sonó dentro del bolso.

—Joder —exclamó Leo—. ¿Qué es eso? ¿Uno de esos teléfonos móviles?

—Sí. Y debería contestar. Puede que sea mi madre.

—Deja el bolso en la repisa.

Lo dejó. Leo revolvió dentro de él con la mano libre, encontró el teléfono y lo desconectó.

—Esto es una verdadera faena —soltó Leo—. Ya era bastante complicación tener que deshacerme de un cuerpo, y ahora voy a tener que ocuparme de dos.

—Te dije que no lo hicieras en el sótano —masculló Betty—. Te lo dije.

—Estaba ocupado —respondió Leo—. No tenía tiempo que perder. No me pareció que tú ayudaras mucho a reunir el dinero. ¿Crees que es fácil conseguir toda esa cantidad?

—Ya sé que es una pregunta tonta —dije—. Pero ¿qué le pasó a Eddie?

—¡Eddie! —Leo levantó las manos—. ¡Nada de esto habría ocurrido de no ser por ese sinvergüenza!

—Lo que le pasa es que es joven —señaló Betty—. Pero no es mala persona.

—¿Joven? ¡Me ha arruinado! El trabajo de toda una vida... Si estuviera aquí le mataría también a él.

—No quiero oírte decir eso. Es de nuestra sangre.

—Ja. Espera a verte en medio de la calle porque el indeseable de tu sobrino se ha gastado nuestro plan de pensiones. Espera a verte obligada a ir a una residencia estatal. ¿Tú crees que te van a dar una pensión por tu cara bonita? De eso nada.

Betty dejó la bolsa de la compra en la mesa de la cocina y empezó a sacar las cosas: zumo de naranja, pan, cereales integrales, una caja de bolsas de basura tamaño industrial extra fuertes.

—Tendríamos que haber comprado dos cajas de estas bolsas de basura —comentó.

Aquello me hizo tragar saliva con dificultad. Yo tenía muy claro lo que iban a hacer con las bolsas de basura y la sierra eléctrica.

—Pues vuelve a la tienda —ordenó Leo—. Yo voy a empezar con lo de abajo y tú puedes ir a por más bolsas. Además nos hemos olvidado de comprar salsa para chuletas, y había pensado hacer unas chuletas a la parrilla esta noche.

—Dios mío —exclamé—. ¿Cómo pueden pensar en las chuletas a la parrilla cuando tienen un muerto en el sótano?

—Hay que comer —respondió el hombre.

Betty y Leo estaban de espaldas a la ventana. De pronto vi a Lula saltando y mirándome por encima del hombro de Leo, con las cuentas de su peinado saltándole alrededor de la cabeza.

—¿No has oído unos ruiditos extraños? —le preguntó Leo a Betty.

—No.

Ambos se pusieron a escuchar. Lula saltó por segunda vez.

—¡Ahí está otra vez!

Leo se dio la vuelta, pero Lula ya no estaba en la ventana.

—Oyes cosas que no existen —dijo Betty—. Es por todo el estrés que estás pasando. Deberíamos irnos de vacaciones. A algún sitio divertido, como Disney World.

—Sé lo que he oído —replicó Leo—. Y he oído algo.

—Bueno, a ver si te das prisa y la matas ya —apremió Betty—. No me gustar estar aquí sin más. ¿Y si se presenta alguno de los vecinos? ¿Qué van a pensar?

—Abajo —me ordenó Leo.

—Y no hagas una chapuza —avisó la mujer—. Acabo de limpiar. Estrangúlala como a Nathan. Ha dado muy buen resultado.

Era la segunda vez que me apuntaban con una pistola en veinticuatro horas y estaba más asustada de lo que es humanamente posible. Me debatía entre el terror más puro y descarnado y la mala leche incontenible. En el estómago sentía el vacío del miedo y mi cuerpo temblaba con el impulso de agarrar a Leo de la pechera y darle con la cabeza contra la pared hasta que se le cayeran los empastes de las muelas.

Supuse que Lula estaría buscando ayuda, llamando a la policía. Y sabía que lo que tenía que hacer era ganar tiempo, pero me costaba pensar con coherencia. Estaba sudando en la gélida cocina de Betty. Era el sudor frío de quien se enfrenta a la muerte en malas condiciones. Sin estar listo para irse.

—No lo e-e-entiendo —dije—. ¿Por qué está matando a toda esa gente?

—Solo mato cuando no me queda más remedio —contestó Leo—. No es algo indiscriminado. No habría matado a aquella dependienta, pero desenmascaró a Betty.

—Y parecía una chica encantadora —añadió esta—. Pero ¿qué le vamos a hacer?

—Yo soy una chica e-e-e-encantadora —comenté.

—Ni siquiera conseguimos que nos dijera nada —prosiguió Leo—. Le corté un dedo para que viera que iba en serio, pero ni así quiso hablar. ¿Qué clase de persona es esa? Todo lo que nos dijo fue que Maxine estaba en Point Pleasant. Vaya una cosa. Point Pleasant. Maxine y otras veinte mil personas.

—Tal vez fuera todo lo que sabía.

Leo se encogió de hombros.

Aterrorizada, busqué mentalmente otra pregunta.

—¿Sabe otra cosa que no entiendo? No comprendo por qué le arrancó el cuero cabelludo a la señora Nowicki. A todas las demás les cortó los dedos.

—Me olvidé los alicates —respondió—. Y lo único que tenía ella en casa era un cuchillito de nada. No se puede hacer un buen trabajo con un cuchillo. A menos que esté superafilado.

—Ya te he dicho más de una vez que deberías tomar ginkgo —dijo Betty—. Ya no eres capaz de recordar nada.

—No voy a tomar ese puñetero ginkgo. Ni siquiera sé lo que es.

—Es una hierba —replicó Betty—. Todo el mundo lo toma.

Leo levantó los ojos al cielo.

—Todo el mundo. Bah.

Lula volvió a aparecer en la ventana. Y esta vez llevaba una pistola en la mano. Entornó los ojos, apuntó y ¡bang! La ventana saltó en pedacitos y una manopla de gallos dio un bote en el gancho de la pared de enfrente donde estaba colgada.

—Dios santo —exclamó Leo echándose a un lado y girando para mirar a la ventana.

—Suelta el arma, viejo loro de mierda —gritó Lula—. ¡Si no la tiras te voy a meter un cargador por el culo!

Leo disparó a la ventana. Lula le respondió, alcanzando el microondas. Y Betty y yo nos escondimos debajo de la mesa.

Se oían sirenas a lo lejos.

Leo corrió hacia la puerta principal, donde hubo más disparos y múltiples maldiciones tanto por su parte como por la de Lula.

Las luces intermitentes de la policía entraban por la ventana del salón y se oyeron más gritos.

—Odio este momento —comentó Betty.

—¿Ya habían pasado por esto?

—Bueno, no exactamente igual. La última vez fue mucho menos caótico.

Betty y yo seguíamos debajo de la mesa cuando entró Morelli.

—Disculpe —dijo Morelli a Betty—. Me gustaría hablar con la señorita Plum en privado.

Betty salió de debajo de la mesa y se levantó sin saber muy bien hacia dónde ir.

Yo también me puse de pie.

—Tal vez deberías detenerla —le sugerí a Morelli.

Morelli se la entregó a un policía y me miró furioso.

—¿Qué demonios pasa aquí? Contesto una llamada del busca y me encuentro a Lula gritando que alguien te quiere matar.

—Bueno, la verdad es que no tuvo la oportunidad de hacerlo.

Morelli olisqueó el aire.

—¿Qué es ese olor?

—Un muerto en el sótano. El socio de Leo.

Inmediatamente se dio la vuelta y bajó las escaleras. Un minuto después subía sonriendo. —Es Nathan Russo.

—¿Y?

—Es nuestro encantador distribuidor de dinero falso del barrio. Es el tipo que estábamos vigilando.

—Qué pequeño es el mundo.

—Y ahí abajo está la imprenta. Escondida debajo de una lona.

Sentí que la cara se me contraía y los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Quería matarme.

—Sé lo que se siente. —Morelli me rodeó con un brazo y me besó en la cabeza.

—Odio llorar —dije—. Me lleno de manchas y se me caen los mocos.

—Pues ahora mismo no estás llena de manchas —agregó—. Por ahora estás completamente limpia. El tipo de abajo tiene peor cara que tú.

Me acompañó por toda la casa y salimos al porche, donde Lula daba paseos con toda la pinta de estar al borde de un ataque de nervios. Morelli me sentó en los escalones y me conminó a que pusiera la cabeza entre las piernas.

Al cabo de un minuto cesó el ruido de mi cabeza y se me pasaron las ganas de vomitar.

—Ya estoy bien —manifesté—. Me encuentro mejor.

Lula se sentó a mi lado.

—Es la primera vez que veo a una persona blanca que es blanca de verdad.

—No os mováis de aquí —ordenó Morelli—. Tengo que hablar con vosotras.

—A la orden, jefe —respondió Lula.

Morelli se acuclilló a mi lado y me habló en voz baja.

—No estabas en esta casa ilegalmente, ¿verdad?

—No. —Y sacudí la cabeza para añadirle énfasis—. La puerta estaba abierta. Me invitaron a entrar. El viento empujó la puerta...

Morelli entornó los ojos.

—¿Quieres decidirte por una?

—¿Cuál te gusta más?

—¡Dios! —exclamó.

Volvió a entrar en la casa, que ahora se encontraba llena de policías. Había venido una ambulancia, pero no hacía falta. No había habido heridos, y el cuerpo del sótano se iría con el forense en el furgón del depósito. Junto a la ambulancia se habían arremolinado los vecinos. Otros se asomaban a los porches del otro lado de la calle. Betty y Leo estaban separados en dos coches patrulla. A partir de ese momento los mantendrían separados y los interrogarían a cada uno por su lado.

—Gracias por venir a salvarme —dije a Lula—. Chica, menudo viaje le metiste a la manopla.

—Sí. Pero es que estaba apuntando a Leo. Siento no haberte llamado a tiempo. Tenía interferencias todo el rato. Menos mal que conseguí contactar con Morelli enseguida.

Un Jeep negro frenó ruidosamente en la esquina opuesta y de él saltó un hombre desnudo.

—¡Cono! —soltó Lula—. Yo conozco a ese hijoputa desnudo.

Yo ya estaba de pie y corriendo. ¡El hijoputa desnudo era Eddie Kuntz! Eddie vio la multitud que se agolpaba delante de su casa y se escondió corriendo detrás de un seto. Me paré directamente delante del seto y me quedé mirándole pasmada. Kuntz iba tatuado de la cabeza a los pies con alegres mensajes del tipo «pichacorta», «maltratador de mujeres» y «me gusta que me den por culo».

—Oh, Dios mío —exclamé intentando con todas mis fuerzas que no se me notara comparar los mensajes con el equipamiento desplegado.

Kuntz estaba fuera de sí.

—Me han tenido secuestrado. ¡Y me han tatuado todo el cuerpo!

Lula estaba a mi lado.

—Me parece que han sido generosas con lo de pichacorta —dijo—. Es más bien regordeta.

—La voy a matar —dijo Kuntz—. Voy a dar con ella y voy a matarla.

—¿A Maxine?

—Y tú no creas que te voy a dar los mil dólares.

—Hablando del coche en el que has venido...

—Era el de la otra cazarrecompensas, la de las tetas. Me dijo que había localizado una llamada de la policía en su radar y venía para acá. Me recogió en Olden, donde me había tirado Maxine. ¡En Olden! ¡Enfrente del Seven Eleven!

—¿Sabes adonde iba Maxine?

—Al aeropuerto. Se iban las tres. Van en un Honda Civic azul. Y retiro lo que te he dicho de los mil dólares. Si me traes a esa hija de puta te haré rica.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia el Firebird.

Lula castigaba el pavimento detrás de mí.

—Estoy en ello —gritaba—. ¡Estoy en ello!

Ambas nos metimos en el coche y Lula arrancó como un cohete sin esperar siquiera a que cerrara la puerta.

—Habrán salido por la autopista 1 —dijo—. Por eso le dejaron en Olden. Porque les pillaba de camino a la A-1.

Giró en Olden con dos ruedas en el aire, tomó el desvío y entró en la A-1 en dirección norte.

Me había puesto tan nerviosa que se me había olvidado preguntar a qué aeropuerto iban. Yo, lo mismo que Lula, había supuesto que se refería al de Newark. Eché una mirada a la aguja del cuentakilómetros y vi que se acercaba a 180. Lula pisó el acelerador a fondo y yo me agarré y miré para otro lado.

—Le han dado lo suyo a ese capullo —comentó Lula—. Casi me da rabia atrapar a Maxine. Hay que reconocer que tiene estilo.

—Creativa —añadí.

—Y muy escurridiza.

La verdad era que lo de los tatuajes me parecía un poco excesivo. Eddie Kuntz no me gustaba pero la idea de que Maxine le hubiera perforado de la cabeza a los pies me ponía los pelos de punta.

Buscaba el Honda azul, pero también a Joyce. Qué casualidad que ella se hubiera encontrado con Eddie Kuntz. Si había un hombre desnudo por el barrio, Joyce daba con él.

—¡Ahí están! —grité—. A un lado de la carretera.

—Ya las veo —respondió Lula—. Parece que la policía las ha parado.

No era la policía. Las había detenido Joyce Barnhard, que había colocado una luz

roja intermitente en el techo de su Jeep. Nos detuvimos detrás de ella y nos acercamos corriendo a ver qué pasaba.

Joyce estaba en el arcén apuntando con una pistola a Maxine, a la señora Nowicki y a Margie. Las tres mujeres se encontraban tiradas en el suelo con las piernas abiertas y Joyce las había esposado con las manos a la espalda.

Joyce sonrió al verme.

—Llegas un poco tarde, tesoro. Ya he hecho yo la detención. Es una pena que seas una fracasada tan grande.

—Bah —exclamó Lula con los ojos reducidos a rendijas.

—Has esposado a tres personas, Joyce, y solo una de ellas es una fugitiva. No tienes derecho a inmovilizar a las otras dos.

—Puedo inmovilizar a quien me dé la gana —contestó—. Lo que te pasa es que estás mosqueada porque me he llevado tu recompensa.

—Estoy mosqueada porque estás actuando como una imbécil poco profesional.

—Ten mucho cuidado con lo que dices —amenazó—. Si me cabreas puede que tú y culo gordo acabéis en el suelo con estas tres. Tengo un par de esposas de más.

—Perdona —dijo Lula—. ¿Culo gordo?

Joyce nos apuntó con su pistola.

—Tenéis treinta segundos para largaros de aquí, culonas. Y las dos deberíais buscaros trabajos nuevos, porque está claro que ahora soy yo la cazarrecompensas estrella.

—Sí —repuso Lula—. Nosotras no nos merecemos tener un trabajo tan estupendo como el de cazarrecompensas. He estado pensando en pedir trabajo en ese sitio nuevo que acaban de abrir, El Pollo Sabrosón. Me han dicho que si trabajas allí te dejan comer todo lo que quieras. Incluso puedes comer galletas recién salidas del horno. Venga, déjame que te ayude a meter a estas mujeres en tu coche.

Lula ayudó a levantarse a Maxine y cuando se la estaba entregando a Joyce, esta lanzó un gritito y se derrumbó en el suelo.

—Anda —exclamó Lula—. Otro de sus desvanecimientos.

Favorecido por unos cuantos voltios de la pistola eléctrica de Lula.

En el asiento trasero del coche de Joyce había una bolsa de viaje. Rebusqué en su interior y encontré las llaves de las esposas. Abrí las de la señora Nowicki y también las de Margie. Me separé un poco.

—Estáis libres —dije—. No tengo autoridad para deteneros, pero los del Tesoro os buscan y lo mejor que podríais hacer sería entregaros.

—Sí, claro —respondió la señora Nowicki—. Eso es precisamente lo que pienso hacer.

Lula levantó a Maxine y le sacudió la ropa, mientras Margie y la señora Nowicki deambulaban indecisas por el arcén.

—¿Y qué pasa con Maxine? —preguntó Margie—. ¿No puedes dejarla libre también a ella?

—Lo siento. Maxine tiene que presentarse en el juzgado.

—No os preocupéis —les dijo Maxine—. Todo saldrá bien.

—No me parece bien dejarte así —continuó la señora Nowicki.

—No pasa nada. Me reuniré con vosotras en cuanto arregle todo esto.

La señora Nowicki y Margie se metieron en el Honda azul y se fueron de allí.

Joyce seguía tirada en el suelo, pero ya empezaba a moverse un poco y tenía uno de los ojos abiertos. No quería que la atropellaran mientras se recuperaba, así que la levantamos entre las dos y la metimos en el Jeep. Luego, agarramos las llaves y la encerramos dentro, protegida y a salvo. La luz roja seguía dando vueltas en el techo del coche, así que lo más probable sería que cualquier policía se acercara a investigar. Dado que la luz roja era ilegal, era casi seguro que detuvieran a Joyce.

Aunque a lo mejor no: a ella se le daba bien conseguir que los polis le quitaran las multas.

Maxine no estuvo muy charlatana durante el trayecto a la comisaría y yo imaginé que estaría preparándose su coartada. Parecía más joven que en la foto; y menos vulgar. Puede que eso sea lo que pasa cuando una se saca la rabia a golpe de tatuaje. Como el aire que se insufla a un ahogado. Dentro el aire bueno, fuera el aire malo. O tal vez fuera el tinte y el corte de pelo de cien dólares y la camiseta de Donna Karan de setenta y cinco dólares. Maxine no parecía andar necesitada de dinero.

La comisaría de policía de Trenton está en Clinton Norte. Es un edificio funcional de ladrillo rojo. El aparcamiento es como el sur de Brooklyn... más o menos media hectárea de asfalto de mala calidad rodeado por vallas de rejilla metálica de cinco metros de altura. Tienen la esperanza de que así evitarán el robo de los coches patrulla, pero nada lo garantiza.

Dejamos el coche allí y vimos que había dos coches patrulla aparcados junto la pared de atrás del edificio. De uno de ellos ayudaban a salir a Leo Glick. Miró hacia nosotras. Su mirada era penetrante y fiera.

—No tiene sentido montar una escena —sugerí a Lula—. Vamos a llevar a Maxine por la puerta de delante para que no tenga que encontrarse con Leo.

A veces, si los juzgados estaban abiertos, podía llevar a mis detenidos directamente ante el juez, pero los tribunales ya estaba cerrados así que llevé a Maxine ante el teniente encargado de las entregas. Le di el papeleo y le hice entrega de la chica.

—Tengo un mensaje para ti —me dijo el policía—. Morelli llamó hace unos cinco minutos y dejó este número. Quiere que le llames ahí. Puedes usar el teléfono del cuarto de descanso.

Marqué el número y esperé a que me contestara Morelli.

—Como veo que estás en la comisaría, supongo que has entregado a Maxine —comentó.

—Siempre logro mi objetivo.

—Eso me da miedo.

—Estaba hablando profesionalmente.

—Necesito que me expliques lo que ha pasado aquí, en la casa.

Eludí la parte en que me llevaba la llave de casa de Kuntz para entrar en la de los Glick y le conté el resto.

—¿Cómo conseguiste llegar tan rápido? —pregunté.

—Estaba vigilando el Seven Eleven otra vez. —Hubo un momento de silencio entre nosotros que me permitió oír voces de fondo—. Kuntz ha decidido colaborar —prosiguió—. Tiene tal cabreo que está dispuesto a contarnos todo lo que queramos saber. Dice que Maxine iba camino del aeropuerto.

—Sí. Me la encontré en la A-1.

—¿Estaba sola?

—No.

—Estoy esperando —dijo Morelli.

—Margie y la señora Nowicki estaban con ella.

—Y dejé que se fueran. No estaba autorizada para detenerlas. —Y no tenía especial interés en verlas detenidas. Me costaba mucho creer que estuvieran envueltas en el asunto de las falsificaciones. Para ser sincera, tampoco me hacía mucha ilusión entregar a Maxine. Sospechaba que habían chantajeado a Leo para sacarle dinero y darse a la buena vida. Era realmente espantoso, pero algo dentro de mí deseaba que les saliera bien.

—Tendrías que habérmelo comunicado inmediatamente. Sabías que yo quería hablar con la madre de Maxine.

Morelli estaba enfadado. Le salía la voz de poli.

—¿Algo más?

—Eso es todo por ahora.

Le saqué la lengua al teléfono y colgué. Me sentía muy madura.

Mi padre estaba repantingado en su sillón, viendo el béisbol en la televisión. Mi abuela se había quedado dormida en el sofá con la cabeza hacia atrás y mi madre hacía ganchillo a su lado. Era lo mismo todas las noches y aquel ritual transmitía cierto bienestar. Hasta la misma casa parecía caer en un sopor satisfecho cuando ya se habían fregado los platos y el único ruido que se oía era el runrún del partido de la tele.

Yo me encontraba fuera, en los escalones, sin hacer nada. Podría haber estado haciendo algo profundo, como pensar en mi vida, o en la vida de la madre Teresa, o en la vida en general, pero no me apetecía nada. Lo que deseaba realmente era pegarme el lujazo de no hacer nada.

Después de entregar a Maxine me acerqué a ver mi apartamento y me encontré con la sorpresa de que los arreglos ya estaban en marcha. Les hice una visita a la señora Karwatt y a la señora Delgado y luego fui a la casa de Morelli para recoger mis cuatro cosas. El peligro ya había desaparecido y seguir con Morelli en estas circunstancias habría apestado a noviazgo. Y no existía ninguna relación.

Compartíamos un sexo genial y cierto cariño verdadero, pero el futuro estaba demasiado en el futuro para que me sintiera a gusto. Y, encima, Morelli me volvía loca. Me sacaba de quicio sin darse ni cuenta. Por no hablar de la abuela Bella. Por no hablar de los espermatozoides de Morelli nadando contra corriente e intentando abrirse paso por la punta del condón. El párpado me empezó a vibrar y me lo paré con un dedo. ¿Ves? Eso es lo que me hace Morelli... me produce tics. Era mejor vivir con mis padres que con él. Si lograba sobrevivir unas semanas con mis padres, luego podría regresar a mi apartamento y mi vida volvería a ser normal. Y el párpado dejaría de vibrar.

Eran casi las diez y no se veía a nadie por la calle. El aire era inmóvil y denso. La temperatura había bajado. En el cielo se veían algunas estrellas que se esforzaban por brillar a través de la contaminación lumínica de Trenton, sin demasiado éxito. Alguien botaba un balón en una casa cercana. Los aires acondicionados zumbaban y un grillo solitario cantaba en el patio contiguo.

Oí el rugido de una moto y pensé que existía una pequeña posibilidad de que conociera al motorista. El sonido era irresistible. No era el tronar de una Harley. Era el sonido de una moto ágil y rápida. La moto siguió acercándose y, finalmente, la vi dibujarse bajo la farola del final de la calle. Era una Ducati, veloz, ágil y con un atractivo sexual italiano. La moto perfecta para Morelli.

Detuvo la Ducati junto al bordillo y se quitó el casco. Llevaba vaqueros, botas y una camiseta negra, y parecía uno de esos hombres por los que las mujeres deben preocuparse. Apoyó la moto en la pata de cabra y se acercó a mí.

—Bonita noche para sentarse al fresco —dijo.

Me acordé de cuando fui a un campamento de *girl scouts* y me senté demasiado cerca del fuego y mis botas empezaron a echar humo.

—He pensado que te gustaría saber cómo ha ido el interrogatorio —añadió.

Me incliné hacia delante, rebosando curiosidad. ¡Claro que quería saberlo!

—Aquello ha sido un descontrol total —prosiguió—. Nunca había visto tanta gente tan dispuesta a autoinculparse. Resulta que Leo tiene unos antecedentes de un kilómetro. Creció en Detroit, trabajando para la familia Angio. Era matón. Hace unos veinte años decidió que ya estaba mayor para seguir haciendo trabajo físico, así que se hizo aprendiz de un impresor que conoció en la cárcel. El impresor, Joe Costa, tenía un juego de planchas muy bueno. Leo pasó tres años con Costa, aprendiendo el oficio y, un día, de repente, Costa murió. Leo no sabe cómo pasó.

Puse los ojos en blanco.

—Ya —dijo—. Yo pienso lo mismo. En fin, que Leo y Betty dejaron Detroit, se mudaron a Trenton y, al cabo de un par de años, abrieron el negocio.

»Leo había conocido a Nathan Russo en Detroit. Trabajaba de correo para los Angio. Leo le ofreció que le ayudara a blanquear el dinero. Era un montaje muy ingenioso. Nathan tiene una lavandería. Betty era la mensajera y hacía los cambios en fardos de ropa. Muy limpio.

—Es terrible.

Morelli sonrió.

—¿Y qué hay de Maxine? —pregunté.

—Maxine estaba enamorada de Kuntz, pero él es un capullo total. Pega a las mujeres. Maxine no es la primera. Y las maltrata también en otros sentidos. A Maxine le decía todo el tiempo que era estúpida.

»Total, que un día tienen una pelea más seria y Maxine se larga con el coche de Kuntz. A él se le ocurre darle un escarmiento, la denuncia y hace que la detengan. Maxine sale bajo fianza y se pone como una loca. Vuelve con Kuntz y finge seguir enamorada, pero lo que en realidad quiere es vengarse. El ha ido por ahí fanfarroneando de que es todo un gángster y que está metido en un asunto de dinero falso. Maxine le reta a que le enseñe las placas y Eddie, con el escaso cerebro que tiene, entra en la casa de al lado mientras Leo y Betty están en el supermercado y se lleva las placas, la bolsa llena de billetes de veinte y el libro de contabilidad. Entonces Maxine se exprime el cerebro, le manda a darse una ducha para el segundo polvo y se lo lleva todo.

—Maxine es la leche.

—Sí —siguió Morelli—. Esa Maxine es la leche sin lugar a dudas. Al principio no iba a ser más un juego de venganza. Ya sabes, para hacer sufrir a Eddie. Y le mete en el juego de la búsqueda del tesoro. Pero Leo lo descubre y se lanza a la caza de Maxine, al estilo de Detroit. Interroga a Margie y a la madre de Maxine y ninguna sabe nada.

—A pesar de que las anima a hablar rebanándolas una parte del cuerpo.

—Sí. A Leo no se le da muy bien el análisis de personalidades. No sabe que no puede sacar sangre de una piedra. Total, que cuando Maxine se entera de lo del dedo y el cuero cabelludo, enloquece y decide incluir a su madre y a Margie en el negocio e irá por todas. A estas alturas ya ha repasado los libros de cuentas y sabe que con quien tiene que negociar es con Leo. Le llama y le cuenta los términos de la transacción. Un millón en dinero real por las placas y el libro.

—¿Leo tenía esa cantidad de dinero?

—Al parecer. Naturalmente, Maxine niega la parte de la extorsión.

—¿Dónde está el millón?

Morelli puso cara de que aquella era su parte favorita.

—Nadie lo sabe. Creo que lo han sacado del país. Es posible que las únicas acusaciones que se puedan mantener contra Maxine sean la de robo de coche y la de no aparecer en el juicio. No existe ninguna prueba de la extorsión.

—¿Y el secuestro de Eddie Kuntz?

—No se han presentado cargos. Si tuvieras «pichacorta» tatuado por todo el culo, ¿tendrías ganas de aparecer en público? Además, la mayoría de los tatuajes no eran permanentes. La primera noche que Eddie pasó secuestrado Maxine le encerró en un cuarto con una botella de ginebra. Se agarró una cogorza de cuidado y perdió el

conocimiento, y cuando despertó se había convertido en Mister Tatuaje.

Yo no dejaba de mirar a la Ducati y de pensar que era de lo más molona y que si yo tuviera una como aquella yo sí que sería la leche.

Morelli me dio con su rodilla en la mía.

—¿Quieres dar una vuelta?

Por supuesto que quería. Me moría de ganas de poner las piernas alrededor de aquellos 160 caballos y sentirlos galopar.

—¿Me dejas conducirla? —pregunté.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es mi moto.

—Si yo tuviera una Ducati te la dejaría llevar.

—Si tuvieras una Ducati probablemente ni hablarías con un muerto de hambre como yo.

—¿Recuerdas cuando yo tenía seis años y tú ocho y me convenciste para que jugara al tren en el garaje de tu padre?

Morelli estrechó los ojos.

—No iremos a volver a la misma historia, ¿verdad?

—Yo nunca pude ser el tren. Tú eras siempre el tren. Y yo siempre tenía que ser el túnel.

—Yo estaba mejor equipado para ser el tren.

—Me lo debes.

—¡Tenía ocho años!

—¿Y cuando yo tenía dieciséis y me sedujiste detrás de la vitrina de los pastelillos de crema de la pastelería? —¿Qué?

—Nunca me puse encima. Estuve todo el tiempo debajo.

—Esto es totalmente distinto.

—¡No es distinto! ¡Es lo mismo!

—Dios —exclamó—. Súbete a la puñetera moto.

—Me vas a dejar conducir, ¿verdad?

Pasé la mano por encima de la moto. Era suave, lustrosa y roja.

Morelli llevaba un segundo casco sujeto al asiento posterior. Soltó la correa y me lo entregó.

—Me parece una pena tapar esos preciosos rizos.

Me ajusté el casco.

—Demasiado tarde para adulaciones.

Hacía mucho tiempo que no me subía a una moto. Me acomodé en la Ducati y miré al mundo desde ella.

Morelli se sentó detrás de mí.

—Sabes cómo funciona, ¿verdad?

Encendí el motor.

—Verdad.

—¿Y tienes carné de conducir?

—Me saqué el carné de moto cuando estaba casada con Dickie. Lo he seguido renovando.

Me agarró de la cintura.

—Esto nos va a dejar empatados.

—Para nada.

—Del todo —aseguró él—. De hecho, este paseo va a estar tan bien que, cuando acabe, vas a estar en deuda conmigo.

Ay, madre.



JANET EVANOVICH nació en South River, Nueva Jersey, el 22 de abril de 1943.

Estudió Arte en la Universidad de Rutgers y posteriormente tomó clases de escritura creativa. Comenzó a publicar con el seudónimo de Steffie Hall, aunque luego retomó su verdadero nombre.

Se inició en la novela romántica para después evolucionar a la de aventura romántica policíaca. Es una de las escritoras americanas más populares. Todas las novelas de la serie protagonizada por Stephanie Plum han tenido una extraordinaria acogida tanto por parte del público como de la crítica.

Sus novelas están llenas de anécdotas, humor y diálogos ingeniosos, lo que hacen que su lectura sea amena y divertida. Ha sido número uno en las listas de libros más vendidos del New York Times.

A lo largo de su carrera ha recibido el Premio John Creasey de la Asociación de Escritores del Crimen, la Daga de Plata y, en dos ocasiones, el Premio Dily de la Asociación de Libreros de Misterio.

Notas

[1] Concurso de televisión estadounidense. (*Nota del editor digital*). <<